

Indians

CASA DE LA
CULTURA
ECUATORIANA

REVISTA

24

CASA DE LA CULTURA
ECUATORIANA

REVISTA

Tomo XIV = No. 24

QUITO - ECUADOR

1966

PRESENTACION

Los familiares de ese gran pensador ecuatoriano y ciudadano admirable que fue José Rafael Bustamante, pusieron en nuestras manos los originales del trabajo que publicamos a continuación y que es un ensayo de extraordinario mérito sobre dos grandes y fundamentales corrientes de la filosofía; la una que da preferencia a la esencia de las cosas y la otra, tan apasionadamente expuesta en nuestro tiempo y que es conocida con el nombre genérico de existencialismo.

Las discrepancias vienen de lejos, como sucede en todo lo que han considerado los filósofos. Desde cuando Parménides estableciera los atributos del "ser en sí" o ser supremo dando paso a lo que se conoce como ontología tradicional surgió el motivo para la discusión vertical en torno al ser y al existir.

En breve síntesis en el ensayo de don José Rafael Bustamante se consideran no solamente las cuestiones específicas de la metafísica en las diversas direcciones, sino también algunas de las teorías que se han expuesto en el mundo convulsionado del Siglo XX. Por esto mismo, junto a las notas que se refieren al hilomorfismo de Aristóteles, aparecen las referencias examinadoras del pensamiento de Sartre.

Este ensayo que es también un "testamento filosófico" del pensador ecuatoriano, no podía ni debía permanecer indefinidamente inédito. Debe ser conocido y estudiado y es por esto, precisamente, que lo entregamos ahora inclusive como un nuevo homenaje a quien honrara a la Casa de la Cultura Ecuatoriana en su carácter de Miembro Titular de la Institución.

J. CH. G.

JOSE RAFAEL BUSTAMANTE

ESENCIA Y EXISTENCIA

"Testamento Filosófico"

La sutil distinción entre las nociones de esencia y existencia, que tanto se adentra en el misterio del ser, parece que la estableció Santo Tomás de Aquino en paralelismo con la materia y forma, potencia y acto de la antigüedad clásica, cuestiones entrambas que vemos colocarse ahora en el primer plano de la especulación metafísica, traídas a controversia por la corriente del *existencialismo*. Tocado éste de angustia desde sus orígenes, la ha sentido exacerbarse con el desate de las hecatombes atómicas viniendo a parar en algo así como una *histeria* filosófica. Quizá se pueda encontrar en el temblor angustioso, a guisa de pródromo, la raíz y génesis de religiones y filosofías. Sintiendo frágil y amenazado, en los ratos de furor inconmensurable de la naturaleza, el hombre, como antes el animal en sus espantos instintivos, despierta ya la imaginación y luego el pensamiento se dio a fantasear y ver en el interior de las cosas físicas intenciones y voluntades. Y, abstrayendo y generalizando, llegó a concebir a la metafísica como un mundo de entidades superiores —espíritus, genios, dioses, ideas platónicas, Dios— del cual dependía el mundo natural. La angus-

tía en el existencialismo va cobrando carácter sombrío y trágico, se vuelve un desgarramiento del ser suspendido entre nada, asustado metafísicamente ante la gratitud y la inseguridad de la existencia, con la conciencia agónica y el sentimiento trágico de la vida, de Unamuno, en *rendez-vous* con la muerte que dice Patrick Romanell contrastando con el sentido épico del pragmatismo y empirismo de los filósofos angloamericanos que viven y piensan en cita y empeño con el destino y el éxito y aún en exultante alegría de vivir.

El *existencialismo* replantea la vieja cuestión ya preterida de esencia y existencia tendiendo a desarraigar el ser existencial del sustentáculo firme del ser permanente, a desesencializar el ser quitándole las ataduras de potencias, causas, substancias, naturalezas e instalándolo aislado en el acontecer de una libertad autocreadora, de pura espontaneidad, de actualidad muda. El existencialismo de derecha, no obstante, termina encontrando en Dios el obsequiador libre del don gracioso de la existencia. Pero, el de izquierda se debate entre el ser y la nada, como queriendo ver, lleno de asombro, de pánico casi, de náusea y desprecio por fin, alumbrarse a manera de un milagro la tiniebla vacía a la aparición del relámpago fugitivo y siniestro de la existencia casual. En uno y otro caso quiero yo encontrar cierta acentuación de lo individual y concreto como que se diese al *principium individuationis* valor y realce al contraponerle a lo universal y genérico.

Platón recalcaba que el trabajo filosófico por excelencia consistía en ver la unidad en la pluralidad y la pluralidad en la unidad y redujo, como lo nota Pérez de Ayala, todo el problema de la filosofía a discernir y separar lo uno en lo múltiple, lo inmutable en lo mudable, la esencia en la existencia. Lo que se denominaba esencia era eso, lo *uno* que asemeja, relaciona, solidariza las unidades múltiples; lo *in-*

mutable que al través del cambio da continuidad y enlace a la sucesión.

Dos intuiciones primarias sirven de raíz y base al conocimiento y de ellas hay que partir para dilucidar el problema filosófico y, por ende, el problema del hombre. La intuición de lo múltiple, diverso y mudable se nos entra por todos los sentidos y se impone a la conciencia. Vemos infinidad de luces, colores y formas. Palpamos lo duro y lo suave, lo liso y lo áspero, magnitudes desiguales. Sentimos el calor y el frío. Al oído nos vienen ruidos desapacibles y encantadoras sinfonías. Gustamos lo dulce y lo amargo y lo agrio. Ricos perfumes nos regalan el olfato y lo ofenden hereditarias. Todo es infinitamente vario en la percepción de los sentidos, en la intuición sensible. La sublime princesa de Leibnitz intuyó regiamente que en la inmensa variedad de la naturaleza no había, no podía haber dos hojas, dos flores, dos cosas iguales. En el *cogito*, ergo sum de Descartes se ha visto, antes que un razonamiento silogístico, una indudable y clarividente intuición de la existencia; y lo que Descartes no entrevió porque no estuvo en su mente o no acertó a decirlo lo aclararon y completaron otros filósofos viendo en el *cogito* la intuición del *yo* y del *no yo* como Kant y Fichte, diciendo como Fouillée *cogito ergo sumus*, dándose cuenta como Sartre de que el *yo* es legión, un plural, que no tiene sentido hablar del *yo* sin el *tú*. En la absurda y paradójica posición del *solipsismo*, a donde puede llevar la rigurosa metafísica idealista bajo el pretexto de la pretensa imposibilidad lógica de pasar, en el conocimiento, del sujeto al objeto, aun allí, dentro de la pura y absoluta esfera subjetiva en que lo uno del sujeto es el solo valor real y como que tratase de absorberlo todo en él, aun allí subsistiría irreductible la misma variedad y movimiento. Sólo que, en la conciencia del *solipsista*, ese mundo múltiple y cambiante sería el desfile como vanos fantasmas y sueños, como meras apa-

riciones, de las mismas impresiones y representaciones que el sentido común de los hombres objetiva en la realidad exterior de vidas y cosas. El *mobilis in mobile* de Heráclito resulta el paroxismo de la inestabilidad, el vértigo de las mudanzas, donde en el existir como el deslizarse de un río, el agua que viene no es la misma que se fue, donde las distintas ondas llegan y se van en perenne fuga. En cierto existencialismo de hoy llora también la vieja melancolía del filósofo griego, en la desesperación de ver la huida y el naufragio de las cosas sin encontrar la esencia inmutable, el inmortal seguro, la roca inmóvil que pueda dar asiento y unidad, *sub-specie eternitatis* a la fugitiva existencia que corre como el agua y que como la llama, arde y consume.

Insisto en la intuición de lo plural, fusionado con ella, se impone también el sentido de lo uno que abarca a lo vario en el espacio y a lo mudable en el tiempo, espacio y tiempo, continuos. La intuición de lo uno está palpitante en todos nuestros actos cognoscitivos, pues que a través de las primeras sensaciones aprendemos nuestra existencia como centro de ellas y percibimos algo que enlaza la variedad de las impresiones y representaciones y de los objetos a que éstas se refieren. El *pienso* de Descartes juega aquí papel principal y predominante, ya que si para hacerle abrazar la diversidad tuvieron otros filósofos que ampliarle y completarle en parte, para ser la intuición de la unidad le basta y le sobra lo que le caracteriza esencialmente, esto es, la intuición soberana de la existencia propia, intuición de tal certeza y poder que quebranta y abate toda duda. Tal intuición fue aprovechada por Parménides que sobre la base de ella, desarrolló la metafísica del ser absoluto considerando mera ilusión la diversidad y el *devenir*. La *realidad radical* de Ortega y Gasset, con la proyección del órgano de la *razón vital* y el yo y su circunstancia quizá tiene también que ver con el principio de unidad que lo enlaza todo.

Esta doble intuición madre —fusión y síntesis de dos que acabo de señalar y distinguir— abre el camino al ensimismamiento reflexivo para emprender el análisis a fondo de la esencia y existencia mediante la inducción positiva que nos conduzca a una metafísica de raíces sumergidas en la tierra si bien pueda elevarnos al cielo de lo divino e infinito.

El universo, *uni-verso, unidad de la variedad*, se resuelve, de acuerdo con la simple observación, la experimentación científica y las hipótesis consiguientes, en elementos individuales que guardan semejanza, ejercen acción correlativa entre ellos, y, en evolución progresiva y ascendente, van del átomo y los corpúsculos hasta el hombre formando los grandes grupos que en la historia natural se denominan reino mineral, reino vegetal, reino animal, género o especie humana. Los elementos individuales son a la vez diferentes y semejantes. ¿Qué es la diferencia y qué es la semejanza?

Son cosas y conceptos correlativos. Quizá pueda decirse que forman afirmación misma del existir de unidades múltiples. Diferencia es lo que distingue a unas de otras individualizándolas; y semejanza lo que siendo común a todas ellas las vuelve a manera de partes de un todo o del mundo; y entrambos principios compenetrados se hallan, tienen que hallarse en el individuo concreto, en la sustancia aristotélica. “Donde hay dos, hay dolencia, decía el místico Eckchart. ¿Por qué? Porque el uno no es el otro; y ese no es lo que hace diferencia y amargura”. *Hay dos*, afirmación ante todo del existir de uno y de otro que lleva implícita, o más bien dicho, de donde nace, de donde se extrae, de donde fluye la idea de lo diferente. Hay dos, el uno no es el otro y ahí está la diferencia. La afirmación de la pluralidad, el hecho rotundo de lo múltiple es lo primordial y esa nada que expresa el *no*, la negación de la realidad del uno en el otro, constituye lo que limita a ambos a dos, lo que les separa, pero a la vez lo que les da a cada uno valor inde-

pendiente. He ahí un misterio, el misterio del ser múltiple y uno en que se estrelló Parménides al tratar de absorber aquello en esto declarando ilusoria la diversidad y en que se perdió Leibnitz aislando absolutamente a las nómadas y acudiendo a la armonía pre-establecida para crear un puente que franquease el abismo abierto entre esas unidades absolutas.

Para esta categórica afirmación de *hay dos*, y de lo plural y varios, tenemos que partir inductivamente de la conciencia de nuestro yo a la vez que de la representación objetiva de los demás hombres. Es de los individuos humanos no del género animal ni del reino mineral de donde arrancaremos el hecho terminante de lo sustantivo relacionado que parece la esencia de lo real. De lo que está cerca, de lo que nos interesa vitalmente, debemos arrancar la hipótesis sobre lo universal, arranque antropológico, problema del hombre. El individuo humano es lo que más inmediata y directamente podemos observar y experimentar, lo que da origen a la ciencia y la filosofía antropológica.

No bien tenemos uso de razón, echamos de ver a nuestro rededor muchos seres racionales, muchas gentes que obran y se mueven separadamente, con cierta independencia, claramente diferenciados. Podemos hacer toda clase de experiencias —qué mayores que las que practican los médicos en las clínicas y anfiteatros, no en tratados y libros, los maestros en escuelas y colegios, cuando saben leer los *tests* psicológicos, las madres que dan a luz y crían a sus hijos en fuerza de su amor—, y todas ellas nos evidenciarán, sin lugar a duda, la existencia de individuos y cómo cada uno es él mismo y no otro, cada uno de unicidad irreductible. El sabio médico, Alexis Carrel, en su "Incógnita del Hombre" dice que la individualidad imprime su sello en todas las partes, tejidos y humores, que componen el cuerpo. Cada hombre es una historia distinta de todas las demás." "La indi-

vidualidad psicológica de infinita complejidad genera la prodigiosa variedad de los tipos humanos.” Como dijo Richet, “existe una personalidad humoral del mismo modo que existe una personalidad mental”. “Cada individuo tiene conciencia de ser único y esta unicidad es real”. Y, como médico, Alexis Carrel considera que la enfermedad no es una entidad, sino una abstracción construída a guisa del concepto filosófico de los *universales* de la Edad Media que toma la forma del individuo y el ritmo de su tiempo interior. “La enfermedad es un suceso personal. Está compuesta del individuo mismo. Existen tantas enfermedades diferentes como enfermos”. Las decantadas alergias son asimismo indicio de la peculiaridad. La grafología lo propio.

Sin embargo, y Carrel lo observa también con harta razón, para construir una ciencia —no hay ciencia sino de lo general, dijeron los griegos— es menester la abstracción que refleje o represente algo así como una porción del individuo —hombre o animal— aquella porción que es común y mediante la cual se parecen o se unen o enlazan todos los individuos haciendo de ellos un ser humano, un caballo, un perro, o un elefante. De ahí que la ciencia médica, la que consta en tratados y libros, no contiene sino “una parte de los conocimientos indispensables a quienes asisten a los enfermos”. Le queda al médico la ardua tarea de ver, de intuir o adivinar, como si se dijera, en el paciente concreto, la otra parte, la estrictamente individual, distinguiendo en aquél con claridad la una de la otra, la que es objeto de abstracción, *quidditas*, de la *haecceitas*, la que hace del enfermo que se llama Pedro un hombre o un ser humano y la que hace de él este único paciente determinado, la *petreitas*. Entrambas, fundidas, mezcladas, compenetradas, constituyen la *ultimas realitas* de cada ser. ¡Ay! del médico que no distinga y penetre las dos partes en el enfermo concreto a quien tiene que “aliviar, alentar y curar”. Si carece

de *ojo clínico*, si no ve el todo, si sólo aprehende la enfermedad y no al enfermo, puede buenamente dar fin con éste a fuerza misma de su excelsa sabiduría abstracta y científica; y, a la inversa, sin suficiente ciencia, el médico va a ciegas por penetrante que sea su conocimiento del enfermo individual. Carrel, dada su clara inteligencia, conviene también en pensar que, tocante a la vieja querrela de los universales revivida al rededor de las Escuelas de Medicina, un médico, sin abandonarse a uno de los extremos, la sola realidad de lo universal, o la realidad aislada de lo singular, debe prohibir lo primero y anatematizar lo segundo, siendo realista y nominalista a la vez, estudiando lo mismo al enfermo que a la enfermedad.

Y del todo análogo es lo que ocurre en el estudio de la ciencia penal, donde se trata de establecer el concepto del delito y la pena correspondiente. Se comenzó por determinar la naturaleza abstracta de la delincuencia —homicidios, asesinatos, robos— como elemento común de todos los hechos delictivos sin tomar en cuenta las particularidades del sujeto individual. Pero en el desarrollo de la ciencia penal, pasando del período clásico al positivismo, se llegó, con Ferri, por ejemplo, en su obra "El Homicida", a destacar la importancia del delincuente en la valoración del delito. Y como en el caso de los médicos, no hay enfermedades sino enfermos —se dijo— no hay delitos sino delincuentes, deduciendo consecuentemente que la proporcionalidad de la pena ha de corresponder, ante todo, a las características individuales del hombre que cometió el delito. Pero en este caso, como en el otro, no cabe ni atenerse tan sólo a la abstracción del elemento o naturaleza común del delito ni tampoco a la sola esencia individual. Es menester considerar a la vez la naturaleza específica del hecho y la individualidad de quien lo ejecuta. Todo ello es harto difícil y complicado para el arte de curar como para la función de la justicia pe-

nal. Algún efecto debe surtir eso para el ojo clínico y adivinatorio del médico; mas los jueces no pueden ni tienen todavía cómo graduar la escala de la pena en gracia a la intuición de la singularidad del delincuente y las circunstancias concretas del delito.

El principio de la diversidad genera la diferencia y el de la unidad la semejanza. Parece que son equivalentes, es decir, que entrambos principios tienen valor sustancial sin que pueda atribuirse primacía al uno sobre el otro.

La distinción de esencia y existencia corresponde, tiene que corresponder a los dos principios. Lo propio, la de materia, y forma, y potencia, y acto. La esencia es el principio unificador y consiste en lo que hay de permanente y común en la variedad de individuos, variedad que, a su vez, nace y proviene del principio multiplicador. Todo ser existente es individual y allí como que estuviesen identificados los dos principios y los dos conceptos. Lo que hay son pluralidad de seres, vale decir, multiplicidad de existencias. La existencia es el postulado fundamental que abarca al elemento genérico y específico que se ha denominado esencia como a la última diferencia cuantitativa o cualitativa que distingue a un individuo de otro, diferencia netamente individual, que asimismo constituye la muchedumbre de transformaciones y cambios en la esfera al rededor de algo que no muda, del tiempo y la sucesión. No tiene sentido, por lo tanto, distinguir la esencia de la existencia, ya que lo que vemos, sentimos, intuimos son seres, en los que podemos abstraer y separar mentalmente lo que llamamos esencia, lo común y estable y lo que deberemos llamar diferencia estrictamente individual.

Individuo es lo indivisible en sí y lo dividido de los otros, esto es, cada una de las existencias que echamos de ver en el vasto mundo, susceptibles de variar y transformarse unas en otras, en ascenso o descenso del movimiento

evolutivo que, a partir del fondo común, la fundamental esencia, genera las especies y variedades. Yo creo que se podría decir que se trata de un todo indisociable de la esencia genérica y de la esencia individual, pues hay una esencia individual que es única y que no puede reproducirse como la otra, que es común. Pero no se imagine que, en mi concepto, la esencia universal pueda generar las esencias individuales, ni siquiera con precedencia de naturaleza; y, a la inversa, que la diversidad sea origen del principio de relación o unidad que enlaza a lo singular y particular. No. Yo creo que lo general supone lo individual y diverso para el efecto de relacionar y unir; y lo diverso, a su vez, implica la relación porque sin ella cada uno sería un absoluto que no tuviese nada que ver con los demás ni supiese de su existencia, lo que es absurdo.

Esencia universal y esencias individuales forman un todo en la realidad concreta donde por abstracción se puede discernir y distinguir la una de las otras. Todo vivo en que latan en constante tensión las porciones o principios que lo integran. Reflexionando sobre tal tensión, sintiéndola y valorándola hondamente, el corazón y la inteligencia del hombre han creado la moral y el derecho.

La nada que juega hoy papel tan angustioso en la filosofía existencial parece que es algo que tiene que ver tan sólo con la relación entre los seres o existencias. No hay un solo punto muerto en el universo, todo en él es ser, vida y actividad, el ser y el existir se muestran, se revelan, resplandecen a lo ancho del espacio y el tiempo, sin solución de continuidad. "Pero donde hay dos, hay dolencia porque el uno no es el otro y éste *no* es el que hace diferencia y amargura". Ese *no* es la nada, ese *no* es el dolor y la angustia de la nada. Y ese *no* rige para la simultaneidad en el espacio como en la sucesión del tiempo y viene a constituir lo que decimos cuando hablamos del principio y fin de las co-

sas y de los seres finitos y limitados. El concepto de finito y de límite es un símbolo del misterio que palpita en el punto crucial que separa y une a la vez a lo plural. Donde una cosa termina principia otra, no se limita con la nada, el ser lo llena todo, no para colmar un vacío, no para sustituir el no ser, sino porque no hay sino la existencia, la existencia múltiple, las existencias cuyo punto de contacto es al propio tiempo el *no*, la única forma de la nada, que las separa y divide. Hay diversidad de seres como un hecho primario y definitivo y si ello debe ser encaminado en cierto sentido a la unión, a la unidad relativa para borrar el *no* —ese residuo que es la única nada entre los seres—, de ninguna manera para extinguir la riqueza divina de la multiplicidad. Aquí viene bien tratar de lo infinito como lo que no tiene extremos, límites, principios o fines. Si el límite es tan sólo ese punto que pone a las existencias unas fuera de las otras, lo infinito que no tiene límites por definición, deberá abrazar a todas las realidades y su virtualidad, siendo lo uno que envuelva a todo lo que exista y pueda existir. Así será infinito el ser de Parménides, esa esfera que arroja de sí toda dualidad y toda diversidad. De infinita puede calificarse a la sustancia de Espinosa que tiene en sí todos los modos y accidentes con todo el pensamiento y la extensión como sus atributos. Infinito es el Dios de la Teología, eterno e inmutable, creador de todo, conservador de todo, gobernador providencial, moviendo, influyendo, cooperando en la acción misma de las causas segundas, con la presciencia de los futuros libres, aunque se deje una válvula de escape para el exiguo aliento de la libertad humana que limita el señorío y determinación de la soberanía divina. Pero también puede decirse infinito a ese tejido sutilísimo, a esa primera y última esencia que asemeja y enlaza a las existencias por ser común a todas, presente en cada una de sus partes esenciales, raíz y germen de todo desenvolvimiento ulterior,

y unida sustancialmente a la parte distintiva para formar el compuesto individual. Lo finito fue considerado entre los griegos como lo acabado y perfecto y lo infinito como lo indeterminado caótico e incierto. Lo lleno de ser, lo que había llegado a plenitud no era lo infinito y esos límites no eran sino el redondeamiento del existir, el aclararse y definirse y brillar con fuerza precisa. El límite era la nada y la nada no limita, no puede limitar, sólo limita otra realidad justamente por ser otra. El verdadero límite sólo se da, sólo puede darse cuando existen dos, cuando existen muchos, en esa línea de separación que se echa de ver en medio de la pluralidad, línea medianera que está entre lo uno y lo otro deslindándolos y vinculándolos a la vez en ese misterio del ser múltiple y uno.

Al considerarse la infinitud del universo y la divisibilidad infinita de la materia como la infinita divisibilidad del espacio matemático, se plantean cuestiones verdaderamente insolubles, que atormentan a la filosofía, lo que se debe quizá a ese concepto de límite y, consecuentemente, de infinito en relación esencial con el no ser y la nada. Si, tomando en cuenta la representación sensible del espacio y la extensión, la intuición del fenómeno que diría Kant, formas *a priori* de la sensibilidad, nos perdemos en la imaginación ilimitada de horizontes y horizontes, llenos o vacíos, y nos hundimos en la infinita división que no llega jamás a elementos simples y últimos, es porque no descartamos lo que hay de subjetivo y de fenoménico en el conocimiento sensible. Menester parece ahondar con el entendimiento en lo que hay de realidad consistente en el fondo de los fenómenos y entonces quizá encontraremos tan sólo multiplicidad por una parte y continuidad por otra; entendido esto de continuidad, no en la forma que nos presentan los sentidos, sino en el concepto puro de relación que vincula y abraza la realidad íntegra y total. De ahí, de esta concepción del espacio es preciso pasar

a la concepción del tiempo y la duración, pues la realidad no es ni puede concebirse estática ni plenamente realizada sino como en perpetuo movimiento y evolución, como mandando de ella, a guisa de fuente y origen, el flujo del tiempo y el correr del río que se pierde en lo indefinido. De ahí que el concepto de infinito abarca o deba abarcar la realidad actual con toda su virtualidad evolutiva.

Por engolfarse en la imaginación extensiva del universo y la materia, Zenon de Elea probó lindamente que el rápido corredor, Aquiles, no podrá alcanzar a una tortuga que sale con un metro de ventaja y que la flecha que recorre el aire está quieta en cada uno de los lugares del espacio que ocupa sucesivamente. Zenón de Elea, discípulo de Parménides, quiso corroborar aquello de que lo diverso y vario era una ilusión que conducía a la contradicción y el absurdo, ateniéndose únicamente como él se atenía a la percepción sensible de la extensión continua.

Conviene fundir el pensamiento de Parménides con el de Heráclito y así tendremos quizá una mejor idea del infinito. Si se toma de Parménides la idea de lo Uno, quitándole lo absoluto y negador del devenir y la pluralidad, se la vuelve apta para recibir el soplo de Heráclito, uno a modo de aliento universal, simbolizado en el fuego que determina el cambio y el movimiento, *mobilis in mobile*, llevando a la caravana de los seres, desemejantes y semejantes a la vez, por el río del tiempo, donde el hilo sutil de lo continuo junta en función de unidad todas las transformaciones y mudanzas.

Así se tendrá, en síntesis suprema, no a lo Uno, absorbiéndolo todo, en simplicidad absoluta, excluyente de la desemejanza y composición, sino a la unidad desarrollándose a través de la multiplicidad sucesiva, proyectando en lo infinito del espacio y el tiempo, la inmensidad, la plenitud del ser.

Cabe quizá ahora precisar cómo la multiplicidad coexistente y la multiplicidad sucesiva constituyen por entero lo que llamamos espacio y tiempo. El espacio no es ni puede ser, no tomado como verdadera objetividad, ni como forma *a priori* y subjetiva a lo Kant, algo aparte de las cosas y su relación. El espacio es o se nos representa en la conciencia como pluralidad de seres que coexisten, que se limitan recíprocamente dentro de un orden y trabazón que denominamos continuidad. No como uno se imagina de pronto, algo subsistente por sí mismo que contuviese a las cosas y donde las cosas se extendiesen, moviesen y colocasen como muebles en un cuarto vacío, ilusión imaginativa o espejismo en que se pierden nuestras primeras reflexiones. El espacio es la misma extensión de las cosas, parte fuera de partes, en que las unas no son las otras, negación fijada por el límite que las deslinda, divide y separa y a la vez las une, enlaza y pone en contacto. El espacio es en definitiva un fondo estable de existencias que sirve de base firme para el desarrollo de la pluralidad sucesiva que es el tiempo. Fondo de coexistencia donde la *nada* no es más que la distinción entre ellas, el *no* que hace que la una no sea la otra, el hecho mismo terminante y absoluto de ser muchas en relación y correlación estrecha. Ser múltiple y uno que acaso pueda considerar como el *campo unitario* de la Física moderna. El *sensorio* de Dios, dijo calurosamente Clarke defendiendo al caballero Newton. La misma inmensidad de Dios proclamó elocuentemente el obispo Fenelón, Dios es el campo metafísico que aún, lo ha dicho en nuestros días Whitehead, parodiando el decir de San Pablo.

“En El nos movemos, vivimos y somos”. Y de ahí, de ese fondo imperecedero y constante arranca el tiempo o sea el proceso en que las cosas cambian, se mudan, se transforman, fluyen, arden, evolucionan, nacen y mueren. También en el tiempo hay exclusión y límite entre ellas. Y el fin de

una es el principio de otra, siendo igualmente como en el espacio el punto que establece la distinción y separación el mismo que las une. Pero en el tiempo el principio de diversidad toma otro sentido, otra perspectiva, otra dirección, que consisten en lo sucesivo, de modo que, mientras en el espacio las cosas están como presentes las unas a las otras, en el tiempo se sustituyen formas, estados, posiciones, individuos, vidas, en un curso incesante de mudanzas al través de las cuales se mantiene un principio de unidad que unimisma el corpúsculo en la serie de sus modificaciones, sostiene al yo idéntico en el antes, hoy y después reflejándose en la memoria y la conciencia y hace perenne y eterna la materia básica que preside todas las evoluciones e involuciones. No falta quien hable de ser el tiempo la cuarta dimensión del espacio y no hay que olvidar la génesis y orden del espacio-tiempo de la teoría de la relatividad y a la vez teoría de los *quanta*, tan dada la primera a la *continuidad* y tan restablecedora la segunda de lo *discontinuo*. Y en esa fuga de todas las cosas que simula el tiempo se deja sentir la melancolía de Heráclito y la angustia del ser para la muerte y la nada de los existencialistas, así como se ve el *élan* vital de Bergson y la *creatividad* del metafísico inglés Whitehead.



Al hablar de esencia y existencia no se puede menos de referirse también a la potencia y acto, con las que guardan aquellas correspondencia reconocida. Dios es acto puro, dijeron los teólogos, y es bien sabido que la filosofía escolástica deriva sus ideas de la concepción teológica que le antecede siempre. Dios es acto puro, con lo que se quiere dar a entender y significar que la pureza del ser donde se identifican esencia y existencia, no está empañada por sombra al-

guna de potencialidad (no por ser potencia) en el Ser Supremo, sino actualidad plena, simplicidad y unidad inmutable y absoluta, eternidad presente a todas las diferencias del tiempo, inmensidad presente a todos los puntos del espacio. Diríase que en la pura esencia divina no hay cabida para el principio de la diversidad, el cual, en cambio, campea y se despliega en el mundo de las cosas y seres creados por la omnipotencia de Dios.

Ya en el mundo maravilloso de la multiplicidad, el movimiento y la evolución, donde rigen a la vez los principios de la diversidad y la unidad, donde vemos que las cosas cambian y mudan, se transforman, combinan y organizan, se desunen y descomponen, nacen, crecen y mueren, donde sentimos cómo el alma ve y percibe, goza, sufre, quiere y piensa, estamos en el campo propio, en que se puede considerar y comprender mejor las ideas de materia y forma, potencia y acto de la antigüedad peripatética, como asimismo las de esencia y existencia de Santo Tomás, discutidas hoy por la filosofía existencialista.

El hilomorfismo de Aristóteles, partiendo del hecho del cambio o movimiento, o sea de la diversidad en el tiempo, establece en la composición de los cuerpos dos principios, el de la materia y el de la forma. La materia es la potencia nuda, pura, indeterminada; y la forma, el acto que la determina, le da actualidad, realidad y existencia completa. Materia y forma, potencia y acto son una misma cosa. Se trata del tránsito de lo posible a lo real. Si los cuerpos cambian y mudan, quiere decir que a través de un sujeto se sustituyen las formas, si una desaparece, otra se adquiere y recibe. El cambio o movimiento implica algo que pasa de un estado a otro, de una cara a otra, de una a otra forma; es la diversidad sucesiva a la que ese algo les es común y les enlaza. Pero al propio tiempo el cambio no se explica ni concibe sin la diversidad presente, sin la acción de otro algo ajeno

que remueva al sujeto que cambia y se muda para que salga de su reposo, quietud o inercia. He ahí los principios de que vengo hablando aplicados al movimiento cambiante y evolutivo. Digo evolutivo porque en la teoría de la materia y forma, potencia y acto de Aristóteles, apunta también un cierto principio de evolución que consiste en concebir o explicar el cambio por el acto a que tiende el sujeto potencial que se realiza, determina y perfecciona mediante la acción de un ser en acto. Es un proceso en que se pasa de lo inferior a lo superior, lo que constituye un progreso. Al interpretar a Aristóteles, Fouillée expone que la naturaleza no puede satisfacerse con ninguna forma imperfecta, pues un deseo infinito la trabaja y la hace subir sin cesar hacia lo mejor. El mineral, dice, aspira a la vida del vegetal; el vegetal a la vida del animal; el animal a la vida del hombre; y el hombre a la vida divina.

Pero tal sentido aristotélico dista mucho del ancho concepto de evolución que predomina hoy en día, fruto de la observación y experimentación de las ciencias naturales. El sentido evolutivo de Darwin y Spencer, la evolución creadora, y *élan* vital de Bergson, la evolución (Bio y noesférica) y hominización vitalizadora del paleontólogo, Thaidhard de Chardin, arrancan de las entrañas mismas de la realidad y más tiene que ver con el sistema atómico de Demócrito que con la potencia y acto de Aristóteles.

Ahondando en la distinción de materia y forma, potencia y acto, considerándolas, por tanto, separadamente mediante una abstracción, se llega necesariamente a concebir la materia como potencia pura, pura posibilidad, materia primera sin ninguna forma, sin nada real, abismo, dice Fouillée, "donde se pierde el pensamiento, noche impenetrable a la luz intelectual". Aquí tendrían para sonreír los existencialistas, pues en la filosofía de Aristóteles se termina por hundirse en la nada. Por lo cual, juzgo yo, que en los orígenes, en

una concepción positiva es menester detenerse en una materia primitivamente unida a una forma primigenia, como un todo indisociable que fuese el fondo común del universo evolutivo, lo que nos llevará a la materia atómica de Demócrito, no tomada en el sentido estrictamente mecánico y cuantitativo, sino en su composición corpuscular con la energía nuclear de hoy, trabajada, empero, por infinito anhelo evolutivo y ascensional, tal como en el pensamiento del geólogo Thaidhard de Chardin, donde la materia en el fondo permanente del ser, quizá creada *ab eterno* por Dios en su desenvolvimiento, llega a la vida, se *vitaliza*, y luego la vida avanza al ser humano, se *hominaliza* asomando entonces la floración espiritual. La materia envuelve un principio interior y psíquico que se desarrolla simultáneamente con su principio exterior, fase interna y externa del proceso antropológico que genera el hombre y su conciencia y pensamiento. Hay misterio, pero misterio del ser, no de la nada. Es el misterio del ser siempre existente, perenne, diversificándose en la sucesión en varias formas, diversificándose en varios seres, donde el uno *no* es el otro, y tal *no*, que es lo que hace diferencia y amargura, es la única causa de la muerte, y la sola angustia, es la única nada, aun para los existencialistas extremos. Es el misterio de la infinita evolución, a la que asistimos y de que formamos parte en un momento determinado, y que se extiende sin límite alguno en el pasado y con virtualidad infinita para extenderse en el futuro. No es el misterio de la *nada*, porque la nada absoluta es palabra vacía, *flatus vocis*. Qué derecho tiene el pensamiento para declarar contingente y perecedero al ser positivo que ve, palpa y percibe, que se impone de todos los cambios a los ojos con poderosa presencia e indestructibilidad, y anteponerle gratuitamente la palabra hueca de la nada? . . .



La dualidad de esencia y existencia es una variante de la potencia y acto de Aristóteles, dualidad escolástica, que acentúa, en cierta manera, ahonda y precisa, con relación al ser o ente existencial, el sentido de esas dos nociones de la filosofía griega.

También se parte, creo yo, de la observación del cambio en las cosas individuales que nos ofrece la experiencia, advirtiéndolo en ellas, en el fondo de sus mudanzas y transformaciones un sujeto subsistente donde yo creo hallar el ser esencial, representante de la esencia y sujeto a la vez de lo posible, que se contraponen o más bien se une al ser inmutable, perfecto e infinito como el de la concepción teológica, no cabe ni pensar en la distinción de esencia y existencia; acto puro, excluyente de toda potencialidad; actualización de todo, realización absoluta, diríase sola esencia, que absorbe, y vacía de contenido a la existencia y llena por completo el concepto de ser. Dios es si Dios es, no existe, esencia que es acto en sí misma y por sí misma es a la par fuente de todas las esencias y fundamento de la posibilidad pura. No le conviene la existencia ni necesita de ella, porque el existir no tiene sentido sino cuando se refiere a la mera posibilidad pasiva u objetiva, la cual a su vez, como la potencia nuda de Aristóteles, se pierde en el abismo de la nada. La misma etimología de la palabra *ex-istir* revela cómo no debe aplicarse sino al ser causado y participado, a los seres que saben de sus causas (recordar el motor inmóvil del Es-tagirita).

Otro polo del pensamiento, el existencialismo extremo, tal el de Sartre, opone a la esencia vacía de existencia de la concepción teológica, la existencia vacía de esencia, hecho bruto y simple, dotado, empero de libertad autocreadora, de autoproyectividad libre, virtualidad que como valor supremo convierte a la vida humana en poema angustioso y trágico de degeneración, en que se da a la existencia del hom-

bre cual una sombra que viene de la nada, resbala sobre la nada y es sorbida por la nada, y en donde la conciencia rebaja de categoría al ser, contraponiéndole al ser en sí, consistente, seguro e idéntico, el ser para sí y para otro y la división de sujeto y objeto. Allí se da la paradoja del ser que no es lo que es y es lo que no es como la vista que es el objeto visto que no es el ver, y el oído el objeto sonido que no es el oír, y el pensamiento el objeto pensado que no es el pensar, lo que determina la inferior realidad del ser sensible y pensante.

Es menester citar a Secretan, quien forja un poema atrevido y hermoso de la libertad absoluta la cual como que llena un vacío, se hace Dios, esencia infinita y omnipotente de inteligencia y amor, y luego se prolifera en variedad innumerable de esencias finitas, cosas, vidas, hombres, como erigiendo así a la voluntad absolutamente libre en la divinidad verdadera que crea y rige el coro de los mundos.

Quiero evocar el Dios de la tradición religiosa de la India, Dios que, saliendo de su soledad unitaria, inflamado de amor y de ardor intelectual, lanza el grito sublime: "Si yo fuese varios" y engendra el mundo. Y el "Nus" de Plotino, del que emanan en movimiento descendente, emanan todas las cosas hasta las ínfimas, para retornar luego, en movimiento inverso, a la fuente que les originó. Y no puedo menos de recordar, una vez más, la exclamación del místico, Eckehart: Donde hay dos, hay dolencia. ¿Por qué? porque el uno no es el otro, y ese "no" es lo que hace diferencia y amargura. Debe, pues, desaparecer el "no"; mas no la abundancia, la riqueza, en la multiplicidad. Creo yo que estos ejemplos típicos transparentan la patética tensión metafísica y vital entre la unidad y la diversidad, que es para mí el problema, el secreto y el misterio del ser y de la vida.



Qué es, pues, la esencia? De los entes particulares o cosas individuales y concretas que conocemos por la intuición y experiencia sensible desprende la abstracción intelectual, el elemento común que unifica a la diversidad de individuos y al cual se le denomina específico, genérico y universal. Especie, género, universal, aislado por la abstracción, constituye la esencia que, a modo de la potencia y acto y la materia y forma de Aristóteles, se vuelve posibilidad intrínseca frente al acto de la existencia que le actualiza. En la realidad concreta, la esencia, este elemento unificante está fundido con el elemento individual, formando con él un todo. Son los dos principios que vengo anotando al través de este estudio, los que advierto también aquí. El de unidad le corresponde a la esencia, el de la diversidad a lo individual; el uno asemeja, el otro diferencia y distingue, y entrambos forman, de manera indisoluble, el conjunto real y positivo de cada cosa particular.

Santo Tomás, poseído del pensamiento teológico y a la vez compenetrado del pensamiento filosófico de Aristóteles, se empeñó en conciliarlos y armonizarlos, lo que le llevó a deformar un tanto la idea aristotélica. Materia y forma, potencia y acto, esencia y existencia, pienso que debió ser el paralelismo lógico y razonable. Empero, Santo Tomás, descendiendo del mundo sobrenatural de Dios y las criaturas angélicas, encuentra que la materia del mundo natural, la materia de los cuerpos, debe recibir o recibe realmente en el hombre, cuyo entendimiento y razón constituyen una alma, un espíritu, recibe esta forma, semejante a la de los ángeles que son formas o especies sin materia. De ahí que convierte a la materia en elemento que limita, recorta, divide a la forma que resulta la verdadera esencia, y, limitando a ésta dar lugar a la individuación, que es sólo efecto de la acción de la materia en la forma, una degeneración de lo específico y genérico. Rebaja así el valor de lo particular,

del otro elemento que integra el ser de lo real concreto, dando mayor importancia al factor que unifica sobre el factor que diferencia. Y así, llamando a la esencia, substancia, naturaleza, y a lo individual, accidente, encamina la cuestión a lo que más tarde será el panteísmo de Spinoza y luego, ya en la vida histórica, la encarnación en el Estado de lo universal de Hegel. Pero Santo Tomás se limita, de acuerdo con el pensamiento teológico, que pone a las criaturas fuera de Dios, a subordinar el accidente de lo individual, cambiante y fugitivo, a lo permanente y eterno de las esencias siquiera sea en el terreno de lo posible. Al tratarse del alma que informa la materia en el ser y la persona humana, afirmará con la creencia cristiana y católica, la inmortalidad del alma, forma separada del cuerpo por la muerte y llamada a nueva vida, sobrenatural y eterna. Este apartamiento de lo individual, de lo sustantivo, plantea, creo yo, aquella cuestión de la analogía, la más profunda de la filosofía antigua, según Aloisi Muller y que, ya aplicada a Dios y sus criaturas, puede también considerarse respecto de lo universal y lo particular. En efecto, si lo genérico y lo individual son distintos radicalmente, no pueden confundirse, representa el uno, lo que unifica y, el otro, lo que distingue y separa, parece que el concepto del ser no puede predicarse de igual modo, ni en el mismo sentido, del uno y del otro. (Irreduciblemente, el uno es ser de un modo y el otro de otra manera). El émulo de Santo Tomás en muchas cosas, Duns Scott, sostendrá, empero, la univocidad del ser, considerando acaso que el significado del ser es algo opuesto a la nada, en el cual sentido tan opuesto a la nada es el ser tanto en lo universal como en lo individual: idea negativa que no parece convencer. Y, cosa curiosa, el mismo Duns Scott, sostenedor de la univocidad, se enfrenta, también con Santo Tomás para dar a lo individual un valor paralelo e igual al de lo genérico, reivindicando y enaltecendo el principio de in-

dividuaación, negando el carácter limitativo y negativo y dándole el precio de positivo y formal, donde culmina el poder creador de Dios. Y considero que es el momento en que debo detenerme a examinar este tema capital, que así como el de substancia y accidente lleva al panteísmo de Spinoza, condujo a la monadología de Leibniz.

Partiendo de las intuiciones fundamentales de lo vario y de lo uno, que innegablemente están en la raíz de nuestro conocimiento, se llega a la conclusión sencilla y diáfana de que en el todo que forman cada una de las cosas que se nos dan en la observación y la experiencia, obran y actúan dos fuerzas, elementos o factores, harto discernibles, que ejercen cierta tensión entre ellos. Para mí, los dos tienen valor igual, podría decirse que se completan y se influyen recíprocamente. Hay, debe haber el elemento común a todas las cosas, esencia, *quiditite*, especie, género universal que las relaciona y el estricta y propiamente individual que las separa, distingue y divide, el *haecceitas*. En el hombre, en Pedro, Juan o Diego, hay lo que, les asemeja, haciéndolos miembros de la especie humana, posibilitando la acción e influencia recíproca, estableciendo entre ellos una cierta solidaridad; y lo que les constituye aparte, lo que les hace Pedro, Juan o Diego, la *pelreitas* se ha dicho. Me parece que sobre esta sencilla percepción o intuición inicial, no cabe duda, discusión o controversia alguna. Es natural, que al proceder dialécticamente, esto es, tratando de fijar en principio lo que en la realidad es o debe ser algo fluido, en fusión íntima, se corre el riesgo de esquematizar, en líneas rígidas, lo que en el ser real y concreto no puede tener la nitidez lógica que tiene en el terreno ideal del razonamiento abstracto. Pero lo mismo pasa y ocurre hoy con el primado de las matemáticas en la física contemporánea en la de Einstein, por ejemplo, en la cual el desarrollo y vuelo matemático, accesible para muy pocos, ha ayudado eficazmente para penetrar

la naturaleza del átomo y fabricar la bomba atómica. Hace poco, poco antes de su muerte, Einstein dijo haberse empeñado matemáticamente en descubrir una ley que sintetizara y armonizara la del electromagnetismo y la de la gravitación y que la había encontrado, irreprochable desde el punto de vista matemático, pero que ignoraba si esa fórmula nueva reflejaba la verdad. Hago yo también análoga salvedad, guardadas las debidas proporciones, pues el campo en que discuro está abajo, bastante lejos de la maravillosa cumbre de las altas matemáticas, de la prodigiosa física, accesible a contadas personas que han logrado acomodar su órgano mental al complicado juego de una física matemática, base de la formidable técnica atómica que hoy está pasmando y amenazando al mundo.

Lo arduo y difícil, al poner en parangón el elemento universal y el singular, que integran el todo individual que nos dan los sentidos, es determinar el valor de cada uno de ellos como la relación en que se hallan. Yo sostengo firmemente que entrambos son igualmente valiosos y necesarios dentro del ser particular. No veo, no comprendo con qué derecho se asigna al elemento común una primacía tal que convierta al otro en mero accidente y accesorio. Yo afirmo que ambos se necesitan, se completan, se sostienen mutuamente. Inherente está lo singular en lo sustancial, pero éste a su vez, no puede ser real sino actualizado, por aquél. Me atrevo a afirmar que si tiene algún sentido la palabra existencia en relación con la esencia es el que le da lo singular e individual. Existencia sería entonces individuación, neta y rotundamente. La sustancia, esencia, universal, ha menester el elemento individualizador para entrar con él a formar parte de la realidad. Si la existencia no es esto, qué es? Se dice que el ser existencial realiza, actualiza al ser esencial y posible, da forma a la materia indeterminada. Bien, pero qué contenido positivo y real tiene ese ser y esa forma? Pero si

digo el ser existencial, la forma singularizan, son el mismo principio de individuación, digo algo que es incuestionablemente positivo. No se puede negar la presencia de lo singular e individual, de la *petreitas hic et nunc*, de la *haecceitas*, que está ahí, en cada cosa, colocándola en tal lugar del espacio y en cada instante del tiempo, distinguiéndola de todas las otras como algo único, absolutamente único, que no puede repetirse ni reproducirse. Es en vano que Parménides diga que lo vario y el devenir son pura apariencia e ilusión y que Zenón de Elea se pierda en la divisibilidad de la materia y el movimiento para probar lo absurdo de la pluralidad y el cambio, y que Platón *hipostasie* gratuitamente las ideas generales y declare que el mundo de los sentidos, el de los entes particulares, es un mundo de sombras. Esa ilusión, ese absurdo, esas sombras viven, se mueven, pululan en el mundo que vemos y palpamos y en el que nos sentimos intensa y profundamente sumergidos. Esas sombras que pueblan la inmensidad del mundo, del espacio y el tiempo, constituyen la riqueza, la abundancia y la belleza del universo que a diario nos deslumbra, nos halaga, nos golpea y hiere. Paralelamente, otros filósofos, desde Demócrito y Heráclito hasta Leibnitz y, si se quiere ver, hasta el existencialismo actual, han destacado la realidad y peso del elemento individual dentro del compuesto de cada cosa particular, que se acentúa en la condición antropológica, señalando cómo ese elemento completa, acaba, corona el ser de la naturaleza para formar todos llenos y rotundos. Los sentidos, la percepción sensible capta de inmediato la diversidad, y, por ende, el *quid* individual que como único, absolutamente único, es inefable, no puede expresarse en palabras —la palabra encierra el concepto y el concepto es el fruto del pensamiento abstracto— y es intuído por el sentido y el sentimiento, tal el caso de la madre que sabe que cada hijo es absolutamente distinto de los otros y que, al perderlo, por la

muerte, pierda algo que no pueda ser reemplazado jamás. Si los sentidos cogen especialmente este elemento inefable, el órgano o facultad de pensar está destinado a aprehender el factor unitario, el que por ser común y estar en todos los individuos, los asemeja, une y enlaza. Y si los sentidos pueden tender a dar mayor importancia al primero y perderse en la dispersión de átomos e instantes, (mónadas imanadas) entelequias, el pensamiento, a su vez, se eleva hasta desvanecerse en concepciones que, como la de Parménides y Platón forjan fantásticamente entidades de unidad absoluta que destruye y aniquila el principio de lo vario, cambiante y evolutivo. La tensión metafísica que de todo ello resulta se traduce en la historia de la filosofía como también en la *praxis*, en la vida política y social de hombres y pueblos.

La cuestión de la esencia y existencia cuyo autor y expositor principal es Santo Tomás de Aquino tiene en este angélico doctor, características especiales. (Según Santo Tomás la forma, el alma, es la esencia, la especie, lo universal, que informa a la materia, la que recibe, recortándola, limitándola, dividiéndola, dando así lugar a la pluralidad de individuos, y siendo el verdadero principio de individuación que resulta la raíz de algo espúreo, accidental, inferior, que naturalmente no puede ser aplicado en el mundo de los ángeles que carecen de materia, que son inmateriales y cuya numerosidad o multiplicidad, explica la escolástica diciendo que cada ángel es una especie. Pero el ángel tiene que distinguirse de los otros y, a la vez, ser algo semejante. Por tanto, el darles la categoría de especie no resuelve la cuestión, por lo que yo creo que a los seres materiales o inmateriales debe aplicarse igualmente los dos principios que vengo estableciendo. En los ángeles, el principio de la variedad les diferencia de los otros y el principio de la unidad les asemeja y unifica, tal como ocurre con los individuos que genera la materia. No hay razón, derecho o fundamento al-

guno para rebajar a los individuos materiales y enaltecer a las especies angélicas. La escolástica distorsiona arbitrariamente la cuestión por el afán de poner el mundo sobrenatural muy arriba del mundo de la naturaleza y la materia).

Ver lo mismo, atrás, en páginas anteriores.

En lo singular, concreto o individual no podemos ver, como ya he dicho, nada que se pueda llamar posible como respecto a la esencia específica, genérica o universal. Lo singular es siempre algo nuevo, una creación, un invento, algo absolutamente único, repito, que, concibiéndolo en un proceso evolutivo, como el del tiempo creador de Bergson, por ejemplo, se lo comprende mejor, ya que tanto en el espacio como en el tiempo, en el lugar y en el instante, en la relación con los otros individuos y en la sucesión del tiempo, es lo que limita y une al propio tiempo, discontinuidad y continuidad, elemento nuevo y real que funda la posibilidad de lo uno, pero que en su singularidad no entraña nada de posible, porque no puede repetirse ni reemplazarse por ser único y distinto con relación a los otros y único y distinto en cada uno de los elementos del tiempo.

El individuo, lejos de ser inferior a la sustancia, a lo permanente por estar en todos ellos, la colma, la completa, la llena y forma así el todo concreto que vemos en la naturaleza y el universo, en este mundo que nos dan los sentidos y la experiencia.

Que el ser individual es lo contingente y perecedero, lo frágil y finito, lo que huye y se desliza!... sea. Así es. El Viejo Heráclito, el filósofo de la variación, la afluencia y el devenir, y la movilidad, lloraba ya la fuga de todas las cosas, el "*mobilis in mobile*". Simbolizaba su filosofía en un río que, si de lejos parece algo consistente y estático, de cerca corre sin cesar, donde el agua que se va no es la misma que viene

y en el que no se puede bañar dos veces en la misma agua. Lo permanente en él es su movilidad, lo solo estable y perpetuo su inestabilidad. Y el elegíaco poeta castellano dijo: "Nuestras vidas son los ríos que van a dar en el mar, que es el morir". Y el poeta de la epístola moral observó, melancólicamente:

"Que es nuestra vida más que un breve día
Do apenas sale el sol cuando se pierde.
En las tinieblas de la noche fría? . . .
Qué es más que heno a la mañana verde,
Seco a la tarde" . . .

De tal tristeza y dolor brota la aspiración a la quietud y beatitud de la sustancia que no cambia, que se mantiene una e inmóvil, segura y eterna. Es el sueño que conforta al corazón desesperado ante el río que no se detiene y nos lleva a la mar que es el morir. El alma del creyente vuela entonces, extática, a la visión de Dios, del Ser eterno, perfecto e infinito, en cuyo seno se encontrará la bienaventuranza, sin agitación, angustia ni veleidades ni cambios. Y quien no cree en la vida de ultratumba, pensará quizá si también siente el desasosiego y el tormento de lo mudable y fugitivo, en el descanso de retornar a la común materia donde desaparecen la conciencia, la sensibilidad y el pensamiento. Pero en unos y otros predomina a veces, acaso la mayor parte de las veces, el apego a la vida, donde si hay motivos para llorar, los hay también para gozar y deleitarse, en balanceo de placeres y dolores, penas y alegrías. Y tantos, creyentes o no creyentes, lloran al morir, sufriendo la pérdida de los bienes, muchos o pocos, y en la ansiedad de lo desconocido. En ellos pensaba Guyau, el filósofo, poeta de la irreligión que murió joven atacado de un mal, de lento y largo desarrollo. Guyau se preguntaba qué decir a las almas

desoladas que ven venir la muerte inexorablemente y con harta antelación . . . Nada más decía que estas tres sencillas palabras "no ser cobarde". Admonición encaminada principalmente a aquellos que, aquejados ya de impotencia de vivir por la vejez o la fatalidad de un mal precoz, sienten el horror de los abismos y de la nada, a manera de la conciencia agónica de Unamuno, como si se hallasen acorralados entre el miedo de vivir y el miedo de morir. Ante la novedad misteriosa de la muerte, sólo comparable al misterio del nacimiento —la vida corre entre dos misterios— Guyau piensa que en vez de retorcerse de desesperación, es preferible esperar ilusionados que la muerte nos diga su secreto, sea un deslumbramiento y resulte así nuestro último dolor, también nuestra última curiosidad. Ante el espectáculo de la vida y el universo, Guyau se decía que hay bastante belleza, placer y alegrías para justificar una sonrisa amable; como hay también amargura y tristeza, suficientes para derramar lágrimas furtivas. Obrar para creer, para combatir la duda, los pesimismo y escepticismos, que el esfuerzo, la acción, siempre fecunda, no hay esfuerzo perdido —terminan por comunicar fe y confianza y júbilo. De ahí que se debe aprender a gozar en el trabajo y la actividad, goce el más intenso, el más profundo, donde las fuerzas conscientes e inconscientes del ser humano se compenetran y manifiestan.

El elemento individual es, pues, contingente, mudable, frágil, doloroso y finito, pero al mismo tiempo puede ser fuente de goce y satisfacción. Y a la sustancia que es materia potencial o materia ínfima en (el arranque de la evolución), le da realidad, y la llena y eleva. La sustancia del panteísmo que se basta a sí misma y lo es todo, se vuelve inexplicable cuando da lugar a lo accidental individual que resulta algo de sobra y por demás. Y es que no hay, no puede haber tal cosa, la sustancia no puede ser el dios del Uni-

verso donde hierve y se multiplica la vida, donde se desenvuelve el cambio incesante, donde el elemento accidental y de sobra reina y se impone. Más comprensible es el Dios de los creyentes que, aunque creador del mundo múltiple y mutable, se mantiene fuera de sus criaturas, como causa y fin de ellas, a cuyo regazo habrán de tender las almas para gozar en la unión con el de su individualidad inmortal.

Dada la tensión metafísica que se echa de ver en el pensamiento de los filósofos en lo relativo a la dualidad, de esencia y existencia, me inclino a concluir enfáticamente viendo en la composición del ente particular, en especial bajo el aspecto antropológico, cierto equilibrio, armonía o síntesis valorativa, de igual peso en los platillos de la balanza, entre lo general y común y lo individual, lo necesario y lo contingente, la infinitud de lo concreto, lo permanente y lo mutable, en suma, entre el principio de la diversidad. Y creo que esta concepción debe trascender y rendir sus efectos en la ordenación moral y jurídica de la vida y la sociedad en virtud de los cuales se considere inaceptable, el extremo del panteísmo social, el estatismo —hipótesis de lo universal— el colectivismo absorbente y aniquilador del individuo; y, a la vez, el otro extremo, el del individualismo ególatra y megalómano, engendrador de los grandes hombres, de los personajes gigantescos, de los Napoleones que “estorban a Dios, especie de monstruos de la naturaleza, como singulares elefantes o leones de la zoología humana, que terminan —los extremos se tocan y se unen— convirtiéndose en dueños, representantes, y encarnación de la sociedad y la colectividad para no decir con soberbia inaudita: “El Estado soy yo”.



El existencialismo, filosofía que va predominando hoy con diversos aspectos y formas, ha sacado a relucir esta vie-

ja cuestión de la escolástica, esencia y existencia, para hipertrofiar la existencia como lo indica el expresivo y sugerente *ismo*. Esta filosofía barre, limpia de esencia y de todo principio de determinación o motivación, el contenido de existencia. Presenta a ésta como simple y brutal hecho —la *facticidad*— donde la libertad fatal se vuelve forjadora de posibilidades, de valores, de esencias, resultando ella misma el valor y la esencia suprema del hombre.

Trato de sintetizar la filosofía existencia escogiendo para ello el existencialismo de Sartre por considerarlo a éste el más radical y representativo. Contrapone con gran énfasis la existencia a la esencia; llena a aquella tan sólo de una libertad saturada de angustia, fatalmente condenada a elegir, a actuar, a ser fuente de proyectos y aventuras. Sartre, novelista y dramaturgo, busca y hurga en la existencia concreta, cotidiana y palpitante, en la carne misma de la vida el secreto de su miseria y desdicha; y, luego, en su prolijo y sutil análisis fenomenológico, se empeña en la búsqueda del ser, del fenómeno del ser y del ser del fenómeno, procurando borrar la sombra del (noumeno kantiano) de los orígenes de la nada y la negación, hasta llegar al punto capital de su filosofía, *el ser en sí de las cosas, y el ser para sí de la conciencia*. Existencialismo que, para unos es la filosofía del pesimismo, la paradoja y el absurdo, y para otros, como una auténtica revaloración de la existencia humana, y para todos, como la filosofía más revolucionaria y audaz de nuestros días. Sartre llega al punto culminante del *en sí* y *para sí* partiendo del *cogito* de Descartes, señalando el error en que cayó por tratar de salir del aspecto funcional sin hilo conductor; pasa por la intencionalidad de Husserl, quien aleccionado por el error de Descartes, permaneció en el plano de la descripción funcional, sin sobrepasar nunca la pintura de la apariencia; corrige a Heidegger el sentido del *ser para la muerte* reemplazándolo con *el ser para el valor*.

Rechaza brutalmente el Dios del existencialismo católico de Gabriel Marcel, pues negando a Dios asienta que la esencia no precede a la existencia porque la esencia no podría estar sino en la mente de Dios; el hombre principia en su existencia por no ser nada y sólo después será lo que se haya hecho. Agotando el examen del *ser en sí*, en busca del ser donde no haya traza de diversidad, del cual se pueda predicar el principio de identidad, Sartre entrará a soñar en Dios y aun en el ser absolutamente una y único de Parménides.

¿El ideal del ser para Sartre sería el ser sin conciencia, el ser idéntico y en plenitud de una mesa, de una piedra, de un árbol, del que pudiera decirse, "el ser es, el ser es el ser, el ser es lo que es, el ser que es lo que es y no es lo que no es? Es de creerlo, pues Sartre considera al hombre por la conciencia un tipo inferior de ser. La conciencia viola el principio de identidad e introduce la nada, la negación y la dualidad en el ser. Es una raja, una hendidura, un ahuecamiento, una degradación, una enfermedad que le condena fatal y necesariamente al ser a morir. Pero observo que el ser idéntico, pleno, coherente, inmutable, sin sombra de diversidad, sólo se encuentra en la concepción del Dios de los teólogos o en el pensamiento de la plena esfera sin ángulos ni rajadas de Parménides; no, por más que se empeñe en ello, en las cosas reales de experiencia de la naturaleza. No es fácil imaginarse que una mesa, una piedra, un árbol o cualquiera de las cosas naturales no dotadas de conciencia sean absolutamente seguras, firmes, inmutables, idénticas, eternas. Mucho más fácil es concebirlas sujetos a la acción de otros, a la relación con los otros, de modo que reciban su influencia y reaccionen en respuesta. Una mesa, una piedra, un árbol, están cambiando sin cesar por la acción de las cosas naturales que les rodean y pueden ser destruidas, como en efecto lo son a lo largo del tiempo.

He enunciado ya varias veces que por intuición nos podemos dar cuenta de que dos principios supremos rigen o están latentes en la naturaleza y desenvolvimiento del ser. El ser es múltiple y uno. Toda nuestra experiencia, el conocimiento sensible y el intelectual nos ofrecen invariablemente un mundo de infinitos elementos desde los hombres, los animales, las plantas, hasta los compuestos químicos y los átomos que, por otra parte, los intuimos unidos y vinculados por ese (lago) que he llamado semejanza. La intuición, ha dicho Sartre, es la única forma esencial de conocer; el razonamiento lógico, el análisis fenomenológico, la descripción íntima y minuciosa de las apariencias y los fenómenos son una ayuda, un proceso para alcanzar la intuición. Cuando ésta se alcanza —acaso nunca plenamente—, razonamientos, análisis y descripciones se esfuman y desvanecen. Pienso más o menos lo mismo y me afirmo en la creencia de que la tensión entre la diversidad y la unidad es lo profundo del ser y un punto de partida bastante firme para trazar el panorama del mundo y el universo.

Me he dado a pensar que las diez categorías de Aristóteles podían reducirse sencillamente a dos, a estas dos: sustancia y relación. Analícense con detenimiento las categorías restantes y se encontrará que todas ellas pueden ser consideradas como diversas clases de relación. Pero hay que tomarla a ésta, no como la pinta Aristóteles de una manera vaga e imprecisa y en un solo sentido, sino de un modo amplio, significando el lazo que une a todas las sustancias y cosas diversas que observamos en la experiencia, influencia recíproca entre ellas, que quizá resulta algo así como lo que se ha denominado con la palabra correlación. Así entendido el principio de unidad que relaciona lo vario y múltiple, he dado también en pensar que es la relación lo que está presente en la conciencia paradójica de Sartre “es lo que no es y no es lo que es”. Pero creo que hay que considerar a la

conciencia como conocimiento subjetivo y a la relación como a lo objetivo que se percibe o aprehende. Recuerdo, a este respecto, lo que pensaba el un buen día célebre biólogo francés Le Dantec, émulo del ilustre fisiólogo Claudio Bernard. En una extraña filosofía biológica, extraña pero a veces sugestiva, considera a la conciencia como un *epifenómeno*, esto es, fuera del movimiento y concatenación de los fenómenos que constituyen la urdimbre y el tejido de la naturaleza y de la vida. No sé si con este concepto de la conciencia, Le Dantec la rebaja y degrada como Sartre, pero, en cambio, destaca el valor de conocimiento subjetivo que es y debe ser su esencial característica. La conciencia, según Le Dantec, ve, percibe, aprehende lo que sucede en la realidad y la vida, limitándose solamente a esto, sin empujar, mover ni dirigir nada. La conciencia en Sartre debiera ser también un reflejo de la relación que está latente y latiente en su célebre y original "*es lo que no es, y no es lo que es*".

La relación, para mí, domina totalmente el campo de la realidad y en las cosas *en sí* y en las cosas *para sí* es ella la que rige y está presente. Considerando los atributos y propiedades de las que Sartre llama cosas en sí, como una piedra, un árbol, tendríamos que ver que tales propiedades son reflejos y están envueltas y absorbidas por la relación. El color de una piedra, su forma, el lugar que ocupa en el espacio son otras tantas cosas relativas que no expresan lo que las cosas son y no son lo que son. Por este dominio, imperio o soberanía de éste que yo llamo principio de unidad, se ha llegado a decir que sólo conocemos relaciones sin poder alcanzar los términos de ellas que se esfuman y desvanecen cuando el pensamiento lógico y dialéctico los busca y requiere empeñosamente. Sustantivada la relación, se podría construir para ella un árbol análogo el que dedicó a la sustancia el filósofo griego Porfirio, quien se propuso reunir y conciliar la lógica aristotélica con la metafísica platónica, reivindicando

do como yo diría, el valor de las sombras de Aristóteles frente a las soberanas ideas de Platón.

No es aceptable aquello de que los términos de la relación sean inalcanzables para el conocimiento. Dado que el pensamiento lógico no los encontrase, lo que yo no creo, quedaría, queda el poder de la intuición mediante el cual las sustancias individuales se afirman también y dominan el campo de la realidad.

La intuición, para los mismos sartreanos, y yo también me inclino a creerlo, es como un definitivo modo de conocimiento al que tiende y viene a parar todo raciocinio. Alcanzada la intuición, el razonamiento huelga y desaparece. Y tenemos que la intuición juega un papel harto eficaz cuando se trata de aprehender estos términos esenciales de la relación sin los que la relación misma es inconcebible. Adentrándonos en nosotros mismos y observando la actividad de todas las cosas, es menester concluir que no hay ser pasivo, que la pasividad confina con la nada, es la nada. Todo ser es activo y si experimenta influencias ajenas, opone a tal pasividad su esencial virtud activa y he aquí cómo descubrimos todo el valor de las sustancias individuales frente a la sustantivada relación.

Quizá venga a propósito tratar ahora de la tan decantada relación del medio, del medio ambiente, del medio social con los individuos humanos. Se ha dicho, y se tiende a sostenerlo que el hombre individual es producto de esos medios que tratan de absorberlos, desorberlos, diría yo, dejándolos apenas como instrumentos pasivos de la entidad ambiental o social. Para mi modo de ver, esto es completamente inaceptable, pues el medio supone también a los hombres de que se compone, tal como toda relación implica necesaria y esencialmente términos. Adaptarse al medio como norma de conducta, acaso como regla de moral no es una idea o un ideal que prevalezca y uniforme a los pensadores.

Hay los inadaptados que huyen a refugiarse en el aislamiento y en los claustros. Y hay también espíritus libres y rebeldes que se esfuerzan en adaptar, en cierta medida, el medio a su querer y voluntad. No me refiero precisamente a quienes, en la acción política, por ejemplo, aspiran ambiciosos a modelar sociedades y un orden inmutable. Hablo sencillamente del individuo que en su modesto radio de acción, en la familia, en el grupo, en el medio social, en vez de adaptarse, en lugar de considerarse como simple producto de tales entidades, que se deba todo entero a ellas, opone su querer con tendencia a conseguir la adaptación a la inversa, de los medios a su idea y esfuerzo:

Pasando al medio natural, a la madre naturaleza, a la madre tierra, a la común materia, tenemos que admitir el hecho de que la naturaleza y la materia son más acreedoras, y como que tienen más derecho a considerar dada la filosofía evolutiva que hoy prevalece y que es generalmente aceptada a considerar a los hombres como producto suyo. Y he aquí que es fuerza señalar cómo los individuos humanos, ante las leyes naturales tan sólidamente establecidas e inquebrantables, aspiran, no obstante, a vencerlas y dominarlas de algún modo. El hombre se defiende de ellas, se viste, construye la casa, aprovecha la tierra para producir elementos que satisfagan sus necesidades, en el afán de lucha con ese medio natural tan imperativo. El señuelo de las religiones es la vida sobrenatural, inmortal y eterna que supere y domine a la caduca, efímera que nos depara y otorga el medio material y natural. Vana o nó esta vehemente aspiración no puede ser sofocada y se agita infatigable en todas direcciones. En la lucha y batalla incesante que es toda vida, la vida humana tiende a vencer la resistencia que le opone la naturaleza bruta, inexorable y aplastante. Vemos también aquí la relación de causa a efecto, y cómo el efecto trae algo nuevo que no podemos encontrar en la causa,

por lo cual el determinismo falla y tiene un escape inevitable. Porque si aparece el efecto, a manera de creación como una cosa singular, distinta y única, y, por lo tanto, del todo imprevisible ¿cómo pretender que se vea en la causa algo que determine necesariamente esa parte nueva y única del efecto? ... Tengo para mí que la novedad del efecto esfuma la necesidad del determinismo causal. Bergson, en su evolución creadora y con su *élan vital*, considera a la materia como un descenso que contrarresta el vuelo del tiempo creador y del impulso de la vida. Yo no veo propiamente en la materia un descenso, ese movimiento a la inversa que señala Bergson, sino un fondo de leyes naturales, al parecer ineludibles e inquebrantables, pero del cual surge la vida como un esfuerzo que paradójicamente tiende a vencer esa inercia de la materia rígida. Alexis Carrel cita el caso de una curación de cáncer en 24 horas merced a la plegaria del paciente y a la oración de sus deudos u otros. Y así mismo el éxtasis de los santos cuya visión sobrenatural, como un anticipo de la visión beatífica, consiguen por breves momentos vencer la poderosa ley de la gravedad y alzarse sobre tierra unos pocos metros. Este criterio pudiera aplicarse también a los milagros que diariamente pueden ocurrir en Lourdes.



Entre los inadaptados rebeldes yo simpatizo grandemente con Bakounine que, caballero de un sueño, nunca llegó a un acuerdo con Marx, sin duda porque vio en éste al inadaptado que ambiciona el papel de adaptador mediante la dictadura, el despotismo, la tiranía totalitaria para convertirse así en los peores enemigos de la libertad. Caballero de un sueño, Bakounine soñó con un federalismo de los pueblos de Europa, los Estados Unidos de Europa dijo él que, a ma-

nera del sistema federal que practicaba Suiza en su organización interna, ensanchándose y ampliándose, abarcase a Estados nuevos que para hacer triunfar la libertad, la justicia y la paz en las relaciones internacionales, se formasen sobre bases esencialmente democráticas, descentralizadas y autónomas como los cantones del pueblo suizo. Y, rodando por el mundo, Bakounine se preguntaba si el exceso del bien o de lo que así se llama puede producir el mal, y contestaba que sí, que lo puede producir, cuando se impone como ley despótica y absoluta, sea religiosa, doctrinal, filosófica, política, jurídica, social o como ley patriarcal de la familia; en una palabra, cuando todo bien se impone a un individuo como la negación de la libertad y no es producto de ésta, porque no hay bien fuera de la libertad y ésta es la fuente y condición absoluta de todo bien, digno verdaderamente de este nombre, "pues el bien no es más que la libertad". Y yo agrego que la libertad no es sino la misma vida humana, su virtualidad, su dignidad, su valor; la vida individual misma que, purgada del instinto bestial y destructor, en espiritual ascenso y conquista, puede forjarse, merced a una educación prolija para el vuelo independiente del espíritu y el corazón en plenitud, su propio bien y destino.

Un día, el ilustre mejicano Alfonso Reyes, dejó escapar, en una breve y rápida hora de luz, estas mágicas palabras: "Impuesta, ni la felicidad". Y yo, caballero también de un sueño, me apoderé de ellas asimilándome su pensamiento hasta la médula de los huesos y las hice resonar como la fórmula, el símbolo, la quinta esencia de toda una concepción política y social. Tiempos antes otro excelso inadapitado, Mariano José de Larra, en España, dejó caer de su pluma palabras similares. "Violentar para alterar, forzar la voluntad existente y dar a los hombres por la fuerza su felicidad misma, es un crimen". Pobre Virginia Woolf, sugestiva novelista inglesa, esposa amada y amante, madre dulce y

tierna, que, con la grandeza de su corazón dejó el nido feliz de su familia para dilatar la mirada y contemplar el mundo. Al adivinar con intuición penetrante el infierno y la tragedia latentes en la humanidad de hoy, dijo con exacerbada sensibilidad: "No entiendo nada de lo que pasa en la tierra". Y corrió como loca a dormir su soledad en la tumba, buscando la muerte, cobarde y valiente a la vez, fugitiva y rebelde al propio tiempo, como el solo remedio para su espanto, congoja y desolación.

No entendía nada de lo que pasa en la tierra. Un alma de mujer, llevada en alas de fuerzas espirituales a delirar en un orden y una armonía que supera en la ceguera de la ley física y la brutalidad de la vida animal; ¿cómo podía entender, en pleno mundo humano, el estallido de la energía material, descubierta, concentrada y manejada por el hombre para emplearla en la disputa y en la lucha, en el poder y en la rebelión, en la difusión de las ideas y los mandamientos de la moral, erigida la espada, el cañón y la bomba nuclear, en el altar del universo como numen, musa y diva de los tiempos? Condigna respuesta, adecuada negativa la que Virginia Woolf dio al estruendo desafiante de la fuerza bruta que señorea el orbe. La voz del espíritu ha de resonar siempre si no ha de extinguirse del todo lo que hay verdaderamente humano y superior en el hombre, si algo ha de perdurar con él, que lo distinga y eleve sobre el animal y la montaña. Esa voz trazará infatigablemente la ruta del futuro, rompiendo el cerco de la inmensidad tenebrosa que le abrumba.

No está lejos la figura, gigantesca e imponente para mí, de Federico Guillermo Foerster, profesor, pedagogo, filósofo, intelectual puro, que ingresó espontáneamente como Max Scheler, en la Iglesia Católica con profundo sentimiento religioso sin abdicar por ello la autonomía de su razón. Nacido en Berlín, hijo de un astrónomo, profesor en la Univer-

sidad de Zurich y en las de Munich y Viena, publicó sus primeras obras sobre pedagogía y ética política que le dieron gran reputación. Perteneciente con todas sus fibras a la Alemania humanista del período clásico, lector de Constantino Franz, el gran intelectual, opositor de Bismark, preso unas veces, desterrado otras, escribió en plena guerra, cuando el nazismo había desencadenado sus fuerzas sobre el mundo, un libro fenomenal, "Europa y el problema alemán"; respuesta al "Mein Kampf" de Hitler, en que remontándose a los tiempos de formación germánica, señala la influencia desviadora y absorbente de los caballeros teutónicos y la Prusia en los destinos de Alemania. Recuerda a Constantino Franz que, combatiendo a Bismark, solitario, recorrió a pie, el báculo en la mano, varias zonas de su patria tratando de renovar y resucitar la Alemania de pensamiento universal llamada por su situación geográfica a ser el centro de la federación europea, en que de manera supranacional se asegura la unidad de Europa sobre la base de la autonomía de todos los países que la componen. Era contra Bismark, Guillermo II, Van Bulow que llegaron a deformar y falsear las mentes, enalteciendo el culto de la guerra y volviéndose verdaderos Anticristos, merecedores del terrible anatema de Verhaeren: "Con todo, si se le execra es menos por toda la sangre vertida por causa de crímenes dementes, que por haber pensado de modo tan monstruoso". Pensar monstruoso en realidad, divinizando el Estado con Hegel, considerando la guerra como actividad sagrada, como la manifestación más noble de la vida que lleva el corazón del hombre por encima de las vulgaridades de la existencia cotidiana. Y por eso, Foerster, ante esta religión de la fuerza bruta, acusa a su pueblo diciendo que si los otros tienen sus vicios, ninguno ha llegado a esa pasión inmoral de la guerra, a la demencia militar, a la idolatría del Estado, a la obsesión del poder que embrutece y envilece. Su espíritu, espíritu religioso,

cris­tiano y católico fue la voz que faltaba cuando la mayoría de los creyentes cometieron el pecado más negro de su vida, solidarizándose con la más grande de las in­moralidades históricas; y el Papa, no quiso o no acertó a pronunciar la condenación rotunda que guiase a la conciencia católica a ver claro en las ne­gruras donde relampagueaban tan sólo los rayos generados por la concentración de las pasiones infernales de la conquista y la usurpación, la diabólica luz que hace el juego a la primitiva animalidad insurrecta. Se trataba de la guerra que ha engendrado todos los conflictos presentes, despertando a la fiera dormida e inspirando el descubrimiento y la forja de las armas nucleares que amenazan acabar con la humanidad toda.

Dr. FRANCISCO PAEZ ROMERO

BREVES APUNTES SOBRE DON ANDRÉS EL SABIO Y SU OBRA (*)

Honrosísimo, pero qué difícil el encargo que me ha hecho mi Facultad, la de Jurisprudencia y Ciencias Sociales y Políticas, de intervenir a su nombre en el homenaje que, con tanta justicia, ha auspiciado la Casa de la Cultura, con motivo de conmemorarse el Centenario del fallecimiento de don Andrés Bello. Y la elección hecha en mi persona ni siquiera se explica por destacar el contraste, ya que de todos modos sería abismal, aún en el caso de que quien lleva la palabra fuese eximio en alguna rama, y no, como es el caso, un modesto servidor de una Cátedra de Derecho Civil en la más vieja Universidad de nuestro País.

Asomarse a la vida y a la obra de don Andrés el Sabio, como he querido llamarle en esta disertación, es como entrar en un trance en el que se ve operar y moverse tantas virtudes de la mente y del alma, que no se sabe si es más fuerte la admiración hacia quien encarnó tanta calidad en

(*) Conferencia sustentada en la Casa de la Cultura Ecuatoriana, en el acto organizado por la Institución y la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central, en homenaje a Don Andrés Bello.

humana figura, o el menosprecio, un desusado, sincero, y humildísimo menosprecio por nuestra mediocridad y por ese imperdonable ocio con el que vamos pasando por la vida.

Qué llena, qué prodigiosamente llena, útil y fecunda, en cambio, la existencia de don Andrés.

Pido se me perdona, si, para conmemorar los cien años de su muerte quiera yo conducirles a través de los ochenta y cuatro de su vida, aunque con mano torpe y con palabra deslucida y, sin duda alguna, pobremente documentada, y aunque a saltos sea. Es que es tan ejemplar, bello y jugoso su tránsito en el mundo, y, lo confieso, lo he conocido recién en sus precisos detalles, que, aún apartándome de mi plan inicial, me ha parecido que los apuntes biográficos de Bello no deben ser desconocidos por ningún ecuatoriano, digo mejor, por ningún americano y, como una cartilla cívica del hombre de hispanoamérica, a la manera de ese cristalino opúsculo de Lucy Pérez Luciani, elaborado amorosamente para divulgación popular en Venezuela, enseñar a todos la vida de este varón ejemplar.

Allá en el solar caraqueño del Catuche, el Guayre y el Anauco, en que el Arbol del Buen Pastor, el Samán inolvidado y único, completaba el escenario pintoresco, hay una casa marcada con el N^o 35 en el Norte 2, en la esquina sur que forma el callejón de las Mercedes: allí nació Andrés de Jesús María y José Bello y López, primogénito de don Bartolomé y de doña Ana Antonia. Probablemente la fábrica actual de la casa no es la misma que la original a la fecha de aquel nacimiento —29 de noviembre de 1781— pues, se dice que fue destruida y restaurada a consecuencia del terrible terremoto que conmovió a Caracas en 1812.

Don Bartolomé, como abogado de la Audiencia de Caracas, mantenía sin privaciones su hogar; pero su renta no permitía holguras, si, a partir del primero, fueron siete más los hijos de su estirpe, ni tampoco pedía demasiado un nú-

cleo familiar austero como el suyo, hecho en el ambiente caraqueño de la época, de costumbres sencillas e intensa religiosidad, y con progenitores de bellas virtudes caseras.

Dióle la madre a Andrés, aparte de delicada intimidad, una suave calidad soñadora que la ejercitará éste entre un acendrado misticismo y una precoz pasión por la naturaleza. Muy cerca tenía, por lo demás, refugios para sus predilecciones. Frontero a su casa, el viejo convento de los Capuchinos Mercedarios le dio sus primeros amigos en los frailes bondadosos que se placían en la vivacidad e inesperada hondura intelectual del párvulo vecino. Allí estaba, cercana también, la bella y vieja naturaleza, siempre lista a ser descubierta y amada, y los signos precisos de un riachuelo, de un árbol o de un horizonte, a cuyo grato albergue invitaba al pequeño para abrirle sus gracias e iniciarle en su contemplación meditativa y en esas misteriosas emociones que más tarde brotarían en bellísimos versos.

Reflexivo y serio, corrió los primeros años de razón en manso tránsito; pero apuntaba ya su vocación, se diría mejor, su profesión, su entrañable y fundamental profesión: la lectura. Y era sorprendente mirar al infantil caraqueño, sin quiebra ni extravío de su normal psicología de niño, en ávida y ya incontenible dedicación a los libros. Y en edad escolar aún, ya había descubierto a Calderón de la Barca en el encuentro casual de "La vida es sueño" y "No hay burlas con el Amor". Y el libro se hizo con él, profunda y definitivamente; a tal medida que le acompañaba al paseo y a la mesa, contando a la postre, luego de iniciales regaños, con la amorosa y discreta complicidad materna, al comentar con el niño los pasajes leídos.

Pese a que, con relación a Inglaterra y a Chile, el lapso más corto de su vida útil lo pasó en Caracas, los claros veneros de la genialidad asombrosa de su obra debemos encontrar en su ciudad natal. Esos hilos sutiles que conduje-

ron a los cauces inmensos, de sus años mozos arrancaron, no sólo porque los valores esenciales ya eran en él, sino porque los nutrientes y la misma elaboración prima de esa fabulosa urdimbre de sabiduría que se tradujera en la obra de sus años maduros, se hicieron en ese acopio precoz, constante, intenso, vocacional, sistematizado ya, de su formación caraqueña.

Los tramos del adolescente cuentan e interesan más por lo anecdótico que por lo sorprendente, dada su extraordinaria capacidad. Tenía que ser y fue sobresaliente en el término neto. Y allá, ante sus éxitos, un hermano de su madre, Fray Ambrosio López, consiguió de este don Bartolomé Bello, su progenitor, que tan curiosas reacciones tuvo en su haber y algunas de las cuales inspiró a su hijo, como la aversión hacia la abogacía, que éste tomase clases particulares, para aprovechar de sus excepcionales disposiciones, fuera del ritmo reglamentario de la enseñanza escolar. Y aparece en la vida de Bello uno de los factores de su extraordinaria formación: el fraile Mercedario Cristóbal de Quesada, uno de esos frailes del Convento vecino, que había mal gustado la vida en una aventura fracasada que le llevó, colgando los hábitos en un trance que le resultó precario, a trajinar en Colombia el supuesto nombre de Carlos Sucre y una personalidad ficticia, que sólo le duraron hasta que, confirmando la repetida experiencia de que el mundo es pequeño, alguien identificóle como Fray Cristóbal de Quesada.

Fallida la veleidad viajera, retornó, arrepentida y mansamente, la notable calidad de Fray Cristóbal a refugiarse en el albergue de su real predilección, la biblioteca del Convento; sabio y estudioso, abnegado y bondadoso, más que por la experiencia trunca, por natural inclinación, el fraile de Quesada complació su vocación de maestro y preclaro latinista en este Andrés que, tan raramente dotado, se le

presentara. Y se asevera que, con tanta diferencia de edad, preparación y experiencia, nunca fue tan extraordinario este bien llevarse y entenderse entre profesor y alumno, ni tan nutrido y aprovechado el caudal que llegó el uno a traspasar al otro, en gramática castellana y latina, y aún en literatura clásica.

Andrés, el niño, ya iba por el prolijo y hondo acopio de material humanístico que, años después nos diera a don Andrés el Sabio. Tan fuerte andaba el mozo en los latines que por el año 1.796, a la muerte de su primer gran forjador, el frustrado Juan de Sucre, el alias del dé Quezada, al ingresar al Colegio de Santa Rosa —andaba a la sazón por los 15 años—, pudo ir a la cuarta clase de latín, curso que tenía que seguir para variar sus estudios privados y poder ingresar a lo que ya apuntaba como otra de sus inclinaciones, el curso de filosofía.

Y en crédito del Caracas de esa hora y de una nueva y feliz coincidencia, el Director de dicho curso, el Profesor Montenegro, es otro latinista de fuste; se dice que el primero de su tiempo. Y ocurre lo que era de esperarse: la duda inicial acerca de la preparación del novato, el aislamiento a que le condenaran sus compañeros, la tranquila capacidad del privado, el entusiasmo del docente que hace de Andre-sillo su preferido y el éxito abrumador en las pruebas finales, que acapara los dos mayores galardones ofrecidos oficialmente al más elocuente y al mejor traductor. Es tal la calidad del joven latinista que se llega a considerarle como el émulo de Montenegro, su Maestro.

Tenemos ahora a Bello iniciando lo que sin duda fue su mayor complacencia, su profesión preferida, el recurso en sus angustias económicas, la actividad más larga, amorosa y provechosamente ejercida en esa su fecunda y bella vida, y lo que, a fuerza de mi inmerecida condición de ofi-ciante de una Cátedra Universitaria, despierta mi admira-

ción más poderosa, aún por encima de las otras excelencias de don Andrés Bello, aún por encima de su prestigio como autor del Código Civil: el Magisterio. Lo inicia en mérito a la fama que había conseguido como latinista. Varias familias de la alta sociedad caraqueña confiaron al joven estudiante para dar clases privadas a sus hijos. Un condiscípulo suyo de la época del Colegio de Santa Rosa, José Ignacio Ustáriz, rico y de alta alcurnia, le introdujo en el ambiente aristocrático de Caracas, en el que el joven Bello supo desenvolverse airoosamente, y, desde entonces, la suavidad y sencillez de su carácter y maneras le permiten rodearse de amigos, a los que mueve tanto el afecto como la admiración hacia el adolescente.

Por esa época, entra en contacto con Bolívar, el futuro Libertador de América, a quien da clases, no obstante llevarle, apenas, con dos años de edad. Compone y recita poesías y diserta sobre mil y un temas, en el cenáculo íntimo que se ha formado en su torno. Y con muy poco éxito deportivo, escala el monte de Avila —quedóse a la mitad del ascenso—, como acompañante del Barón Alejandro de Humbolt, que luego visitara el Ecuador, y con quien hizo una rara amistad, en la que la ya sorprendente preparación y calidad de Bello salvaba la diferencia de edades.

Es de rigor anotar, por lo increíble, que el pasmoso jurista que realizara en materia de derecho una de las labores más monumentales que persona alguna pudo haber hecho, no fue abogado. Cuando a los 18 años terminó sus cursos de filosofía y obtuvo el título de Bachiller en Artes, como entonces se lo llamaba, ingresó, en verdad, a la Universidad para seguir medicina y, probablemente, también derecho; pero tuvo que abandonarla muy pronto para buscar una actividad remunerativa que le permitiese dar la ayuda económica que su familia necesitaba.

Por otro lado, don Bartolomé, abogado del Rey, lejos

de invitar o consentir que su primogénito, tan extraordinariamente dotado y preparado, siguiese su misma carrera, solía prevenirle que le dejaría en libertad de elegir cualquier carrera, menos la de abogado. Y quien sabe si a esta curiosa terquedad paterna América le debe a Bello como legislador lo que, acaso no lo hubiera obtenido del abogado en ejercicio.

Hacia 1.802 Bello era Oficial Segundo de la Gobernación bajo la Jefatura del español don Manuel Guevara y Vasconcelos. Como fuera el destino de gran parte de su castigada vida, ahí está ya el hombre eficaz e impecable, relegado siempre a segundón, tomando sobre sus hombros —como lo va a ser en casi toda su vida—, la labor y la responsabilidad del jefe, con la mísera paga del subalterno, pero con esa dedicación, esa mansedumbre y esa incansable capacidad de trabajo que le permitía organizar y despachar con eficiencia desconocida la tarea administrativa y proseguir, por su cuenta, los estudios más intensos y variados. Se sabe que desde entonces ya eran su gran afición las investigaciones sobre gramática española, seguía perfeccionándose en gramática latina y literatura clásica, y aprendió por su cuenta francés e inglés.

En esos años se señala el único romance que le encuentran sus biógrafos en Venezuela, cuando en breves vacaciones se refugiaba en Cumaná —por entonces, allí residían don Bartolomé y los suyos—. Fueron amores tranquilos, que acaso hubiesen sido sacramentalmente culminados, con la dulce y hermosa María Josefa Sucre, cercana parienta —hermana según algunos— de Antonio José, el otro héroe de América; mas la muerte de la doncella truncó el idilio, y trocose, a no dudarlo, el destino del hombre y de su obra.

En 1.805, muere don Bartolomé Bello, y el mayor de los hijos asume, con abnegación y bondad, la jefatura de la familia.

América, entretanto andaba en los últimos tramos del coloniaje. Miranda, el Precursor, tras dos frustrados intentos libertarios de invasión a su tierra nativa, fue declarado fuera de ley, cruelmente perseguido, y puesta su cabeza a precio; viéndose obligado a refugiarse en Londres, y a rumiar su desencanto, en espera de mejores días para su Patria.

En España, por su lado la arrolladora ambición napoleónica, había conseguido la abdicación de Carlos IV en favor de Fernando, su hijo, y la cesión del trono por parte de éste al intruso, José Bonaparte, hermano del Emperador. Conocidas, indirecta y tardíamente, estas novedades en Caracas; conocimiento en el que, como era ya costumbre, Bello tenía que intervenir, ya como traductor del periódico inglés "Times" o ya como traductor de los comunicados franceses, estos últimos en el sentido de que el Distrito de Venezuela reconozca al lugarteniente de Bonaparte. Aun cuando el temor del Gobernador encargado le incitaba a someterse al nuevo Gobierno, el pueblo caraqueño exigía la proclamación del Rey Fernando VII, no obstante su cautividad; y lo hacía con tal vehemencia que el representante español, mal de su grado, tuvo que hacerlo.

Simón Bolívar, hacia 1807, ya había retornado de Europa; y Bello vuelve a relacionarse con él en salones y banquetes, y nuevamente sorprende al futuro libertador con sus talentos humanísticos, leyendo traducciones de la Eneida y de obras de Voltaire.

La Junta Suprema de Venezuela que se instauró en el país a raíz de la revolución del 19 de abril de 1810, si bien pretendía aparecer leal con los derechos de Fernando VII, temía que pudiera tomarse, como era en realidad, como un movimiento hostil hacia España; pero igualmente temía que el Gobierno de Francia tomase represalias por el tratamiento que en Caracas se había dado a los enviados franceses, en calidad de representantes del nuevo monarca Bonaparte.

Resolvióse, entoncés, enviar una comisión a Londres, para que en una tinsosa gestión diplomática, se hiciese conocer a la Corte Inglesa la constitución de la Junta Suprema, y, en el fondo, gestionar su mediación para prevenir una agresión a Venezuela por partes de España o de Francia.



Formando parte de esta comisión, Andrés Bello abandona por primera vez su tierra nativa, sin sospechar que nunca más volvería a ella. La comisión, integrada por Simón Bolívar, Luis López Méndez, y Bello como Secretario, partió a Londres en el año de 1810.

Por razones de la astuta política británica, la comisión diplomática en Venezuela (la denominación oficial era la de "diputados de la Suprema Junta Gubernativa establecida en Caracas, ante su Majestad Británica") no fue recibida oficialmente, sino en la residencia particular del Secretario de Estado. Repitiéronse las entrevistas y, finalmente, Inglaterra, advirtiéndole que tarde o temprano América conseguiría su independencia, y que no convenía enemistarse con quienes, en el futuro, favorecerían con seguridad el comercio inglés, parece que, dentro del maquiavelismo con que se llevaron las negociaciones, se comprometió a dar protección marítima contra Francia mas no contra España, sugiriendo, al contrario, una reconciliación con el Gobierno español, para cuyo efecto ofrecía su mediación. Entre tanto, oficial y socialmente, la comisión fue objeto de extraordinarios agasajos y atenciones. Finalmente, Bolívar, dando por terminada la misión, retornó a Caracas en septiembre de 1810; López Méndez y Bello quedaron en Londres; ya no en el lujoso hotel en el que inicialmente fueron hospedados; y obligados a valerse, en el ambiente londinense, con la moderadísima renta que les venía tardía e irregularmente de Caracas. Fue

muy precaria la situación económica de los venezolanos, pues, si bien López Méndez poseía una cuantiosa fortuna, la perdió generosamente en la causa de la emancipación de Venezuela, a tal extremo que no por menos de siete veces fue reducido a prisión por deudas. Bello también tuvo las suyas, como lo comentaba él mismo, festivamente, con sastre y zapatero. A pesar de que seguía percibiendo sueldo de Caracas, era éste tan reducido, que ni la forma sencilla y ordenada, y, aún más, severa, de vida que llevó siempre, permitíale librarse de las situaciones de orden económico que le asediaron con tanta frecuencia.

Por esta razón, y por su incontenible vocación, volvió don Andrés a dar clases particulares de latín y de castellano. No podía el insaciable, además, interrumpir la intensa formación cultural que se había propuesto o, mejor dicho, que su mente y su espíritu le exigían y la prosiguió con la misma abrumadora dedicación y variedad con que ya se había iniciado en Caracas y que, ahora, iba a tener alcances prodigiosos.

Se sabe que, a poco de la llegada de la comisión a Londres, Bello ya tuvo a su disposición la magnífica biblioteca de Miranda. Qué de interminables y fecundísimas visitas debió realizar el gran lector a esta biblioteca y a ese otro refugio incomparable que encontró en Londres, el Museo Británico, para poder explicarse la densísima labor cultural en literatura, en idiomas, en ciencias médicas y naturales, en el magisterio, y aún en el periodismo. Para leer a los clásicos helenos en su idioma original, aprendió el griego. Y las horas regulares del día atendía el cargo de Secretario de la Legación de Caracas cubriendo todo el despacho administrativo y diplomático que competía al Jefe de la Embajada.

Llevaba cuatro años de estadía en Londres cuando contrajo matrimonio con la dama inglesa María Ana Boyland,

y con ello aumentaron las penurias del colosal humanista, y perurgido por estrecheces económicas, y creyendo mejorar con el cambio ofrece sus servicios al Gobierno de Nueva Granada, que tenía su sede en Tunja, pero se cree que la carta, incautada por los españoles, no llegó a su destino.

Desesperado, por la falta de contestación, se dirige, entonces, al Gobierno de Buenos Aires, y se acepta su ofrecimiento en una nota muy elogiosa, indicándole al caraqueño que se había instruido al representante de ese Gobierno en Londres para que le proporcione los auxilios necesarios para transportarse "a estos países, donde hallará usted, le dicen, la hospitalidad digna de los distinguidos servicios que usted ha prestado a la más justa de las causas". Curiosos caprichos del destino! Cuál habría sido la suerte de Bello y cuál la orientación de su obra, si aceptando la hospitalidad brindada, hubiese partido a la Argentina? Mas es lo cierto que un célebre canónigo y escritor español, convertido al anglicanismo, José María Blanco White, que había hecho amistad con Bello en reuniones literarias, y a quien aquel había brindado en muchas ocasiones las columnas del periódico mensual que, con el nombre de "El Español", se publicaba en Londres, y buscó siempre la forma de ayudar al gran venezolano, se opuso al viaje de su amigo a la Argentina. Consíguele en cambio, en condiciones excepcionalmente ventajosas, que contratara sus servicios con Mr. Hamilton, Ministro de Estado Encargado de los Negocios en la India, como profesor y ayo de sus hijos que iban a ingresar en la Universidad.

Tiempos fueron éstos de holgura económica para Bello, pero no debían durar mucho. Doña Ana María enfermó gravemente, y a poco falleció dejando dos pequeños hijos. Por cierto, años después contrajo un segundo matrimonio; la nueva esposa era una dama igualmente inglesa y llamaba Antonia Isabel Dunn.

Hasta tanto ya había terminado su contrato con Mr. Hamilton, y vióse en el caso de ejercer nuevamente el Magisterio, para sobrevivir con su familia que iba aumentando de número. No se puede dejar de consignar, con cierta lejana y emocionada inconformidad, y admiración, además, que, según sus biógrafos relatan, muchas tardes, en sus tantas visitas, llevaba consigo a sus hijos al Museo Británico para que, a la vez que se instruían, pudiesen abrigarse al calor de la estufa que tenía el hall...

Tranquilo, digno y sobrio en todos los aspectos de su existencia, si era fácil para la amistad, no lo era para la intimidad ni las efusiones, y tuvo para su vida íntima tal recato que no le han encontrado sus historiadores, no se diga pie para la hablilla picaresca o anecdótica, pero ni siquiera referencias precisas relacionadas con sus cónyuges ni con otros aspectos de su vida familiar y afectiva. Sábese, eso sí, que cultivó profunda amistad con nuestro vate ecuatoriano José Joaquín Olmedo, a tal grado que llegaron a ser compadres.

Asimismo, allá por el 1820, en una reunión de americanos en casa del representante colombiano Dr. Francisco Zea, llegaron a conocerse Bello y uno de los personajes más pintorescos que se cruzara en su vida, don Antonio José de Irisarri, que no obstante su nacionalidad guatemalteca, llegó a Londres como representante del Gobierno de Chile. Era el mentado, hombre de raras dotes, emprendedor, financista avisado, mujeriego y sabio gozador de la vida; inteligente, culto, cáustico y observador profundo; y si podía prescindir de los escrúpulos cuando obstaculizaban demasiado sus complacencias o sus ambiciones siempre en alerta, lo hacía sin dolor, con elegancia y gracejo; pero sabía, además, reconocer los valores, si los había, y dar su admiración y su amistad, leal y limpiamente. Y esto lo hizo con don Andrés. A poco de conocerle, encontró tanta calidad y valía en el eximio olvidado, que no pudo ocultar su enorme e inme-

diata impresión en una carta que escribiera a un amigo dando cuenta de su encuentro con Bello. A partir de entonces, cada contacto de los dos americanos le llevaría a Irisarri, pese a la esencial diferencia de sus personalidades, a cimentar y a testimoniar su admiración y la más generosa y útil amistad que en los durísimos años de su vida en Londres pudo disfrutar don Andrés.

En cambio, es penoso, con perdón de los bolivarianos pero con auspicio de la verdad histórica, que al tener que amar, como no puede ser de otro modo, a don Andrés el Sabio, haya que desamarse un tanto a Simón Bolívar el Libertador. Si bien el profesorado de aquél le valió, muchos años después, y ya en Santiago, un discípulo chileno, Miguel Luis Amunátegui, su más entrañable, valioso y leal biógrafo, no cuenta para el caso, sólo la coincidencia de que como dijose ya, Andrés, no obstante la corta diferencia de edades, fue profesor de Simón, en sus años mozos de Caracas; cuenta también que Bolívar fue compañero de Bello en la misión diplomática que con López Méndez cumplieran en Londres; que se encontraron en reuniones sociales y literarias en las que el genio de Bello impresionó al fino héroe caraqueño; que en años posteriores sirvióle Bello como agente en ciertos negocios meneros; y que sabía el compatriota de la angustiada penuria en que se debatía el humanista fuera de su tierra. Sin embargo, cuando estaba en sus manos y le era tan fácil premiar con categoría y remuneración justicieras un mérito indiscutible, no sólo no le elevó su rango, dejando a Bello olvidado definitivamente de Secretario de Legación en Londres, sino que, aún más, se le desconoció el aumento de sueldo que se había acordado para los funcionarios diplomáticos. Por ello, bien pudo don Andrés escribirle a su, pese a esta dolorosa falla, genial compatriota, lo siguiente: "Vuestra Excelencia me conoce, y sabe que un sórdido interés no ha sido nunca móvil de mis operaciones. Si yo hu-

biera jamás puesto en balanza mis deberes con esa especie de consideraciones, estuviera hoy nadando en dinero, como lo están muchos que han tenido acceso a la Legación de Colombia, desde hace más de seis años a esta parte, y no me hallaría reducido a mi sueldo para alimentar a mi familia. Estoy ya a las puertas de la vejez y no veo otra perspectiva que la de legar a mis hijos por herencia la mendicidad”.

Cuanto, en cambio, y con cuanta razón, por lo demás, admiraba el humanista al héroe, tanto que cansado de ello el incomparable Irisarri, y sin vena ni motivo de perdonador, suelta su lengua y le dice a Bello algo que, salvando la irreverencia, es el elogio más hermoso que se pudo hacer a su valía: “Usted, le dice, podrá ser todo lo amigo que quiera del General Bolívar, proclamándose su partidario, pero yo, sin ser ni lo uno ni lo otro, sin tener de ese individuo otro conocimiento que sus hazañas, no puedo entenderle tan grande cuando no sabe aprovecharse de hombres como usted”.

Este mismo Irisarri, Ministro de Chile en Londres, como ya contamos, llevó a su amigo como Secretario de esa Embajada, y luego le aumentó la asignación creando el cargo de Comisario, y en respetuosa camaradería literaria, obtuvo su colaboración en “El Censor Americano”.

Aun cuando don Andrés —enorme y laboriosa humildad de los realmente grandes— siguió estudiando infatigablemente hasta el fin de su maravillosa vida, es en su etapa londinense en donde tomó plena madurez su formación, inclusive en aquellos aspectos, como el del gramático y el del legislador, cuyos frutos los rindiera años después en Chile.

Dice don Pedro Lira Urquieta en su magistral estudio sobre don Andrés Bello: “gran parte de los materiales que iba a utilizar en las obras capitales que publicaría en Chile, fueron recogidos en Londres”.

Con el granadino García del Río sacó a luz la “Bibliote-

ca Americana" en la que publicó varias de sus producciones, y el célebre "Repertorio Americano" que alcanzó gran renombre no sólo en Inglaterra sino en España y América. Ahí, justamente, publicó su magnífico poema "Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida", poema que por si solo hubiese sido suficiente para inmortalizar su nombre, y que don Marcelino Menéndez y Pelayo lo catalogara entre los más bellos de la lengua castellana. Esta famosa oda formaba parte de un extensísimo poema intitulado "América", que no llegó a terminarlo.

Fue en Londres, igualmente, donde empezó el gigantesco estudio y las anotaciones sobre el Poema del Mío Cid, que debió ocupar 50 años de su vida. En la misma etapa realizó estudios de parecida índole respecto de la antigua "Crónica de Turpín" y del poema italiano Orlando Innamorato.

Si esto era parte de su actividad literaria, la administrativa se le presentaba siempre subordinada, mal pagada e inestable. Irisarri que en su inquieta ambición de financista andaba envuelto en negocios, dejó el trabajo de Legación en manos de Bello; pero a consecuencia de un empréstito que gestionó para el Gobierno de Chile, se consiguió dificultades con éste a tal extremo que, luego de la renuncia de O'Higgins, el nuevo Gobierno le destituyó, reemplazándole con don Mariano Egaña, ilustre y acaudalado jurisconsulto chileno. El guatemalteco, a quien parece que no venían bien las cuentas que debía rendir ante el nuevo diplomático, urdió una de sus tretas y envió al encuentro de Egaña a un emisario suyo, Antonio Gutiérrez Moreno, con el encargo de averiguar las instrucciones que aquél traía de su Gobierno. El avisado emisario, no pudiendo enterarse en otra forma, lo consiguió, en limpio estilo Irisarri, apoderándose por varias horas del equipaje de Egaña y revisando cuanto documento oficial portaba el viajero.

Con todos estos antecedentes, en los primeros contactos en Londres del nuevo Embajador con el Secretario del anterior, hubo una prevenida desconfianza que, para bien de ambos solo duró el tiempo debido para que la calidad humana e intelectual del venezolano y su probada eficiencia oficinesca, condujeran al chileno, no obstante su hostilidad hacia Irisarri, y luego de un incidente que estuvo a punto de romper toda relación entre los dos, a brindar a Bello no sólo su confianza sino un afecto y una adhesión que, a partir de entonces, lo testimoniara en todo momento y latitud.

A continuación del pasajero rompimiento con Egaña, pasó Bello a servir en la Legación de Colombia presidida por don Juan Manuel Hurtado, hombre terco y difícil que no lo supo entender ni apreciar. Sumábase a este desacuerdo personal la invariable exigüidad de la renta que le había asignado al impecable funcionario y que por mucho tiempo ni siquiera le fue pagado. Se cuenta que para subsistir se vio forzado a vender joyas de su esposa y que con su producto hizo inclusive adelantos de dinero a sus compañeros de trabajo, por cuenta de sus sueldos.

En reemplazo de Hurtado, y cuando era de esperarse que ya en esta vez fuese designado para el cargo el sapientísimo y discreto diplomático que tantos años había ejercido la Secretaría de la Legación, fue llevado de París el nuevo Embajador, el escritor José Fernández Madrid. Este sí fue amistoso y gentil con don Andrés; le brindó su afecto, le abrió su casa y compartieron gratas actividades literarias. Pero no pudo evitar la nueva y de todo punto inexplicable ofensa inferida al gran caraqueño; acordado un aumento proporcional de sueldos a todos los funcionarios diplomáticos, se le excluyó a Bello de este beneficio, dando lugar a premiosos reclamos de éste, oficiales y privados, y a la carta dirigida a Simón Bolívar, que conocimos ya. Originó también una tardía comunicación de reconocimiento del Libertador

que, en carta dirigida a Fernández Madrid, dice: "últimamente se le han mandado tres mil pesos a Bello para que pase a Francia, y yo ruego a usted encarecidamente que no deje perder a ese ilustrado amigo mío en el país de la anarquía (se refería a Chile). Persuada usted a Bello que lo menos malo que tiene la América es Colombia; y que si quiere ser empleado en este país, que lo diga, y se le dará un buen destino. Su patria debe ser preferida a todo y él digno de ocupar un puesto muy importante en ella. Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío. Fue mi maestro, cuando teníamos la misma edad, y yo le amaba con respeto. Su esquivéz nos ha tenido separados en cierto modo. Y, por lo mismo, deseo reconciliarme, es decir, ganarlo para Colombia".

Pero si bien el viaje de Bello a Chile no le perdió para Colombia sino que le ganó para América, de todos modos el reconocimiento y la reparación llegaron muy tarde. Cansado de intentar el retorno a su patria en condiciones decorosas, o de la imposibilidad de continuar en Inglaterra con el rango y la retribución que le dieran algún desahogo económico, había decidido ir a algún otro país americano. Y por gestión del mismo Ministro Egaña ante el Gobierno de Chile para que se contratasen los servicios de Andrés Bello, abandonó éste la ciudad de Londres el 14 de febrero de 1.829, después de 19 años de vida londinense.

En junio de 1.829, desembarcaba don Andrés en Valparaíso, entrando en la tierra que iba a ser su patria adoptiva, durante la Presidencia del General Pinto. Le acompañaban su segunda esposa y seis hijos, dos de ellos del primer matrimonio. En su exiguo equipaje, cuentan más sus libros y papeles. Más tarde instalóse en Santiago, en las vecindades de la casa que ocupara y adquiriera años después, en la calle Catedral señalada con el número 100 en la que vivió hasta su fallecimiento.

Aunque nunca desempeñó este cargo, recibió el nombramiento de Oficial Mayor Auxiliar en el Ministerio de Hacienda; en realidad ejercía las funciones de Secretario y Consultor en el Ministerio de Relaciones Exteriores; y fue solamente en 1834 cuando ocupó oficialmente dicho cargo.

Fue en realidad Andrés Bello quien redactó todas las notas, todos los tratados y los documentos importantes que se tramitaron durante su vida en Chile.

Muy pronto reinició en Santiago su actividad docente. Comenzó sus enseñanzas en el Colegio de Santiago, mas no pudo someterse a los planes, reglamentos y métodos imperantes, por lo cual abrió en su casa un curso privado para la enseñanza de Humanidades y Derecho. Las recomendaciones de don Mariano Egaña le permitieron entrar fácilmente en los mejores círculos sociales santiaguinos.

El nivel general de la instrucción y de la cultura era sencillamente bajo en Chile al arribo del caraqueño. Consiguó entonces, planificar con el más amplio y moderno concepto el sistema educacional de ese país; y en forma lenta y organizada fue elaborando su sistema, dándole una universalidad tan múltiple y novedosa, que sorprende pueda haber sido concebida e implantada en época y condiciones tan difíciles. Abarcaba un complejo y realístico plan de letras y ciencias, combinando lo humanístico con lo práctico y necesario dentro de un variado panorama profesional científico.

Sus clases privadas alcanzaron tal acogida y éxito, que tres años después agregó a su curso el latín y el derecho romano. Para facilitar la enseñanza, compuso varios textos; inicialmente no le dio importancia, tomándolos sólo como parte de sus recursos docentes. Más conocidos en el exterior, merecieron tales elogios que quedaron como verdaderos manuales de consulta. Así, "Las Instituciones de Derecho Romano", según el método de Heinecio, "Principios del De-

recho de Gentes" que fue acogido en el país y en América con extraordinario entusiasmo, ya por la necesidad que llenaba, ya por la perfección y claridad de su estilo. Publicó una segunda edición aumentada con el título de "Principios de Derecho Internacional". Fue traducida al francés y al alemán.

Contestando a críticas y ataques aparecidos en "El Valdiviano Federal", por su enseñanza del latín y del derecho romano, hace en un artículo la defensa de éste: "el jurisconsulto tiene que aplicar las leyes a todos los negocios de la vida; le es necesaria, por consiguiente, una exacta clasificación de todos ellos; y como el número de leyes es siempre infinitamente menor que el de los casos, y estos varían infinito entre sí, sin un hilo que les conduzca por este intrincado laberinto, está siempre en peligro de tropezar y de perderse a cada paso. Ahora bien, el derecho romano, fuente de la legislación española que nos rige, es su mejor comentario; en él han bebido todos nuestros comentadores y glosadores; a él recurren para elucidar lo obscuro y restringir esta disposición, ampliar aquellas, y establecer entre todos la debida armonía. Los que la miran como una legislación extranjera, son ellos mismos extranjeros en la nuestra".

La sabiduría, discreción y bondad de Bello le permitieron sortear satisfactoriamente los brotes que una explicable emulación oponía a sus extraordinarios proyectos. Ventajosamente contó desde el principio con la profunda estimación del Ministro Portales cuyo genio político le había dado gran influencia gubernativa. Célebre por su mordacidad, estimó en tan alto grado la gran clase de Bello que, lejos de zaherirle con sus acostumbrados apodos, le llamó "Padre Maestro", y en gracia al parentesco espiritual que realmente concertaron, decía con frecuencia "Compadre Bello".

Resolvió el Gobierno fundar el periódico "El Araucano"

en 1830, y Bello se encargó de su redacción literaria y científica. Desde esta fecha hasta 1853 escribió regularmente en este periódico y en él se encuentra la mayor parte de sus artículos literarios, científicos, críticos y jurídicos.

No obstante (la liberal) acogida que por largo tiempo habían tenido los americanos de otros países en Chile —porque el caso de Bello no fue el único— terminó por imponerse el nacionalismo mantenido por el Ministro Portales. Hubo, por ello, que cursarse una ley que otorgó la nacionalidad chilena a Bello. Fue sólo entonces que pudo entrar en el Senado. Desde el primer momento fue la figura más destacada en las Cámaras Legislativas como autor o inspirador de proyectos de leyes.

Sus obras gramaticales y filológicas son de un valor incalculable. Empezó por publicar "Principios de Ontología y Métrica de la lengua castellana", de tal mérito que fue aprobado y acogido por la Real Academia Española. Luego apareció "Análisis Ideológico de los Tiempos de la Conjugación Castellana" y, finalmente, su obra monumental para la que venía preparándose desde Londres, la "Gramática de la Lengua Castellana", que según él mismo lo concibiera era la manera de unir por el cultivo correcto del idioma a todos los pueblos de América.

El sistema que empleó, dice textualmente don Pedro Lira, "fue el mismo que iba a utilizar poco después para redactar el Código Civil Chileno. Comenzó por reunir el material de consulta más variado: desde los textos aristotélicos y platónicos que tratan del lenguaje, hasta las últimas obras de Salvá y de la Academia, sin olvidar a Prisciliano y a Cicerón, a Garcés, a Condillac y a Destutt-Tracy, para citar sólo a los grandes. Fue juntando después los ejemplos y citas que encontró en algunas viejas recopilaciones especiales, y las que descubrió en sus vastas lecturas". "La reunión de tantos materiales útiles no podía bastar para componer una

obra original. Era menester fundir ese material al calor de una idea directriz que consiguiera la unidad de la obra. Esta idea fue la de tratar el castellano independientemente del latín, darle a la lengua su necesaria autonomía”.

Bello escribió también un “Compendio de la Historia de la Literatura”.

Existía en Chile la Universidad de San Felipe, de viejos lauros, pero que a la sazón no mantenía cursos, limitándose a conferir títulos académicos; uno de ellos lo obtuvo Bello como Bachiller en Leyes; pero nada justificaba su existencia, por lo cual por un Decreto Ejecutivo, se declaró extinguido (esto es textual) “el establecimiento literario conocido con el nombre de Universidad de San Felipe”. Según declaración del entonces Ministro Montt, que más tarde sería Presidente de la República y que tan notable intervención tuvo en la expedición del Código Civil, el plan de organización de la nueva Universidad fue preparado por Bello, quien, además, elaboró casi en su totalidad, la Ley Orgánica.

Por ley de 1842 se creó la Universidad de Chile; un año después, y con motivo de las fiestas patrias, tuvo lugar su inauguración solemne. Don Andrés que tanto había trabajado por ella, sorteando con esa prudencia que puso en todas sus obras y actuaciones, la oposición y celos de los miembros de la extinguida Universidad, consiguiendo que la mayor parte de ellos formasen el cuerpo docente y directivo del nuevo establecimiento, fue nombrado su primer Rector. Concurrieron a la inauguración el Presidente de la República y un nutrido séquito oficial. Luego del Ministro Montt, ocupó la tribuna el novísimo Rector, en medio de la más rendida aclamación. El discurso que pronunció, en ese estilo suyo impecable y profundo, se cuenta entre las obras maestras de Bello, se debe decir entre los mejores discursos que pudo producir persona alguna acerca del papel de la

Universidad en el mundo. Contiene tales reflexiones y conceptos que, a pesar de haber sido elaborado para el ambiente de una República en formación y hace mucho más de un siglo, podría pronunciárselo ahora como la mejor expresión de la misión de la Universidad Moderna. Alguien dijo de esa pieza incomparable: "resonó en el Continente, siendo para él una gloria y para la civilización un triunfo".

Cabe señalarse que en la organización que se dio a la Universidad de Chile, estuvo a su cargo la instrucción pública de todo el país. Es la verdad que todo el problema de la educación nacional de Chile y todas las soluciones dadas a éste mientras Bello fue Rector de la Universidad, fueron atendidas por él con amor, sabiduría y con una visión certísima de la universalidad de la educación. Nadie, ni quienes le envidiaban o le malquerían, pudieron desconocer la gigantesca y provechosa obra de Bello en el plan educacional de Chile. Este país supo pagarle en la justa moneda: cuatro veces fue reelegido como Rector por el claustro pleno de la Universidad, constituyéndose en su Rector vitalicio, pues, desempeñó el cargo desde su inauguración en 1843 hasta 1865, fecha de su muerte. Como en los últimos años de su noble y fecunda vejez perdiera el uso de sus piernas, el Consejo Universitario se reunía en su casa. Y en no repetido homenaje póstumo, la Universidad de Chile pidió al Congreso de la Nación la sanción de una ley "por la cual se declarase que debía guardarse vacante el cargo de Rector de la Universidad hasta que terminara el período legal por el que fue elegido el señor Bello". Y así se hizo. Hoy, la plácida figura de don Andrés se ha perpetuado en el bronce frente a la casa universitaria.



La sabiduría de Bello como hombre de Derecho se manifestó como tratadista y como legislador. Respecto de lo

primero, hemos mencionado ya los notables textos de Derecho Romano y de Derecho Internacional; y todas las notas y documentos importantes y tratados internacionales que se produjeron en la Cancillería de Chile en la época de Bello, que fueron redactados por él.

Dentro de nuestra vanidosa molicie, no se puede concebir cómo un hombre pudo desatar una actividad tan inverosímil y tan universal como este don Andrés el Sabio. Y aunque sea de paso, y porque viene al cuento, he de apuntar con una como complacencia de devoto que descubre un milagro desconocido que se suma a los prodigios de su santo favorito, que entre sus obras publicadas se cuenta un texto de "Cosmografía"...

Aparte de los textos de Derecho escribió numerosísimos artículos y memorias, muchos de ellos en las páginas de "El Araucano", y que, en parte, reunió después bajo el título de "Opúsculos Jurídicos". Su labor como legislador no se limitó a la elaboración de su máximo monumento el Código Civil Chileno. Desde sus primeros tiempos de legislador, redactó o inspiró todas las reformas legales que se realizaron en su patria adoptiva.

El Gobierno chileno estaba profundamente interesado en la formación de un Código Civil que le permitiese reglamentar y organizar los derechos civiles de sus habitantes, fuera de ese conglomerado defectuoso y caótico de leyes que había heredado de la Colonia. Llegó a señalar una cuantiosa remuneración para quien elaborase un proyecto de esa naturaleza.

Con esta finalidad, el Congreso de 1840 creó una "Comisión de Legislación del Congreso Nacional" integrada por cinco representantes, dos por el Senado y tres por Diputados. Entre los primeros constaban don Andrés Bello y don Martín Egaña, a quien ya conocimos en Londres; por

la Cámara Baja figuraban don Manuel Montt, don Ramón Luis Irarrázabal y don Juan Manuel Cobo.

En realidad se trataba de estudiar el proyecto que ya tenía preparado el jurista venezolano, quien, aunque sin encargo oficial, ya había tomado de su cuenta la elaboración de un proyecto del Código Civil, del cual, en 1833, tenía terminada una considerable parte.

La Comisión dio a luz el indicado proyecto con el objeto de provocar una libre, pública y provechosa discusión. La intervención de un esclarecido profesor, don Miguel María Güemes, con valiosísimas observaciones insertadas en el periódico oficial, permitió, como se dijo entonces, el debate jurídico más importante habido en Chile, pues, don Andrés, como autor del proyecto, adujo en la réplica, la razón y fundamentos de las disposiciones legales observadas, aceptando en ciertos casos las argumentaciones contrarias.

En 1841 se creó una "Junta Revisora", "la cual tenía la misión de informar acerca de los proyectos presentados", como decía textualmente la ley que la estableció. En definitiva, lo que se quería es que la mencionada Junta revise el proyecto de Bello y las observaciones hechas a éste y presente su trabajo al Congreso para que lo apruebe, con o sin modificaciones, y sea expedido el nuevo Código Civil.

Esta Junta Revisora, que tuvo idéntica composición que la comisión de legislación, o sea dos representantes del Senado y tres de Diputados, defraudó las esperanzas del país, pues, por diversas razones, no pudo adelantar en su labor.

Por esta razón, por ley del año 1845, expídese otra ley, disponiéndose la fusión de la comisión de legislación y de la Junta Revisora, y precaviéndose de las dificultades ocurridas con éstas, se dispuso que la comisión mixta pudiese funcionar hasta con tres de sus miembros.

En noviembre de 1846, la comisión mixta publicó un cuaderno del "Libro de la sucesión por causa de muerte";

y en agosto del año siguiente, el "Libro de los contratos y de las obligaciones convencionales"; parecía con esto que la nueva comisión hubiese llegado a completar su obra, pero transcurrieron los años, y hacia 1849 sus miembros dejaron de hecho de reunirse.

Vuelve, entonces Bello, que había actuado de Secretario de la última comisión, a emprender él solo el trabajo en el que había puesto toda su imponderable preparación y capacidad, hasta 1852. Para cada materia del proyecto hacía estudios especiales, y las fuentes, el material de su información, y la universalidad de sus estudios, unidos a los que en otras ramas ya se ha señalado, son tales que casi escapan a la capacidad normal de un hombre.

El régimen de la inscripción a que redujo a la propiedad raíz obtuvo de sus meditaciones de los primitivos códigos de Prusia y de Baviera y de interesantísimas leyes germanas. Del código austriaco y del código sardo encontró referencias inestimables para la constitución y ejercicio de la servidumbre de acueductos y de su valiosísimo régimen legal de aguas; consultó el código peruano y el célebre proyecto de García Goyena. Todo esto aparte del múltiple derecho español y del Código de Napoleón, y la montaña apreciadísima de sus notables expositores.

Con este material tomó su sabio eclecticismo, bajo una concepción central, unitaria y armónica, lo que encontraba de bueno en tan vastas y diversas fuentes, para hacer un régimen legal aplicable a las condiciones del país al que servía. Dice el señor Opaso que para su trabajo "necesitó consultar algunos códigos alemanes y estudiarlos con sus más sobresalientes expositores, y como ignoraba el idioma alemán se propuso aprenderlo, y en pocos meses de trabajo, auxiliado por sus grandes conocimientos, aprendió el alemán y se puso en aptitud de consultar los códigos y opiniones cuyas doctrinas quería conocer a fondo".

A fines de 1852 presentó concluido el proyecto del Código Civil, y el Gobierno lo hizo imprimir, apareciendo su publicación en los primeros meses de 1853.

Pero en este inmenso y accidentado proceso de elaboración del Código Civil, aún no había terminado la labor del legislador caraqueño. El 26 de octubre de 1852, y una vez que fuera presentado el proyecto, éste fue sometido a una nueva comisión revisora que debía elevar el informe definitivo al Congreso. La primera sesión de esta comisión se realizó por orden del Presidente de la República, el 20 de junio de 1853. El original presentado por Bello, dice textualmente el mensaje de 5 de diciembre de 1855, "fue modificado en su mayor parte por la comisión y ya en sus disposiciones de fondo, ya en su método, pero que muchas de las innovaciones que se observan en el último trabajo han sido propuestas por el mismo Bello, quien, redactando las propias y ajenas, e introduciéndolas en los pasajes correspondientes, a fin de conservar la unidad y la armonía del conjunto, se ha conquistado un nuevo título de la gratitud nacional".

Titánica labor e inquebrantable perseverancia las de este orfebre del Código Civil, que le llevó 25 años en elaborarlo.

Terminada la revisión, la comisión pasó el proyecto al Gobierno en los últimos meses de 1855, e impreso ya para conocimiento del Congreso Nacional, fue éste convocado por el Presidente de la República a sesiones extraordinarias para conocerlo.

Es interesante saber que el mismo detallado Mensaje del Ejecutivo al Congreso del 22 de noviembre de 1855, en que se expone el plan de la obra y se pide su aprobación, fue redactado por Bello.

Reunióse el Congreso extraordinario y entró a conocer lo que iba a dar como Código de los Derechos Civiles de sus conciudadanos. El Presidente del Senado don Diego

Benavente, salvó el problema previo relacionado con la forma en que debía actuar el Congreso al estudiar el proyecto para su expedición. Dijo: "discutir un proyecto de esta naturaleza es hacerle perder esa armonía esencial que debe guardar en todas sus partes, es emplear, quizá sin fruto alguno, un sinnúmero de años, y no arribar al resultado que se desea. El único y más prudente partido que encuentro, es prestar desde luego nuestro voto sin temor alguno" y agregó "que para ello se fundaba en que era la obra de un sabio que hace honor a Chile, en que está revisado por una comisión compuesta por los más aventajados jurisconsultos de nuestro suelo, y está presidida por el Presidente de la República el que, como el Emperador de los franceses en la discusión de sus códigos, asistía y tomaba parte en él".

La insinuación fue unánimemente aceptada, y se declaró aprobado el proyecto de Código Civil, estableciéndose que empezaría a regir desde el primero de enero de 1857.

El Ejecutivo sancionó el proyecto el 14 de diciembre de 1855.

Así culminó el proceso del Código Civil de América.

Y éste es el hombre que hace cien años, en un día como hoy, entregó su alma al Creador. Y éste es don Andrés el Sabio, a quien, para conmemorarlo, la Universidad Central del Ecuador rinde devota pleitesía.

COSTANZA DI CAPUA

**CONFERENCIA SUSTENTADA EN LA
CASA DE LA CULTURA EN HOMENAJE
A DANTE —1265 - 1965—**

Al tornar este año en el firmamento el signo de los Gemelos, se cumplieron siete siglos del nacimiento del máximo poeta italiano, Dante Alighieri.

Acto de pleitesía hacia la patria de la juventud que formó mi cultura humanista, arraigada en lo profundo de la Divina Comedia, y acto de pleitesía hacia la patria de la madurez que dió experiencia humana a mi humanística cultura y más profunda dimensión a mi sentir poético, serán esta noche mis palabras con que en humildad de corazón trataré de conmemorar y honrar al Altísimo Poeta.

Conmemorar significa recordar a los que, desaparecidos físicamente, están vivos todavía en nuestro corazón. Y Dante Alighieri vive en el corazón de todos los italianos que en la precisión del límite silábico de sus endecasílabos encuentran, desde hace siglos, definidas no sólo situaciones humanas propias de la Divina Comedia, sino tipos, situaciones y sentimientos universales. Dante Alighieri es un poeta universal y completo como sólo lo son Cervantes y Shakespeare: con esta grande diferencia: que el español y el inglés

fueron el fruto ya maduro del acervo de aquel Renacimiento cuyos orígenes se arraigan exactamente en el humanismo medieval del Dante.

Cómo fue posible el florecer de esta titánica personalidad en una época que para toda Europa significó tímido despertar de conciencias, dominio de latín en los intelectuales, conmovedor y penoso esfuerzo creativo en aquellos que querían elevar la lengua áspera de su vida cotidiana a idioma expresivo y poético? Si por una parte nuestro espíritu de creyente nos induce a repetir para Dante lo que Alejandro Manzoni dijo para Napoleón: "Nosotros nos hablamos ante Aquél que quiso en él de su creador espíritu más honda huella dejar", por otra creemos que las particulares condiciones de la política, de los ambientes filosóficos y literarios de Europa, y de Italia en particular en el siglo XIII, ligadas todas a un destino histórico y geográfico peculiar de aquella nación, contribuyeron para que en un espíritu excepcional como el del Dante se acelerara el proceso de decantación y depuración del fondo y el milagro de su cristalización en la forma, fenómenos que en otras literaturas ocurrieron en un lapso más largo.

Dirijamos por breves instantes la atención al panorama cultural de Europa Occidental en los siglos XII y XIII. Cumplido ya el proceso físico de asimilación y compenetración entre los elementos raciales que habían integrado el imperio romano y los que lo habían destruido desvanecida la pesadilla y el terror que habían sido la consecuencia de aquel inevitable cataclismo histórico, asimilada completamente la doctrina cristiana en las ciudades y en las campiñas, el espíritu occidental experimentaba un nuevo amanecer. Consecuencia tangible de todo esto: el nacer de los idiomas vulgares en España, y en Francia, el florecer en París de una universidad donde se descubre la potencia de la lógica, del

razonamiento humano, y donde la ciega fe en los dogmas de la iglesia se transforma en fe razonada y consciente.

La situación política y cultural de la península italiana es muy diferente a la de las otras naciones europeas. En el siglo XIII coexisten en ella dos poderes; más bien dicho, dos instituciones universales de la Edad Media: el Papado y el Imperio. El trono del primero está sentado en Roma, exactamente en la que fue la sede del Imperio de los Césares; pero el segundo, el Imperio, ostenta como título el de SACRO IMPERIO ROMANO, aunque sus Césares hablen sólo la lengua alemana.

Por su mismo origen los dos poderes están destinados a chocar, en detrimento de la integridad nacional de Italia, sobre la cual ambos reclaman derechos. El Papado, alejado cada vez más del ideal de pobreza propio del "Pescador de Galilea", al adquirir bienes temporales había contraído los vicios implícitos en la posesión de ellos; para defender su poder contra las pretensiones aparentemente legales del Imperio buscaba apoyo, alternativamente, de unas y otras ciudades italianas, donde el fermento del comercio y de las industrias, la explosión de una población, enriquecida por el aporte a la vida ciudadana de contingentes aldeanos, todo contribuía a crear antagonismos de familia contra familia, de partido contra partido, de ciudad contra ciudad.

Si los pontífices sacaban provecho de estos antagonismos, los emperadores no quedaban atrás, fortalecidos por diversos enunciados, principalmente por el supuesto derecho de creerse ungidos por gracia divina para regir Italia. Por consecuencia consideraban justificada cualquier intervención del Imperio en las divergencias políticas que surgían entre ciudades enemigas. A su favor estaba el hecho de no haber sido nunca borrado de la conciencia de los ciudadanos, entre los cuales estaba Dante Alighieri, el sentido de ser parte

todavía del gran imperio romano cuyo ocaso nunca se había realmente consumado.

Los historiadores de aquel tiempo conscientes de esto, redactaban las crónicas de la vida comunal interna y las relacionadas con los emperadores, en latín ya no decadente, sino vigorizado por la incipiente laicización de la cultura. Se había formado un enorme acervo de leyendas donde personajes de la historia romana se habían transubstanciado en figuras de sentimientos o actuación cristiana; se había creído leer en unos versos de la cuarta égloga de Virgilio la profecía del nacimiento de Cristo; al Emperador Trajano por su virtuosa vida se le habría otorgado el paraíso gracias a una legendaria intercesión del beato Gregorio; la figura de Virgilio, cuya gloria de poeta nunca se había ofuscado, había adquirido también fama de mago: todo esto dentro de una tradición estrictamente ligada con el Imperio. Por último podríamos añadir que en el siglo XIII el ciudadano de las diversas comunidades italianas vivió en sí mismo la crisis que la enseñanza irradiada por las universidades de París y de Italia había despertado en la conciencia humana: la fe religiosa se había hecho moral y práctica; se miraba con ojo de jueces a la corrupción del clero; cada ciudadano agrupado en la corporación que lo amparaba, saboreaba, por primera vez en la historia de la humanidad, el gusto de la libertad.

La oposición laica a la ingerencia de la iglesia en los asuntos temporales engendró la facción gibelina; pero en el mismo seno del Laicismo otra facción, "la güelfa", justificada por una incipiente conciencia nacional, se opuso constantemente a la intromisión del Imperio en los asuntos internos italianos y buscó por esto la protección del Papa. Era el largo conflicto que ya se iniciaba entre la burguesía enriquecida y la nobleza feudal: un fenómeno que por lo demás se iba a generalizar por toda Europa. Ni la una ni la otra

corriente de oposición llegaron a extremas consecuencias; pero las dos contribuyeron a dar a la historia y al pensamiento italiano un carácter universal y hacer de Italia el centro ideal de la historia europea en la madurez de la Edad Media.

Hay una predestinación histórica de algunas regiones de la tierra que sorprende y deja pensativos: como ya otras veces en la península italiana, así nuevamente en el siglo XIII se verificó un fenómeno de síntesis excepcional: nacieron en tierra italiana dos personajes de abolengo germano; encontrarán en Italia la savia adecuada para desarrollar su personalidad: Federico Segundo de Suevia y Tomás de Aquino quienes serán predestinados a influenciar la vida de la península, y la de Alighieri en particular. El Emperador Federico Segundo mantuvo su corte en Sicilia a cuya sombra floreció la primera escuela literaria en idioma italiano: la escuela Siciliana. Esta escuela será mencionada por primera vez en la historia de la literatura por el mismo Alighieri en una de sus obras menores titulada "De Vulgari Eloquentia", donde Dante se revela como precursor de la Filología. Al hablar de Federico II y su hijo Manfredi, Dante se expresa así: "Los hombres de corazón noble y gentil se esforzaron por complacer la majestad de tan grandes príncipes. Todo lo que en su tiempo produjeron los más ilustres entre los latinos, primeramente veían la luz a la corte de aquellos príncipes: y por ser Sicilia la sede real, así pasó que todo lo que nuestros predecesores dictaron en vulgar, fuera llamado "Siciliano".

A la corte de Federico II convergieron sabios árabes, doctos judíos y los eruditos que sabiendo griego y latín pudieron ser los intermediarios para que la cultura griega iluminara con su lógica a jóvenes mentes italianas, ávidas de claridad. En Sicilia, climática y racialmente similar a España, se repitió el fenómeno cultural que estaba desarrollándose

en la península ibérica y de esto se benefició más directamente un grupo de poetas que, herederos de las conquistas de la escuela siciliana, las superaron con su "Dolce Stil Nuovo". **Dulce Estilo Nuevo** fue el nombre con que la escuela poética se llamó a sí misma.

Se podía con razón proclamar NUEVA porque era consciente del inmenso cambio de su contenido de fondo respecto a la lírica Siciliana. El espíritu peculiar del DULCE ESTILO NUEVO consistía en el convencimiento que se podía comprender mejor y más íntimamente la realidad de la vida amorosa y su psicología. El inspirador del canto ya no era un amor terrenal; se idealizaba a la mujer amada, hasta transformarla en un ángel que sugería meditaciones místicas y filosóficas; sobre todos los otros motivos prevalecía el culto del sentimiento; a esta renovación bien puede haber contribuido el mirar con ojos nuevos a la antiquísima lírica del Cantar de los Cantares. Para tanto argumento se necesitaba un ESTILO, una ARS POETICA severa y disciplinada y el estilo tenía que ser DULCE.

Al final del siglo XIII el italiano, el último de los idiomas neolatinos a ser elevado a rango de idioma poético, ofrecía a nuestros poetas toda la dulzura de los frutos madurados lentamente y la perfección gramatical y sintáctica que el idioma había adquirido por el constante careo con el latín, el idioma oficial de la península. En la Divina Comedia, en el aro sexto del purgatorio, encuentra Dante, poeta del dulce estilo nuevo, a otro: Bona Giunta de la escuela siciliana. En tres versos que todo italiano sabe de memoria, Dante enuncia la poética de la nueva escuela a la cual pertenece:

"yo soy uno que cuando
amor me inspira noto, y en aquel modo
que dicta dentro voy significando"

a cuyas palabras Bona Giunta contesta: "Ahora comprendo el nudo que me ha alejado a mí y a mis compañeros del dulce estilo nuevo que tú estás enunciando".

La escuela siciliana, brotaba en el ambiente acogedor de la corte del Emperador Federico, prestó los medios poéticos a los "secuaces de amor" como se los llamaba al Dante y a los nuevos poetas.

Pero sin el esqueleto lógico, sin el profundo sentido ético, sin la disciplinada cultura filosófica adquirida por Alighieri en su preparación cultural, la Divina Comedia que arrancó de la Poética del Dulce Estilo Nuevo, no sería la obra de maravillosa consecuencia moral y religiosa que es. Y esto el Divino Poeta se lo debe a Tomás de Aquino. En Santo Tomás, de descendencia imperial y personaje respetado en la corte de Federico, se conciliaron la doctrina católica y la claridad del pensamiento aristotélico. El espíritu de orden propio de la raza germánica a la que pertenecía el filósofo, se intensificó al calor del sol italiano. Dante captó su mensaje intelectual y lo transformó en poesía en la "Comedia", que después de su muerte fue definida Divina.

Fray Tomás de Aquino muere en 1274. Es el año en que Alighieri ve por primera vez a Beatriz de acuerdo a lo narrado en su obra "La Vida Nueva": esto parece no sólo una coincidencia, sino propiamente un símbolo.

La pura y bella florentina despierta en el poeta un amor siempre más profundo; pero trágico destino. Muere tempranamente. Su imagen regresará más tarde idealizada como la de una criatura divina en las poesías de "La Vida Nueva", la composición principal de los años juveniles de Alighieri. La misma figura alejada siempre más de la realidad, significará para el poeta la salvación espiritual, ya que llegará a identificarse con la teología misma en el poema

"Al cual pusieron mano y cielo y tierra".

El pensamiento de Fray Tomás de Aquino, en que el aristo-

telismo se funde con el cristianismo, es el que inspiró a nuestro poeta para los nueve inexorables Versos esculpidos sobre la puerta de la ciudad doliente. Allí se anticipa la rigurosa y aristotélica arquitectura moral que será el escenario de su "Infierno":

Por mí se va a la ciudad doliente;
por mí se va al eternal tormento;
por mí se va tras la maldita gente.
Movi6 a mi Autor el justiciero aliento:
hízome la divina gobernanza,
el primo amor, el alto pensamiento.
Antes de mí, no hubo jamás crianza,
sino lo eterno; yo por siempre duro:
¡Oh, los que entráis, dejad toda esperanza!

La filosofía del Santo Dominicano infunde, en la atm6sfera elegíaca del purgatorio, consuelo y promesa a las almas que suben, encorvadas, la montaña de la penitencia; es

"Luz intelectual plena de amor",
"amor de verdadero bien lleno de alegría",
"alegría que trasciende todas las dulzuras",
que se irradia desde la Rosa de los Santos en el Empireo.

Fray Tomás sigue siendo DOCTOR también en el "Paraíso" de la Divina Comedia. Oh inspiración sublime del contraste! aquel DOCTOR ANGELICUS a quien fuera negado el arrebató del misticismo, ensalza épicamente en el Canto Once del "Paraíso" la vida gloriosa de Francisco, el más seráfico de los Santos que predicó a todas las criaturas del universo "aquel amor que crece amando" enunciado por Tomás. Así en la síntesis artística de aquellos versos, Dante

labra poética inmortalidad para los dos más grandes Santos de la Edad que fue suya: aquel que redimió la época con un inmenso amor y aquel que la rescató con la razón.

Si el espíritu de Tomás de Aquino es fuerza vital en la Divina Comedia, la sombra atormentada del hereje Federico II es apenas dibujada en el infierno dantesco. Pero vivirán para siempre en el poema, Manfredi y Pier de Levignè, personajes íntimamente ligados a este Emperador. Sobre la imagen de Manfredi, el hijo muerto en un combate cuando sobre él pesaba la excomuni3n, se difunde la tenue luz del amanecer en el Antepurgatorio.

“rubio era y bello y de gentil aspecto...”

Su historia, contada en tono sumiso, nos llena de ternura:

“cuando fue traspasada mi persona
por mortales heridas, arrepentido
me consagré lloroso al que perdona”.

“He muy grandes pecados cometido;
mas la bondad de Dios es infinita,
y en sus brazos acoge al convertido” .

Le fue negada una sepultura y sus huesos

“hoy la lluvia los baña y mueve el viento,
fuera del reino, casi sobre el Río
enterrados con cirios de escarmiento”;

El contraste entre aquel gentil y rubio pecador y la imagen de su cuerpo traspasado por heridas, abandonado a la intemperie para siempre, nunca cesará de conmover a la hu-

manidad mientras que armas y morbos siguen jóvenes y bellas vidas.

Si en el poema dantesco a Manfredi está prometida la beatitud, a Pier de Le Vigne, el Canciller de la corte de Federico, están reservadas las penas eternas del infierno por haber sido un suicida. La justicia divina ha transformado su alma en un atormentado tronco que unos monstruos mitológicos hieren y rompen! Los suicidas, que en vida fueron violentos contra sí, son condenados a sufrir violencia para siempre en el infierno, y su alma gime por las fracturas de las ramas. Tan trágica escenografía ha sido inspirada directamente por un episodio de La Eneida, y hasta el grito lloroso del alma del pecador encerrada en el matorral, es la traducción exacta del texto virgiliano.

“Por qué me herís con manos despiadadas?”

Pero nueva y actual es la tragedia del condenado al infierno: la lealtad jurada y conservada hacia el Emperador Federico, la lucha de Pier de Le Vigne contra la envidia y la calumnia, su imperdonable derrota moral, hasta el suicidio con que

“injusto hizo a mí contra mí justo”

el dolor apasionado e impotente al contemplar anulada en eterno por culpa de un acto injusto hacia Dios una vida vivida justamente, todos estos elementos son colores de fuego con que Alighieri pinta a Pier de Le Vigne, hombre de estado y poeta.

Al esbozar los elementos formativos de la personalidad de nuestro poeta nos hemos encontrado inadvertida y directamente en todo el centro de su obra máxima. Porque todo en la Divina Comedia es drama y este drama brotó de la vida misma de la época y de la vida del poeta en particular.

La Divina Comedia, nacida de un propósito no inmediatamente poético, sino oratorio; de persuasión, no de confesión lírica, pertenece por esta intención suya al mundo medievoal. De este propósito ha quedado la estructura fantástica de relato y el tono apasionado, lleno, ora de rebeldía, ora de cólera, ora de nostalgia. Pero rebeldía, cólera, nostalgia surgen de los acontecimientos que antes de ser descritos en la ficción poética, tuvieron a Dante Alighieri, a los florentinos, a los cortesanos sicilianos, a los Papas, a pecadores, a penitentes y a Santos como protagonistas. La "Vida Nueva", obra mitad en prosa, mitad en verso es solamente una autobiografía mística e imaginaria; en la fisonomía indefinida, misteriosa y casi sagrada del sentimiento del Dante, reside su unidad poética y su grandeza, pero lo que de seguro sabemos de su vida, de su carácter, lo aprendemos de la manera como él refleja en la Divina Comedia los acontecimientos que experimenta con los traspasados.

Autobiografía e historia contemporánea son el humus y la savia de que se alimenta su Musa.

El viaje ultraterrenal del poeta está colocado artificialmente en el año de 1300, exactamente siete años antes que Dante empezara la redacción real del poema. En 1300 él hacía parte de los que regían el destino de su patria, Florencia. La ciudadanía se encontraba desgarrada por luchas intestinas: expulsados los gibelinos, el partido güelfo se había escindido en dos facciones adversas: los Blancos, en cuyas filas militaba la rica burguesía progresista, y los Negros, el partido de los nobles reaccionarios que, en su odio al pueblo "grasso", o el rico, buscaban el apoyo de la plebe. Los Blancos aborrecían cualquier intervención externa en los asuntos de la ciudad; los negros, con tal de prevalecer, campeaban por la ingerencia de la curia Romana. En esta nueva redistribución de fuerzas, Dante se colocó entre los Blancos, es decir los Pro-gibelinos. Su ideal: el de un mundo

regido por un único señor cuyo imperio universal juzga necesario para los fines de la paz: en este soñado imperio, Italia tendría que desempeñar la función de "jardín", porque él crece firmemente en la romanidad y por ende en la italianidad del Imperio. Estas ideas las expresará pedantemente en su tratado en latín titulado "De Monarchia" y poéticamente en algunos cantos de la Divina Comedia.

El patriotismo, como vínculo de carne y de sangre, vivía en Dante sólo en cuanto se relacionaba con la realidad concreta de Florencia.

En el momento de la crisis, la entereza moral y el amor a la paz sugirieron al magistrado Dante alejar de la ciudad los extremistas de ambos bandos: aunque en uno de ellos militara su amigo Cavalcanti, aquel Guido con quien había suspirado embarcarse en un barquito de ensueño.

"que por el mar vagase a tu deseo y al mío".

Vano es el sacrificio y el esfuerzo del Prior Alighieri: en Octubre de 1301 la facción que simpatizaba con el Papa prevalece sobre los Blancos a los cuales pertenece Dante. Al poeta, que se encuentra en una misión diplomática dirigida al Pontífice, llega la noticia que no podrá regresar a Florencia. El destierro que en un primer momento parece estar limitado a dos años se transforma por las venganzas de sus enemigos en pena de muerte si el poeta osara retornar a la ciudad. Inesperadamente han empezado ya los 21 largos años durante los cuales él probará la amargura de

"el ajeno pan salado
y el subir y bajar cuanto es penoso
ajenas escaleras desterrado".

Responsables de este destino cruel? Los fautores de Bo-

nifacio Octavo, Papa Simoníaco, Pastor que ha traicionado su rebaño espiritual.

En el poeta se produce la crisis: será la crisis engendradora de la catarsis.

En las fatigadas vías del exilio se ahondará su introspección, se afinará su sentir poético. El contacto con gentes extrañas enriquecerá su sufrida experiencia humana. Al compararse con dialectos y expresiones diversas, su idioma florentino cobrará matices más significativos y se transformará en el idioma de la futura nación italiana; al viajar desdeñoso y solidario entre paisajes salvajes y rupestres, al contemplar panoramas lacustres y marinos, valles con sonoros ríos, las facciones físicas de aquella querida tierra se grabarán en su memoria para renacer sublimadas por la poesía en la Divina Comedia, en los símiles necesarios para describir paisajes infernales o dulces planicies en el Purgatorio. La frescura de un húmedo valle toscano, añorado en las interminables jornadas del exilio, atormentará con igual nostalgia al desterrado poeta y al pecador sediento; la amarga experiencia de oír alrededor suyo entonaciones de dialectos no acostumbrados despertará en su alma dolorosas reminiscencias. Todo este sufrimiento cobrará vida poética en su poema donde un recuerdo dulce y remoto de nativa tierra, despertado por la cadencia idiomática de un dialecto, animará improvisadamente la escena dramática del encuentro de Virgilio y su conterráneo Sordello, en el Purgatorio. "Si los muertos se abrazan, por qué los vivos se roen los unos a los otros?" Dante prorrumpe entonces en aquella célebre invectiva que todo italiano o patriota tuviera desde entonces que hacer suya, cada vez que crisis políticas desviaran el rumbo recto de la patria.

"Oh Italia esclava, habitación de duelo

navé en gran tempestad sin su piloto
señora de un burdel no de tu suelo”

Así las dos perigraciones, la del hombre Dante sobre la vía dolorosa del exilio, y la del poeta en el reino de los muertos, entrecruzan y superponen sus etapas. El mundo real le presta sus imágenes al mundo invisible; la luz cristalina y verdosa del pinar de Ravena, donde en la corte del señor de Polenta Dante ha encontrado finalmente la paz, volverá a penetrar transfigurada en poesía en “la divina floresta espesa y viva” del Paraíso Terrestre. El alboroto del viento que se enreda entre el ramaje de los pinos itálicos prestará las notas para el melódico concierto, que vibra en aquel paraje casi celestial.

1302 — 1307

Cinco años de sufrimiento e introspección el poeta se despojará de toda pasión partidaria. El, orgulloso y soberbio por naturaleza, aprenderá a jactarse de otro mérito de:

“el haberse hecho un partido por si mismo”

Ocupará su mente una obra entre moral y literaria. “El Convivio”. Si el tratado no ha sobrevivido como obra de arte, sin embargo en alguna de sus páginas se puede asistir a la lenta obra de autopersuasión que llevará al poeta a elevar a idioma épico el vulgar.

La razón lógica? La seguridad que “con el vulgar se da a muchos, que se dan cosas útiles y que quien lo lee, comprende sin preguntar; el vulgar dará dádiva no solicitada”. En “El Convivio” está expresada también la opinión de Alighiere sobre las traducciones: “Ninguna cosa que haya sido armonizada por el eco de las musas se puede transpor-

tar de un idioma a otro, sin romper toda su dulzura y armonía". Nunca, como en este mes de meditación Dantesca, nos hemos dado cuenta de la verdad de esta afirmación. A pesar de las dudas, de las decepciones, hemos perseverado en el esfuerzo. Si no se podía subsanar la barrera entre idioma e idioma quedaba para rememorar y ensalzar todo lo que de bello más allá del idioma hay en la Divina Comedia.

El poema tiene la grandiosidad y la sencillez de una catedral románica. Dante da inicio a su poema en el momento en que las tentaciones terrenales parecen tener la victoria sobre su alma. El espíritu de Beatriz se apiada de él e intercede para que Virgilio, cuya alma mora en el Limbo, salga a su encuentro. Virgilio, el símbolo de la razón, lo guiará por el mundo de los tormentos y el de la expiación. En el Paraíso Terrestre, antecámara del Paraíso Celestial, el penitente purificado será acogido por Beatriz, símbolo de la Teología, que lo elevará gradualmente hacia la suprema contemplación de Dios.

El Exodus imaginario desde el piélago de la perdición a la cumbre de la salvación, está simbólicamente situado en el año jubilar de 1300 y dura 10 días. El poeta empezó su obra en 1307, terminó las partes del Infierno y del Purgatorio en 1313; el Paraíso fue concluido poco antes de su muerte, en Ravena en 1321. Esta especial situación cronológica es de singular importancia porque muchos de los acontecimientos históricos de un lapso aproximado de 20 años, y de interés para Dante, aparecen en la Divina Comedia no como relato, sino como profecía; de esto la poética visión cobra una tremenda plasticidad.

Entre los hilos conductores de la Divina Comedia, a los que Dante se mantiene muy consecuente, hay dos que son profundamente apasionantes para el poeta: el amargo destierro experimentado ya en realidad, cuya confusa profecía resuena con acordes cupos en el Infierno y el Purgatorio,

hasta su enunciación solemne, hecha por el tatarabuelo Cacciaguida en el cielo de Marte; el otro, el resentimiento contra el Papa Bonifacio. Su alma perdida es esperada impacientemente en el Infierno; su nombre resuena una y otra vez en la boca de réprobos, de penitentes y de Santos; la cólera del poeta es tal que las últimas palabras pronunciadas por Beatriz, antes de juntarse a la corona grandiosa que rodea a Dios, son de condena a Bonifacio y a su simoníaco sucesor.

Ninguna de las imprecaciones pronunciadas con anterioridad en el poema suena tan terrible como estos últimos acentos de Beatriz.

Se pudiera comentar que Alighieri se deja cegar por la pasión de sus sentimientos. ¡Nada de esto! Al penetrar en la esencia de la Divina Comedia uno queda abismado frente al sentido ético y religioso del poeta; aun cuando condena a un personaje político lo hace sólo y únicamente regido por un principio moral. Al terminar la lectura de su inmenso juicio a la humanidad contemporánea, quedamos convencidos que todo el fallo es justo. Como dijo el poeta Sain-Jhon Perse en Florencia el pasado mes de Mayo, "Dante establece sus castigos como ecuaciones, pero se cuida de envilecer a sus víctimas con una marca infame. No tiene un desdén real sino por los débiles y los cobardes, a los cuales deja errar en el vestíbulo de su Infierno; el hombre para Dante no es hombre sino en su fuerza de alma y en su integridad". Centenares de personas reales desfilan en su poema y cada vez aparece exacta y precisa la luz bajo la cual han sido proyectadas. Todos son juzgados por el poeta con un juicio rápido y cortante que responde a la vez a su conciencia ajena de indecisiones, y a su fantasía, inclinada a representar las cosas con pinceladas seguras y esenciales. Elimina los detalles secundarios hasta sintetizar alguna vez con un solo verso una vida. Esto no impide que, especialmente en el Infierno

y en el Purgatorio, haya el claroscuro indispensable para que los personajes no aparezcan esquemáticos. En el segundo círculo del Infierno, donde los lujuriosos son atormentados por un torbellino, igual al que los llevó a pecar, se percibe que mientras el poeta pronuncia la condena moral contra los amantes Pablo y Francisca, no puede abstraerse al embrujo que ejerce sobre él aquel.

“amor que alma gentil súbito prende...
amor que a nadie amado amar perdona
me ató sus brazos con placer tan fuerte
que como ves aún no me abandona”

Cual suspiro enamorado de Isolda o Melisande puede compararse con las palabras de Francisca.

“este que de mí nunca alejarse
la boca me besó todo tremante”

Si el poeta en el círculo sexto condena a Farinata de los Ubertos por ser hereje, lo absuelve por su amor apasionado hacia Florencia, por haberse en un momento de guerra civil opuesto a la destrucción de la ciudad amada; lo admira por saber mantenerse soberbio entre los condenados.

“casi tuviera el infierno en gran despecho”.

El diálogo entre los dos es uno de los más dramáticos de la Comedia:

Farinata militó en el partido opuesto a Dante; todo se pudiera esperar de este encuentro, fuera de lo que realmente es: un diálogo concitado y apasionado entre dos seres tremendamente amantes de su patria.

La imagen truculenta de Ugolino, Conde y traidor, ocu-

pado en devorar con furia la cabeza de quien a su vez le traicionó a él, desaparece frente a la imagen de Ugolino padre, encerrado con sus hijos y sobrinos en una torre de Pisa: El gradual darse cuenta que el hambre será el invisible verdugo que los ajusticiará: la desesperación del padre: el tierno, ingenuo y generoso ofrecimiento que los hijos hacen de sí para que Ugolino pueda sobrevivir al hambre: el desplomarse de los cuerpos exánimes: el último moverse a tientas entre ellos de Ugolino moribundo, todo despierta en Dante tal piedad que en impetuosa visión quisiera que dos islas taparan la boca del Río Arno para que Pisa y todos sus habitantes queden sumergidos por la creciente. Así, al límite máximo de lo más negro del Infierno, Dante ha absuelto en Ugolino traidor a Ugolino padre.

Y así será de Ulises, uno de los poquísimos personajes antiguos que, junto Virgilio, descuella en la Divina Comedia. Bien pueden alegar los comentaristas, eruditos de escolástica y teología, que Ulises es pecador y condenado no sólo por la traición de Troya sino por haber engañado a sus compañeros, guiándolos hacia un viaje imposible más allá de las columnas de Hércules, el mismo que pueden cumplir sólo las almas a las cuales ha sido concedida por Dios la gracia del perdón en el Purgatorio. Pero en la audacia del personaje mitológico, en la intrepidez de su elocución vigorosa, dirigida a los compañeros, antes de zarpar, se ensimisma el poeta, olvidándose en absoluto de los conceptos teológicos.

“De noble estirpe es vuestro ser esencia
para alcanzar virtud habéis nacido
y no a vivir cual brutos sin conciencia”.

A Ulises, despojado de la gracia divina, fue negada la conquista del Segundo Reino; pero a nuestro poeta, sostenido por la razón del maestro Virgilio, es dado atravesar lo

más hondo de la corrupción infernal y llegar a Lucifer. Lo ayudará la gracia.

“para volver al claro mundo
a contemplar de nuevo las estrellas...”

“Dulce color de oriental zafiro”

se difunde en la serena bóveda sobrestante la orilla marina del purgatorio. Desde este momento desaparecerán del poema los violentos contrastes que hicieron sobresalir de la muchedumbre las personalidades del Infierno.

Ya no las descripciones truculentas que pudieran justificar la sinecdoque en el adjetivo “dantesco” con que se las suele calificar! Hasta las rimas cesan de ser el eco ronco de los aullidos y de las blasfemias infernales.

En el Purgatorio se percibe un gradual disminuirse del dominio de la personalidad. Ya no hay el grupo escultórico; lo substituye el bajo relieve; la variedad es reemplazada por la continuidad, las impresiones visibles por percepciones armónicas; los trazos a tinta por colores de acuarela; los símiles ligados a la realidad, por los en conexión con el mundo más abstracto de la ciencia y de la óptica.

El poeta, humildemente, encorvado sobre sí mismo, escucha su conciencia; hace suya la mortificación de las almas penitentes. Una alta lección de renuncia, de humildad, de olvido y de perdón, se irradia de aquella muchedumbre que habla poco y dice cosas maduras en la larga experiencia de la contrición; los soberbios rezan ya no para sí mismos sino para los que están todavía vivos; el orgullo y la vanidad ceden el puesto a la modestia y a la humildad. El pintor Oderisi ensalza la gloria de Cimabue y Giotto; los poetas, olvidados ya de su fama, alaban el arte de quien ha heredado su Musa; aquellos que murieron de muerte violenta reme-

moran el extremo acto piadoso que les ha valido la salvación y, al contrario de los condenados a las penas infernales, olvidan el nombre de quien les quitó la vida. No importa que, aliada del Diablo que se ha apoderado del cuerpo de Bonconte de Montefeltro, la enfurecida corriente del Rio Arno, haya deshecho la cruz en los brazos del cadáver; su alma se ha entregado a Dios, murmurando el nombre dulce de María. Esto sí que les acongoja a las almas: el no ser recordadas en las plegarias de los vivos.

Los iracundos que han desconocido el valor de la armonía con el prójimo, cantan al unísono al AGNUS DEI. Impera desde el primer canto hasta el último, el sentido de orden y de simetría dictado, más por la naturaleza intrínseca en el espíritu del poeta que por su educación filosófica. Catón el Uticense, suicida por no entregarse a la tiranía de Julio César, es poética y tácitamente absuelto por Alighieri y transformado por él en el símbolo del pleno dominio de la voluntad racional sobre la concupiscencia. A él, severo vigilante de la ribera del purgatorio, declara solemnemente Virgilio:

“Aquel que yo acompaño
busca la libertad que sabe cara
quien por ella de vida se desnuda”.

Palabras que todavía el día de hoy suenan para todo italiano como el clarín de la libertad, del valor supremo de la libertad de la conciencia humana.

En los cantos quince, dieciséis, diecisiete y dieciocho del Purgatorio, que son el centro material de la Divina Comedia, el poeta insistirá otra vez sobre las ideas fundamentales y formativas de su obra: primera, la libertad o libre albedrío. Pero todavía superior a la libertad, es el místico amor, enlace entre el hombre y Dios. En el canto quince aparece

por primera vez una imagen que, transformada, interpretada, parafraseada en el resto del Purgatorio y en todo el Paraíso, mantendrá hasta el final del poema su ímpetu arrebatador: "el amor es cristal por donde se irradia la beatitud divina; su luz, como en un juego de espejos, se multiplica al infinito cuantas más almas de él participan".

Su esplendor será el que iluminará los ojos de Beatriz, mensajera del Paraíso Celestial en el Paraíso Terrestre, donde termina el purgatorio. El poeta, cegado por la potencia y el destello de aquellos ojos celestiales, se vuelve hacia Virgilio, como un niño hacia la madre en busca de amparo.

"mas Virgilio me había abandonado
Virgilio el gran maestro, el dulce padre,
Virgilio a quien ella me había entregado".

Esta suprema y conmovedora invocación acentúa dramáticamente el alejarse definitivo de Virgilio, símbolo de la razón humana cual motivo de elevación. Se inicia la ascensión paradisiaca del poeta porque su espíritu está

"puro y pronto a subir a las estrellas".

El poder sobrehumano de la mirada de Beatriz, espíritu celeste, magnetiza sus ojos que ya no pueden apartarse de aquella;

"como el aguja a la polar estrella
su vista de su lado al punto lleva".

En el Paraíso desaparece el drama; no puede haberlo porque, como lo explica Picarda Donati en el canto tercero del Paraíso,

"La voluntad divina es nuestra paz"

Aun cuando los Santos del Paraíso Dantesco declaren que

“lo que quiere Dios también queremos”,

esta tercera cántica no es ni mística ni ascética. Como dice el gran dantista Sapegno, el Paraíso de la Divina Comedia no se resuelve en el desmayo y en anonadarse en Dios; consiste más bien en la exaltación del obrar de la providencia divina entre los hombres; en la glorificación de la actividad humana en sus formas más altas y heroicas; en la contemplación de la admirable armonía del universo, donde el orden que emana y se derrama desde Dios a todas sus creaciones, prefija a cada una su límite y su función.

El dominicano Tomás de Aquino que canta el elogio de San Francisco, el franciscano Buenaventura que, en el canto que sigue, fraternalmente hace el panegírico de Santo Domingo, narrando épicamente su historia y esculpiendo su retrato con un solo verso:

“manso al amigo, al enemigo crudo”

el antepasado Cacciaguida, mártir de la religión y anunciador inexorable del destierro del poeta, San Benedicto, amargado, porque la orden que fundara “con preces y con ayuno” vive solamente “por daños de las cartas” en que fue escrita; Santa Ana, maternalmente complacida de la gloria de su hija María; San Bernardo, cuyo himno sublime y grandioso a María

“Virgen y Madre, hija de tu hijo”

abre el último canto de la Divina Comedia, son las voces de un grandioso y glorioso coral humano, son los “carbones” que arden dentro de la infinita y luminosa llamarada de Dios.

El mundo de la física: rayos reflejados por espejos o refractos en purísimos cristales; el mundo de la música: voces que van y vuelven melódicamente sobre una nota firme o instrumento que acompañan el elevarse de una voz; el fascinante mundo de la geometría con sus teoremas, tan lógicos como los argumentos de la Teología de Fray Tomás; el italiano de Alighieri, vivo y vital, capaz de acoger en sí palabras acuñadas la primera y única vez por él, para infundir directamente en su poema la arrebatadora fuerza del latín de la SUMMA TEOLOGICA; hemistiquios de los himnos latinos de la iglesia; recuerdos de serenas visiones terrenales como cuando

“en rayo de sol que hiende puro
rota nube, se ven las bellas flores
de un prado, antes envuelto en aire obscuro”

todos estos son los medios sublimes y geniales que ayudan al poeta

“hábil en su arte, cuya mano tiembla”

para describir aquel paraíso de purísima poesía y altísima filosofía, aquel paraíso

“que en el amor y con la luz confina”.

Y al escribir estas palabras que han evocado al Altísimo Poeta, también nuestra mano ha temblado.

AUGUSTO ARIAS

PARA UN ENSAYO SOBRE RAMON

MEDIO SIGLO DEL ESCRITOR

Cuando Ramón Gómez de la Serna completó los cincuenta años de su vida de escritor, dentro del aparentemente liviano e incoercible fluir de sus greguerías, quiso aproximarse a las meditaciones esenciales sobre la vida y la muerte, apuntadas desde su primer libro de adolescente, aquel "Entrando en fuego" de 1904, de título que valía como revelación y anuncio y en cuyo gerundio inicial se cuajaban las advertencias de la perseverancia.

En tal conmemoración se difundieron algunas de sus últimas prosas, casi todas de líneas autobiográficas, olvidadas o postergadas adrede; apéndices a su Automoribundia, o nuevos ensayos en los que se perfecciona su antigua fe, a prueba de las incertidumbres que le persiguen, así como su esperanza, tanto más digna de llamarse madura, cuanto más ha sabido podar las ramas superfluas, lo que tiene de ahogante follaje en torno del fruto que resume la experiencia de las estaciones.

En esas páginas sobre el escritor, afirma Gómez de la Serna que para serlo "hay que saber escribir y, además, estar un poco moribundo. Debe ser un mártir de si mismo que sangra por la mano derecha".

Este desangrarse por la diestra que traza las letras, o dar de beber a los otros como en el cuenco del propio cráneo, es el tema del que parten las consideraciones de Ramón sobre la vida del escritor, su perentorio destino y los altos de la supervivencia que a veces se divisan desde su apretada ruta.

Un sabor de confesión confiere intimidad a esas cuartillas en las cuales explica su tranquila marcha, en ocasiones alegre y sobre todo la virtud de su conformidad. Trató de escribir sin ver a nadie, —tales sus palabras— “sin estar presentable para la visita que llega, sin tomar parte en esa existencia político-diplomática que permite vivir sin tener que trabajar demasiado”, y por eso no le han envejecido traslados ni ascensos.

Sin las patillas que dieron a su rostro cierta alegre espesura, al contrario del parecer de Espronceda, como de tronco flaco, de su cabellera, en antes abundosa, sólo quedaba somero recuerdo, pero el ánimo, si modificado en el caer de los días, si puesto a tono con las señales de la época, se mantuvo igual, en principio, a los casi lejanos días de la Cripta de Pombo, de sus Disparates, de sus novelas *El Incongruente* y *La Mujer de Ambar*, de sus capítulos sobre *El Torero Caracho*.

Los ensayos, críticas, crónicas, notas, se proyectaron a lo largo de un viaje que pudiera decirse extenso, en el espacio de más de cincuenta años de la vida del escritor, amplio para las sombras negativas como para las luces que acentúan las facciones, estableciendo contraste que destacará mejor los valores de una figura. En cuanto a la suya, si calificada por algunos de arbitraria o sorprendente, se ha perfilado para los más como de originales rasgos, como la de un auténtico humorista que no dejó de ser poeta con transfondo de melancolía, dueño de inesperadas imágenes, de toques astrales, y que por andar buscando los contornos

de la muerte, sintiendo sus pisadas de espectro, y por haberla vencido en esos esguinces de quien quiere conocer al fantasma, se consagró como longevo, y al pasar de los sesenta años fue dos veces niño, y avanzó como retoñado entre las ramas de la primavera, para merecer al fin el baño de ese anuncio presentido en su greguería: "La mascarilla es que nos afeitan por última vez, dejándonos todo el jabón ahora".

PARA LA AUTOMORIBUNDIA

A este escritor tan madrileño, cuyos papeles vencen a la nostalgia, trayendo de presente a Madrid y a los madrileños, se quiso encontrar antecedentes y parecidos, emparentándole, por sus largas incursiones en la ciudad de la Carpetana, con Larra y Mesonero Romanos, o suponiendo que su lápiz había trazado a la letra algo semejante a lo que hiciera Goya con los pinceles, o creyéndole, por ciertos aspectos, un sucedáneo de Don Francisco de Quevedo.

Madrileño, pero no estrechamente localista, ya que se ha discurrido acerca de la universalidad de Gómez de la Serna, no sólo por sus viajes europeos y su arribo a tierras de América, si no también, y sobre todo, por su ver y conocer el mundo, y por su entrarse, a su manera literaria, en el contemporáneo secreto del átomo. Así, de su balcón madrileño del que habla Tomás Borrás, sale pronto hacia ecuménicos ambientes, pero lo que ha de quedarse entrañable en la sensibilidad de sus visiones, es Madrid con sus casos y sus cosas, con su color y su estructura.

El Ayuntamiento de la ciudad descubre, en 1949, una lápida recordativa de su casa natal. Esta es su penúltima visita a la tierra del madroño, y a su regreso a Buenos Aires dirá que es "un pobre enfermo que vive gozando de salud" y que aún cuando cree en los médicos no los llama,

para referir su entrevista con el gran médico-escritor: “Una vez, hace más de veinte años, me vió el doctor Marañón, y me dijo que tenía un hígado silencioso, de los que matan sin avisar, y desde entonces le he visto sólo como amigo, pero no como médico”, y para dejar, líneas adelante, su confianza en poder libertarse todavía de las acechanzas del mal y su predilección por el antibiótico: “No porque la serpiente constrictora nos haya agarrado, no nos vamos a soltar de ella, aprovechando aunque sea un alfiler que llevamos detrás de la solapa. . . Así como una vieja botella llena de polvo y moho es lo mejor de lo mejor —como si ya estuviese llena de penicilina— que precisamente se cultiva en botellas como esas que tienen dentro un barquito o un calvario—, es lo mejor de lo mejor para acabar con las bacterias. . . Tengo una gran fe en las terracinas, pues en lo tierra, que da el gusano que nos come, está también la muerte del gusano”.

Para completar su autobiografía, escribirá la historia del retrato perdido, del que fue pintado por Diego Rivera, sin someterle a “la tortura de la inmovilidad”, ni “a la mirada mística hacia el vacío durante más de quince días”; estupendo retrato cubista que consideró como el mejor de los suyos, dotado de un movimiento —dijo— que se revela hasta en la posición de la mano que tiene la pipa al fumar en sus tres momentos: el de llevarse la pipa a la boca, el de tenerla en la boca y el de reposar la pipa en las manos; lienzo en el que aparece el mismo pintor, como vigilante o yuxtapuesto, en virtud de las licencias geométricas de la escuela, y que por haberse perdido en la revolución, es el cuadro “que alguna vez aparecerá en una subasta, en un museo, ya irrecuperable”, y que por ser el de su efigie, le parece víctima de un robo “que tiene algo de homicidio”.

O hablará, pintorescamente, de su despedida de la conferencia:

“No había estudiado la historia de Doña Juana la Loca y me fui a dar mi conferencia sobre Doña Juana. Todo partía de un invento español. El español no inventó el ventilador, pero sí el ventilador con cintas voladoras, y ese puro invento español me sugirió que Doña Juana es un velo que vuela en los campos de Castilla, por los que pasa llevando el cadáver de su marido. Puse un biombo, hice asomar por él un perfil de reina con un velo de crespón, que ondulaba gracias al ventilador escondido y en actividad durante toda la conferencia, consiguiendo, sólo con eso, lo evocación impresionante de la reina loca...”

“La última conferencia solemne que he dado, ha sido en 1949, en el Ateneo de Madrid, y que me valió mucho dinero, pues sólo por movilizarme a mí y Luisita, hubo de pagarse dos pasajes de ida y vuelta, una estadía en el Ritz y cinco mil pesetas. Yo, bajo el dosel, baldaquín o palio de la docta casa, hice un esfuerzo de dos horas y media hablando de la magia de la literatura, y usé un difícil truco final que llevaba preparado desde Buenos Aires: un torso de maniquí de cartón vestido y encorbatado lo mismo que iba yo, con dos huecos para sacar los brazos y sin cabeza y que en el momento final me puse sobre los hombros, quedando descabezado, mientras enarbolaba un bock que imitaba un cráneo con asa, y en esa actitud definí lo que es el escritor: un mártir que ofrece a los demás la embriaguez de sus invenciones, pero que cuando busca su boca para beber él también, no la encuentra, porque la copa que ofreció a los demás era su propio cráneo”.

Un poco Charlot de la literatura, el único escritor peninsular que ingresó a la Academia de los humoristas, con Cami, Pittigrilli y Bontempelli; elogiado por Papini, Cassou, Waldo Frank, si su primo Gaspar Gómez de la Serna escribe mientras llega la hora de su regreso, y si José María Pemán cree que ya se ha encontrado con Dios, hay admiradores su-

yos que desearían verle con los lauros y los dineros del Premio Nobel que no llegó para Galdós ni para Unamuno.

Pero el escritor afirma que “en la vida hay que irse despidiendo poco a poco de todo” y puesto en trance de poeta o de lapidario, se consagra a pulir su “camafeo de soledad” que, según él, no es renunciamiento, “sino más testarudez para conseguir la imagen del silencio”.

BIOGRAFIAS DE RAMON

Ramón Gómez de la Serna publicó una serie de biografías singulares en las que campean el humorismo propio de sus letras y la constante nota de la greguería, de la que es creador.

Se propuso trazar los retratos de algunos escritores y pintores, pero cuando ellos fueron adquiriendo movilidad, se salieron de sus marcos para marchar sobre sus pasos de antes o para seguir por aquellos lugares que no estaban señalados por sus biografistas anteriores. Así buscó a Greco, a Velásquez, a Goya, a Picasso, a Pirandello, a Gutiérrez Solana. Vencer el hermetismo de Azorín fue su gusto, dirigiéndole preguntas en la intimidad y alegrándose de suplirlas cuando Martínez Ruiz —caso frecuente— se asentaba en sus silencios subrayados por la aparente frialdad de sus ojos azulencos.

Menos difícil le sería conversar con los Machado y seguirles en sus viajes, al uno por los campos de Castilla y al otro por los predios andaluces en donde se sala la oliva y florece el limonero. Y del mismo modo, soplar el polvillo que reposaba sobre los documentos de su lírica tía Carolina Coronado. Y si le resultara un poco arduo investigar en la vida de Oscar Wilde, cuyos complejos supo exponer, la ex-

ploración es más resuelta en la vida de Norah Borges, así como en otras de sus historias en las que la miga biográfica alcanza redondeces de levadura.

En su novela "El secreto del Acueducto", pasa la vida de las piedras sin ensamble de ese monumento de Segovia, y en la que llama superhistórica, la novela de Doña Juana la Loca, el imaginador se ve vencido a menudo por el biógrafo que ha debido entrar, retrospectivamente, en el Castillo de la Mota, para saber como se desvelaba la hija de la Reina Católica y cuyos eran los sueños dispersos entre esos paredones de ladrillo.

En cuanto a sus otras greguerías, cortas o largas, es conocido como ensayan temas de biografía. Así, en una vez escribe la de las chimeneas y en otras la de la almohada de viaje o de las variaciones de lo cursi, o la del circo que se completa en sus discursos a pies o a lomo de elefante. Pero es la de Madrid, bordada entre sonrisas y suspiros de matritense legítimo, la de más constantes reflejos en novelas y retratos, la de aparición sin mengua, así se tratase de la sed del Manzanares, de los dialogantes de Pombo o de la vida y pasión de las cosas que, arrancadas de las personas, suscitan las más curiosas genealogías del existir en los lugares del Rastro.

Son de ayer sus conversaciones directas con Francisco de Quevedo, a quien evocó a menudo. Tuvo que hacer un viaje al siglo de oro, y situarse dentro del mismo, para que sus palabras cruzadas con las del autor de *El Sueño de las Calaveras* no tuviesen eco de ultratumba, y cuando fue a mirarle en las Zahurdas de Plutón se puso las calzas prietas y patines para el fuego. En las alas de sus cartas a las golondrinas de América hay algunos mensajes de Don Francisco como también, desdibujada, la letra de la nostalgia de Cervantes por no poder venir a estos nuevos territorios.

LA VIDA DE POE

Ya en América, su preferencia por algunas figuras se concretó en biografías y artículos cuya duración dependerá del espacio vital de tales personajes o de los incidentes que formaron el nudo de su destino. En el papel rosado en el que escribía algunas de sus cartas de cumplido, pudo levantar tal o cual silueta con la que dió en algún día por los vericuetos de la evocación. La de Edgar Poe fue trazada sobre hojas pálidas en las que las iniciales se alargan como fantasmas.

El que esta vida hubiese resultado completa y armoniosa, sería un atentado contra la existencia trunca, enflaquecida y delirante del que anduvo por los bajos fondos de las historias extraordinarios y se encaró con el cuervo.

En ella quiere darnos la impresión de su figura y de su espíritu y para tal empeño se adentra en el "poeanismo" de sus cuentos y de sus poemas. Le señala como a gran atisbador de lo inédito y para ceder a los paralelos tendidos desde los tiempos de Plutarco, siente que si Whitman es el orador, Poe resulta el monologuista. "Whitman es el jefe del orfeón y Poe canta solo en la noche que escucha en su profunda soledad, reunidas la vida y la muerte alrededor del hombre solitario, que es un error creer que es un simple hombre, cuando es un inmenso hombre".

En busca de los pasos que Poe tuvo que dar para vivir, los encuentra en las redacciones de las revistas, de las cuales, según él, América ha sido pródiga, para "la amenidad del mundo". Refiere como su cuento destinado a viaje universal, "Manuscrito hallado en una botella", obtiene un premio en Baltimore. Tal relato, que es de los que no se dejan hasta la última letra, le gana la amistad de Kennedy, quien le impulsará para su ingreso en otras y otras revistas. En una de ellas le anuncian que ha de pagársele me-

nos, porque escribe mejor que los otros.—“Demasiado elevado su estilo para el nivel del público”— Pero de allí data su entrevista con Dickens, quien ha ido a conocerle, sorprendido de cómo previó el desarrollo y término de una novela que había comenzado a escribir.

Sigue a los personajes de Poe, fantasmales y téticos, proveedores del horror y alguno de bestial apostura, como el orangután que quiere ser su propio barbero. En un día trabaja en su laboratorio de cuentos con las momias que serán desatadas de su secular refajo, y en otro se vuelve matemático para guiar a ese autómeta, el jugador de ajedrez que suspende a los lectores con su última y definitiva jugada, porque al término de esa historia de números, encontramos que dentro de esa complicada máquina hay un ajedrecista vivo. Impresionan sus personajes que predicen; los que, por virtud de la hipnosis no se descomponen en la muerte, y sus viajeros a la luna.

“Frente a sus cuentos —concluye Ramón— los de los imitadores son cuentos de miedo con parálisis infantil. Meditó la tragedia de la vida en forma de sigiloso cuento y no encantándolos al modo feliz de los niños, sino al espeluznante de los hombres”.

Dentro de la riqueza de sus historias fantásticas y maravillosas, su tema más conocido es el del cuervo. Gómez de la Serna no examina el poema con las tijeras del retórico. Quiere más bien penetrar en el secreto de esa visita, en el por qué de la llegada de cuervo tan testarudo y parlante. La relaciona con la enfermedad de su Virginia, aquella de una delicada palidez, como lo que está destinado a quebrarse en breve con el color de los desahucios.

El cuervo —observa—, estuvo muchos días encerrado en el despacho de Poe, bebiendo de su tinta, dándole plumas que tajar para que la letra fuera superviviente. Entre líneas cabe su reparo acerca de que el único que se burla y

eleva sobre el hombre es el pájaro, y decurriendo por la zoología de Poe, conviene en que ese original escritor pensó en el vampiro mudo, en los grandes murciélagos que chillan, en el mirlo negro, apartando de su mente al loro, "al que habría que teñir de negro para darle misterio".

Explora, después, en la palabra augural y fúnebre que pronunciara el cuervo. No podía ser "nunca jamás", y si la concluyente, como golpe en un sepulcro cerrado a cal, de "jamás". La misma que repitiera Milosz cuando dijo que se sentía como un jardín de noviembre, desconsolado, en donde la palpitación de las fuentes repetía la palabra "jamás".

El cuervo no hubiera llegado con "el atroz desconsuelo de su sonsonete", de no haber descubierto Poe, con sus ojos de nictálope, las señales de la muerte en la faz de su Virginia.

Al término, las falsas euforias de Poe se levantan desde el espacio de su viudez, para compensarle del terror que le han dado sus propias criaturas. Entonces es cuando lanza, para oponerla al grito del ave funesta, la palabra "Eureka", pero el alcohol ya le va quemando junto con las imágenes de su contradicción y de su esperanza.

UNA EXISTENCIA ROMANTICA

En las páginas de "Mi Tía Carolina Coronado" lucha el ingenio "ramonesco" entre la ternura que le inspira su personaje, el celo familiar que se halla con antecedentes linajudos y su tentación de análisis que le conduce a buscar polillas en las genealogías y a sorprender, en las recatadas alcobas de aquella historia sensible, tal cual hipo romántico de su ilustre tía abuela por la rama materna. Pero logra su propósito en pos de las dimensiones humanas

que debe tener la biografía y las anécdotas que ha recogido, siempre de color fiel o de acercadas referencias, le permiten dibujar el ambiente en el que se movía tan delicada silueta, de una cabeza "rica en tirabuzones", coronada, si se quiere, como dice Ramón, por esas "columnas salomónicas en miniatura que eran el adorno de sus pensamientos".

En tales líneas se insinúa el rostro de la romántica rizada, de suave tono en sus entrevistas, pero de indudable influencia en los estadios de la época; consejera de la Reina en sus temporadas madrileñas y huésped de palacios soleados y estancias junto al mar, para sedativo de sus nostalgias.

Retrato de primera juventud el de sus ensortijados menudos, porque en el que trazaron los pinceles un tanto academistas de Federico de Madrazo, aparece con poco atuendo, serena en la luz de sus ojos y en la continencia de su diestra que sostiene un cerrado abanico; busto que se enmarca en el sencillo atavío de la mantilla española, que deja libre una frente tranquila, sobre la cual, casi en el nacimiento del cabello, hay un arco finamente trenzado.

Gómez de la Serna se refiere al imán de que estuvo dotada y a la vida de su tía, un poema acaso mejor que los escritos, con todos los caprichos románticos y la presencia de afortunado albedrío que hizo posible aquellos, porque los románticos de la desventura se suicidaron como Larra o se ahorcaron subjetivamente. Antes y después de su tiempo anduvieron los poetas en busca de los motivos de la tristeza, y algunos tan consubstancialmente unidos con ella, que parecían hablar por su misma voz.

Casi todos la conocieron, unos de niña en despertar de tiernos sentidos, o de adolescente, frente a la rueca de los primeros versos, y los otros, en su edad dorada del poema El Amor de los Amores, que mide, con discreta gracia, el

efímero alcance de los bienes humanos, completándose en breves meditaciones místicas por las que quiere liberarse.

Espronceda, el del sueño macabro de *El Estudiante de Salamanca* y de los perfiles fáusticos de *El Diablo Mundo* en el que un anciano se rejuvenece para recomenzar la vida y llega a los mayores desencantos frente a la universal injusticia contra la cual nada pueden la ciencia ni la experiencia, la conoce y estimula. El vallisoletano Don José Zorrilla que ha logrado convertir al Tenorio aún cuando sea en sus postrimerías y dotar de alguna virtud dantesca a la cándida Doña Inés, se roza con la adolescente a quien algunos admiradores incondicionales la suponen dueña de cierta luz teresiana. Juan Eugenio Hartzenbusch, el de los desgraciados amantes de Teruel, "separados por adverso sino, para encontrarse demasiado tarde", escribe el prólogo cordial para su libro de poesías...

Entre la edad romántica y la del post-romanticismo crece y dura su flor. Y ya se ha matizado, dentro de los tonos de su melancolía un tanto brumosa, cuando las golondrinas de Becquer van a tejer sólo con sus alas y los vientos que llevan esencia de azahares y de recuerdos, unas rimas inmortales, o cuando Núñez de Arce afila sus Gritos del combate; Ramón de Campoamor da en sus doloras sentenciosas o Rosalía de Castro escribe su lírico testamento *En las Orillas del Sar*.

Los datos íntimos que de Carolina Coronado ordena Gómez de la Serna, corresponden a su romántica vida. Su temprano voto de "no amar" la puso en grave conflicto cuando la erótica señal dió en la cuerda mater de su corazón. Y, rodeada de galanes de toda especie, entregó su mano y su destino a un inglés de dulzuras lentas y severa vitalidad, que se llamaba Mr. Perry. Poblado el hogar de nuevas criaturas, cuenta Ramón, sus amigos le preguntaban, en cariñoso diminutivo, por las *Perrytas*.

Carolina, según su sobrino nieto, padecía de unas edificantes catalepsias, una de las cuales, siendo ella muy joven, regó la noticia de su muerte, así como la de su temprana gloria que se iniciaría con el epitafio compuesto por Campoamor. Pero esos eran "unos sueños de algunos días" en los que se escapaba de la vida para regresar a ella con mayor suerte, predilecta de los aristocráticos tíos y de los reyes subyugados por su hechizo.

Carolina Coronado defiende en su casa a los conspiradores y salva a Castelar, el poeta del verbo, interviniendo ante los soberanos. Las "perrytas" tocan el arpa y también hacen versos. Y ella, sin dejar de medirlos, ama a su marido y es tan aferrada a la vida de los suyos, que cuando muere una de sus hijas, embalsama su cuerpo para llevarlo consigo a la playa lusitana en donde acabará con la existencia. En la exhalación del ánimo le adelanta Mr. Perry, cuya estatura yacente, también embalsamada, ha de acompañarla por todos los días que le restan en el mundo. Visita diariamente al marido finado a quien llama El Silencioso. Conserva, en su jardín, anclado para siempre, el bote con cuerpo de sirena en el cual emprendió, a la diestra de Mr. Perry, en románticos paseos por las aguas azules.

Cuando a Carolina Coronado le llega la catalepsia definitiva, se hace el enterramiento de Mr. Perry, por lo que, como Gómez de la Serna advierte, el fin del marido adquiere, por rara virtud del recuerdo, rejuvenecimiento y actualidad. De ese modo, los dos que se amaron mucho, llegan juntos al sepulcro.

Páginas antes de tal término de viaje, escribe Ramón un elogio de la tórtola que era el ave preferida de Carolina Coronado: "Yo que he tenido tórtola mansa en recuerdo de ella, trabajando con la tórtola dormida en el celo hasta la madrugada, se que merecen el mayor cariño. Ningún animal más dulce que la tórtola, amiga de buscar rincones

muelles para contemplar la vida y la afectuosidad que llega en las ráfagas del viento y de la luz. Es un animal de tan hondo sentir que cuando muere el macho, ella se torna una viuda desconsolada, y no vuelve a posarse en árbol que tenga verde rama y generalmente muere de amor”.

DIEGO Y ALEIXANDRE

Bien se ve que los apuntes para los retratos de los poetas Gerardo Diego y Vicente Aleixandre no están acabados y Ramón ha querido dejarlos en su calidad de esbozos, acusando ciertas facciones, pero sin extender sobre otras el lápiz de la biografía.

Cree Gómez de la Serna que “los dos poetas que van a la cabeza del movimiento actual español, son Gerardo Diego y Vicente Aleixandre, castellano con mar el uno, y sevillano con río en Sevilla y mar en Málaga —que es donde crece— el otro”.

Las proximidades en que les examina son únicamente del tiempo, y así Diego y Aleixandre no pueden aparecer en retratos paralelos, porque su medio natal es diferente, y la poesía que han creado, distinta, y porque van por la vida con marcha diversa, el santanderino concentrado y parco, y el sevillano en la movilidad de su poema, en su viaje de transiciones, en su irse con una prisa lírica de emoción y de sentidos, mientras Gerardo Diego parece el que desea volver para la constancia de que sus troqueles están perfectos o el que quisiera quedarse dentro de sus sonetos de fina arquitectura.

Gerardo Diego nació en Santander en 1896, y Aleixandre que figuraba en las antologías como del 900, ha rectificado su fecha natal, precisándola el 26 de Abril de 1898. Como Ramón subraya, se trata de la generación que abre los

ojos el 98, y a la que pertenecen, entre otros, García Lorca y Dámaso Alonso, infantes de cuna para la edad en la que Azorín daba golpes de pluma a sus esenciales paisajes y los Machado componían los poemas en los que el Cid cabalga y Soria se dibuja.

“La poesía es un problema —afirma Gerardo Diego— y un problema sin solución, en lo cual se diferencia de los problemas científicos. La razón es que no es un problema abstracto sino humano. Los poetas españoles de hoy lo saben bien y su primera coincidencia espiritual es la fe en la existencia de la poesía como algo distinto de la literatura...”

Aleixandre, alejado de explicaciones estéticas, si en ocasiones le pareció que la poesía era un poco servidumbre, pudo sentirla en otras como “salida a la única libertad”, y como Ramón señala, el suyo ha sido un viaje, un incansable viaje amoroso, aún cuando para sus dolencias hubiera necesitado de “las alturas y nieves de la sierra” en días de relativa inmovilidad, y después, de sus ascensos por curvas del Guadarrama.

A Gómez de la Serna no le resulta fácil retratar a Gerardo Diego con la misma punta de la greguería, pero ensaya el procedimiento, dando en algunos de sus más caracterizados rasgos: “Tan sutil es Diego que no se sabe cuando habla de perfil o de frente y con su apariencia de seminarista tímido, sus imágenes tienen toda la audacia que quiere y rasgan su buca chica que parecería no poder lanzar sino oes muy redondas”. Añadiremos que la continencia del poeta de Angeles de Compostela es tal, que cuando se trata de sí no admite la jerarquía, y si ha de hablar en primer término o si el suyo es el poema destinado para iniciar la velada, se adelanta a pasos cortos y rompe el silencio sólo por la “gerardía”.

Privado por la compostura, Diego se dice “anhelante arquitecto de colmena” que va labrando celdilla tras celdi-

lla, para llenarlas de miel áurea y de "cera virgen y morena". "Como pianista que es, escribe como toca el piano, de espaldas al público, mirándose en el espejo negro. Sólo cuando oye las ovaciones vuelve un momento la cabeza".

He allí una definición, con imagen cónsona de su otro virtuosismo, que nos presenta a un Gerardo Diego antideclamatorio, al que escribe los poemas y toca el piano sin pensar directamente en el público, sin que le dé en los ojos la luz de las lámparas del teatro. Así es como escribió aquel precioso soneto para Debussy:

"Sonidos y perfumes, Claudio Aquiles
giran al aire de la noche hermosa.
Tu sabes donde yerra un son de rosa,
una fragancia rara de añafiles.

Con sordina de crótalos sutiles
y luna de guitarras. Perezosa
tu orquesta, mariposa a mariposa,
hasta noventa te abren sus atriles.

Iberia, Andalucía, España en sueños,
lentas Granadas, frágiles Seviillas,
Giraldas tres por ocho, altas Comares.

Y metales en flor, celestes leños
elevan al nivel de las mejillas
lágrimas de claveles y azahares".

Si Gerardo Diego, admitiendo lo que de él se ha dicho, que "ya está maduro", que se conoce en sus besos y en "no se qué" de su voz, que pronto le llamarán viejo, dice que "no le importa", porque aprendió en sus textos "que se vuelve del revés/ como un dócil guante al tiempo", Vicente

Aleixandre, cuyo corazón necesita vientos de altura, es el viajero impetuoso y vital, el del hablar incesante, el que "si se callase se derrumbaría en el abismo que corre al lado de su poema".

EFIGIES

Gómez de la Serna no abandonó las imágenes de los del drama de la tierra. Ha de cultivarlas afanosamente en esa mutación de seres y de cosas de la que salen sus metáforas, a veces como naturalezas muertas-vivas en las que las frutas asumen posturas infantiles, colores adolescentes o sabor de estío. Díjose por esto y por el gusto resumido y antitético de sus frases, que a él se debe, en buena parte, el auge del micrograma y que es necesario, cuando se escriba su biografía crítica, añadir un capítulo sobre el Ramón poeta, el madrileño de buenos descubrimientos líricos, que hubiera podido endulzar el café negro de su tocayo Campoamor, a veces muy concentrado de doloras.

Ramón, que solía trabajar en Madrid casi hasta la hora del alba, siguió en sus entrevistas con los poetas tanto del mayor de los desasosiegos, de las estrofas de más lunática estirpe, como con los que, en busca de reposo, querían pescar imágenes, ya no como los violentos, a río revuelto sino más bien a lago tranquilo.

En su libro *Efigies*, cuatro desazonadas figuras logran moverse en medio de vicisitudes: Baudelaire, al que llama desgarrado; el gran mariscal Barbey d'Aurevilly, el conde Villiers de l'Isle Adam y el "suicida" Gerardo de Nerval.

Estudia, como a trazos objetivos, la emoción incandescente de Charles Baudelaire. Es fiebre interior que sale afuera y le congestiona primero, para determinar después su condición de rostro seco, su enflaquecimiento como si se

hubiera quemado sin consumirse por esa temperatura que le condujo hacia la venus negra.

Baudelaire probó de todos los vinos tonificantes y de los que escuecen, y sus flores del mal rodearon a la manzana primitiva asediada por la sierpe en cada brote de la primavera, y a merced del sueño de sus gatos familiares que llegaban a borrachera lírica, rompiendo frascos de perfume o se agitaban con la raíz de la valeriana, recibía la visita del vampiro.

Con las de sus propios poemas levanta Ramón las imágenes de la vida de Baudelaire al que considera como "un gato voluptuoso de maneras aterciopeladas, de paso misterioso, lleno de fuerza en su fina ligereza, fijando sobre las cosas y las personas una mirada de inquietante luz". Le sigue en sus errabundeces y en sus aventuras, en su registro poético llamado a dar las más originales notas, en sus amores y en sus desengaños, en su desgarrado destino, hasta cuando sus flores se revierten en ceniza y es el que al final muere de sed porque está destinado a beber "el vino de la inmortalidad".

Las efigies de Gómez de la Serna llaman a la tentación de transcribir, convocan a las dóciles comillas, pero aún cuando sepamos que están hechas a fragmentos móviles como en los instantes de una película, si escogemos para ejemplos algunos de éstos, los retratos llegan a descomponerse y es mejor entrar en esas páginas de las que a veces se exhala el opio baudelero, el penacho de Barbey, la frase bruja de Villiers, el espíritu alternativamente encantador e hipocondríaco de Gerardo de Nerval.

Barbey d'Aurevilly sale, desde el comienzo, de la estampa un poco preciosista de su retrato, para marchar por los caminos de su vida y de sus letras. En esta, como en otras de sus efigies, busca Ramón la reviviscencia del personaje y nos obliga a que le acompañemos en el romántico milagro

del que animó al Brummel cuidado y acicalado hasta consagrar la figura del dandysmo, sin que por eso deje a la existencia menos libre de evocarse a sí misma, con la naturalidad que sirve para que las cosas de ayer puedan proyectarse en el hoy, si en ellas respira el hombre diverso y semejante.

En alargado retrato aparece aquel perfil de "gran señor" del Conde de nombre longitudinal, Juan María Matías Felipe Augusto de Villiers de l'Isle Adam. Amigo de Mallarmé, de Baudelaire, de Verlaine, sus preferencias por Wagner no le llevan a total admiración de la música épica. Sus conversaciones descubren los sorprendivos ángulos de las personas y las cosas y si destaca los caracteres del romántico de calidades aristocráticas, grandes espacios de su vida saben a la pintoresca miseria de los héroes bohemios de Murger.

Si el de las influencias que llegan hasta Rubén Darío, el de los cuentos crueles e insólitos, muere apagándose gradualmente, apoyado en los brazos de su fiel compañera, Gerardo de Nerval, viajero por todos los caminos, traductor del Fausto en cuyos desencantos y ambiciones se hospeda a destiempo, para recoger, al término, las cenizas de Mefistófeles; el autor de *Bohemia Galante*, *El Príncipe de los tontos* y otras obras dramáticas, de relatos, de leyendas, a la postre de su arte cuerdo y de sus episodios de locura, aparece colgado de un cordel, en la media luz del alba, en solitario callejón de los vagabundos, como para consagrar el último extravío. Ramón cuenta la muerte de Nerval, y hasta rastrea, como si fuese con linterna prestada por detective, en los antecedentes de tan trágico remate, para considerar si como creyeron algunos escritores amigos, se trató de asesinato sin descubrimiento, o si, más bien, ese delicado trashumante, lector de todos los poetas alemanes, dueño de mundos imaginarios de narración y de profundos atisbos en el interior

universo, cedió a la voluntad de abrirse, por propia mano, la ruta última.

Volvemos por estas efigies a las que se añade la de Juan Ruskin, a quien llama el apasionado, esteta que quiso encender sus siete lámparas de la arquitectura, escribir sobre las piedras de Venecia, disertar sobre las mañanas de Florencia. Como contraste nos da "la silueta de este inglés pausado y burguesal que cree demasiado en la vida y en el arte".

GOLONDRINAS DE AMERICA

Cuando Gómez de la Serna pensó en la verdad de los seres universales que suelen acompañarnos por todas las latitudes, dio con la ingrátida golondrina cuyos sutiles mensajes se trazan en la semáfora de las alas ligeras, en digitales signos de pluma que dictaron a Carrera Andrade la imagen de que las golondrinas son las letras de mano de Dios.

Sus cartas a las golondrinas, con la fiel postdata de recuerdos a Bécquer, confiaron a los altos cielos quizá lo que no puede conseguirse en los pedestres destinos. Ciertamente que las golondrinas de Bécquer, dueñas de corazón doméstico, son las que revuelan a ras' de los balcones, picotean en las migas de la guardilla y hacen amistad con las palomas de la posta. Para estas es a domicilio la franquicia de las cartas de Ramón, pero para las otras, viajeras de largo espacio, ensaya en veces el lenguaje de golpes metálicos de la telegrafía, el alfabeto taquigráfico del que ellas fueron precursoras al dibujar con sus alas ágiles jeroglíficos sobre las nubes.

Nuevos registros de climas y de ciudades, de paisajes y de sentimientos, de remembranzas y de olvidos, son los que alcanza Gómez de la Serna con sus cartas a las golondrinas,

entre las que prefiere a la de América, a la que llama avión azulado por sus mayores tamaño y resistencia, y que sobrevuela en aguas pacíficas y atlánticas, para reconocer, en sus altos, a sus hermanas del mar.

Cartas a las golondrinas, anticiparon su viaje a Buenos Aires, a poco de la clausura de Pombo. Por los días de la primavera de 1949 regresó a lares madrileños, para una recapitulación de sus verdades y de sus sueños, sin angulosa presentación de hijo pródigo y con el ancho rostro todavía sombreado de oscura cabellera. Vió entonces que se había cumplido su premonición de "Cosas de Pombo", biografía de su "cripta sagrada" y que así cobraban evidencia las palabras de la víspera: "Y seguiremos aquí, hasta que un día, por ser tardíos, nos encierren en la sombra de Pombo para siempre, y como el café no se volverá a abrir nunca, en él viviremos la eternidad".

"Vino la guerra —dice Edgar Neville— y se nos marchó a América, y se empezó a transformar Madrid sin su permiso, y a Pombo le convirtieron en un almacén de maletas, y fueron desapareciendo los viejos faroles que silbaban como tontos al paso de Ramón, y por fin hizo un corto viaje (de vuelta) y le pusimos su esquila en la casa donde nació, y se volvió a marchar".

Escritas con pluma de golondrina parecen sus últimas cartas, por lo veloces y livianas. Desde la estancia platense en donde recompuso el museo que tenía algo de Rastro y en donde se levantaba entre papeles y libros y retratos, su muñeca de cera, de tamaño natural, con la sonrisa inmóvil y los ojos de uva, perseveró la memoria de Ramón en los motivos evocadores de Madrid y de los madrileños. Así buscó a Lope de Vega para ir con él hacia su casa de jardín y drama, de pozo ciego y biblioteca de pergaminos, de dueñas azoradas o complacientes, de muelles estrados y de braceros en donde todavía se cuecen las castañas del siglo de oro. Siguió des-

pués por las veredas del Madrid dieciochesco y se detuvo en la puerta de Alcalá, sin atreverse de pronto a tomar partido. Pero su conocimiento de la villa que ilustraron Velázquez y Goyas, Quevedos y Larras, pudo conducirle, casi sin transición, desde románticos albergues del ochocientos treinta, hasta los finales del siglo decimonónico y a las luces de la nueva centuria en la que apuntaron sus primeros sueños. Pero también sus entrevistas con el payador Martín Fierro, con el jinete Facundo, con las aligeras golondrinas, le guiaron a los apuntes iguales y diferentes sobre los hombres y las cosas de América.

RICARDO DESCALZI

UNA QUIMERA EN PARIS

PIEZA TEATRAL EN UN ACTO

Quito, 22 de Septiembre de 1955

ACTO UNICO

Escenario:

Amplia habitación que sirve a la vez de Taller de Pintura y Comedor, en el segundo piso de un chalet, en un pueblo cercano a París.

Al foro y a izquierda, un diván ancho, sobre el que reposan apilados unos sobre otros contra la pared, ringleras de cuadros de diferentes tamaños. El primero, de proporciones regulares, muestra al público la Catedral de Notre-Dame, tomada desde los malecones de la ribera izquierda del Sena. Delante de los cuadros, cubierto por una sábana, reposa el cadáver del pintor.

Al fondo y a derecha la puerta que comunica con el vestíbulo.

Hacia izquierda y por delante del diván, colocada ligeramente en sentido oblicuo, la mesa que sirve de comedor, atestada de utensilios diversos en amontonado desorden. Tres sillas sin pintar, se adosan a ella.

Entre la mesa y las candilejas, el caballete del pintor con un cuadro inconcluso que representa bocetos de cabezas infantiles, a las que se les ha dado las primeras pinceladas. Delante del caballete y a la izquierda, una mesita auxiliar, con la caja de pinturas, la paleta, frascos de boca ancha llenos de pinceles. Perdido entre este alboroto, una figurilla que representa la réplica del llamado "pensador", una de las quimeras de Notre-Dame.

Adosado al muro de la derecha, un armario sobre el cual reposan decenas de cartulinas enrolladas: bocetos de cuadros apilados, todo en desorden, dando la impresión de descuido.

En el muro de la izquierda se abre un gran ventanal al jardín. A través de sus cristales se miran las copas de los árboles.

Son las tres de la tarde de un día de Verano de 1953.

P e r s o n a j e s :

Esposa del Pintor: Su aspecto de veinticinco a treinta años, menuda, de ojos almendrados y labios finos. Su voz es suave y pese a no ser bonita, tiene un aire gracioso que impresiona bien. Su actitud externa parece de estudiada indiferencia ante el hecho que acaba de suceder, quizás

porque se siente aturdida ante la inexplicable tragedia. Su acción en la escena es melodramática, pero en el fondo, la expresión justa de su estado espiritual.

Amigo del Pintor: Cuarenta años de edad. Tipo de intelectual. Su extraña actitud es más fruto de la turbación que siente frente a la tragedia. Escucha casi impasible las historias deshilvanadas que la esposa del pintor va relatándolas, temeroso de interrumpirla, descubriendo a través de ese relato patético, toda una vida.

Inspector de Policía: Cincuenta años de edad. Viste una gabardina de color desvahido por el tiempo. Su actitud es de gran indiferencia ante la tragedia presente. Su deseo es cumplir su rutinaria obligación, sin importarle otro problema.

La escena está vacía. Se abre la puerta y entra la esposa del pintor seguida del amigo. Ambos se detienen ante el cadáver. Ella le descubre el rostro por un momento. Permanece en silencio mirándolo y luego vuelve a cubrirlo.

ESPOSA: (Detenida, moviendo negativamente la cabeza) No pensé que lo haría. Nuestra vida era bella y diáfana... (Avanza unos pasos hacia el público, seguida del amigo. Clavados sus

ojos en el piso, dice lentamente, como si recordara) Tan diáfana y bella. **(Alzando a mirar al amigo)** Le tomé a risa cuando cierta ocasión me insinuó algo parecido. No iba a imaginarlo nunca. ¿Piensa usted que debía creerle? **(Pausa corta)** Me lo dijo hace mucho tiempo, un día que no recuerdo. **(Simulando la voz de él)** "Lo voy a hacer, ¿sabes?, lo voy a hacer". Su mirada era fría. **(Reaccionando)** ¿Por qué, si éramos felices? A usted le dijo que éramos felices ¿verdad? **(Pausa)** Le amaba tanto y le conocía tanto. Le tomé a broma, como cuando se escuchan cosas tontas a los niños. **(Brindándole una silla al amigo)** Pero perdóneme, siéntese por favor. **(El amigo se sienta. Ella toma otra silla y detenida, pone sus manos sobre el espaldar)** Solían llegarle momentos de abatimiento. Si, esa es la verdad, se ponía triste y a veces mal humorado. **(Sonriendo levemente con la mirada vaga)** Créame, le sentaba ese aire de angustia. Para mí era como mirar un rostro en estudio. **(Mostrando con el dedo las cartulinas sobre el armario)** Decenas de bocetos dibujados por él. Yo le decía: "deberías tomar apuntes de tu expresión". Eso le disgustaba terriblemente: todo, menos que hablase de su arte. **(Alzando los hombros)** Los genios suelen tener sus momentos y él los tenía. La vez que me amenazó con aquello, le tomé la cabeza con mis manos y me puse tan cerca de él, tratando de bromear. "No lo vas a hacer, no puedes hacerlo, le dije, tienes tus hijos que son pequeñitos. ¿Es que no los quie-

res? Bueno, en fin piensa en ellos si es que no piensas en mí". **(Con resentimiento)** Le di un beso, pero él no me besó. Entonces comprendí que no bromeaba, que lo estaba planeando de verdad. **(Pausa. Tratando de disculparse)** Hubo un momento en que me sentí culpable. ¿De qué? No lo sabía. Algo minaba mi corazón. Dentro de mí lo sentía extraño. **(Sentándose abatida)** Todo era frío entre nosotros, como el aire en el invierno. **(Mirando un punto cualquiera)** Nos sentíamos cansados. El había perdido fé y esperanzas, le rondaban ideas negras y el tono de sus colores era como para pintar las tinieblas. ¿Yo? **(Hace un gesto de abandono)** Ya ve usted, era sólo la mujer del pintor. **(Con voz sarcástica)** Ni siquiera eso, porque a él ya no le interesaba pintar. ¿Por qué? **(Patética)** ¿Quién puede explicarme por qué? **(Pausa)** Tal vez lo sepa sin atreverme a decirlo. Tal vez... **(Mira al rededor)** Nada ha cambiado desde ayer. Todo está como lo dejó: la mesa, los árboles, el paisaje que tanto le atraía desde esa ventana. **(Poniéndose de pies y señalando por ella)** Allá a lo lejos París, su París, su amado París. **(Detenida un momento viendo a la distancia)** ¡Su amado París!... **(Mirando al amigo)** Nada de eso tiene ya expresión en él. París estará igual: alegre, bullicioso, triste, eterno, sin importarle su muerte. **(Va hacia el cadáver. Detenida ante él)** ¿Le mira? Dormido sin que mi queja, ni el recuerdo de sus hijos, ni nuestra presencia, ni su amado París, conmuevan más su corazón. **(Retornando)**

¿Es que debo llorar? ¿Cree usted que mis lágrimas van a llenar este vacío? ¿Por qué he de llorar, cuando es más duro el dolor que apreta la garganta, atenaza el cerebro, desvanece la voluntad? **(Cae en la silla sostenidas las sienes con sus puños. Pausa)** A veces amanecía alegre como un niño en vacaciones. **(Se levanta alzando sus brazos, siguiendo una mímica al compás de sus palabras)** Eufórico con el sol, con el color de los pastos frescos. Todo él una canción, como los cuadros llenos de luz que salían de sus manos. Yo me sentía dichosa al mirarle y olvidábamos nuestros problemas y nuestras angustias. Se ponía a pintar con fervor, temeroso de perder el impulso, brillante, febril, como si una locura agitara su inspiración, en un anhelo de poner fuego en sus paisajes. **(Pausa. Con voz abatida)** Pero aquello le duraba tan poco, se derrumbaba como las hojas del otoño y empezaba lentamente a poner retazos de color, con horrenda frialdad, como si estuviera obligado a cumplir una orden fastidiosa. **(Pausa)** Días largos en que no trabajaba, perdido en el hastío, aburriéndose de vivir, cansado de si mismo. A veces llegaba en puntillas susurrándome al oído: “¿puedo ayudarte en algo?”, me decía, y miraba a un lado y otro sin atreverse a tocar nada. Yo aparentaba ponerme severa: “tu sitio no está aquí, está allá, en tus cuadros. Anda, no te fatigues, pinta”. El no me entendía y se iba triste llevando en sus ojos la impresión de mi reproche. No, no es cierto, yo no le reprochaba, le insinuaba, esa es la

verdad. **(Pausa)** El sábado llegó contento de París. Me contó que acababa de encontrarse con usted, un amigo a quien no había visto en tanto tiempo. Se puso alegre a recordar su vida de colegio, los viejos días, las aventuras de muchachos, cuando concursó en una exposición a la edad de doce años con un cuadro que el jurado lo rechazó, porque no creía que él lo había pintado. Se puso a reír como un niño, remedando los gestos de asombro de los viejos. **(Deteniéndose bruscamente)** Era un genio, ¿verdad que era un genio? Si, si lo era... pero entonces, ¿por qué, por qué lo hizo? **(Hunde su rostro en las manos. Levanta la cabeza)** El domingo pasó con usted. Ese día se estrenó un traje que lo habíamos comprado para las recepciones. Desde el momento en que se vestía demostró su gozo. **(Pausa)** Yo le había dicho muchas veces: "¿por qué no te compras otros ternos nuevos? Mucho me gustaría verte siempre elegante. La gente aprecia a las personas por el modo como se presentan. Un genio mal trajeado no es nadie, un estúpido bien vestido es un señor". **(Sonríe con tristeza)** No teníamos derecho a ciertos lujos. ¿No cree usted que las mujeres decimos a veces cosas tontas? **(Alegre)** ¿Le notó la corbata? Yo se la escogí. ¿Verdad que era bonita? Y contrastaba con el traje. Se le veía tan bien... **(Pausa)** ¿Le habló de monsieur Sanglet? Solían encontrarse con frecuencia y tomar sus cervezas. Es agradable tomar un vaso de cerveza en cualquier

brasserie. A mi me llevaba en ocasiones a un café frecuentado por artistas. ¿Ha hecho amistad con pintores? Es interesante conocerles. Tienen otra idea del mundo. Con tomar hoy un pocillo, vender una acuarela, pueden desentenderse del mañana. Nada es urgente en ellos. **Monsieur Sanglet** solía criticarles esa estúpida condición. Nosotros vivíamos de otros sueños, nuestras esperanzas eran diferentes. **(Pausa corta)** **Monsieur Sanglet** es una autoridad en pintura y usted sabe, aquí, en cualquier lugar, cuando existe una buena influencia... Fue uno de los primeros amigos que hicimos en París. Traíamos dólares de Nueva York y supimos darnos importancia. Por él conocimos al Director de una Galería de Arte. **(Retornando a mirar el cadáver)** ¡Qué alegre se puso cuando le ofrecieron el Salón! Su eterno sueño de exponer en París se hacía realidad. Vivíamos ya aquí, en la capital del mundo, en la puerta que lleva a la fama. **(Meneando la cabeza)** Creyó ingenuamente tener a París en sus manos. Veinte años fabricando cada día la misma esperanza. **(Con resentimiento)** No fue como lo soñó. París le pagó como suele pagar a los ilusos que creen en él. Aquella vez casi le ví llorar de rabia. Para no hacerlo me dio sus razones: "París es cerebral, no es emotivo", me dijo. "Las grandes ciudades no tienen corazón". **(Pausa)** "Está bien, le repuse, no puedes desanimarte, tú debes triunfar en la ciudad que tanto has amado, acomodarte a su ambiente, tener pa-

ciencia y comprender qué les gusta en pintura. París será tuyo cuando tú lo quieras". **(Pausa)** Le renació el fervor, tenía confianza en su mano, en su genio. **(Sonríe con tristeza)** Pero el tiempo pasaba y a más de pocos retratos no existía otra salida. **(Pausa)** Entonces empezó a añorar a Nueva York. ¿No le habló el Domingo de Nueva York? Casi era su tema obligado en estos días. Nueva York fue su conquista, lo tuvo en sus manos, porque Nueva York le llenó de dinero. Sus exposiciones se copaban de público y la gente compraba sin remilgos. Sin embargo él se mofaba de Nueva York: "mercado de colores melosos y paisajes complacientes para las chequeras de los burgueses". ¿Cuándo Nueva York había dado una escuela de pintura como las que surgían aquí? Triunfar en París era conquistar el mundo y desde ese momento su vida ya no tuvo otro fin. **(Mirando por la ventana)** Allá está París y aquí está él, cumpliendo su sueño: no alejarse jamás de la ciudad que tanto amó. **(Con amargura)** Desde mucho tiempo había perdido el interés. París le había mordido hasta lastimarlo. Cinco años de vivir esperando. **(Patética)** Cinco años en que cada mañana amanecíamos con una ilusión, para enterrarla en la noche. **(Pausa larga)** Aquí nacieron nuestros hijos. **(Se pone de pies y avanza hacia el caballete)** Los comenzó a pintar hace una semana. Hoy comprendo su deseo: quería dejarles un último recuerdo. ¿Ve usted? Ni siquiera terminó de esbozarlos.

Permanecerán borrosos como su rostro en la memoria de ellos. **(Excitada)** Siempre le reclamé esto: "pinta a los niños, píntalos. ¿Por qué no los haces, como has pintado tantos retratos en tu vida?" Se resistía. ¿Usted puede comprender por qué? Les quería tanto y les deja sin recuerdos. **(Sentándose)** El amor que un día debió tenerme creí que lo había encauzado a sus hijos. Les amaba a su manera como yo no llegaba a comprender. Hace poco me dijo resuelto: "voy a pintarles". Allí tiene usted el resultado. **(Pausa larga)** No la pasábamos bien. Teníamos nuestros altibajos. Su alegría me estremecía como una amenaza. Sólo con los niños reía sin reparos. Cuando le conocí por la primera vez, me sobrecogió de espanto su carcajada. Empezaba a reír y era como si algo maldito envenenara su alma. **(Pausa)** Cuando era su novia intentó hacerme un retrato. De pronto dejó a un lado los pinceles y me dijo: "eres demasiado bonita para poder lograrlo". Lo decía por halagarme. Era galante, ¿no lo cree usted?, para más tarde escuchar de sus labios palabras duras. **(Yendo al diván)** ¿Usted conocía su pintura? Ese cuadro de Notre-Dame le gustó mucho a un empleado de la Embajada. Creía al oírle que tendría intención de comprarlo. Hubiera solucionado por algún tiempo nuestro problema. Pero no. Le gustó sin hablar del precio. Tengo la seguridad de que vendrá cualquier momento, me dirá algo convincente y tendré que entregárselo. **(Retornando a la silla)** Recuerdo un día, le

sorprendí trabajando en un paisaje. Tenía tanta luz y tanto color y se lo dije. Me miró iracundo con una sonrisa torva y sin decirme una sola palabra, cruzó el cuadro con el pincel, embadurnándolo con violencia. **(Excitada)** “¿Por qué? le grité, ¿por qué haces esto?” No me repuso. Rompió el pincel y se acercó con un silencio terrible a la ventana. Pasó un momento mirando a la distancia y revolviéndose me dijo con fría serenidad, mostrándome sus dedos: “maldita esta mano que sabe dibujar y hacer estas cosas que ni al mundo ni a las gentes interesan”. Permanecí absorta, comprendiéndole por la primera vez. Me di cuenta de lo que pasaba. Buena o mala la pintura de la época, él no se sentía animoso de realizarla. Esa era la verdad. Había perdido el ritmo, se hallaba rezagado y tenía conciencia de su posición. **(Pausa)** ¿Qué más le quedaba por realizar? **(Mostrando el cuadro de Notre-Dame)** Esto o caritas de niños. **(Pausa larga)** Fue entonces cuando empezó a beber. En Nueva York lo hacía por satisfacción, por alegría. Aquí, por resentimiento, por desahogo. Sin embargo un día comprendí que aquello le estimulaba. Con un vaso de cerveza a su lado o una copa de coñac, parecía ponerse en vena. Trabajaba alegre, sin fatiga. Yo resolví ayudarle a mi modo. Cuando le sentía abatido, corría al almacén y traía media botella de coñac o una de vino. “¿Sabes?, le decía, para no hacerle sospechar, me ha dado deseos de beber, ¿qué te parece?, he traído esto, ¿quieres?, nos lo tomaremos juntos”.

Al principio le pareció un capricho mío, pero cuando se dio cuenta de mi intención, se resistió definitivamente. **(Pausa larga)** Si no pintaba, ¿qué podíamos comer? **(Pausa)** No quería escucharme. Era tan orgulloso. Tenía razón. Fue un niño prodigio y eso no lo olvidó nunca. **(Pausa)** Además, era un hombre honesto. Amaba su arte, tal cual brotaba de sus manos y se negaba a las condescendencias. Nunca quiso traicionarse. Prefería pasar así, **(mirando a la pizarra en derredor)** que complacer a quienes le insinuaban que cambiara de estilo. **(Yendo al cadáver y deteniéndose ante él)** Si. No se traicionó es la verdad, pero usted mire a donde le condujo su honradez. ¿Qué le importaba hacer lo que ellos querían? **(Revolviéndose violenta)** ¿Dígame usted, ¿qué le importaba mentir? ¿Qué perdía con eso? ¿Quién ahora le dice: "has hecho bien en irte sin traicionar tu temperamento"! **(Se sienta abatida)** Empezó a salir de casa continuamente, a trotar las dos calles del pueblo, tal vez a refugiarse en el bosque o a sentarse en el café. Regresaba abatido, silencioso, sumido en sus sombras. ¿Por qué se aburría teniendo a sus hijos? **(Con resentimiento)** Yo lo descubrí más tarde. Las mujeres percibimos ciertas actitudes de los hombres y comprendemos lo que les sucede. Sin embargo, créame, no le hice el menor reproche, ni nunca sospeché que me había enterado. Todo el pueblo lo sabía. Francamente no me importaba. Al contrario, pensé que ella podía ser un aliciente para que volviese a

pintar. Yo misma le insinué que le invitase a casa. Le trajo la otra semana. Le coloqué a su lado y seguí haciéndome la tonta, ante sus miradas y sus frases. A la noche le dije algo: "Es muy joven para ti. Tú ya estás viejo. Vive tu edad. Ella se burla en el fondo, ¿no lo notas? Es una muchachita y tú en cambio pareces su padre. Si le has ofrecido hacerle el retrato, tráela acá. Por lo menos hazlo en mi presencia". **(Pausa)** Usted la conoció. Estaba abajo, junto a **madame Ricart**. **(Pausa)** Su intención, lo sabía, era provocarme celos, pero le prometo que no tuve celos de ella. Esta sumisión mía le enojaba hasta el escándalo. Quería verme rabiar y desahogarse reprochándome algo. ¿No le contó nada de esto el Domingo? **(Pausa)** Yo sabía bien que ella y París se lo llevarían para siempre. **(Pausa)** Cuando supo su muerte, llegó presurosa a verle. Estaba a mi lado y no derramó una lágrima, como tampoco yo lo he hecho. Ni siquiera se lleva él ese consuelo. **(Pausa larga)** Creí que el Domingo vendría en mal estado. Llegó contento a la noche y se sentó al borde de la cama, despertándome, para contarme lo que habían hecho con usted en el día. Le dibujó un retrato al **crayon** en la mañana y luego se fueron a almorzar a un restaurant en el **Faubourg La Poissoniere**. Fue su último retrato. ¿Qué más le dijo? ¿Le contó de la exposición que proyectaba? Se sentaron a la tarde en el Café **Richelieu**, a mirar pasar a las muchachas. Cuantas preguntas le hice, él me

las iba contestando con alegría. Fue su última alegría y yo le agradezco a usted haberle dado un día feliz. **(Pausa)** Otras ocasiones cuando venía de la ciudad llegaba mal. Cierta noche entró bamboleante, haciendo un escándalo de voces y gritos. Despertó a los niños que asustados le miraban trastrabillar, abiertos sus ojitos de espanto. “¿Qué le pasa a papá?, ¿qué le pasa a papá?”, empezaron a preguntarme. “Nada, les contesté riendo, papá está jugando conmigo”. **(Se levanta y empieza a acompañar de gestos sus palabras)** “Miren, yo también me bamboleo”, y comencé a trastrabillar como él, a hacerme la borracha y a reír, a tambalearme arrimada a su hombro, para que los niños vieran que en realidad jugábamos. Mis hijos empezaron a reír, a tomarlo en broma. Me caí al suelo para hacerles gozar más. **(Cae al suelo, junto al cadáver. Le descubre el rostro)** ¿Recuerdas? ¿Recuerdas como fue eso? Fue para que tus hijos no guardaran una mala memoria tuya. Creía que ibas a ser más sensato. Nada escatimé para sobrellevar nuestra tristeza. **(Sollozando)** ¿Por qué, por qué lo hiciste? **(Con ternura)** ¡Pobrecito! El mundo no te entendió. París, tu amado París, fue tu asesino... **(Hay golpes en la puerta. La esposa se incorpora, se arregla el cabello y se acerca a abrirla).**

INSPECTOR: **(Entra y apenas saluda con un gesto, sin sacarse el sombrero)** Inspector de Policía. **(Muestra su carnet).**

ESPOSA: Sí señor Inspector.

- INSPECTOR: **(Deteniéndose ante el cadáver y descubriéndole el rostro)** ¿Suicidio?
- ESPOSA: **(Anhelante)** No, no. Tal vez un accidente...
- INSPECTOR: **(Sacando un libretín)** El parte del Jefe de Bomberos habla de un suicidio.
- ESPOSA: **(Resignada ante la evidencia)** Si señor Inspector.
- INSPECTOR: **(Leyendo)** Pintor.
- ESPOSA: **(Tratando de congraciarse)** Sí señor. Allí están sus cuadros. Aquí en el caballete el retrato de nuestros hijos.
- INSPECTOR: **(Sin darle importancia)** Radicado en París desde hace cinco años.
- ESPOSA: Sí. Cinco años que llegamos de Nueva York.
- INSPECTOR: **(Guardando el libretín y mirando el ambiente a su alrededor)** Tenemos que cumplir el requisito de Ley. Mañana a las tres de la tarde está fijada la hora de la autopsia.
- ESPOSA: **(Aterrada)** ¿Autopsia? No. No por favor...
- AMIGO: **(Interviniendo)** Perdone señor Inspector...
- ESPOSA: **(Aturdida)** Un compatriota mío señor Inspector...
- INSPECTOR: **(Sin atenderle)** La ley es inexorable.
- ESPOSA: **(Yendo hacia el cadáver)** No. No quiero que le destrocen.
- AMIGO: Haremos que la Embajada intervenga en el caso.
- INSPECTOR: **(Mirándole por la primera vez y alzando los hombros)** Mi deber es hacer cumplir la ley.
- AMIGO: Lo comprendo señor Inspector.
- INSPECTOR: Tengo además que llenar otros datos. **(Toma una silla, la acerca a la mesa y retira con el brazo las cosas para darse campo. La esposa**

trata de atenderle lo mejor posible) Sucedió ayer.

ESPOSA: Sí, ayer.

INSPECTOR: A las once y media de la mañana.

ESPOSA: Tal vez sí.

INSPECTOR: ¿Dónde se hallaba usted?

ESPOSA: En París.

INSPECTOR: ¿Salía con frecuencia usted a París?

ESPOSA: No, muy rara vez. Ayer tuve algo de suma urgencia en la Embajada.

INSPECTOR: ¿Y?

ESPOSA: Bueno, un asunto particular.

INSPECTOR: Debo saberlo.

ESPOSA: (Mirando al amigo con ansiedad) Bueno, es que...

AMIGO: ¿Podría yo explicárselo?

INSPECTOR: (Alzando los hombros) ¿Y?

AMIGO: Quizás usted no de mucha importancia a estos asuntos señor Inspector. Lo rutinario no le haga valorizar este caso. (Pausa) El hombre que usted ve muerto fue un gran pintor.

INSPECTOR: (Burlón) Sí, ya lo sé.

AMIGO: Lo que usted no sabe es que triunfó a los doce años en una exposición de arte y adquirió fama y dinero en Nueva York. Pero él tenía que venir a París y demostrar cuanto valía su personalidad. París... ya ve usted...

INSPECTOR: Sí, la historia de siempre.

AMIGO: Tal vez Inspector, una historia más al grueso expediente de otras historias parecidas.

ESPOSA: No, mi marido no fue un soñador. El conocía el valor de su arte, su capacidad. (Con aba-

imiento) Le faltó paciencia, eso fue todo en definitiva.

INSPECTOR: Me interesan los hechos actuales.

AMIGO: Veo que usted no desea conocer motivos lejanos, quiere saber sólo las causas inmediatas.

INSPECTOR: Cumplo mi deber.

AMIGO: Su deber de Inspector, estrictamente, no su deber de hombre. Por lo menos escuche una razón.

INSPECTOR: Mi tiempo lo traigo contado.

AMIGO: Está bien. Prosiga interrogando.

ESPOSA: Mi esposo sabía pintar cuadros bellos, caras de niños, paisajes expresivos. Mire éste por ejemplo. Es Notre-Dame desde la ribera izquierda. **(El Inspector regresa a mirar)** Nadie quería comprenderle. Esto no aceptaban las Galerías de Arte. Le pedían cosas absurdas que él no podía complacerles.

AMIGO: Sí. Cuadros con colores desnudos embadurnados de pintura sin pinceles, con brochas gordas que salpican las telas o rellenos de serrín y cola para exhibir un muestrario de quincalla, desde latones a tuercas y bisagras, todo esfumado en matices cernidos con mallas tupidas. O planchas de mármol apenas golpeadas por el cincel, expuestas en grandes marcos, pregonando que el arte está deshumanizado y que es necesario aceptar el absurdo, porque el mundo vive también una época de absurdos.

INSPECTOR: **(Levantando la cabeza)** Yo necesito detalles del hecho.

AMIGO: **(A la esposa)** El Inspector no nos va a entender. El pide sólo acontecimientos.

INSPECTOR: Sí. Le ruego señora me los dé todos los que sepa.

ESPOSA: Está bien señor Inspector. Yo solicité por medio de la Embajada el retorno de mi familia a mi país. El desconocía esto. No lo hubiera permitido, porque a más de buen pintor, tenía orgullo de su arte. Vino a buscar gloria en París y cuando comprendió que no podía triunfar aquí, pensó en Nueva York, donde nos había ido tan bien.

AMIGO: Piense señor Inspector que él no podía retornar en ese plan. El había salido para triunfar, no para volver vencido.

ESPOSA: Cuando llegó el día en que tuve que explicarle todo, me pidió que le pidiese al Embajador le transfiriera los pasajes a Estados Unidos. El Embajador se opuso tenazmente. ¿Qué le importaba señor volver a su país y luego desde ahí embarcarse a Nueva York?

INSPECTOR: Todo esto no me interesa. Deseo conocer cómo se produjeron los hechos.

ESPOSA: Sí señor Inspector. **(Pausa)** Ayer por la mañana me llamó el Embajador para indicarme que fuese a retirar los pasajes. Se lo dije a él. Allí, donde usted está sentado traté de explicarle. El no me repuso. Me miró tranquilo con esa mirada que me producía espanto. Se puso a reír y yo temblé, porque siempre había temido esa risa. Tomé a los niños y los encargué a **madame** Ricart, la patrona de la casa. Sospechando algo malo bajé al sótano, desconecté la llave del gas y puse candado a la puerta, por temor de que intentara alguna locura. Me cercioré de que quedara

cerrada y volví a subir para despedirme, mostrándole mi alegría. "Al fin, le dije, al fin se van a acabar nuestros sufrimientos". Entonces, silencioso, se acercó a la ventana, como lo hacía cuando se ponía triste. No podía perder tiempo. "Hasta pronto, le dije, vas a estar formal durante mi ausencia". Bajé al jardín y nuevamente me despedí con la mano: "vuelvo enseguida". Me repuso: "hasta siempre, adiós". No le dí a esto importancia y tranquilamente, pensando que iba a comportarse como una persona juiciosa, tomé el tren de las nueve y cuarenta y tres. **(Pausa)** Al volver le llamé a voces desde el jardín. Cuando miré la puerta del sótano abierta, tuve una corazonada de angustia. Corrí a cerciorarme y noté que la había forzado y había abierto la llave del gas. Llamé a gritos a **madame Ricart** y subí precipitadamente. Había un olor...

AMIGO: Usted sabe el resto señor Inspector.

INSPECTOR: Necesito la declaración completa.

ESPOSA: Forzamos la puerta de la cocina y lo encontramos tendido en el suelo, con la mano extendida hacia la ventana, como si en un momento se hubiera arrepentido y el destino le hubiese robado un instante de tiempo, para no alcanzarla.

INSPECTOR: **(Leyendo en su libretín)** El parte del Jefe del Cuerpo de Bomberos indica...

AMIGO: ¿Alguna discordancia con el relato de la señora?

INSPECTOR: No, no, no, al contrario...

AMIGO: Entonces señor Inspector, creo que la Ley está satisfecha.

INSPECTOR: (**Ligeramente aturdido**) Sí, sí. (**Levantándose**) Deseo conocer la cocina.

ESPOSA: Venga usted señor Inspector. (**Salen**).
(**El amigo recorre la pieza con la mirada. Se aproxima al caballete a contemplar el cuadro inconcluso. Entre los tubos de pintura descubre la estatuilla de "El Pensador", quimera de Notre-Dame. Mientras la tiene en sus manos observándola entra el Inspector seguido de la esposa.**)

INSPECTOR: Hay algo de lo que usted no ha hablado.

ESPOSA: He dicho toda la verdad señor Inspector.

INSPECTOR: (**Leyendo su libretín**) ¿Toda la verdad?

ESPOSA: Toda.

AMIGO: ¿A qué trata usted de referirse?

INSPECTOR: (**Leyendo**) Su esposo sufrió un internamiento hace seis meses en un Hospital especializado en...

ESPOSA: (**Interrumpiéndole**) Sí. Estuvo enfermo. Pero creí que eso no tenía importancia.

INSPECTOR: Todo tiene importancia para la ficha policial.

AMIGO: Dígalo señora. Satisfaga la curiosidad del Inspector.

ESPOSA: Yo en realidad no puedo explicarle... allá cuando lo ví...

INSPECTOR: Perdóneme, voy a recordarle.

ESPOSA: (**Desesperada**) No, no... (**Cubriéndose el rostro**) No es verdad, no es verdad. Fue un día que tuvo una fiesta con unos amigos.

INSPECTOR: (**Con saña**) El diagnóstico del Sanatorio donde fue llevado por dos ocasiones indica...

ESPOSA: (**Suplicante**) Por favor...

AMIGO: (**Interrumpiendo con violencia**) ¡Perdone señor Inspector! ¿A qué viene esto? ¿No quiso

- usted investigar la causa de una muerte? Ya la conoce, sabe sus detalles.
- INSPECTOR: Necesito reunir el historial completo. Es mi deber.
- AMIGO: Si con todas sus anotaciones usted pretende degradar el espíritu de un hombre, no lo consigue, al contrario para mi, valoriza su lucha.
- INSPECTOR: **(Mirándole detenidamente)** Usted no va impedirme el que cumpla mi obligación.
- AMIGO: Ya la ha cumplido. **(Con ironía)** Puede poner de mi parte, que ha muerto en París, la ciudad más acogedora del mundo.
- INSPECTOR: París recibe lo bueno y lo malo. Es su mérito.
- AMIGO: **(Irónico)** ¿Mérito? Conozco París y conozco su gran mentira.
- INSPECTOR: **(Alzándose de hombros)** Su opinión no me interesa.
- AMIGO: Es que usted conoce París a su manera, como Inspector de Policía. Pero no conoce su convencionalismo y sus falsos valores artísticos.
- INSPECTOR: **(Sorprendido)** ¿Falsos valores artísticos? **(Revolviéndose)** Mire. Yo no opino sobre arte, no es mi oficio. Pero he visitado el Louvre y otros museos. La gente viene de todas partes del mundo para verlos.
- AMIGO: Museos... ¿Y el arte vivo y presente? ¿Lo que trota por las calles de Montparnasse y Montmatre? No señor Inspector de Policía, su París de hoy es el gran mito, la gran mentira artística y humana. Aquí no hay amigos ni arte, hay indiferencia y especulación.

- INSPECTOR: **(Alzándose de hombros)** Es la gran ciudad.
- AMIGO: La gran ciudad fenicia, donde no se cobra el aire, porque no hay como medirlo.
- INSPECTOR: La gente tiene que vivir.
- AMIGO: Vendíendolo todo: el espectáculo al peso de la chequera, el arte y la tradición como cualquier baratija de mercaderes.
- INSPECTOR: París seguirá tranquilo pese a su concepto.
- AMIGO: Seguirá tranquilo hasta cuando París no se empeñe en distorsionarse con **caves** y blusones negros, con un existencialismo degradado, que perdió el camino de su filosofía, al son de **cancán** y pérgolas, trust de arte moderno y **collage**.
- INSPECTOR: Si el mundo pide eso, ¿por qué inquietarse?
- AMIGO: Porque se está engañando cabalmente al mundo, con críticos sobornados al servicio de grandes empresas económicas, que están imponiendo un arte falso, para defender los capitales invertidos en telas costosas con una tendencia, que creyeron ingenuamente que era una nueva expresión liberadora, pero que la degeneraron los ineptos, a base de improntas estrafalarias y sonsas.
- INSPECTOR: **(Alzando los hombros)** Usted puede decir una verdad. **(Revolviéndose)** He visto eso y yo estoy en parte de acuerdo con su opinión. **(Pausa)** París acepta todo aparentemente. Pero creo que en el fondo se burla de ello.
- AMIGO: Sí, no puede ser de otro modo y eso consuela a quien siempre tuvo fé en París. **(Pausa)** ¿Conoce usted esto? **(Toma la estatuilla de El Pensador y se la muestra).**
- INSPECTOR: Una quimera.

AMIGO: Una quimera. La gran mofa de los artistas de hace ochocientos años, plantada allá arriba, al pie de la torre sur de Notre-Dame. La llaman ustedes el Pensador. En su actitud de siglos ha visto pasar las glorias y miserias del mundo.

INSPECTOR: Una interesante fantasía suya.

AMIGO: ¿Y quién no vive de fantasías? Cuántas fichas policiales no serán sino meras especulaciones imaginativas. Perdóneme Inspector si exagero, pero el dolor que no me ha dado lágrimas, me ha hecho expresarme de este modo.

INSPECTOR: Lo comprendo. **(Mirando al rededor)** Es grave todo esto.

AMIGO: Sí, mírelo con calma y aprecie. Un pintor llegado a París con todo su bagaje de ilusiones, amando a esta ciudad sin conocerla, desde hace treinta años, ansioso de captar sus paisajes con sus pinceles. ¿Y ahora qué? Allí, muerto, entregando su vida a la última quimera, a la ciudad que en pago a su fé, le dio sólo desengaños e incomprensión.

INSPECTOR: Entiendo.

AMIGO: **(Mostrándole el cuadro del Sena)** Mire usted como le rindió homenaje en ese cuadro. En cada pincelada, amor y entusiasmo. Nadie puede decir las horas que pasó estudiando el ambiente, saturándose del paisaje, para darle el color y el tono justo, logrando en esta forma sintetizar su íntimo mensaje.

INSPECTOR: **(Mirando el cuadro)** Es la verdad.

AMIGO: ¿Sabe lo que significa eso?

INSPECTOR: Trato de entender.

AMIGO: Esto es París con mil lágrimas ocultas, bajo su mentiroso embrujo de oropel.

INSPECTOR: Cada ciudad lleva sus lágrimas ocultas.

AMIGO: ¿Comprende lo que es un pintor? ¿Qué importa el hombre y sus flaquezas ante la obra que deja como herencia de su sensibilidad?

(Pausa) Víctima de sus quimeras, trató de hallar quien le comprenda. Le denegaron su arte. Es duro ¿verdad? (Pausa) Al arte lo han degenerado señor Inspector de Policía. Le están imponiendo un montón de desechos obscenos, niventándole pecados capitales que nunca tuvo. Los incapaces han elaborado teorías obscuras, para impactar en un mundo fatigado de cultura, desorbitando lo primitivo que guarda el hombre, sus rescoldos zoológicos, y pregonar falsas tendencias, que se desmoronarán cuando la razón deslíe la pega de sus **collages**.

INSPECTOR: Comprendo. Algo de eso lo he pensado yo, que apenas si entiendo de estas cosas. Un cuadro me gusta porque lo siento de verdad y trato de comprender su mensaje.

AMIGO: Sí, sí. Al arte hay que sentirlo, pero con pureza, sin dejarse arrastrar por tintes oscuros fabricados con falso color. A París le han escogido como centro de una nueva locura, y eso hay que impedirlo.

INSPECTOR: Se sirven de su prestigio.

AMIGO: Usted señor Inspector de Policía no ha perdido aún su sensibilidad humana. Pese a su duro oficio, debe haber gozado con el amanecer, con la caricia de un paisaje, la sonrisa de niño o las lágrimas.

- INSPECTOR:** Al menos con el color y sus matices.
- AMIGO:** **(Dándole la estatuilla del Pensador)** Lévese este recuerdo, esta quimera, que allá en lo alto de Notre-Dame, mira eternamente las efímeras glorias humanas. **(Pausa)** Si ha comprendido mis palabras y ha valorizado el sacrificio de un hombre, guarde ese historial de un pintor, para mi un entrañable amigo, el último de los pintores que se va en silencio, en muda protesta al arte profanado.
- INSPECTOR:** **(Levantándose. Guarda el libretín)** Sí, el caso está concluído. **(A la esposa)** Tiene autorización para enterrar a su esposo. **(Al amigo)** Gracias por la quimera, me recordará siempre sus palabras. Mañana visitaré el Louvre, quiero sentir que París puede darme aún fe en el hombre. **(Se dispone a salir)** Con su permiso.
- AMIGO:** **(Acompañándole a la puerta)** Su muerte no ha sido inútil. Usted la ha comprendido. Gracias. **(Salen).**
- ESPOSA:** **(Arrodillándose lentamente junto al cadáver, le descubre el rostro y le llena de besos. Luego le murmura al oído, sollozando)** ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué? **(Gime en silencio).**

T E L O N

Dr. ALBERTO LARREA CHIRIBOGA

LA DEMOCRACIA EN EL TIEMPO Y EN LA FILOSOFIA

(Conferencia pronunciada en el acto de homenaje que rindiera al autor el Núcleo del Chimborazo, de la Casa de la Cultura, el 21 de Abril de 1959)

“Entender el presente en su origen
histórico, significa entenderlo
según la verdad”.

Benedetto Croce.

Antiguos, pero permanentemente renovados, han sido los principios fundamentales del problema que vengo a desarrollar. El enunciado mismo, “La Democracia”, que lleva con su contenido esencial el espíritu de la libertad, con sus condiciones complementarias, LA IGUALDAD Y LA FRATERNIDAD, han sido objeto de variadas e interesantes interpretaciones, las que, sin agotar su espíritu, han perturbado a veces la nítida aplicación de algunos de sus atributos, o los han modificado, ampliándolos y rejuveneciéndolos al impulso del diario avanzar de la humanidad por los caminos de su perfeccionamiento.

La DEMOCRACIA, que en su concepción más simple y según antigua definición, consiste en el sistema de gobierno establecido por el pueblo, ejercido por el pueblo y realizado por el pueblo, aparece hoy en día complicada por las nuevas apreciaciones o formas de comprender la naturaleza de aquellos atributos suyos que, como queda dicho, la complementan, lo que no puede ni debe ser desatendido, a riesgo de poner en peligro la amplia realización de los mismos derechos del hombre; del ejercicio de la libertad; del goce de la fraternidad; de la práctica de la justicia y del triunfo de la paz.

Considerando el problema desde estos puntos de vista, puede encontrarse la explicación de por qué fue elegido como tema de esta conferencia "LA DEMOCRACIA", para ser expuesto ante un grupo selecto de intelectuales, hombres de alta cultura y ciudadanos de una República Unitaria, Soberana, Independiente y Democrática.

Al empezar quiero expresaros mi firme voluntad y mi sincero anhelo de que este modesto trabajo llegue a vosotros guiado solamente por la serena imparcialidad que la exposición real de los fenómenos exige; que venga a ser dicho con la clara expresión que la filosofía interpretativa demanda y en suma, que podáis vosotros comprobar que mis palabras fueron inspiradas por la más estricta independencia, tal como la naturaleza de este estudio lo requiere. Y espero que así sea, para que mis frases no tengan sabores de polémica, ni adjetivos de reyerta. Me garantiza esto tanto el que, pese a haber cultivado y mantenido por más de medio siglo la mística de la Libertad, no estoy ligado a disciplina partidarista alguna, ni a ningún dogmático mandato, como el venir guiado solamente por las directivas de mi conciencia, más recias, desde luego, y más firmes que toda inspiración externa por noble que ésta sea. Vengo pues solamente a colaborar con vosotros en la búsqueda de la verdad fecunda, por medio de la contemplación de las Instituciones Políticas, tal como se

han sucedido en el tiempo; entre ellas las que defendieron los derechos humanos y la libertad, y también, las que fueron causa de los vaivenes sufridos por la Democracia a lo largo de la vida de los pueblos, tratando de penetrar, aunque sea sólo incidentalmente, en los campos de la Filosofía de la Historia.

Muchas veces, casi siempre, es bueno observar y meditar sobre los innegables vínculos que existen entre los acontecimientos de la Historia con los fenómenos del presente, para que éstos lleguen a ser mejor interpretados y mejor comprendidos. Así por ejemplo, para darnos cuenta de las causas que originaron las discrepancias habidas acerca de los orígenes de la autoridad, las hallaríamos en las mismas discrepancias o discusiones respecto a como fue la vida primitiva del hombre. De la creencia de los que, remontándose hasta las brumosas lejanías de los tiempos, suponen que la vida primitiva se caracterizó por un absoluto individualismo; que los primeros hombres que poblaron la tierra vivieron solos, aislados unos de otros, juntándose apenas transitoriamente al influjo de las exigencias naturales de la supervivencia de la especie, y que debió ser mucho después cuando, apremiados por la necesidad de la propia defensa contra los rigores del clima, contra los animales bravíos, contra las terribles fuerzas ciegas de la naturaleza y hasta contra los ataques de otros hombres, sintieron la necesidad de reunirse en grupos, los que constituyeron las primeras formas de sociedad. El romano Lucrecio así opinaba, siglos antes de Jesucristo, en su famoso poema "De Rerum Natre".

Estas atribuciones sirvieron de fundamento a la teoría del Pacto Social de Rousseau, la misma que, a pesar de no haber tenido comprobación histórica, pudo dar y dio énfasis a la declaración de los Derechos del Hombre dictada por la Revolución Francesa.

Otros historiadores, especialmente los del mundo antiguo, al estudiar el origen de las ciudades griegas, lo atribuyeron a familias ya constituídas. Así lo dijo Platón en uno de sus Diálogos, cuando preguntaba: "si el Gobierno de los Estados se originaba en la autoridad del padre o de la madre, o si se formaba el grupo bajo el gobierno patriarcal de la soberanía también del padre". Igualmente Aristóteles creyó encontrar en la familia el origen del grupo social. Estos filósofos afirmaron que el régimen patriarcal existió en Grecia desde el período homérico, como existió también en las organizaciones patriarcales de los hebreos, según las relaciones bíblicas.

Esta tesis que gozó de gran influencia en otro tiempo y fue ardorosamente defendida en Inglaterra durante las controversias políticas del siglo XVII, cuando surgió la discusión entre la teoría del Derecho Divino de los Reyes y la de la Soberanía popular.

Mas, sea de éstos lo que fuere, existe el hecho comprobado de que una verdadera sociedad patriarcal de pueblos pastores se había extendido en las regiones que rodean al Mediterráneo; que en ella el Patriarca ejerció todos los poderes: dueño de vidas y haciendas, decidió hasta de la situación de la residencia familiar; que después, cuando la vida pastoril, por naturaleza trashumante, se afirmó sobre la tierra y el hombre se hizo agricultor, empezó ya la estructuración de la casa estable, del pueblo, de la ciudad. Fue en esta época, se afirma, cuando aparecieron las ciudades griegas, cuya organización no pudo, pues, ser hecha a base de uniformidad o de igualdad social; siguieron siendo una prolongación del régimen patriarcal, con igual absorción del individuo por el grupo, bajo el poder absoluto del Patriarca, después del Jefe y finalmente del Rey. Por eso, pese a declaraciones contrarias, en estas ciudades no se puede encontrar vestigios de Democracia práctica. En Esparta mismo,

los descendientes de los primeros conquistadores, formaron una verdadera autocracia militar; las tierras que poseían eran trabajadas por esclavos; sólo a los señores les correspondía la administración pública y dedicándose a ejercicios físicos, se preparaban para la guerra. Así fue en Atenas y así fue en toda la Grecia.

Mucha semejanza existió entre la organización política de Grecia con la de Roma jurídica y conquistadora. Mas ésta, cuando llegó con sus conquistas más allá de los Balcanes, el Egipto y otros pueblos del Asia, por razones de propia conveniencia y de intereses de colonización, superándose a los ancestrales prejuicios de supremacía racial, permitió y auspició, como lo hizo Alejandro Magno, que los hombres romanos de su ejército se unieran en matrimonio con las mujeres de los pueblos conquistados, con lo que se pusieron en práctica los iniciales sentimientos de la igualdad humana.

Igual cosa hicieron (y permitidme esta digresión en torno a algo de lo nuestro) también por razones análogas a las de los romanos, los conquistadores de estos suelos de América, se unieron a las mujeres indias de las tribus y poblaciones conquistadas, cuya descendencia —fusión de sangres diversas y almas complementarias— hizo el mestizaje americano, nervio fuerte y profundo de nuestra nacionalidad.

Y así también, como los conquistadores romanos arrebataron las tierras a sus dueños, campesinos y agricultores, para darlas a los miembros de las familias patricias que las hicieron laborar por sus mismos propietarios, ya reducidos a la esclavitud, en mérito de los bárbaros derechos de la guerra, así también, los que acá llegaron desde la España descubridora y conquistadora tomaron las tierras de los indígenas vencidos —sitios y solares— y las repartieron, a nombre de su majestad el Rey, las audiencias y los cabildos, entre los conquistadores, los adelantados, los funcionarios, y todos los españoles en general; ellos las hicieron trabajar con los pro-

pios indígenas valiéndose de la bárbara institución de "Las Encomiendas". Volviendo a lo que de Roma iba diciendo: la fabulosa extensión de sus conquistas le obligó a convertirse en un gobierno de centralismo absoluto bajo el poder de los Césares. Fue ese centralismo tiránico y cruel la causa efectiva de los serios conflictos sociales que en Roma se produjeron. Se recuerdan especialmente los de los hermanos Tiberio y Cayo Graco, Jefes del banco popular —los desposeídos de entonces— porque fue en aquella época y en aquellas circunstancias, que se dijo por primera vez la famosa frase: "HUMANUS SUM", soy **Hombre y por tanto nada humano me es ajeno**, frase en la que, según dice Ortega y Gasset, "se encuentra todo el espíritu del eterno tema del cosmopolitismo humanitario, que inventó una vez Grecia y que, a su tiempo, fue a dar vida al pensamiento de los ideólogos ingleses, y de Voltaire, de Diderot y de Rousseau; frase lema de todo espíritu revolucionario. A estas épocas se remonta el aparecer de algunas de las fuentes de la Democracia, pues, a pesar de que en aquellas épocas estaba generalizada la institución de la esclavitud y la pronunciada división de las clases sociales, la escuela de los Estoicos declaró ya, que todos los hombres griegos y extranjeros eran iguales; así como los hombres y las mujeres, los siervos y los ciudadanos, porque todos pertenecían a la familia mundial y estaban igualmente sujetos a la Ley natural.

Cierto que Platón y Aristóteles apenas se refirieron a estos puntos; pero los juristas romanos les dieron verdadera forma considerando que el Derecho Natural era paralelo y condicionador a las leyes hechas por los hombres.

Aunque la filosofía de los Estoicos, como queda dicho, cinco siglos antes de la venida de Cristo había hablado de la dignidad del trabajo, y preconizó la igualdad de los hombres ante Dios, fue el Cristianismo el que verdaderamente revivió y fortaleció estos conceptos.

El Cristianismo constituyó la transformación más profunda del mundo occidental. Aparecido en una pequeña provincia romana, pronto se difundió por todas partes. La misma organización del Imperio y sus condiciones sociales facilitaron la propagación de la Doctrina Cristiana, como hecha especialmente para los pobres, para los oprimidos, para los esclavos, para los humildes. Para todos ellos fue un gran consuelo oír que todos los hombres eran iguales ante Dios, que les ofrecía seguro refugio espiritual contra las desgracias que sufrieran en la vida, y que les ofrecía la paz y la justicia en el otro mundo. Los pueblos acogieron fervorosamente estas ideas y las siguieron, no solamente en Judea sino hasta dentro de la misma Roma Imperial y la siguieron con tanta convicción y con tanta fe, que muchos por sostenerla fueron crucificados, o condenados a servir en los circos, de pasto de las fieras y entretenimiento de los Césares. Pero a pesar de esto el Cristianismo creció tanto que 300 años después de su fundación, el Emperador Constantino se vio en el caso de expedir en Milán el edicto que proclamó su tolerancia en todo el Imperio.

Así se difundió el Cristianismo por casi todo el Continente Europeo, y su Iglesia fue reconocida como consejera y reguladora de los actos humanos. Sus teólogos dictaron los fundamentos éticos y las normas de conducta, las que difundidas por sus Sacerdotes se convirtieron en preceptos.

Fue Santo Tomás de Aquino uno de los Teólogos y Filósofos más grandes de la época. Su obra "La Suma Teológica", contiene conclusiones trascendentales cuya influencia ha llegado hasta nuestros días, como producto de sabiduría y fuente de enseñanza fecunda.

El de la **Autoridad** fue uno de los problemas que más preocupó entonces: contrapuesta entre la civil y la eclesiástica y aunque parecía haber sido resuelta por Jesús, cuando dijo: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es

de Dios", el problema subsistió, y tal vez subsiste aún, al pretender determinar cuáles son las cosas de Dios y cuáles son las cosas del César.

Tres fueron las tendencias que se derivaron de estas discusiones: la primera que sostenía que la autoridad es conferida por Dios a la Iglesia y que ésta la delega al Estado en la parte terrenal que le corresponde; la segunda, que la soberanía va directamente de Dios al Soberano y que éste la confiere a la Iglesia, y la tercera, que, tanto la Iglesia como el Estado eran creaciones divinas y que a cada uno le correspondía actuar en su propia esfera espiritual o temporal, respectivamente. Es de anotarse que la discusión sobre la supremacía de la Iglesia o del Estado continuó tenaz durante casi todo el curso de la Edad Media con resultados de verdadera contienda, muchas veces, entre el Papado y los Príncipes y los Reyes de la época.

Hasta aquí cuanto sintéticamente he podido decir con referencia a la antigüedad, y alguna referencia a la Edad Media, de la que paso a hablar brevemente.

Sin ceñirme a la división cronológica con que se suele separar las épocas antigua, media y moderna, y refiriéndome en esta primera parte, solamente a la historia de la Europa Occidental, anotaré rápidamente la evolución de las organizaciones políticas de las ciudades o estados, que aparecen ya formados en el Medioevo, y durante los mil años que median entre los siglos V y XV, que se dice dio principio a la época moderna.

Como queda anotado, el Cristianismo operó la más importante transformación de la cultura en el mundo occidental, especialmente durante los años a los que me refiero. La Teología se había convertido en la ciencia de todas las ciencias, mas, durante los primeros quinientos años de la cristiandad, ciencias, artes y filosofía, decayeron hasta el último extremo, por cuanto, al producirse la desintegración

del Imperio Romano, las guerras y las invasiones nórdicas destruyeron casi todo el acopio que la civilización había podido hacer de las obras producidas en los tiempos de la Grecia Artística y de la Roma Jurídica; se puede así decir que nada había quedado de los monumentos de la antigua civilización. Alguna que otra obra maestra; alguno que otro viejo papiro se había refugiado al amparo de las abadías, conventos y escuelas monásticas. Gracias a ellos Homero, Virgilio, Séneca, Horacio y pocos más se habían salvado de la destrucción y del olvido. Pero en lo general, lo dice Fér-guson, (1): "Los pueblos europeos se habían hundido en un estancamiento industrial completo y en el correspondiente obscurantismo intelectual. La esclavitud, convertida más tarde en servidumbre continuó siendo el destino de los trabajadores; se reafirmó el feudalismo análogo al de la primitiva ciudad de Estado, y la superstición reemplazó a la ciencia".

Fue a partir de los siglos XI y XII que las organizaciones sociales tomaron nuevas y propias fisonomías. Nacieron los burgos; se organizaron las poblaciones episcopales y se formaron las ciudades comerciales. Los siervos agrícolas, huyendo del rigor de sus señores, se asilaron en las ciudades en busca del amparo que en ellas encontraban. El absolutismo soberano de los Reyes y de los Señores empezó a ser limitado por los derechos de los Estamentos; de la Iglesia, y de la alta y baja nobleza. Las ciudades, asiento y alma de la burguesía, establecieron las Dietas Feudales, que fueron verdaderos cuerpos representativos, en los que los burgueses compartieron los ejercicios del Poder. Tales Estamentos, como los Cabildos, se prestaron muchos veces a intervenir y apaciguar los conflictos que frecuentemente se presenta-

(1) Fér-guson: Historia de la Economía.

ron entre el Rey y la Iglesia, entre la nobleza y el Rey y entre el Rey y la misma burguesía. Los miembros de las ciudades, aunque todavía subordinados a sus señores espirituales y temporales, ya en goce de ciertas libertades, empezaron a ofrecer resistencia al absolutismo imperante. Estos organismos con ciertos caracteres democráticos, aparecieron desde el siglo XI, así fueron las Juntas de Clérigos notables que se formaron en Cataluña y Aragón, las que tomaron parte en las asambleas de paz y tregua del Rosellón. En el año mil sesenta, el Conde Ramón Berengüer, cuyo nombre fue citado en "El Cantar del Mio Cid", promulgó la Constitución del Condado de Barcelona, considerada como la primera constitución democrática de Europa. En ella se proclamó la libertad de comercio y circulación, la protección a las personas y a las tierras de los hombres sometidos al señorío feudal, a los forasteros, a los creyentes de otra religión que la del País, etc. Así pues, repito, fue en Cataluña, en España donde por primera vez fueron puestos en ordenación jurídica los ideales de la democracia.

Por entonces la sabiduría acogió para su estudio los problemas religiosos, éticos y jurídicos de la vida humana. Entre los siglos XII y XIII aparecieron las dos obras de mayor influencia: el Derecho Canónico, hecho a base del antiguo Derecho Civil Romano, y el Escolasticismo, o escritos Escolásticos de la Iglesia Católica, tendientes a armonizar la Filosofía de Aristóteles con la Doctrina Cristiana.

Igual propósito se puede encontrar en la "Suma Theológica", del Príncipe de los Escolásticos, en referencia a lo cual, el historiador Férugson, ya citado, dice: "Al aceptar con toda sinceridad el principio de Aristóteles de que el hombre por naturaleza es un animal social, la teoría medieval afirmó que todos los hombres son iguales por naturaleza; que el Estado se ha hecho para el hombre y no el hombre para el Estado, y que hay un límite natural a la extensión de la interven-

ción gubernamental en el esfuerzo individual. En consecuencia con esto, el objeto de mayor controversia fue la amplia concepción de la idea de justicia: que nadie reciba lo que no merece, y que todos los hombres traten a sus semejantes como hermanos”.

A partir de los siglos XII y XIII las ciudades empezaron a adquirir ciertos grados de autonomía, repito, y las pequeñas poblaciones fueron agrupándose alrededor de las abadías y de los castillos para **“vivir a la sombra de un Báculo”**. Como decíamos, se entregaron, pero no totalmente, al poder señorial, pues mantuvieron el derecho de participar en algunas funciones de gobierno, tales fueron los Tribunales Carolingios y de Justicia, pues, presididos por el Conde tenían como asesores a cierto número de hombres libres elegidos por los habitantes. Estos tribunales se transformaron luego en “Las ligas de Paz”, las mismas que formando vínculos corporativos, sirvieron de preparación al derecho municipal consuetudinario. Un día las ciudades, apoyadas en estos organismos, elevaron sus votos de reclamo contra la explotación y la tiranía de los señores, y produjeron el movimiento de emancipación que se denominó: **“Revolución Municipal”**. De aquellas organizaciones municipales que probablemente fueron la reproducción de las que existieron en la época de la decadencia de Roma, o un reemplazo de las Instituciones Germanas llevadas a Italia y a la Galia.

La Revolución Municipal se propagó rápidamente e inspiró el que en las constituciones de los Concejos se dejaran sentir los primeros latidos de la libertad, y es de advertir que cuando la Comunidad Urbana llegó a estar formada por una aristocracia comercial y rica, fue ésta la que en primer término aprovechó de esas libertades que se concretaron: en el derecho de trasladarse de un lugar a otro, en el de contratar libremente, en el de disponer de los bienes propios y para los villanos, el de adquirir la libertad por residencia de un

año en las ciudades, el de no estar obligados a dejar al Señor parte de la herencia, etc. De gran importancia fue la obtención de la autonomía judicial, independizándola del derecho consuetudinario y liberándola de los formulismos: de Justas y de Duelos.

Mas si las villas y las ciudades adquirieron la autonomía municipal, y sus habitantes una suma de derechos y de libertades, quedó todavía la masa rural que constituía la mayoría de la población, sujeta a la jurisdicción del señor y fuera de toda jerarquía social.

Poco más tarde, las resistencias que empezaron a presentar los Señores feudales a sus propios Reyes, las luchas que surgieron entre las clases dominantes, y, sobre todo, la incapacidad de los Estamentos feudales para posponer los intereses propios a los de la Nación, facilitaron el triunfo del absolutismo monárquico que se implantó en el siglo XVI, el mismo que absorbió los derechos de la nobleza y hasta los débiles comienzos del liberalismo político que acababa de nacer. Los Monarcas reconcentraron en ellos los poderes ejecutivo, legislativo y judicial; abolieron las jurisdicciones aristocráticas, eclesiásticas y municipales; convirtieron las tasas e impuestos locales en rentas propias de las Cajas reales; centralizaron toda la administración y organizaron ejércitos permanentes, identificando el Estado con la persona del Monarca, éste se consideró representante de Dios sobre la Tierra.

La misma Iglesia no pudo mantener en toda su amplitud la misión de dirigir la vida espiritual, y perdió casi su antiguo poder temporal. Se proclamó que el poder de los Reyes les venía directamente de Dios y que gobernaban por derecho divino. Se apellidaron soberanos y su facultad de gobernar se llamó soberanía. Las expresiones del absolutismo de entonces las podemos encontrar en los regímenes de Isa-

bel I de Inglaterra, de Luis XIV de Francia y de Felipe II de España.

Como no podía menos de ser, el autoritarismo tiránico de la monarquía, así como la supervivencia de muchos de los vicios de la sociedad feudal, fueron acicate poderoso para el florecimiento de la fecunda labor intelectual que había venido acumulándose durante cinco centurias, en defensa de la personalidad humana. La filosofía de Santo Tomás, continuada en el Renacimiento y los estudios de Bacon, Descartes, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Jefferson y otros muchos, fueron generalizándose día a día en el pensamiento filosófico hasta llevarlos al convencimiento de la existencia de los derechos naturales, o derechos innatos del hombre y por tanto, de la igualdad de los seres humanos. Todo lo cual culminó con las grandes revoluciones americana y francesa.

La francesa con su declaración de los derechos del hombre, fue en síntesis la expresión de la filosofía universalista que hoy es llamada: "La Filosofía de la humanidad". Ella —dice el Profesor Eduardo Benes— dió vida y actualidad a la libertad espiritual, intelectual y religiosa; al principio de la tolerancia y de la libre discusión. A ella debe también el mundo moderno los cimientos del sistema económico liberal del siglo pasado y del actual".

Esta cita invita a aclarar que la declaración de los derechos del hombre, tuvo entonces concepto esencialmente individualista, y que, la garantía del ejercicio de esos derechos, o sea la libertad de practicarlos tuvo esencial carácter negativo, el mismo que se sintetizó en: "**el dejar hacer y el dejar pasar**", a cuya sombra nació y se desarrolló la llamada revolución industrial del siglo XIX y principios del XX.

La Revolución Francesa que tanto influyó en la democratización del mundo occidental, vino también a impulsar y robustecer las ideas de la independencia de las colonias españolas que, desde tiempo atrás, mantenían los americanos.

Brotos repetidos de estos sentimientos se habían producido ya en la antigua Presidencia de Quito. Su población estaba dividida en grupos o clases sociales antagónicas; formado el uno por los españoles europeos y los españoles americanos nobles, con títulos heredados o adquiridos posteriormente por donación o compra, monárquicos todos; y el otro por casi todos los españoles nativos; por el mestizaje íntegro y por parte del pueblo común, grupo o clase que aspiraba a la independencia. Dividido entre una y otra ideología, el Clero era el encargado de la dirección espiritual y social. Finalmente, estaba la densa población india, distribuida en los campos, o reunida en pequeñas agrupaciones serviles, alejada siempre de toda actividad política. Y los esclavos negros, importados y vendidos, en comercio legalmente autorizado por Carlos V.

Tales movimientos, generalmente motivados por asuntos baladíes, en el fondo, casi siempre fueron brotes de rebeldía que llevaban un verdadero espíritu revolucionario; fueron las primeras demostraciones por la libertad. Así fueron: la revolución de las Alcabalas, en 1592-1593; las conmociones sociales originadas por las controversias surgidas entre el P. Zárate, Visitador de los Jesuítas, y el Cabildo quiteño, en 1735-1736, y el levantamiento de los barrios de Quito, contra el Estanco de Aguardiente, en 1765.

Todos estos movimientos lo fueron de rebeldía contra la Real Audiencia, es decir contra la Autoridad Monárquica. Así se comprobó en la Revolución de las Alcabalas que al principio se manifestó solamente como resistencia al pago de los impuestos, pero que luego se transformó en la discusión de quién debía cobrarlos: si el Rey o la ciudad; si la Real Audiencia o el Cabildo. Estos movimientos, como lo dice el Arzobispo González Suárez, "fueron la primera chispa que estalló derrepente para producir el grande incendio

de la Guerra Colombiana, que dió al fin, como resultado histórico, nuestra completa emancipación política de España”.

Y tales levantamientos fueron verdaderamente populares, tanto que bien pueden compararse con las luchas entre plebeyos y patricios de la antigua Roma. Fueron clara aspiración de obtener la independencia, conquistar la libertad e implantar la democracia, tal como las inspiraron Espejo, Mejía, Montúfar y demás precursores de la Independencia Americana.

Como complemento de este tema es justo recordar la importante cooperación municipal en todos éstos movimientos.

Nuestros Municipios, creados a imagen de los Cabildos y Ayuntamientos españoles, supieron mantener los sentimientos de la personalidad colectiva y crearon y alimentaron, desde entonces, la verdadera conciencia nacional; vivieron en íntima comunidad con los intereses populares, fueron firmes defensores del pueblo contra los rigores de la Corona que frecuentemente pretendió vulnerarlos y supieron fortalecer los ideales de libertad e independencia alimentados por nuestros próceres, quienes siempre encontraron defensa en el débil poder municipal de entonces.

Y fue así como la democracia se estableció en América. Inmediatamente los pueblos de este Continente, dice Rufino Blanco Fombona, “empezaron a legislar en sentido liberal. Todos o casi todos decretaron la abolición de la esclavitud; las libertades de industria y de comercio; la de imprenta; la supresión de los títulos nobiliarios; el cese del Tribunal de la Inquisición; la terminación del tributo de indios y la apertura del mundo para que vengan los extranjeros laboriosos, cualquiera que fuera su patria, su raza, su religión o sus ideas. Incorporándose así, estos pueblos de América, a la democracia del siglo XVIII, producto de la Revolución Francesa.

Tan importante como los hasta aquí considerados factores de la evolución social hacia la democracia, fue el asombroso desarrollo de las actividades económicas, por efecto de los nuevos inventos y la implantación de sistemas nuevos en la producción, iniciado a partir de fines del siglo XV que se conoce con el nombre de La Revolución Industrial.

Esta Revolución, en lo que a la parte material se refiere, no pudiera afirmarse que pertenezca a época determinada: es el natural proceso de perfeccionamiento que no acaba. Empezó por sencillos inventos: la rueda de hilar, el arado de mano, el molino de viento. Luego el telar mecánico, la aplicación de la fuerza del vapor, el invento de la locomotora, de los buques, de los trasatlánticos, del automóvil, de la navegación aérea . . . Hoy, más lejos aún: el radar, la energía nuclear, los viajes siderales, la estratosfera; los misterios del universo. Para la investigación histórica que en este estudio se sigue, son los resultados de estas transformaciones materiales en el orden de la producción, las que aquí se deben recordar. Y fue en los siglos XIX y XX, cuando se ahondó la crisis de las clases trabajadoras por estos motivos. Porque, si por una parte, esta revolución trajo un progresivo aumento de riqueza y de comodidades para empresas y empresarios, por otra fue causa manifiesta de miseria y de injusticias sociales para las clases trabajadoras, en términos tales, que grupos selectos de escritores, una verdadera élite de intelectuales, se declaró enemiga de los nuevos procedimientos industriales. Se recuerda entre estos impugnadores a Tomás Carlyle, a Carlos Dickens, a John Ruskin, a Jorge Sand, a León Tolstoy y a Fedor Dostoiewski.

En los hechos, consecuencia de esta llamada Revolución Industrial, fueron las sucesivas convulsiones obreriles, o proletarias, que se produjeron. Recuérdense las agitaciones de las masas de Europa: Central, Meridional y Occidental de 1848: en los Estados Alemanes, contra el dominio autocráti-

co de las Hausburgos; en Italia, por verse libres de los fardos económicos y sociales que se mantenían como restos del feudalismo; en Inglaterra buscando su mejoramiento económico y social y su participación en la política, y en Francia, sobre todo en Francia, por obtener la participación política de las masas, y la destrucción de la opresión burguesa. Mas, el fracaso de estos movimientos, mantuvo a sus autores dominados por las fuerzas de los privilegios y privados de las defensas del Estado.

Así las cosas, a principios de este siglo, en 1914, sobrevino la Guerra Mundial. Múltiples circunstancias la produjeron. Obedeció a causas de caracteres económicos, políticos, sociales, culturales, morales, y especialmente nacionalistas. Las fuerzas contendoras parecía que fueran conducidas por ideales o filosofías diametralmente opuestos, tanto que se pensó que la victoria de los aliados, sería el triunfo de la libertad del individuo, de la sociedad, del Estado y de la Nación. Por desgracia, las aspiraciones románticas del Presidente Wilson, con sus esperanzas en el beneficio de la Sociedad de las Naciones, se esfumaron, interceptadas por las mismas cláusulas del Tratado de Versalles.

Los primeros tiempos de la post-guerra fueron de una paz inquietante y oscura. Esperanzas truncadas; pasiones revividas; aplastantes situaciones económicas por la imposición de indemnizaciones monstruosas; convulsiones internas; inflación monetaria; pobreza, destrucción, muerte: frutos fatales de las locuras de la guerra. Y en desesperado recurso, muchos pueblos se fueron por los caminos de las dictaduras.

Por otra parte, el revisionismo intelectual de la filosofía de la libertad, planteó los modernos conceptos de la democracia, y la última concepción del Nuevo Liberalismo, así denominado por el Presidente Wilson y los filósofos contemporáneos.

En Rusia, la Revolución de 1917, dio término al autoritarismo de los Zares e implantó la Dictadura del Proletariado, poniendo en práctica los principios del Socialismo Científico de Carlos Marx, y de acuerdo con sus enseñanzas sobre el materialismo histórico y la lucha de clases, proclamó la denominada "Democracia Popular".

En Italia, en 1922, después de "La Marcha sobre Roma", el Rey Víctor Manuel III, entregó el gobierno a Benito Mussolini, el que obtuvo del Parlamento todos los poderes dictatoriales que le convirtieron en el verdadero Condotiero de su patria. El régimen estableció la más rigurosa censura; suprimió los partidos políticos en Italia; redujo las elecciones parlamentarias a votar por SI o por NO sobre una sola lista de candidatos fascistas, el Rey fue un Soberano sin mando y el Parlamento un Consejo presidido por Mussolini con poder absoluto de Dictador.

Declaró ilegales todos los sindicatos no fascistas y formó un estado especial corporativo, formado por trece sindicatos: seis de patronos; seis de obreros y uno de profesiones liberales. Buscó la adhesión católica, y para conseguirlo, celebró con el Papa Pío XI, el Tratado de Letrán; en él se reconoció el Estado Papal, constituido en la Ciudad del Vaticano.

Esencialmente nacionalista, aspiró a restablecer el imperialismo de los Césares, para lo que empezó por su invasión a Libia.

En Alemania, inconforme naturalmente con la derrota, inconformes con la caída del Imperio, persuadidos de que nunca el ejército alemán pudo haber sido derrotado, y de que tal derrota no podía deberse sino a una traición, ésta la inculparon a los judíos, a los católicos y a los socialistas, y para hallar remedio a tanto mal, eligieron al Mariscal Hindenburg, héroe de la guerra, para Presidente. Los mismos Junkers, pertenecientes a la aristocracia terrateniente prus-

siana, monárquicos por tradición y convencimiento, solidariamente unidos con el ejército y con el Imperio, prestaron juramento de fidelidad a la República; pero, un año después de la reelección de Hindenburg, en 1933-34 el poder fue puesto en manos de Hitler, quien organizó el Estado bajo el régimen de tipo fascista, denominado "Nacional-Socialista".

La filosofía del Nacismo puede explicarse mejor viéndola a través de su aspecto propiamente negativo: fue radical reacción contra los principios sustentados por las revoluciones americana y francesa; rechazó como erróneas las Constituciones democráticas de los siglos XVIII y XIX, y fue opuesta a toda la filosofía humanística; a los derechos del hombre y de las naciones; a la tolerancia, a la libertad y a la paz. Esperaba con ansiedad en la revancha de la derrota. Desde el punto de vista positivo, fue nacionalista; proclamó la supremacía de la raza aria, propia de Alemania, sobre todas las demás; alimentó la convicción del "Super-Hombre" de Federico Nietzsche. En su mística de la "Nación-Estado" absorbió en su autoridad absoluta, al individuo, al grupo y a todo el organismo social. Caudillo del Estado deificado, le consideró su pueblo como una divinidad. Fue el Pangermanismo defendido por Guillermo II, revivido después de la guerra, con todo el misticismo romántico de Wagner. Fue este fanatismo de la raza y de su superioridad el que llevó a Alemania a la Segunda Guerra Mundial y a la Segunda derrota.

En España, entre las dictaduras que se establecieron en Europa, como consecuencias de la Primera Guerra Mundial, por ser de tipo fascista, he de citar también la establecida por el Generalísimo Francisco Franco, a raíz de la sangrienta revolución contra el Frente Popular de 1936, y que triunfó por el grupo denominado "La Falange". Cito aquí al falangismo, no porque tenga una filosofía propia: lo cito porque

merece anotarse, y con tristeza, el contraste de ser en España, en la misma España en la que se dio la primera constitución democrática del mundo, en donde se asila aún la última dictadura de la Europa Occidental.

A estas consecuencias producidas por la primera guerra mundial, deben añadirse otras de gran importancia, sobre todo en el orden económico y social, producto también de la segunda, de 1939.

El más importante fenómeno sobrevenido, fue el abandono que las naciones beligerantes tuvieron que llevar a cabo del, hasta entonces, defendido principio de "**dejar hacer y dejar pasar**". En la necesidad de ganar la guerra, los Estados se vieron precisados a tomar la dirección del trabajo, de la producción, socializándolos o nacionalizándolos en diversos grados; la iniciativa privada fue suprimida; cada nación funcionó como una unidad económica con dirección y control centralizados. El trabajo fue reglamentado, los jornales regulados, fijados los precios y hasta el consumo de substancias alimenticias sujeto a permisos temporales y cuantitativos. En suma, la vida económica de las naciones quedó colocada bajo la estricta dirección del Estado.

Esta obligada práctica observada durante las dos grandes guerras, así como en los períodos intermedios, y aun en el presente, época de las guerras frías y de las guerras psicológicas, ha puesto definitivamente término a la caduca teoría del "**LAISSER FAIRE**", herencia del liberalismo económico del siglo XVIII.

La propia filosofía liberal demostró que fue un grave error de la Declaración de los Derechos del Hombre, hecha por la Revolución Francesa, considerar al hombre en su aspecto absolutamente individual; que por eso los Derechos reconocidos llevaron como atributo esencial la Libertad negativa, basada en la abstención completa del Estado de intervenir en sus realizaciones generales, y, especialmente, en las

que a la vida económica se referían. Declaró que el hombre no puede ser considerado sino como miembro integrante de la comunidad, como ser naturalmente social y que por ello el reconocimiento de sus derechos y las garantías de su libertad, debían referirse a todos los hombres componentes de la colectividad, pues sólo así se podía mantener la Justicia.

Carlos Rosselli explica claramente este concepto cuando dice: "El principio de la Libertad que acabó de triunfar en el dominio político con la Revolución de 1789 y su Declaración de los Derechos del Hombre, derechos que fueron fuente de progreso económico e industrial de la Burguesía, en los tiempos modernos, se ve al liberalismo extender su influencia a la vida social entera, a todos sus aspectos, a todas sus partes, principalmente en las esferas de la economía, de manera que la libertad universal proclamada teóricamente, respondía de hecho solamente a los intereses de unos cuantos, se convirtió verdaderamente en el patrimonio de la Comunidad".

Para dar más énfasis a estas anotaciones, acudo a recordar conceptos de publicistas o filósofos de la postguerra. Principio por Benedetto Croce, el justamente apellidado "Filósofo de la Libertad", quien respondiendo una vez a los repetidos ataques hechos por fuerzas antidemocráticas contra el liberalismo actual, inculpándole de seguir siendo capitalista y burgués, dijo: "La vida liberal puede tener una vinculación transitoria, pero nunca permanente, con la propiedad privada de la tierra o de las industrias. Ella se opone sobre todo a la falsificación de la vida moral, de cualquier parte que se ejecute, de absolutistas o democráticos; de capitalistas o proletarios; del Zar o de los Bolcheviques, bajo cualquiera cuestión mística, sea ella de la raza aria, o de la hoz y del martillo. La idea liberal tiene una naturaleza religiosa, y la historia de la libertad es historia religiosa que continuamen-

te juzga y domina la historia económica. Laski (1), no se da cuenta de cómo es la substancia de la idea liberal a cuyo porvenir está vinculado, no ya el destino del capitalismo, sino el porvenir espiritual de la civilización humana" (2).

Estos filósofos estuvieron de acuerdo en afirmar que la libertad es la base esencial sobre la que debe estar edificada la democracia, pues creyeron firmemente que sin libertad el pueblo no puede ejercer su poder soberano, o lo que es lo mismo, la democracia no puede existir sin libertad. Este pensamiento lo expone ampliamente Guido De Ruggiero, Rector de la Universidad de Roma, después de la caída de Mussolini, quien, ratificando el pensamiento de Trochi, dice en su historia de Italia: "Si a la democracia le falta el ideal, el concepto regulador de la libertad se transformaría de inmediato en tiranía", y luego lo explica así: "Esto ocurre cuando la democracia, en la forma extrema de jacobinismo, confundiendo el pueblo con las multitudes inorgánicas, frenéticas e impulsivas, y ejerciendo la tiranía a nombre del pueblo, logra fines opuestos a los que se proponía, y en lugar de igualdad y libertad, abre el camino a la dictadura".

Todos estos filósofos no hacen sino clarificar el pensamiento liberal wilsoniano, que se renueva como la democracia que él sustenta, y el que, con el nombre de "Liberalismo Renovado", o "Nuevo Liberalismo", fue proclamado por la Reunión Internacional de Economistas, habida en París, en Agosto de 1938, y cuya última síntesis se encuentra en el mensaje dirigido al Congreso de Estados Unidos por el

(1) Se refiere a Harold J. Laski, en su obra "La Crisis de la Democracia".

(2) Benedetto Croce: "La Crítica".

Presidente Franklin Roosevelt el 6 de Enero de 1941: "No hay nada de misterioso, dijo, en cuanto a los cimientos de una democracia sana y vigorosa. Las cosas fundamentales que nuestro pueblo espera de su sistema político económico, son muy sencillas, a saber:

Igualdad de oportunidad para la juventud y para los demás.— Empleo para los que pueden trabajar.— Protección para los que la necesitan.— Dar fin a los privilegios especiales de pocos.— Preservar las libertades civiles de todos.— Gozar de los frutos del progreso de la ciencia mediante un nivel de vida cada vez más amplio y más alto. Las que se compendian, añadió, en estas cuatro libertades esenciales del hombre, a saber:

La primera es la libertad de palabra y de expresión en todas partes del mundo.

La segunda es la libertad de todo hombre para adorar a Dios a su manera, en todas partes del mundo.

La tercera es la libertad para subsistir, lo cual en términos universales, significa arreglos económicos que aseguren a los habitantes de todas las naciones del mundo, una vida saludable en tiempo de paz.

La cuarta es la inmunidad contra el temor, que en términos universales significa la reducción mundial de los armamentos en tal grado y de modo tan completo, que ninguna nación esté en término de cometer un acto de agresión física contra su vecino en cualquier parte del mundo".

Pocos años después, el 10 de Diciembre de 1948, la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, hizo la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. Con motivo de este importante acontecimiento y con referencia a lo que se acaba de exponer, el Profesor de Política

Internacional en el Colegio Internacional del país de Gales, E. H. Caar, opina que los redactores del Estatuto, "se proponían dar especial importancia a los derechos económicos y sociales, que al relacionar con la idea de los Derechos del Hombre la frase **Libertades Fundamentales**, habrían tenido seguramente presentes las "Cuatro Libertades de Franklin D. Roosevelt, que al situar la libertad por falta de necesidad y la libertad por falta de temor, juntas con la libertad de palabra y la libertad de culto, se anticipó a cualquier intento de interpretar la palabra libertad en un sentido mezquino, legal o formal". Para terminar estas importantes referencias, cito la clarísima, metódica y casi pedagógica explicación que del punto que acabo de tratar hace Sergius Hessen, Profesor de la Universidad de Lodz, Polonia, cuando dice: "El Liberalismo Democrático o "Neoliberalismo", para usar la terminología de W. Wilson, y de T. Hobhouse, es la última etapa del desarrollo del moderno Estado de Derecho. Podría demostrarse, como recientemente trató de hacerlo G. Gurvitch, que la idea de Democracia presenta una tensión dinámica entre tres principios: igualdad, libertad y solidaridad, (fraternidad) en una especie de equilibrio inestable. Los cambios de la estructura social pueden provocar la hipertrofia de uno o de otro de estos principios, circunstancia que conduciría a una deformación de los otros dos y a una degeneración del conjunto".

Esta clarísima síntesis explica el por qué de ciertas divergencias entre grupos o partidos que se califican a sí mismos como demócratas por el solo hecho de aceptar alguno de los tres principios. Sin aceptar el conjunto armónico de los tres, se comprende que no puede aplicarse este calificativo; así por ejemplo, quienes no aceptaren la libertad de conciencia, de pensamiento, de palabra, de cultos, etc. o los que rechazaren los principios de igualdad, fraternidad y solidaridad, o los que proclamaran la democracia llamada po-

pular que desconoce los derechos de la personalidad humana, no podrían ser considerados como demócratas, en el sentido que se acaba de exponer.

Ahora bien, el necesario mantenimiento de la armonía, o equilibrio entre los principios antedichos, exige la normalización jurídica de ellos, lo que sólo puede conseguirse por medio del Estado de Derecho.

Finalmente, resta sólo para terminar, decir que al recurrirse al Estado de Derecho como órgano encargado de mantenerlos, hay que aceptar el intervencionismo estatal, lo que, por cuanto esto significa el aumento de funciones y el aumento de poder, para la dirección de los problemas y especialmente de los de carácter económico, no deja de constituir un peligro de excesos de poder que perjudicaría a la misma democracia. Como tesis general, el principio del intervencionismo ha sido ya aceptado por todas las naciones que gozan del régimen democrático; las discusiones al respecto se han circunscrito hoy solamente a determinar el grado de intervención del Estado que conviene a cada pueblo y en cada momento; pero todos están de acuerdo en que esta intervención debe tener por límite la Libertad y la Justicia.

El intervencionismo, aceptado, como queda dicho, en principio, no lo ha sido en términos absolutos: precisamente en guarda de los postulados democráticos se lo discute, no en sí mismo, sino en el grado de intervención que a cada país le conviene, en cada situación general y en cada coyuntura económica; pero siempre sujeta al sagrado límite de la Libertad y la Justicia. Precisamente al respecto de esto, y refiriéndose al campo económico, John M. Ferguson, dice: (Historia de la Economía), "El pensamiento económico tiene un pasado distinguido, mas para que siga existiendo deberá tender siempre a la preservación de la democracia y

de la civilización. Pues en un mundo sacudido por las dictaduras, la economía no debe dejar de alimentarse con las fuerzas que luchan por la libertad". Y con más precisión estas frases de Raymond Burrows, en su importante obra "Planificación Económica", dice: "Uno de los más importantes problemas que tenemos que resolver es el de asegurar el progreso, sin que al mismo tiempo resulten castigados los intereses de las minorías, porque una de las tragedias actuales más tristes, y una de las mayores fallas del sistema en vigor, es la insensibilidad casi absoluta de la sociedad respecto del destino de aquellos que son sacrificados en el altar del progreso y de la abundancia", y concluye así: "Sería preferible un sistema económicamente menos perfecto, pero más humano, a un mecanismo frío e implacable que aplasta a sus víctimas en un ciego afán de perseguir el espejismo del equilibrio".

Diciendo algo más de lo que en general al intervencionismo del Estado se refiere, y aplicándolo a la posición jurídica de la Nación ecuatoriana, y a la organización democrática de su legislación, y para terminar esta relación del nacimiento, y del andar, y del retroceder, y del nuevo avanzar de las organizaciones de los estados por los caminos de la democracia, hecha aquí en un casi milagroso compendio, y expuesta con satisfactorio afán, quiero recordar y dejar constancia aquí, de que el Ecuador ha conseguido una de las posiciones más elevadas, más avanzadas en el campo de la legislación democrática, en todo el amplio sentido en que aquí ha sido considerada.

En efecto, nuestra Constitución Política, expedida un año y ocho meses antes que la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, consigna en sus disposiciones todos o casi todos los Derechos puntualizados en los treinta artículos de la Declaración. Allí, después de consignar en su Art. 2º la organización política, esencialmente democrática

de la República, en toda la Parte Segunda se refiere al reconocimiento de los Derechos del Hombre y establece obligaciones concretas del Estado, proclamando así prácticamente los derechos con carácter positivo de los ciudadanos. Complementa tal declaración con el reconocimiento concreto de los derechos humanos, en forma de **garantías** proclamadas, que las divide en tres grupos: Garantías Generales; Garantías Individuales Comunes y Garantías Especiales para Ecuatorianos. Y aquí se encuentran, claramente definidos los tres principios constitutivos de la democracia: la **Igualdad**, concretamente proclamada en el Art. 169; **La Libertad** personal, de tránsito, de trabajo, de expresar el pensamiento de palabra o por la prensa o por otro medio; de reunión y asociación, de conciencia, etc. La **Solidaridad**, obligando al Estado, (Art. 185) a velar porque se observe la justicia en las relaciones entre patronos y trabajadores; porque se respete la dignidad del trabajador; porque se le asegure una existencia decorosa y se le otorgue un salario justo. Luego, las normas de defensa para la mujer trabajadora; para los menores; para la salud y la higiene y la seguridad en el trabajo, y luego el reconocimiento del Derecho de Huelga y los demás ampliados en el Código del Trabajo; en el Seguro Obligatorio y en las demás leyes asistenciales.

Resta sólo para terminar, y refiriéndome al principio del intervencionismo del Estado, del que ya quedó dicho que era una consecuencia del Estado de Derecho, que dicho intervencionismo, al mismo tiempo que ha sido considerado como medio necesario coadyuvador del Derecho Positivo, y de su ejercicio en forma de libertad positiva también, en términos de generalización y de justicia, lleva también aparejado el que, mediante las a veces necesarias ampliaciones del poder y de creación de nuevas y múltiples funciones, los Gobiernos, convirtiéndose en todo-poderosos, e inspirados por ambiciones políticas o por ambiciones de grupos, lleguen a

amenguar o suprimir temporalmente la misma democracia y la libertad. Ante este peligro innegable y que puede ser aprovechado por fuerzas retardatarias, es necesario que los pueblos verdaderamente demócratas, se mantengan con ojo avisor y observando siempre en la práctica las tres grandes virtudes fundamentales sobre las que se asienta la Democracia: La Fe en la Libertad a base de la justicia; la Esperanza en la Paz, a base del Derecho, y la Caridad a base de la fraternidad y de la solidaridad humana. Y eso es todo.

Sabido es que en todas las publicaciones de este género el autor de cada trabajo es el responsable de las ideas y de las opiniones que vierte. No obstante insistimos en la aclaración porque discrepamos en algunos de los conceptos que expresa el señor Robert Morris en su estudio sobre el Novelista Latinoamericano frente a la realidad indígena contemporánea. Pero de todos modos es necesario conocer el juicio foráneo que se hace con respecto a la obra de nuestros novelistas. La crítica literaria es un instrumento de orientación espiritual cuando se la expone con buena fe y con base de documentación suficiente. Por esto mismo el ensayo del señor Morris puede considerarse como una contribución valiosa para el análisis de nuestro movimiento literario en uno de sus mejores campos.

ROBERT E. NORRIS

EL NOVELISTA LATINOAMERICANO FRENTE A LA REALIDAD INDIGENA CONTEMPORANEA

- I. El indianismo y el indigenismo literario
- II. Las manifestaciones del pensamiento indigenista
 - A. El indigenismo: indianismo y occidentalismo
 - B. Expresión del indianismo
 - C. El occidentalismo
 - D. El anarquismo
 - E. La posición indigenista
- III. El propósito de la novela indigenista
- IV. El indio en la novela indigenista
 - A. El indio y lo telúrico
 - B. Los valores del indio
 - C. Características esenciales
 - D. El costumbrismo
- V. Varias interpretaciones del indio en la novela
- VI. Los problemas del indio en la novela
 - A. Económicos
 - B. Políticos
 - C. La Iglesia
 - D. El gringo
 - E. Problemas socio-culturales
- VII. Las soluciones
 - A. El anarquismo
 - B. El aislamiento

- C. La educación
- D. La revolución social
- E. El mestizaje
- F. Los que no ofrecen solución
- VIII. La técnica y la estilística de la novela indigenista
- IX. Nuevas tendencias
 - A. Miguel Angel Asturias, **Hombres de maíz** (1949)
 - B. José María Arguedas, **Los ríos profundos** (1958)
 - C. Rosario Castellanos, **Balún Canán** (1957), **Oficio de tinieblas** (1962)
 - D. Alberto Bonifaz Muño, **La cruz del sureste** (1954).
- X. Conclusiones.

La actitud del novelista latinoamericano frente a la realidad indígena contemporánea encuentra su expresión en el indigenismo literario, el cual no debe confundirse con el indianismo literario. Conviene indicar que las expresiones "indianismo" e "indigenismo" no conllevan el mismo significado y que existe considerable distancia entre los dos términos. Cada cual proviene de diferentes raíces literarias y políticas, y consecuentemente, se realiza su expresión en diferentes épocas.

El indianismo es producto del siglo XIX, una centuria que vió el apogeo del romanticismo en la literatura y el liberalismo en la política. Bajo el romanticismo se proclamó un retorno a los valores nacionales y, el paisaje y el hombre de América vuelven a ocupar un puesto de importancia en las letras americanas. Para los países indígenas, esto significó una revalorización del indio. Y la solución de los autores americanos fue la de recurrir a los románticos europeos para la interpretación del indio americano dentro de los confines de la teoría del "buen salvaje" de Rousseau. Se interesaron por el costumbrismo de la vida indígena, rehuendo el verdadero drama de la realidad. En cierto sentido, esta actitud fue complementada en la esfera política

donde los derechos del indio se afirmaron en las constituciones y se desmintieron en la realidad.

Empieza a modificarse esta visión falsa de la realidad indígena en las últimas décadas del siglo XX con el advenimiento del realismo-naturalismo y la ideología positivista. La literatura pedía el detalle minucioso y el establecimiento de la relación entre el hombre y su ambiente. Las nuevas tendencias demandaban una presentación verídica, ya en la trama o en la descripción. La filosofía positivista buscaba el progreso ante todo y, comenzó a ver en el indio oprimido un impedimento al desarrollo nacional. Estos antecedentes combinaron con todas las inquietudes socio-económicas resultantes de la Primera Guerra Mundial y con las doctrinas revolucionarias, ya en su auge a partir de 1917, para producir en los países indígenas una novela de tema indio que enfocaba los conflictos económicos, políticos, y espirituales en sus aspectos dinámicos, realistas y hasta feos. Esta nueva dimensión del indio es una manifestación del surgimiento de los temas populares y proletarios, socializantes y revolucionarios, en la novelística mundial. Luis Alberto Sánchez notó que en esta época la literatura del indio adopta un aire clasista y se desvía del consagrado indianismo (1). Productos de la misma época, la literatura y la política toman a pecho esta nueva actitud frente a la realidad indígena contemporánea, la cual se llama indigenismo y se define fundamentalmente por el deseo de reivindicar al indio y lo indio.

Sin embargo, sería un error aceptar como la única base este concepto fundamental del indigenismo si uno quiere comprender las varias actitudes indigenistas que se hallan en la novela latinoamericana. Gonzalo Aguirre Beltrán des-

(1) Luis Alberto Sánchez, "El indianismo literario, tendencia original o imitativa?", *Revista Nacional de Cultura*, Año XXII, N^o 138 (enero-febrero, 1960), 107-117.

cribe el indigenismo en términos políticos como "la teoría social que norma la acción política de los países latinoamericanos respecto al indio" y observa que la base orgánica que fundamenta tal ideología está representada no por el indio, sino por el mestizo (2). El indigenismo, como el mestizaje, toma su origen en el cruzamiento e interacción de dos fuerzas de signo opuesto: el indianismo y el occidentalismo, el primero la expresión cultural del indio y de lo indio, el segundo la expresión cultural del europeo.

El indianismo se manifiesta en dos formas: directamente por el indio o por el no indio. Resumida, la expresión directa por el indio resulta en un vago ideal de segregación, de aislamiento, al que el indio otorga un valor místico como medio de solucionar los problemas que derivan de su contacto con el mestizo. Este anhelo de incomunicación con lo externo, de quedarse solos, surge impensada o deliberadamente en los congresos o asambleas indigenistas en que participan los líderes indios. El indianismo expresado por los no indios tiene dos motivaciones principales: el idealismo histórico y el idealismo cultural.

El idealismo histórico emerge de la contemplación del estado de miseria, ignorancia y enfermedad que evidencian los grupos indígenas, explotados por los de las ciudades y sumergidos en los vicios de alcoholismo, delincuencia y prostitución, que los intereses mestizos fomentan. El indianista reacciona ante la desorganización en la estructura social de las comunidades indias que produce el contacto con la ciudad y, denuncia el intercambio mercantil y el sistema monetario que incrementa la subordinación del indio a la ciudad. Idealiza el pasado indio y ve en ello un estado de pureza que contaminó el contacto de la civilización. Proclama la

(2) Gonzalo Aguirre Beltrán, "Indigenismo y mestizaje", *Cuadernos Americanos*, (julio-agosto, 1956), 33-51.

no intervención en la vida del indio, basándose en la teoría del salvaje feliz, primero enunciado por Las Casas y luego reiterado por Rousseau. A esta posición, Alfonso Caso la ha llamado indianismo de museo porque pretende conservar al indio en una vitrina, libre de la contaminación del polvo del mundo exterior.

El idealismo cultural deriva de la formación profesional del indianista y de su afiliación a una escuela antropológica determinada: la del relativismo cultural. Basado en la relatividad de los valores culturales, el antropólogo de esta tendencia aboga por la libre determinación de los pueblos, por el derecho de gobernarse por sí mismos y por conservar las formas tradicionales y el sistema particular a su cultura.

El occidentalismo se expresa al través de mestizos y criollos que se identifican con la cultura occidental. Hay dos posturas opuestas dentro del occidentalismo: la de izquierda y la de derecha. Los de la izquierda sostienen que la situación actual del indio es debida a las condiciones económicas derivadas de su status de clase baja y, que su reivindicación forma parte del cuadro general de la liberación económica de las masas proletarias. Pugnan por la socialización de las instituciones indígenas, recalcando la importancia de la similitud que existe entre las antiguas organizaciones comunales de los indios y el cooperativismo socialista. En resumen, el occidentalismo de izquierda se identifica con la cultura occidental y, toma las soluciones con que ésta ha tratado de resolver sus problemas particulares y pretende aplicarlas a los países indígenas americanos. No toman en cuenta el distinto contexto que hace variable su ecuación. Dentro de este grupo se encuentran los novelistas marxistas y comunistas.

Una supra-valoración de lo europeo y lo norteamericano caracteriza el occidentalismo de derecha. Este grupo, que Ramón Rubín pinta tan bien en su novela **La bruma lo**

vuelve azul, propone una rápida occidentalización de las comunidades indias sin tomar en cuenta los deseos y las tradiciones de éstas. Según su modo de ver, si el indio rechaza el progreso, debe obligársele a su aceptación. Sus prácticas y creencias, la organización social y política, todo, debe ser sustituido, compulsivamente si es preciso, por los moldes superiores de la cultura occidental. Aún llegan hasta el extremo de proponer la separación de los niños indios de su familia y ambiente para formarlos en un ambiente mestizo, así acelerando el proceso natural de occidentalización.

También entra en el pensamiento indigenista la ideología anarquista, representada por Manuel González Prada en el ensayo y vista claramente en **La rebelión de los colgados** de Bruno Traven. Pero aún en estos dos autores, el indigenismo parece tener sus raíces en el idealismo histórico.

Ya que se han delineado las varias corrientes que componen el pensamiento indigenista, conviene reintegrarlas para presentar la posición indigenista en su aspecto general. El indigenismo es la resultante del choque y juego de las tendencias dispares mencionadas, y por ello varía según la intensidad que en un momento o en un país determinado, alcance una u otra de las fuerzas en conflicto. A veces el indigenismo se acerca peligrosamente al indianismo; en ocasiones se aproxima demasiado al occidentalismo; pero nunca se identifica con una u otra puesto que su misma razón de ser depende del equilibrio que pueda guardar entre los dos polos de atracción (3).

Volviendo al concepto básico del indigenismo, el deseo de reivindicar al indio y lo indio, encontramos el propósito de la novela indigenista. Sólo cultivan la novela indigenista los indianistas, incluso los anarquistas, y los occidentalistas de izquierda. Dentro de este conjunto cada autor desarro-

(3) **Ibid.**

lla una técnica distinta, según su habilidad artística, pero todos tienen que encarar las mismas preguntas: ¿Cuáles son los problemas indígenas que deben ser denunciados al público? ¿Cuál se ofrece como la mejor solución? ¿Y cómo se puede hacer que el lector conozca al indio para que sienta interés por su reivindicación?

Para conocer el alma indígena es preciso comprender su íntima relación con la tierra. Este aspecto telúrico es quizás mejor representado en las obras del boliviano Alcides Arguedas y el guatemalteco Mario Monteforte Toledo. Arguedas, que escribió su **Raza de bronce** bajo las influencias deterministas, es el que realmente se destaca entre los indigenistas andinos en pintar al indio como reflejo del ambiente que le rodea.

El mismo trinar de mirlos y gorriones, el ajeo estridente de las perdices, el bramar y el mugir de toros y llamas, dispersos en los hondos pliegues de la ladera, contribuían para hacer más sensible la insignificancia de la vida animal a aquella enorme mole blanca que cubría el cielo, desafiaba tempestades y parecía amurrallar el horizonte infinito, ahogando sus voces sonoras...

.....
... Por todas partes, surgiendo detrás de los más elevados montes, presentándose de improviso a la vuelta de las laderas, saltaba el nevado alto, deforme, inaccesible, soberbiamente erguido en el espacio. Su presencia aterrorizaba y llenaba de angustia el ánimo de los pobres llaneros. Sentíanse vilmente empequeñecidos, impotentes, débiles. Sentían miedo de ser hombres (4).

Por toda la obra Arguedas le hace sentir al lector la preocupación constante del indio por el tiempo, la cosecha

(4) Alcides Arguedas, **Obras completas** (México: Aguilar, 1959), p. 241.

y la madre tierra. Se nota el interés del autor por el cielo como fondo, y se da cuenta de que es el mismo que siente el indio, el cual siempre está buscando en el cielo indicaciones del éxito o fracaso de la cosecha.

En la novela **Entre la piedra y la cruz** de Monteforte Toledo ya no se encuentra el factor determinista en cuanto al ambiente físico, sino otra interpretación muy acertada del paisaje. Para el indio cada aspecto fisiográfico tiene su significado particular: esa montaña es el hogar de los espíritus malos; ese árbol demarca los límites de su terreno; dentro de ese barranco encontró la oveja perdida; o en esa pradera recogió paja para su techo. Los indios sienten el paisaje como sustancia de ellos mismos. Un indio de la obra pensó que "sólo los ladinos contemplaban el paisaje y sentían la urgencia de decir que era hermoso" (5). De igual manera, el indio Bartolo Matzar, uno de los personajes principales, se siente parte de la tierra misma:

Quando se apartaba el azadón, removiendo montones de humus obscuro y desparramándolos sobre los camellones, quedaban al desnudo muñones de raíces y cuerpos mutilados de orugas. Todo eso era parte de la tierra, igual que el árbol o la roca. Bartolo había pensado muchas veces que los indios también eran pedazos de la tierra. Al verse los pies, macizos, adheridos al camino o al surco tibio, no podía decir dónde terminaba el mundo y dónde comenzaba su propio cuerpo (6).

Profundamente relacionados con el aspecto telúrico están los valores culturales del indio, comparables con los de cualquier sociedad agrícola. Casi todos los autores dan considerable importancia al sentido colectivo de la comunidad

(5) Mario Monteforte Toledo, **Entre la piedra y la cruz** (Guatemala: Edit. El Libro de Guatemala, 1948), p. 18.

(6) *Ibid.*, p. 16.

indígena, a su apego a la tradición y su estrecha organización familiar. En **Yahuar Fiesta**, el peruano José María Arguedas no presenta al indio ni como individuo ni como raza, sino como comunidad o ayllu. Cuando el ayllu se entusiasma por algún proyecto, lo cumplirá. Lo que más impresiona es su espíritu de cooperación y su tradicionalismo.

El boliviano Alfredo Guillén Pinto, autor de **Lágrimas indias**, nota que el indio no es respetado por su apariencia, ni su cultura, ni educación, ni sangre, sino por su destreza en los encuentros diarios con la naturaleza:

El que hace más iguales y rápidas las amelgas y más profundos los surcos, ese es el hombre completo para el indio.

La ley suprema de la vida india es el trabajo manual en sus sencillísimas, rutinarias y anticuadas manifestaciones agrícolas.

... Ser el mejor arador, entre los indios es ser hombre superior, capaz de guiar una casa y de educar a sus hijos, de adquirir una buena pareja de bueyes labo-
rosos y tres pollinos; con derechos a consideraciones y respeto y a beber juntamente con los padres (7).

La vida campesina también se manifiesta en el cariño que el indio tiene por sus animales. Cuando Agiali, protagonista de **Raza de bronce**, regresó del duro viaje al valle "pensaba con dolor en sus bestias, cual si en sus propios lomos llevase las contusiones y mataduras que se habían producido en dos semanas de viaje por caminos abiertos en las atormentadas entrañas del valle" (8). El hecho de que los indios tzotziles del Estado de Chiapas, México, consideran a sus ovejas como hermanos es aprovechado como tema en

(7) Alfredo Guillén Pinto, **Lágrimas indias** (La Paz: Casa Editora Mundial, 1920), 237.

(8) Alcides Arguedas, 276.

El callado dolor de los tzotziles de Ramón Rubín. El indio José Damián, contaminado por el sistema monetario de la civilización, rompe con toda la tradición de la tribu cuando mata algunas ovejas para vender las pieles.

Las novelas indigenistas presentan al indio como un ser esencialmente religioso, cuya religión es una mezcla de influencias paganas y cristianas. En **La bruma lo vuelve azul** de Ramón Rubín y **Entre la piedra y la cruz**, el niño indio es bautizado en las dos religiones, por el sacerdote indio y también por el cura párroco. El indio ve en los santos católicos nuevas representaciones de sus viejos dioses y, ordinariamente participa en los ritos católicos hasta que la religión de los blancos le falle. En esto vuelve a las creencias de sus antepasados. En la novela **Huairapamushcas** de Jorge Icaza, los indios le piden un milagro a la virgen pero les resulta una calamidad. Para desquitarse con ella, llevan su imagen de la iglesia y la botan al lodo del río.

Otra faceta esencial de la personalidad india es su fatalismo, resultado en parte de las luchas constantes en contra de la naturaleza todopoderosa. Un diálogo de **Raza de bronce** recalca la impotencia que sienten los indios ante los contratiempos:

¿Y cómo va tu chacra?

Mal; puro gusano. Mi padre dice que este año no tendremos nada que comer y quiere irse a otros lares.

Así pensamos todos.

.....
¿Y qué hacemos ahora? Volvió a preguntar a poco uno de los viejos.

No sé. Creo que nada se puede hacer contra la voluntad de los dioses —repuso el hilacata.

¡Nada se puede! —afirmó, sentenciosa ... (9).

(9) Alcides Arguedas, 334.

Tampoco se puede hacer nada contra la voluntad de los patrones y, esta verdad se refleja en la actitud sumisa del indio ante los blancos. Fernando Chaves, autor de la novela ecuatoriana **Plata y bronce**, declara que esta naturaleza servil es el efecto de siglos de opresión y, la simboliza en su obra mediante la "fiesta de ramas", en la cual los indios de la hacienda llevan las ofrendas tradicionales al patrón. Las indias le entregaban un gallo como ofrendando la virilidad y el valor de los hombres y, los varones ofrecían una gallina como símbolo del hogar que ponían al arbitrio del amo (10). Jorge Icaza representa este acatamiento en términos más humorísticos pero no menos verídicos en **Huairapamushcas**. Don Gabriel, el mayordomo, está amenazando a una familia india para averiguar quién les había regalado la carne de unas reses robadas y, típicamente sólo puede sacarles los informes poco a poco:

- ¡Sí, taitico! ¡Ramón Guachi nos dio! ¡El nos dio!
- En tierra colorada despostó las reses.
- Para dar a pobres naturales, dijo engañador el shugua Guachi.
- ¡Perdone taitico mayordomo! ¡Perdone!
- ¡Sí! ... ¡Sí! ... taitico!
- Los Guano también cogieron.
- ¿Quién más?
- Los Chiliquinga, también.
- ¿Quién más?
- Los Mataxi, también.
- ¿Y cuánto les dió a cada uno?
- Dos libras sería, pes.
- ¡Mentira! ¿Cuánto?
- Cinco sería, pes.
- ¿Cuánto, carajo? Si no me dicen la verdad ya mismito, les cuelgo del trapiche.
- Ponga no más lo que su merced crea (11).

(10) Fernando Chaves, **Plata y bronce** (Quito: Talleres Tipográficos Nacionales, 1927), 91.

(11) Jorge Icaza, **Huairapamushcas** (Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1948), 55.

El indio es sumiso hasta que ya no puede soportar más y, entonces se venga con una furia desencadenada. El típico fin de la novela indigenista es la sublevación sangrienta que brota sólo después de una larga historia de explotación y opresión de parte de los patrones. Y esto no pasa sólo en los sueños de los autores, sino que es muchas veces una fiel representación de la realidad. En una entrevista de 1961, Jorge Icaza confirmó que la descripción de la rebelión con que termina **Huasipungo** fue basada en levantamientos y brutales represiones que él mismo había presenciado. Otra sublevación en 1958 en Ecuador está retratada en su libro de cuentos **Barro de la sierra** (edición aumentada de 1961) (12). El indio andino en particular no es caracterizado por su rebeldía pero hay límites de lo que un hombre puede sufrir y, como el viejo Choquehuanca advierte al mayordomo en **Raza de bronce**: "acuérdate que hasta las bestias muerden cuando se las maltrata, y tú sabes que nosotros no somos bestias..." (13).

En las sierras andinas se dice que el indio nació ladrón y se lo atribuye a una característica de la raza. Fernando Chaves afirma en **Plata y bronce** que el indio es ladrón, pero a la vez lo explica como un tipo de rebeldía:

El indio roba por un impulso atávico poderosísimo que le insta desde las sombras del pasado. Quizá el robo es su única protesta contra los abusos del blanco. Su espíritu, sin fuerzas para enfrentarse con el autoritario de los dominadores, recurre a las armas falaces, blandas, cautas de la astucia y el disimulo y de ellas dimana una especie de cleptomanía hereditaria. Es el solo engaño que devuelve al explotador... Robarle al patrón

(12) Claude Couffon, "Conversación con Jorge Icaza", **Cuadernos**, Nº 51 (agosto de 1961), 51.

(13) Alcides Arguedas, 329.

hasta puede ser considerado como un acto virtuoso en las reconditeces sin explorar de su mentalidad obturada y pobre (14).

En su afán de dar a conocer al público la vida indígena, el novelista suele valerse de lo diario tanto como de lo importante de la vida del indio para presentar una serie de escenas costumbristas. Hay en cada obra fiestas de toda índole, ceremonias religiosas, las faenas de la siembra, de la cosecha, y de la trilla, y nacimientos, bautismos, amores, matrimonios y funerales. Las escenas más populares incluyen la fiesta del santo patrono y los toros de indios. Canciones y leyendas son a veces integradas en la narrativa.

Sin embargo, aunque todos se aprovechan de los mismos elementos del cuadro de la vida india, nos dejan conceptos variados sobre el indio: es humano, maltratado como bestia (**Raza de bronce** y otras); es un ser degenerado por siglos de opresión (**Lágrimas indias**, **Plata y bronce**); es bruto subhumano, sin más explicación (**Sumag Allpa**); es un ser visto como inferior por los blancos que no entienden sus valores (**Yahuar fiesta**); es un hombre nuevo, resultado de las presentes épocas dinámicas, que comienza a reclamar sus derechos de hombre y de ciudadanía (**Ya está amaneciendo**, **Yahuarninchij**); es un hombre complejo, tirado entre la piedra y la cruz, preso de sus raíces indígenas y atraído por las ventajas de la civilización mestiza (**Entre la piedra y la cruz**, **La bruma lo vuelve azul**); o es el hombre natural y sencillo que vive al margen de la civilización y de vez en cuando cae víctima de sus vicios (**El callado dolor de los tzotziles**). Como se ve las posibilidades son numerosas y varían con el tiempo, el lugar, y el intérprete particular.

Para completar el cuadro de la realidad indígena contemporánea los novelistas plantean en sus obras los proble-

(14) Chaves, 93.

mas económicos, sociales y políticos del indio. Los que más importan al indio mismo son de base económica: el problema agrario, el servicio personal, y el sistema de deudas que reemplazó la encomienda.

Están todos relacionados con el feudalismo que todavía existe en los latifundios. Con la excepción de México desde la Presidencia de Cárdenas y, Bolivia después de 1952, la tierra en los países indígenas queda en manos de una élite que aún aprovecha de cualquier oportunidad para extender sus propiedades. El indio individual tanto como la comunidad o ayllu ha sido y sigue siendo despojado de sus tierras por las artimañas de los latifundistas. Este problema se trata en las novelas de Alfredo Guillén Pinto (**Lágrimas indias**), José María Arguedas (**Yahuar fiesta**), y Ciro Alegría (**El mundo es ancho y ajeno**), el cual resumió en pocas palabras la situación al declarar que para el indio el mundo es ancho pero ajeno. El minifundio, antítesis y en gran parte resultado del latifundio, aparece en la novela de una manera implícita, mediante la angustia que siente el indio cuyos hijos ya no caben en su estrecha faja de tierra. En México y Bolivia, países que ya experimentaron algo de reforma agraria, la moderna novela indigenista demuestra las dificultades de recuperar las tierras y de incrementar las reformas en general. La segunda novela de Gregorio López y Fuentes, **Tierra, la revolución agraria en México**, trata de los primeros diez años de la revolución mexicana, durante los cuales la lucha por la tierra constituyó el punto principal del credo revolucionario del indio. Y **Yahuarminchij**, novela posrevolucionaria de Jesús Lara, describe la iniciación de la reforma agraria en Bolivia.

Desde la prohibición de la encomienda durante la colonia, los latifundistas, necesitando trabajadores, han repartido los pedazos menos valiosos de sus terrenos entre los indios desposeídos a cambio de servicio personal en las

faenas de la hacienda. Los indios sólo tienen el derecho de ocupar esos terrenos mientras estén al servicio del hacendado. Cuatro o cinco días semanales prestan su servicio en la hacienda y, a menudo, las mujeres o los niños tienen la obligación de trabajar en la casa grande. Este sistema, tan típico de los países andinos, se llama ponguaje, pero es nada más que una extensión del sistema señorial de las edades medias. Sin duda, la obra que ofrece la protesta más fuerte en contra "el ponguaje" es la novela **Huasipungo** de Jorge Icaza, el título de la cual refiere al pedacito de terreno cedido al indio siervo. Sin embargo, el boliviano Alcides Arguedas fue de los primeros en denunciarlo. Su novela **Raza de bronce** expone uno de los muchos abusos que permite el concepto de servicio y el poder del terrateniente. Pantoja, el patrón, se acercó a uno de sus "pongos". El indio le saludó:

—Buenas tardes nos dé Dios, tata.

—¡Hola bribón! ¿Qué haces?

—Componía mis redes, tata.

—Bueno; he dado orden para que te entreguen un chancho.

—¡Gracias, tata! —repuso efusivamente el indio.

—¡Al diablo, pillo, si crees que es un obsequio! Es para que lo cuides y me lo entregues gordo cuando te lo pida.

El indio se puso serio y una honda arruga partió en dos su frente; no repuso una sola palabra.

—¿Es que no has oído, pícaro? —le interpelló Pantoja.

—Sí, he oído; pero yo no sé cómo he de hacer lo que me pides.

—¿Por qué bribón?

Cheka, con un gesto, señaló el corral, donde estaban atados por las patas dos cerdos de hocico puntiagudo y flacos como espadas.

—Mira como están nuestras propias bestias. Se van muriendo de consunción porque no tenemos qué dar

les. ¿Cómo quieres entonces, que engordemos a las tuyas?

Pantoja se encogió de hombros.

—Nada me importa eso. El que no quiera recibir mis bestias, se va. Y asunto concluído.

—Bueno, me iré; pero antes recogeré mi cosecha —repuso tranquilamente Cheka.

Pantoja se enrojeció de cólera. La respuesta le pareció insolente y no debía soportarla.

—Pues te vas, y ahora mismo, pillo, ¿entiendes? Te vas sin recoger tu cosecha.

El indio le clavó una mirada dura y cargada de odio:

—¿Por qué? Tú no me has dado la semilla.

—¡Insolente! ¿Así sabes contestar al patrón? . . . Toma, ladrón!

Lanzóse sobre el indio y le descargó el látigo en la cabeza, en las espaldas, donde caía, ciego de ira, en tanto que el hombre te, ocultando el rostro entre las manos, corría por el patio, bramando como un toro (15).

La única alternativa del huasipunguero o pongo es dejar la hacienda y refugiarse en otro latifundio o en la ciudad. Pero el patrón ya ha previsto esta posibilidad y, le mantiene al pongo en deuda perpetua para que no pueda salir. La manera más común es adelantarle el sueldo o hacerle préstamos por los cuales los intereses nunca terminan. Los mayordomos, con órdenes del patrón, se olvidan de anotar las rayas en los talonarios, o le acusan al peón de una negligencia que siempre trae una multa. Según la obra **Entre la piedra y la cruz**, las haciendas del litoral guatemalteco pagan en rayas de crédito, válidas sólo en la tienda de rayas de la hacienda y, así sacan doble ganancia. Sea como sea la manera de engancharle al indio, las deudas son hereditarias y, no es nada raro que un indígena nazca y muera debiendo al terrateniente, como ilustra Gonzalo Humberto Mata en **Sumag Allpa**:

(15) Alcides Arguedas, 354.

- Alabado sea Jesucristo, amo . . .
- Ayer ya pagué tu deuda donde el otro patrón. Arri-
mado mío sois aura.
- Yo mismo supliqué eso pes, amo. Fiero otro patrón.
- Los patrones nunca son fieros nada. Sino los runas
son mañosos. 700 sucres pagué por el cargo que hacían
de la deuda de su taita.
- Taita si dejó pes con deuda al morir. Pero . . . no
cro que eran 700 . . .
- ¡Salvaje! ¡Antes me hicieron una rebaja, a mí, por
ser quien soy! Mil sucres estaba diciendo que eran.
Ahora tienes que pagarme el 30% de interés, ¿oiste?
- Taita también sacar tanta plata, para dejar fregado
al hijo.
- Vos también tienes hijos, has de sacar no más. Te
mueres y ellos son los que se cargan con la friega.
Pero busca quien te dé . . . ja, ja! (16).

Ante todas estas injusticias, el indio lo encuentra casi imposible reclamar sus derechos de hombre y de ciudadano, especialmente en el Ecuador, Perú, y hasta cierto punto en Guatemala, en donde la influencia de los gamonales se siente en cada esfera de la vida nacional. Como explica José Carlos Mariátegui, el gamonalismo invalida inevitablemente toda ley u ordenanza de protección indígena. Contra la autoridad del hacendado, es impotente la ley escrita. El término gamonalismo no designa sólo la categoría social y económica del latifundista, sino que representa todo un fenómeno que comprende una larga jerarquía de funcionarios, intermediarios, agentes, parásitos, etc. Todos los oficiales desde el policía más bajo hasta un senador de la república, respaldan al gran propietario y, el funcionario que se obstinase, sería abandonado y sacrificado por el poder central (17). Como el indio no tiene la protección de las leyes, su

-
- (16) Gonzalo Humberto Mata, **Sumag Allpa** (Cuenca: Editorial Cenit, 1940), 23.
- (17) José Carlos Mariátegui, **7 ensayos de interpretación de la realidad peruana** (Lima: Empresa Editora Amauta, 1959), 33-34.

único recurso es alzarse, sabiendo de antemano que ha de sufrir una sangrienta represión por el ejército o la policía al servicio del gamonal. El gamonalismo es el objeto de la protesta más fuerte de la novela indigenista.

La gran ironía es que los indios han tenido que participar en las guerras de los blancos para mantener un sistema que les oprime y defender una nación para ellos desconocida. Mario Monteforte Toledo, en la obra **Entre la piedra y la cruz**, describe cómo en las revoluciones destacamentos de soldados y oficiales caen sobre las villas indígenas y enrolan en el ejército a los jóvenes y, cómo los blancos defienden sus instituciones con los indios. El mismo tema se repite en la novela boliviana de la guerra del Chaco y en la novela de la revolución mexicana. En la novela **Nayar** del mexicano Miguel Angel Menéndez, el líder de los indios coras del Nayarit explica por qué su tribu se ha retirado a la montaña durante la guerra cristera: "Es lo mismo. Los dos son mestizos. Es el mismo enemigo. Se divide para pelear entre sí y nos usa de carnaza . . . Por eso nos guardamos de los dos; nosotros perderemos cualquiera que gane . . ." (18).

Los novelistas se quejan de que el sistema feudalístico y la falta de educación limitan la visión mundial del indio y lo hacen imposible que tenga una conciencia nacional. Para muchos el mundo sólo comprende la hacienda, o el valle, o hasta el nevado en la distancia. El indio de **Ya está amaneciendo** se pregunta: ¿qué será el Ecuador? Y los indios bolivianos de **Yahuarninchij**, al oír que el presidente ha decretado una ley de reforma agraria, preguntan: ¿quién será el presidente? Quizás el ejemplo más memorable es la experiencia de Lu Matzar, protagonista de **Entre la piedra y la cruz**, cuando bajó por primera vez a la costa:

(18) Miguel Angel Menéndez, **Nayar** (México: Editorial Zamna, 1941), 189.

Lu Matzar quedó inmóvil, con la boca abierta. Todas las dimensiones que se le habían formado en su pequeña aldea y en los espacios vacíos que dejaban los árboles del altiplano se le derrumbaron. Comprendió que su pueblo era apenas una gota de aquella inmensidad. Con indeciso movimiento desamparado, tomó la mano de Chindo y la apretó.

Y se le llenaron los ojos de lágrimas, quizás porque era el primer indio de San Pedro la Laguna que veía el mar (19).

Como los novelistas que explotan el tema indígena son, casi sin excepción, liberales, marxistas o comunistas, el anti-clericalismo es bien evidente en sus obras. La Iglesia en general, y especialmente los curas párrocos rurales que tienen más contacto con el indígena, son atacados como instrumentos del gamonalismo y, son denunciados por el uso de su posición privilegiada para la explotación de los indios. El cura párroco de **Sumag Allpa** es el mismo hijo del dueño de la hacienda, el cual le mandó al Seminario para que le ayudara después a controlar a los indios. Este caso parece original con Humberto Mata y no se repite en otras novelas. Alcides Arguedas ofrece un caso más creíble en Don Hermógenes, el cura párroco de **Raza de bronce**. Don Hermógenes sabía el nivel económico de cada hacienda de modo que siempre preguntó primero de dónde era el indio antes de fijar el precio de un bautismo, matrimonio u otro servicio. Como él reconocía que necesitaba el respaldo de los hacendados, así es que los apoyaba a ellos en sus sermones predicando:

...que Dios había dispuesto el mundo de manera que hubiese una clase de hombres cuya misión era mandar y otra sin más fin que obedecer. Los blancos, formados

(19) Monteforte Toledo, 102.

directamente por Dios, constituían una casta de hombres superiores y eran patronos; los indios, hechos con otra levadura y por manos menos perfectas, llevaban taras desde su origen y forzosamente debían de estar supeditados por aquellos siempre, eternamente . . . (20).

Después de la promulgación de la reforma agraria en **Yahuarninchij**, los gamonales tratan de impedirla con la ayuda de los sacerdotes. En los sermones hay énfasis particular en el mandamiento que dice: "No codiciar los bienes ajenos". Según la palabra de Dios, las riquezas materiales fueron distribuídas a los seres humanos en vista de los merecimientos de cada uno, de modo que cada cual era dueño exclusivo de lo que Dios le había entregado y para no incurrir en la santa cólera, nadie debía ambicionar por ninguna razón los bienes de otro. Se enriquecen las prédicas con una edificante frase de Cristo: "Dad a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios". Y luego viene la lección:

Suponed, amados cristianos, que viene un hombre y, mostrándome una hermosa extensión de terreno, me dice: "Este terreno es tuyo. Tómallo". ¿Qué es lo que debo contestar yo? "No señor, esa propiedad no es mía, pertenece a otro por la gracia de Dios y no la puedo tomar". El otro insiste y me dice: "Yo soy una alta autoridad y te la otorgo". Entonces yo, si soy buen cristiano, debo replicar: "No. Dios me prohíbe usurpar tierra ajena. Tú, como César, sólo puedes disponer de lo que es tuyo y no de esa tierra, que no te pertenece" (21).

El sacerdote es acusado de muchos abusos de su autoridad espiritual. Les cobra a los indios precios exorbitantes

(20) Alcides Arguedas, 339.

(21) Jesús Lara, **Yahuarninchij** (Buenos Aires Editorial Platina, 1959), p. 75.

por los ritos necesarios según la doctrina; les exige servicio personal y ofrendas para su enriquecimiento personal; en muchas novelas violan a las indias; y siempre son pintados como hipócritas y más sinvergüenzas que cualquiera de su rebaño. Sea como sea su destreza para la explotación, la sabiduría del seminarista no siempre iguala al razonamiento sencillo del indio, como se entera el cura de **Sumag Allpa**:

—Hijitos... ¡hum! como les iba diciendo, allá en la iglesia, el cielo se compra a los muertos, no sólo con rezos sino con ayoritas buenos. En vez de derrochar en chicha y trago, deben ayudar a que los muertos de Vds. tengan un mejor puesto a la diestra de Nuestro Señor Padre Todopoderoso. Tres sucrès no más cuesta cada responso, y eso con cirios bien grandes!

—Pero... perdonarás, taitito curita... Cuando murieron finados, si hicimos pes responsos. 9 sucrès pagamos por misita de muerto, a que vayan al cielo, por enterrar en sagrario también...

—Así es pes. Taita curita dijo que derechito iban al cielo...

—Pero... algún ángel blanco puede haberles detenido en el camino. Nadie sabe los estados de los caminos celestes. Con las lluvias pueden haberse dañado y no pueden entrar en el cielo santo, no pueden seguir su viaje las almas benditas...

—Cogerán pes laichus ángeles a runas para trabajar, taitito?

—Claro pues. Hasta allá arriba tienen cada cual sus trabajos...

—Entonces, amos taitas curitas... perdonando, que queden no más runitas donde están.

—Ángeles laichus han de pegar miso, como aquí...

—No digo eso, indiecitos...

—Más santos laichus han de haber miso en el cielo...

Laichus tienen más plata para comprar más cielo, que...

—¡No! si no hemos querido...

—¡No sean brutos, indios animales! No quiero decir eso!

- Que queden no más, indios finados en medio camino. Juntos para ir todos cuando muramos nosotros.
- Brutos... borrachos están, por eso hablan así de las cosas sagradas!
- Váyanse al diablo, hijos de p... (22).

En adición al cura párroco, los autores izquierdistas suelen exponer el papel explotador de otro personaje para ellos predilecto: el gringo. Jorge Icaza, en **Huasipungo**, es el primero en presentar al capitalista yanqui en la novela indigenista. Su mensaje es el de todos sus correligionarios: las masas proletarias son explotadas por los capitalistas norteamericanos que gozan de los frutos de trabajo ajeno. En la novela **Tungsteno** del peruano César Vallejo, los dueños yanquis son responsables por los sufrimientos de los indios que trabajan en las minas. En **Yahuarninchij** Jesús Lara culpa a los técnicos norteamericanos por un decreto que impide la reforma agraria. Los objetos de la diatriba de Jorge Rivadeneira en **Ya está amañando**, son el Servicio Cooperativo Norteamericano de Agricultura, que ha tenido varios éxitos en el Ecuador, y el Punto IV en general. Rivadeneira pinta a los representantes del Punto IV como cómplices del latifundista, y como seres inmorales y corruptos que hablan una mezcla de inglés y español. Otras acusaciones que hace este autor demuestran lo susceptible que es el indio ignorante y analfabeto para la propaganda comunista. Hablando del precio de azadones con los indios, el militante comunista les pregunta:

- ¿Sabes por qué ha subido el precio de los azadones?
- ¿Por qué será?
-
- Muy lejos, al norte —continuó Gonzalo, señalando con el dedo en aquella dirección—, pasando la mama

(22) Humberto Mata, 38.

cocha, el mar que da la vuelta al mundo, allí está la tierra de los gringos. Antes, en esas lejuras, hacían azadones, pero ahora en vez de herramientas están haciendo balas y fusiles; por eso están carísimas.

.....
—¿Sabes lo que es una guerra? interrogó nuevamente Gonzalo.

—¿Qué también será?

—Escúcheme: los hombres se dividen en bandos, se ponen uno frente al otro y se matan por miles, incendian las casas, destruyen los sembríos, asesinan a los niños sin motivo, y a las mujeres, y a los viejos, a todo el mundo.

.....
—Los gringos enganchan bastante gente, les enseñan a disparar y les dan balas. Esos hombres se llaman soldados y se van por todas partes y matan a otros compañeros como tú, como él, como yo...

—¡Caray! entonces malos mismo han sido... peores que el patrón Santos.

—¡Son terribles!... y como Dios les cría y ellos se juntan, bien se llevan con todos los patrones de por aquí (23).

En la obra de Monteforte Toledo (**Entre la piedra y la cruz**) el alemán, por su preeminencia económica en Guatemala y su racismo, es el objeto de la polémica. Esta obra también refleja la situación mundial de la postguerra, una época pro-yanqui y anti-alemán.

Los novelistas se ocupan más en condenar al explotador del indio de modo que los problemas de índole socio-cultural generalmente juegan un papel secundario y, a veces sólo aparecen en una forma implícita. Particularmente en las obras de Jorge Icaza, Humberto Mata, Fernando Chaves, Mauricio Magdaleno y Guillén Pinto, el lector percibe los

(23) Jorge Rivadeneira, **Ya está amaneciendo** (Quito: Editorial Minerva, 1957), 182-83.

problemas del alcoholismo y de la falta de educación, de higiene, de auxilios médicos y de una dieta adecuada. Casi todos incluyen al curandero, con sus curaciones y pociones extrañas y nauseabundas, pero es difícil distinguir si la intención del autor es reconocer el problema, o pintar una escena costumbrista, o ambas. Algunos autores atacan los problemas socio-culturales directamente como Fernando Chaves y Guillén Pinto denuncian el alcoholismo.

Otro tema planteado por los indigenistas es el de la confrontación cultural, el choque entre la cultura indígena y la civilización occidental. Toda la trama de **Yahuar fiesta** está basada en este conflicto. El gobierno pretende borrar una tradición india con un decreto y, lo encuentra imposible. Por medio de este conflicto se expone la profunda diferencia entre las dos culturas. Para los blancos, los toros de indios representan la brutalidad y la barbarie. En cambio, para los indios es su expresión de honor, orgullo y valentía.

En su obra **Entre la piedra y la cruz**, Monteforte Toledo presenta esta confrontación como un conflicto psicológico en su protagonista principal, un indio educado, tirado en direcciones opuestas por su origen indígena y el deseo de participar en la civilización mestiza. Vuelve a emplear esta temática en **Donde se acaban los caminos**, una novela que relata el fracaso del amor de una india y un blanco por el conflicto de sus culturas respectivas.

Kanamayé, protagonista de **La bruma lo vuelve azul** de Ramón Rubín, es víctima del mismo problema cuando se ve rechazado por su propia raza a causa de su educación e imitación del mestizo, y a la vez repudiado entre los mestizos por sus salientes facciones indígenas.

Al haber introducido las corrientes de pensamiento indigenista, los protagonistas y los problemas representados por los escritores, conviene presentar las soluciones que proponen. Aunque ciertas soluciones pueden identificar una

actitud particular, es preciso acordar que los diferentes grupos de indigenistas pueden tener varias soluciones en común.

La mayoría demuestra la futilidad de rebeliones indígenas, pero otros sugieren la violencia como el único recurso del indio frente a la injusticia. El viejo Choquehuanca de **Raza de bronce** ha buscado a menudo alguna manera de librar a su gente de la opresión de los blancos. Dice que ha pensado en grandes levantamientos pero luego ha visto que siempre quedarían soldados, armas y jueces para perseguirlos. Ha pensado también que sería bueno aprender a leer, porque leyendo acaso llegarían a descubrir el secreto de la fuerza del blanco. Pero decide que las letras han de tener un veneno horrible, porque cuantos indios las conocen se tornan otros. Reniegan hasta de su origen y se sirven de su saber para explotar a su propia casta. Por fin concluye Choquehuanca que la opresión va a continuar por muchos años todavía y aconseja a su ayllu que entretanto nada deben esperar de las gentes que hoy las dominan y, dice que:

... es bueno que a raíz de cualquiera de sus crímenes nos levantemos para castigarlos y con las represalias conseguir dos fines, que pueden servirnos mañana, aunque sea a costa de los más grandes sacrificios: hacerles ver que no somos todavía bestias, y después abrir entre ellos y nosotros profundos abismos de sangre y muerte, de manera que el odio viva latente en nuestra raza, hasta que sea fuerte y se imponga o sucumba a los males, como la hierba que de los campos se extirpa, porque no sirve para nada (24).

Otro que predica revolución sin compromisos ideológicos es Bruno Traven en **La rebelión de los colgados**. Un análisis detallado comprobaría el pensamiento anarquista de

(24) Alcides Arguedas, 385.

este autor. Termina la obra con el levantamiento de unos indios tzotziles que tomarán parte en la revolución mexicana, la cual será traicionada por fin a manos de los parlamentarios y los reformistas (25).

Los indianistas Ramón Rubín, Miguel Angel Menéndez, y hasta cierto punto, López y Fuentes, demuestran que el indio ha sido víctima de la civilización occidental y parecen sugerir que su aislamiento del blanco sería preferible. López y Fuentes tuvo grandes esperanzas en la reforma agraria y la educación que prometía la revolución mexicana, pero describe su fracaso en **Tierra y El indio**.

Clorinda Matto de Turner, autora de **Aves sin nido** y una precursora de la novela indigenista, con los maestros rurales Fernando Chaves y Alfredo Guillén Pinto, espera solucionar el problema con la educación. Pero Chaves admite la necesidad de una revolución social como primer paso. Aún Jorge Icaza da alguna importancia a la educación, combinada con el mestizaje, en su novela **Cholos**.

Los occidentalistas de izquierda pugnan por una revolución social que iniciara la reivindicación económica, política y social del indio. Jorge Icaza, Fernando Chaves, Humberto Mata, Jorge Rivadeneira y Jesús Lara pertenecen a este grupo. La última escena de **Sumag Allpa** de Humberto Mata predice una revolución comunista. Los indios sublevados amarran al hacendado al tronco de un árbol y mientras le queman vivo, le mutilan con sus machetes.

... El árbol ardido rodó carconado, dando su alma para que se afiance en ella la vida arrebatada al gamonial de Sumag Allpa. Al choque del guayacán contra la tierra, asediando por el tropel de fuego, elevándose fa-
langes de chisporroteos ascendentes, en puntos de banderas sangrientas.

(25) Joseph Sommers, "Changing View of the Indian in Mexican Literature", *Hispania*, XLVII, Nº 1 (March, 1964), 50.

.....
...emergían legiones de indios... Distintamente tri-
naba el tiempo y el confin en sus ponchos. Unas ma-
nos hacían gestos de ahogados, hacia un disco rojo sus-
pendido en la altura alimentada por la hoguera. Queda-
ban en el aire un montón de masas de runas, asidos
a las copas de los árboles quemados. Luego, esos mon-
tones de aborígenes, rompían infinito. Marchándose al
expandir inminente del Futuro cercano! Cercano! (26).

En el último párrafo, Humberto Mata combina el sol,
símbolo del antiguo imperio incaico con el rojo del comunis-
mo para hacer posible su sumag allpa o tierra hermosa del
futuro:

...mañana saldrá el sol más brillante!

.....
Sol!

Sol rojo!

Sumag Allpa! (27).

Jorge Rivadeneira y Jesús Lara recalcan en sus nove-
las la importancia de la unión entre los trabajadores y los
campesinos indios para el triunfo comunista en una guerra
de clases. Mientras Rivadeneira incita a una revolución
comunista en el Ecuador, Lara propone la continuada mar-
cha hacia el comunismo después de la victoria inicial de la
revolución social en Bolivia. Lara elogia el papel del mili-
tante en organizar células del partido en las comunidades
indígenas y predice la unión de todos los sindicatos de in-
dios bajo dirección comunista. Ofrece como ejemplos del
triunfo del proletariado, la Unión Soviética, las Democra-
cias Populares de Europa, China Popular, Corea y el Viet-

(26) Humberto Mata, 125.

(27) *Ibid.*, 126.

nam, en donde ya desaparecieron el hambre, la prostitución, el analfabetismo y las clases privilegiadas (28).

Monteforte Toledo muestra la influencia de las ideas revolucionarias de 1944 en Guatemala. La revolución social, la educación y el mestizaje son soluciones de igual importancia en su obra.

En cambio, las novelas indigenistas mexicanas expresan su insatisfacción con el progreso de la revolución mexicana. En las obras de Gregorio López y Fuentes, Miguel A. Méndez, y Mauricio Magdaleno predomina la desesperación que sintieron ante el fracaso preliminar de los ideales revolucionarios.

Tampoco se encuentra una solución en las obras de Ciro Alegría y José María Arguedas, aunque Alegría da más énfasis al problema económico y critica a los idealistas que no cuentan con la reforma agraria. Arguedas ridiculiza los intentos de reforma por decretos que no toman en cuenta la realidad del problema.

El fin de protesta social influye profundamente en la técnica y la estilística de la novela indigenista. Como el tema central gira alrededor de la explotación y la injusticia, el conflicto principal es esencialmente la lucha entre dos protagonistas humanos, sea entre dos individuos, dos razas, dos clases sociales, o entre un individuo y la sociedad en general. No es decir que no puede haber en la novela indigenista un conflicto del hombre y la naturaleza o un conflicto psicológico, sino que son relegados ordinariamente a un segundo nivel de importancia. El éxito que han tenido Mario Monteforte Toledo en la novela **Entre la piedra y la cruz** y Ciro Alegría en **El mundo es ancho y ajeno** se debe en gran parte al hecho de que han evitado la presentación exclusiva del conflicto mediante el narrador. Mas bien han humanizado

(28) Lara, 233.

el conflicto por la sencilla técnica de haberlo desarrollado por los ojos y sentimientos de un personaje principal como Lu Matzar o Rosendo Maqui.

Con rara excepción los caracteres carecen de profundidad y de interés como el fin de la protesta social requiere personajes proto-tipos y no casos individuales. Sin embargo, autores como Icaza, José María Arguedas y Mauricio Magdaleno han logrado un éxito singular en su presentación de las masas como protagonista, dando énfasis a su carácter colectivo y las sensaciones de ruido y movimiento.

El novelista está comprometido por la política indigenista en general y, por su actitud particular dentro de esta política. Consecuentemente, los caracteres y la trama rara vez se libran de la ideología del autor; sino que son manejados y controlados desde el comienzo. Aún así, algunos novelistas, al acercarse al fin de la obra, demuestran la preocupación de no haber presentado efectivamente su propósito didáctico y, las últimas páginas degeneran en propaganda panfletista. Los occidentalistas de izquierda son los que más a menudo caen en ese error. Casi todos los indigenistas intervienen en la narrativa con sus sermones o comentarios. Un estudio sobre este aspecto sólo establecería la relativa frecuencia de tales intervenciones y el arificio empleado en cada caso. Basta decir que el boliviano Guillén Pinto es el que menos arte aparenta en este aspecto.

La técnica adoptada por los indigenistas es el realismo-naturalismo, la más apropiada para la descripción de la realidad tanto como para chocar al lector con detalles horrorizantes y, a veces, asquerosos. Los precursores, Matto de Turner y Fernando Chaves, sin embargo, demuestran influencias románticas y modernistas respectivamente. No hay novelas indigenistas sin elementos de costumbrismo que proponen dar una sensación de realidad, pero en demasiados ejemplos son muy superficiales e impiden la narrativa.

Otro elemento procurado con poca excepción es el realismo lingüístico. Sólo Alcides Arguedas lo rechaza a favor de un castellano puro y castizo. En el otro extremo se encuentran Jorge Icaza, Humberto Mata y José María Arguedas, cuya transcripción fidedigna del habla indígena hasta dificulta la lectura.

Aún después de un tratamiento tan ligero es evidente que una debilidad típica de la novela indigenista es su falta de preocupación estilística. Pero es preciso juzgar estas obras en vista de su propósito, el cual es concebir un arma que denunciara la realidad lamentable de la población indígena. Se dan cuenta del valor efímero de su obra, que después de ganar la batalla, su arma es inútil y queda sólo como un vestigio de los tiempos que la produjeron. Algunos críticos querrán discutir que una obra propagandista que obedece los cánones literarios siempre resulta más efectiva, pero he aquí el ejemplo de **Huasipungo**.

Todavía se publican obras indigenistas que mantienen las características de las primeras décadas del siglo como la novela ecuatoriana **Ya está amaneciendo**, publicada en 1957. Pero desde el fin de la segunda guerra mundial, hay en las novelas indigenistas nuevas tendencias que reflejan los progresos antropológicos y una evolución artística. Aún manifiestan las realidades socio-económicas de América Latina, mas no pretenden imponer ninguna ideología ni proponer soluciones. Su contribución ha sido ilustrar la profundidad intelectual y literaria que ofrece una materia antes demasiado simplificada. Tratan de sondear las raíces y el significado de la confrontación cultural y explicar el papel de lo místico y lo mágico de procedencia indígena en la cosmología del indio y el mestizo de hoy (29).

(29) Joseph Sommers, "The Indian Oriented Novel in Latin America: New Spirit, New Forms, New Scope", **Journal of Inter-American Studies**, VI, N° 2, (April, 1964).

Miguel Angel Asturias combina lo real con lo fantástico en **Hombres de maíz** (1949) para dramatizar el hecho de que el cambio social en Guatemala tendrá que tomar en cuenta los conceptos sobrenaturales indígenas de la relación entre el hombre y el mundo. En **Los ríos profundos** (1958) José María Arguedas da a conocer el influjo espiritual que las tradiciones indias pueden ejercer sobre los no indios. Augusto Roa Bastos hace ver en **Hijo de hombre** (1960) el fondo filosófico guaraní en el pensamiento paraguayo, el cual ha facilitado que el país resista una dictadura tras otra. Rosario Castellanos subraya en **Oficio de tinieblas** (1962) los problemas contemporáneos y los defectos de la presente política indigenista de la revolución mexicana. En 1957, Castellanos trató con menos éxito el mismo tema en **Balún Canán**. Otro mexicano, Alberto Bonifaz Nuño escribió en 1954 **La cruz del sureste**, que trata del fracaso de un indio que atenta introducirse en el mundo de los ladinos. A este conjunto de autores ilustrativos de las nuevas tendencias se puede añadir a Mario Monteforte Toledo y Ramón Rubín.

Habiendo señalado los elementos de la novela indigenista y el propósito de sus cultivadores, se puede decir que representa la expresión literaria de la realidad indígena contemporánea. Se han distinguido las varias actitudes del pensamiento indigenista y, su manifestación en la novela. Se ha visto que el problema indígena y las soluciones propuestas varían según el país, la época y la ideología o actitud del autor. La interpretación del indio ofrece varias posibilidades, desde el "buen salvaje" hasta el "bruto animal". El fin social ha resultado en una técnica y estilística superficial en las primeras obras, pero las nuevas tendencias desde la segunda guerra mundial demuestran una evolución artística y cierta profundidad intelectual y literaria. Se puede concluir que, al contrario de lo que suelen decir algunos literatos, no todas las novelas indigenistas son iguales.

Otros dicen que la literatura indigenista no tiene futuro, que ya se han agotado sus posibilidades, pero sería más realista reconocer que el indigenismo literario perdurará en Latinoamérica en cuanto haya población indígena y mientras haya necesidad de una política indigenista. Nuevas posibilidades surgirán con los adelantos en la antropología y la sociología y, con las nuevas tendencias políticas y literarias que nacen en cada época.

En los países indígenas donde ha habido una revolución social los novelistas expondrán las dificultades que enfrentan la revolución y otros ofrecerán su crítica. En el Ecuador y en los demás países el autor de la novela indigenista seguirá predicando la revolución.

Con el desarrollo de la sociedad y la educación se puede esperar en el futuro una novela indígena. Es decir, una novela escrita por autor indio que trate de interpretar el drama de su raza o comunidad para el mundo de afuera. Ya hemos tenido el ejemplo del boliviano Raúl Botelho Gosalvez, indio kolla, y autor de la novela **Altiplano** (1945).

Pero sería imposible anticipar todas las posibilidades para el futuro. Sólo se puede especular, basándose en la novela indigenista hasta el presente y la realidad indígena contemporánea.

BIBLIOGRAFIA

I.—Obras citadas

- ALEGRIA, CIRO: **El mundo es ancho y ajeno**, (1941).
ARGUEDAS, ALCIDES: **Obras completas**. México, Aguilar, 1959.
ARGUEDAS, JOSE MARIA: **Los ríos profundos**. BA: Losada, 1958.
ARGUEDAS, JOSE MARIA: **Yahuar fiesta**, Lima: Alicia Bustamante, 1941.
ASTURIAS, MIGUEL ANGEL: **Hombres de maíz**. BA: Losada, 1949.
BONIFAZ NUNO, ALBERTO: **La cruz del sureste**. México: FCE, 1954.
BOTELHO GOSALVEZ, RAUL: **Altiplano**, 1945.

- CASTELLANOS, ROSARIO: **Batún Canán**, México: FCE, 1957.
- CASTELLANOS, ROSARIO: **Oficio de tinieblas**, BA: Losada, 1962.
- CHAVES, FERNANDO: **Plata y bronce**. Quito: Tall. Gráf. Nac., 1927.
- GUILLEN PINTO, ALFREDO: **Lágrimas indias**. La Paz: Casa Edit. Mundial, 1920.
- ICAZA, JORGE: **Barro de la sierra**. (2da. edic. aumentada).
- ICAZA, JORGE: **Cholos**, 1937.
- ICAZA, JORGE: **Huairapamuhsca**. Quito: CCE., 1948.
- ICAZA, JORGE: **Huasipungo**. BA: Losada, 1953. (1ra. edic., 1934).
- LARA, JESUS: **Yahuarninchij**. BA: Edit. Platina, 1959.
- LOPEZ Y FUENTES, GREGORIO: **El indio**. (1ra. edic., 1935).
- LOPEZ Y FUENTES, GREGORIO: **Tierra**. México: Edit. México, 1933.
- MAGDALENO, MAURICIO: **El resplandor**. México: Ediciones Botas, 1937.
- MATA, GONZALO HUMBERTO: **Sumag Allpa**. Cuenca: Editorial Cenit, 1940.
- MATTO DE TURNER, CLORINDA: **Aves sin nido**. Madrid: Semper y Cía., 1889.
- MENENDEZ, MIGUEL ANGEL: **Nayar**. México: Edit. Zamna, 1941.
- MONTEFORTE TOLEDO, MARIO: **Donde se acaban los caminos**. Guatemala, 1953.
- MONTEFORTE TOLEDO, MARIO: **Entre la piedra y la cruz**. Guatemala: Edit. "El Libro de Guatemala", 1948.
- RIVADENEIRA, JORGE: **Ya está amaneciendo**. Quito: Edit. Minerva, 1957.
- ROA BASTOS, AUGUSTO: **Hijo de hombre**. BA: Losada, 1960.
- RUBIN, RAMON: **El callado dolor de los tzotziles**. México: Libro-Mex. Editores, 1957. (1ra. edic., 1949).
- RUBIN, RAMON: **La bruma lo vuelve azul**. México: FCE, 1954.
- TRAVEN, BRUNO: **La rebelión de los colgados**. 3ra. edic. México, 1958. (1ra. edic., 1936).
- VALLEJO, CESAR: **Tungsteno**. 1931.

II.—Obras críticas

- ALEGRIA, FERNANDO: **Breve historia de la novela hispanoamericana**. México. Ediciones Studium, 1959. (Cap. 7: "La novela de idealización del indio").
- BARRERA, ISAAC J. "Ecuador". **Diccionario de la literatura latinoamericana**. Washington, D. C.: Unión Panamericana, 1962.
- BARRERA, ISAAC J.: **Historia de la literatura ecuatoriana**. Quito: CCE., 1953-55.

- BRUSHWOOD, JOHN S. y GARCIDUENAS, JOSE ROJAS: **Breve historia de la novela mexicana**. México: Andrea, 1959. (Novela indianista, 113-20).
- CARRION, BENJAMIN: **El nuevo relato ecuatoriano**. Quito: CCE., 1958. (2nd. parte, Cap. 4, "La novela indigenista ecuatoriana").
- COMETTA MANZONI, AIDA: **El indio en la novela de América**. BA: Editora Futuro, 1960. Un panorama de poco valor crítico.
- COMETTA MANZONI, AIDA: **El indio en la poesía de América Española**. BA: J. Torres, 1939. Desde la colonia hasta 1935. Los varios aspectos del indianismo e indigenismo en la obra de los grandes poetas.
- CORREA, GUSTAVO: "La novela indianista de Mario Monteforte Toledo y el problema de una cultura integral en Guatemala", en **La cultura y la literatura iberoamericanas**. México: Edic. Andrea, 1957.
- DRIVER, DAVID MILLER: **The Indian in Brazilian Literature**, San Marcos, Texas: Hispanic Institute in the United States, 1942. Estudio débil.
- FERRANDIZ ALBORZ, FRANCISCO: **El novelista hispanoamericano Jorge Icaza**. Quito: Editora Quito, 1961.
- GONZALEZ, MANUEL PEDRO: **Trayectoria de la novela en México**. México: Ediciones Botas, 1951. (Cap. XIX, "La novela indigenista").
- GUZMAN, AUGUSTO. "Bolivia": **Diccionario de la literatura latinoamericana**. Washington, D. C.: Unión Panamericana.
- GUZMAN, AUGUSTO: **Historia de la novela boliviana**. La Paz: Revista México, 1938.
- GUZMAN, AUGUSTO: **La novela en Bolivia: proceso 1847-1954**. La Paz: Librería Editorial "Juventud", 1955.
- MELENDEZ, CONCHA: "La literatura indianista en el Perú de hoy", en **Memoria del Primer Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana**. Berkeley: Univ. de Calif., 1941.
- MELENDEZ CONCHA: **La novela indianista en hispanoamérica**. Madrid, 1934. Hasta 1889.
- MENTON, SEYMOUR: **Historia crítica de la novela guatemalteca**. Guatemala: Edit. Universitaria, 1960.
- MONGUIO, LUIS: **La poesía postmodernista peruana**. Berkeley: Univ. de Calif., 1954 ("Indigenismo", 87-149).
- NUÑEZ, ESTUARDO: **Panorama actual de la poesía peruana**. Lima: Editorial Antene, 1938. (Incluye 22 p. sobre El expresionismo indigenista).

- OJEDA, ENRIQUE: **Cuatro obras de Jorge Icaza**. Quito: CCE., 1961.
- Panorama das literaturas das americas**. Angola: Edicao do Municipio de Nova Lisboa, 1958. 3 Vols. De 1900 a la época actual. Secciones sobre la literatura contemporánea boliviana, guatemalteca y ecuatoriana.
- ROJAS, ANGEL F.: **La novela ecuatoriana**. México: FCE, 1948. ("El mejor estudio de la novela ecuatoriana").
- SANCHEZ, LUIS ALBERTO: **Proceso y contenido de la novela hispano-americana**. Madrid: Editorial Gredos, 1953. (Cap. XIX "Novela indigenista").
- SAZ, AGUSTIN DEL: **Resumen de historia de la novela hispanoamericana**. Barcelona: Editorial Atlántida, 1949. ("La novela del indio", 174-180).
- TAURO, ALBERTO: "Presencia y definición del indigenismo literario", en **Memoria del Segundo Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana**. Berkeley: Univ. de Calif., 1941.
- TORRES RIOSECO, ARTURO: **La novela en la América Hispana**. Berkeley: Univ. de Calif., 1939. (Cap. sobre "La novela de tema indígena en Bolivia y Perú", y "La novela de tema indígena en el Ecuador").
- TORUNO, JUAN FELIPE. "Guatemala". **Diccionario de la literatura latinoamericana, América Central. Primer Tomo**. Washington, D. C., Unión Panamericana, 1963.
- ZUM FELDE, ALBERTO: **Indice crítico de la literatura hispanoamericana: Los ensayistas**. México: Editorial Guaranía, 1954. (Cap. IV, Libro Tercero, "González Prada y el movimiento indigenista en el Perú").
- ZUM FELDE, ALBERTO: **Indice crítico de la literatura hispanoamericana: la narrativa**. México: Edit. Guaranía, 1959. ("El motivo indígena en la literatura romántica", y "El tema del indio").

III.—Artículos sobre el indigenismo en la novela

- ALDRICH, EARL M. Jr. "The Quechua World of Jose Maria Arguedas", **Hispania**. (Vol. XLV, Nº 1, March, 1962), 62-66.
- ALGABA MARTINEZ, LUIS: "Notas sobre la novela mexicana en los últimos quince años", **Armas y Letras**, (Revista de la Univ. de Nuevo León), Año 5, Nos. 1-2 (enero-junio, 1962), 5-24.
- BELLINI, GIUSEPPE: "Alcides Arguedas en la novela moderna", **Revista Hispánica Moderna**, (julio-octubre, 1960), 133-35.

- BELMAR, D.: "Huairapamushcas", **Atenea**, (Vol. XCII, 1949), 141-44.
- COMETTA MANZONI, AIDA: "El problema del indio en Bolivia y su proyección en la novela", **Nosotros**, (Serie 2, V. 15-16, octubre-marzo, 1941-42), 63-86.
- COUFFON, CLAUDE: "Conversación con Jorge Icaza", **Cuadernos**, agosto de 1961), 49-55.
- FERRANDIZ ALBORZ, FRANCISCO: "El indio, nueva realidad literaria hispanoamericana", **Cuadernos**, (septiembre-diciembre, 1953), 25-32.
- GARRO, J. EUGENIO: "A través de las novelas de Jorge Icaza", **Revista Hispánica Moderna**, XI-XII, 1945-46.
- GARRO, J. EUGENIO: "Jorge Icaza, vida y obra", **Revista Hispánica Moderna**, XIII-XIV, 1947-48.
- LIPP, SOLOMON: "Mario Monteforte Toledo, Contemporary Guatemalan Novelist", **Hispania**, (Vol. 44), p. 420.
- MATE, HUBERT E.: "Some Aspects of Novels by Lopez y Fuentes and Ciro Alegria", **Hispania**, (Vol. 39), 287-292.
- MONGUIO, LUIS: "Jorge Icaza, Huairapamushcas", **Occidental**, (march, 1949), 18-21.
- NUÑEZ, ESTUARDO: "La prosa literaria del Perú en los últimos veinte años", **Memoria del Segundo Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana**. Berkeley: Univ. of Calif., 1941. pp. 319-38.
- SANCHEZ, LUIS ALBERTO: "El indianismo literario, tendencia original o imitativa?", **Revista Nacional de Cultura** (Caracas), Año XXII, Nº 138, (enero-febrero, 1960), 107-117.
- SCHWARTZ, KESSEL: "Some Aspects of the Contemporary Novel of Ecuador", **Hispania**, (Vol. 38, Nº 3, septiembre, 1955), 294-99.
- SOMMERS, JOSEPH: "Changing View of the Indian in Mexican Literature", **Hispania**, (XLVII, Nº 1, march, 1964), 47-56.
- SOMMERS, JOSEPH: "The Indian Oriented Novel in Latin America: New Spirit, New Forms, New Scope", **Journal of Inter-American Studies**, (Vol. 6, Nº 2, April, 1964), 249-265.
- STANTON, RUTH: "The Realism of Mauricio Magdaleno", **Hispania**, (Vol. XXII), 345.
- VALCARCEL, LUIS E.: "El indio en nuestra literatura", **Cuadernos**, Nº 19 (julio-agosto, 1956), 99-103.
- WADE, GERALD E. and ARCHER, W. H.: "The Indianista Novel Since 1889", **Hispania**, (Vol. 33, Nº 3, Aug. 1950), 211-221.
- YEPEZ MIRANDA, ALFREDO: "La novela indigenista", **Revista Universitaria** (Cuzco), Nº 95, 1948, 3-35.

YEPEZ MIRANDA, ALFREDO: "El paisaje y el indio en la literatura peruana", *Revista Iberoamericana*, XI, (junio, 1946), 91-104.

IV.—Fuentes de intereses especial para esta conferencia

AGUIRRE BELTRAN, GONZALO: "Indigenismo y mestizaje", *Cuadernos Americanos*, (julio-agosto, 1956), 33-51.

CHANG-RODRIGUEZ, EUGENIO: "Reseña histórica del indigenismo", *Cuadernos* (marzo-abril, 1956), N° 17, 61-69.

COMAS, JUAN: "Panorama continental del indigenismo", *Cuadernos Americanos*, (noviembre-diciembre, 1950), 147-166.

COSSIO DEL POMAR, FELIPE: "Apuntes sobre el indio peruano y su vida", *Cuadernos Americanos*, (noviembre-diciembre, 1944), 161-174.

GUILLEN TAMAYO, ANDRES: "Lo mestizo y el indigenismo", *Revista Universitaria* (Cuzco), N° 95, 1948, 214-223.

METRAUX, ALFRED: "Los incas en el siglo XX", *Cuadernos* (julio, 1963), N° 74, 3-7.

MONTEFORTE TOLEDO, MARIO: "El mestizaje en Guatemala", *Cuadernos Americanos*, (enero-febrero, 1959), 169-182.

SIVIRICHI, ATILIO: "El contenido espiritual del movimiento indigenista", *Revista Universitaria*, (Cuzco), N° 72, 1937, 1-23.

WAGLEY, CHARLES and HARRIS, MARVIN: *Minorities in the New World: Six Case Studies*. New York: Columbia University Press, 1958. (See "The Indians in Brazil", and "The Indians in Mexico" for a resume of these countries' recent indigenista policies).

YEPEZ MIRANDA, ALFREDO: "El proceso cultural del Perú", *Revista Universitaria*, (Cuzco), N° 78, 1940, 3-53.

ZUM FELDE, ALBERTO: "La tragedia del indio en Suramérica", *Cuadernos Americanos*, (mayo-junio, 1943), 129-41.

V.—Fuentes no publicadas

ALLISON, WAYNE L.: "Thematic Analysis of the Contemporary Ecuadorian Novel". Unpublished Ph. D. dissertation. University of New Mexico, 1964.

ORLANDI, ADORNA AGATHA: "Characterization and Style in the Indigenist Novel of Spanish America, 1889-1948". Unpublished Ph. D. dissertation, Radcliffe College, 1960.

INFORME DEL PRESIDENTE DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA AL MINISTRO DE EDUCACION

AL SEÑOR DOCTOR LUIS MONSALVE POZO,
MINISTRO DE EDUCACION PUBLICA,

En su Despacho.

Señor Ministro:

En atención a que Usted, señor Ministro, es Presidente Nato de la Casa de la Cultura, de acuerdo con las disposiciones legales; y teniendo en cuenta que ha pertenecido y pertenece a la Institución, la Junta General resolvió informar a Usted sobre las labores que se han realizado en los dos últimos años, cumpliendo con los altos fines de la Casa y lo que disponen la Ley y los Estatutos correspondientes.

Un poco más tarde se publicará la Memoria completa de todo lo realizado en los diversos campos de acción que le corresponden a la Casa de la Cultura; pero por lo menos en apretado resumen debemos poner en su conocimiento lo que ha sido posible hacer con los medios y recursos harto limitados que se han puesto en manos de nuestra Entidad.

A medida que han pasado los años la Casa de la Cultura ha tenido la obligación de extender su radio de acción y de intensificarla; pero en esos mismos lapsos se le han merma-
do sus ingresos, de manera que semejante desequilibrio tenía que ocasionar, fatalmente, la frustración de no pocos
anhelos y propósitos. Esto no obstante ha buscado medios y
oportunidades para no abandonar el cumplimiento de su
misión imponderable.

Hace dos años la Casa de la Cultura tuvo que conmemorar el XX Aniversario de su fundación y lo hizo dando mayor ritmo a las producciones de la Editorial; organizando una nueva Exposición Nacional de Artes Manuales y Pequeñas Industrias, la misma que mereció toda clase de aplausos, estímulos y reconocimientos, como se puede comprobar con los comentarios y las críticas de la prensa; organizando también y auspiciando algunas "Mesas Redondas" de especial interés público porque en ellas se consideraron cuestiones de urbanismo, de higiene, de alimentación, de investigación científica en general y de problemas de carácter tecnológico.

Se promovieron concursos de música popular con la participación de bandas, de estudiantinas y de grupos de cantantes y danzantes autóctonos, buscando, precisamente, el contacto directo de la Casa de la Cultura con la verdad, la capacidad y el alma de nuestro pueblo.

Desde esos mismos momentos tomó la decisión de prestar toda posible contribución en favor del trabajo de los artesanos y para este efecto, como precisaremos luego, cooperó con otras instituciones como CENDES.

El programa de conmemoración del XX Aniversario fue de variado y valioso contenido; pero fue, sobre todo, el comienzo de una nueva etapa en la que la Casa de la Cultura tenía que llevar adelante la obra que le corresponde. Hablamos de una nueva etapa no con ningún sentido de discri-

minación, ni mucho menos, porque a través de los veinte y más años no se ha mantenido sino una sola dirección espiritual, un solo anhelo de servir al país, a la cultura nacional. Expresamos, simplemente que en cada período de administración tienen que señalarse los hechos que se han consumado y los resultados que se han obtenido.

LA PRODUCCION DE LA EDITORIAL

Una de las graves dificultades que han obstado el desarrollo de la labor editorial en la proporción que habíamos anhelado ha sido en los años últimos la casi inexistencia de papel en las bodegas de la Casa. En más de una vez y con la esperanza de obtener los fondos necesarios habíamos aspirado a importar este elemento básico para una producción editorial, pero hemos fracasado en el intento. Sin embargo, imponiéndonos un régimen de verdadera, de efectiva, de irreductible austeridad, hemos trabajado intensamente y hemos podido, de esta manera, editar numerosos libros que han venido a enriquecer la bibliografía nacional.

Como consta en el anexo que acompaño, en la Casa de la Cultura y solamente en la Editorial de la Matriz se han editado en un poco más de dos años 42 libros, todos valiosos y entre los cuales podríamos señalar, a manera de ejemplo, los siguientes: Las Obras Completas de Pablo Palacio; Test de Rorschach, por Julio Endara; Gabriel D'Annunzio, de Gonzalo Zaldumbide; Diccionario del Folklore Ecuatoriano, de Paulo de Carvalho Neto, obra de fundamental importancia para el Ecuador; Poemas Asiáticos de Amor, traducción de Francisco Alexander; Poesía de Gonzalo Escudero; Historia de la Cultura Ecuatoriana, por el Padre Vargas; Investigaciones Arqueológicas en El Inga, por Robert Bell, edición bilingüe; Ensayos Sociológicos, de Víctor Gabriel Gar-

cés; Derecho Civil Ecuatoriano, por el doctor Juan Larrea Holguín; Un Ecuatoriano Ilustre, por el doctor Manuel de Guzmán Polanco; La Doctrina Aristotélica de la Materia Prima, por el P. F. Ramos; Las Provincias Orientales del Ecuador, por Pío Jaramillo Alvarado; Aspectos Indígenas, por Gonzalo Rubio Orbe, etc.

Además de los 42 libros en nuestros talleres se han editado algunos números de las Revistas propias de la Institución como Letras, Revista de Educación, Archivos de Criminología, Boletín del Archivo Nacional; se han publicado numerosos folletos de interés literario o científico. Por otra parte se ha prestado apoyo, hasta donde ha sido posible, a múltiples publicaciones estudiantiles, precisamente con el propósito de cooperar en la promoción de los que deben llegar a ser los nuevos valores de la producción intelectual en el país.

Nos hemos preocupado de modo especial de la difusión del libro con donaciones frecuentes a centros estudiantiles y obreros y con envíos a las Embajadas del Ecuador en el exterior y a ciertas organizaciones de estudiantes ecuatorianos que se mantienen en países de América y Europa. Es fácil considerar que esos mismos propósitos de difusión tan requerida se encuentran con serias y a veces invencibles dificultades por la falta de los medios económicos indispensables.

EL CORO

El Coro de la Casa de la Cultura tiene ya un bien ganado prestigio dentro y fuera del Ecuador. Sin embargo hay que indicar que fue indispensable realizar muchos esfuerzos poco menos que para revivirlo porque en 1963 se encontraba desintegrado casi totalmente. Se debió este hecho a la au-

sencia del profesor Vargas, que fue el organizador y el magnífico Director del Coro.

Felizmente sus propios componentes, hombres y mujeres, sobrepasaron el desaliento y se manifestaron resueltos a reconquistar las posiciones que habían ganado con el aplauso y los estímulos del público. Tuvimos la suerte de encontrar un nuevo Director, en esta vez un ecuatoriano, el Profesor Carlos Bonilla Chávez, quien puso desde el primer momento toda su capacidad y toda su fe hasta lograr, con éxito innegable, la resurrección del Coro que ha sido, es y será uno de los mejores contactos entre la Casa de la Cultura y todas las clases sociales.

El Coro ha realizado muchas presentaciones en diversas ciudades del país, a pesar de los obstáculos que para este efecto se interponen en cada oportunidad. Y el Coro llevó el mensaje de nuestro pueblo y de nuestra música más allá de las fronteras, triunfando ampliamente en Chile y en Colombia.

EL TEATRO

Mención muy especial merece el impulso que hemos dado a las actividades teatrales y con el anhelo de organizar la Escuela de Arte Dramático que va a iniciar sus labores después de pocos días y de constituir, por fin, el Teatro Nacional con caracteres de permanencia y de bases firmes.

El Ministerio de Educación había solicitado en 1963 la asistencia técnica de la UNESCO en materia de teatro. Vino al Ecuador el experto señor Fabio Pacchioni quien desde el primer momento se puso en contacto con la Casa de la Cultura para exponer los propósitos que le animaban y que nosotros los consideramos de inmediato como dignos de todo apoyo. De esta manera entre la Casa de la Cultura y el experto de la UNESCO se estableció una conjunción de es-

fuerzos que ya han dado resultados muy halagadores como lo ha reconocido toda la prensa del país.

El comienzo fue difícil porque nuestra Institución contaba apenas con una partida de diez mil sucres para prestar apoyo a las actividades teatrales. Sin embargo se puso en evidencia la entereza y la resolución del señor Pacchoni quien, contando con la buena disposición y mejor voluntad de algunos jóvenes, pudo formar un primer grupo que luego de una intensa preparación se convirtió en el Teatro Ensayo de la Casa de la Cultura.

El señor Ministro puede observar que en las conclusiones del Anexo correspondiente se hace al final un resumen de la obra realizada por el Teatro de la Casa de la Cultura y que ha tenido estas etapas:

Realización de tres seminarios de teatro, con cursos regulares de arte dramático para la formación de actores, técnicos y directores.—Formación de un conjunto teatral (Teatro Ensayo) para la promoción de un nuevo movimiento teatral en el Ecuador y para la profesionalización de este arte.—Montaje, producción y presentación de tres temporadas en las que se han escenificado once obras dramáticas, cinco de ellas de autores nacionales.—Labor educativa-cultural en comunidades urbanas y rurales, cooperando con la campaña de alfabetización por medio de contactos con la masa popular y de presentación de recitales poéticos y textos dramáticos.—Labor de formación y promoción teatral en colegios, universidades, cuarteles, etc.—Recorridos a través de todo el país, presentando espectáculos, manteniendo debates con el público, dictando conferencias y clases demostrativas.—Presentaciones de obras nacionales en televisión (Canal 6).—Ciclo de charlas en colegios y otras instituciones sobre temas de cultura y de arte.—Promoción de una asociación de espectadores para apoyo y estímulo del movimiento teatral en el país.

Todo esto, señor Ministro, se ha hecho en dos años, contando con diez mil sucres en el primero y con cincuenta mil en el segundo. Los éxitos se han debido al entusiasmo de los jóvenes del teatro y a la dirección encomiástica de su Director, señor Pacchioni.

Actualmente las circunstancias son más halagadoras. Fue posible conseguir dentro del Presupuesto una asignación especial de 700 mil sucres destinados a la construcción, hasta hace poco abandonada, del Teatro Circular, al mantenimiento de la Escuela de Arte Dramático, al progreso del Teatro Ensayo y la formación definitiva del Teatro Nacional.

LA SECCION DE EDUCACION

La Casa de la Cultura con la Sección correspondiente cooperó en forma activa y directa en la realización del V Congreso Indigenista Interamericano, prestando al mismo tiempo ayuda especial a la Exposición Plástica al servicio del Indigenismo en el Ecuador.—Organizó un concurso nacional sobre el tema "la educación y el desarrollo económico y social del Ecuador". Los premios fueron otorgados por el Ministerio de Educación y la Casa de la Cultura. Se presentaron más de diez voluminosos trabajos, habiendo sido premiados los concursantes profesor Héctor Burbano Martínez y el Lic. Odilo Aguilar.

La Sección de Educación ha venido publicando su propia Revista, habiendo aparecido cinco números en el período al que nos referimos. Ha publicado además algunas obras de carácter técnico de los Miembros Titulares y Correspondientes.

En un acto público de homenaje a la Casa de la Cultura los Colegios Laicos de Quito colocaron en el edificio de la Institución una placa de bronce en la que se deja constan-

cia de su admiración y reconocimiento por la obra realizada por la Casa. Un homenaje igual rindieron los miembros de la Sección de Ciencias Filosóficas y de la Educación.

La Casa tuvo participación directa en la celebración del Día del Indio, especialmente en la realización del concurso sobre temas indígenas en los Colegios Normales de la Sierra y en la organización y mantenimiento del Museo Indigenista Ecuatoriano.

BIBLIOTECAS, ARCHIVO Y PATRIMONIO ARTISTICO

Tenemos que confesar, señor Ministro, que las condiciones materiales de la Biblioteca Nacional, adscrita a la Casa de la Cultura, son más que deplorables, lo que en definitiva significa un atentado al decoro de la República. Por esto mismo, una de las primordiales preocupaciones de la Casa ha sido buscar la solución del problema y al efecto ha dado preferencia a la construcción del nuevo edificio, como lo indicaremos más adelante.

Con la presencia y la valiosa dirección de otro experto de la UNESCO, el doctor Goicochea, la Casa de la Cultura mantuvo un cursillo para empleados de bibliotecas, a fin de iniciar una preparación que nunca hubo entre nosotros. Ha sido solamente un comienzo, pero trataremos de seguir adelante.

De modo muy especial tenemos la satisfacción de informar que después de vencer múltiples dificultades la Casa de la Cultura ha podido iniciar su programa de fundación y organización de bibliotecas populares en los sitios y zonas que en razón de determinadas circunstancias puedan considerarse como claves para la difusión del libro. Nos hemos inspirado en un antiguo principio que decía: si los hombres no

van hacia los libros hagamos que los libros vayan hacia los hombres. Naturalmente hemos tenido en cuenta la necesidad de encontrar centros en los que se observa una concentración de población rural.

La primera biblioteca popular fundada por la Casa de la Cultura acaba de inaugurarse en Santo Domingo de los Colorados, con la valiosa cooperación que nos ha prestado la Asociación de Estudiantes y la Junta de Mejoras de Santo Domingo. Después de pocos días va a inaugurarse la segunda biblioteca de este tipo en la Ciudad de Cotacachi. No se trata, ni mucho menos, de bibliotecas completas. Estamos apenas en el comienzo; pero toda obra digna de perdurar se inicia con modestia y tenemos la seguridad de que el progreso será firme, porque en el Presupuesto de la Institución consta ya una asignación fija y específica para el mantenimiento y enriquecimiento de estas bibliotecas.

De esta manera, señor Ministro, la preocupación y la obra de la Casa de la Cultura rebasa los límites de las grandes ciudades y va en pos de las zonas y regiones en donde la masa popular ha estado tradicionalmente al margen de la cultura, de sus medios, posibilidades e instrumentos.



Se ha dado una definida organización al Archivo Nacional de Historia que se encuentra dividido en las siguientes Secciones:

Cedulario de la Presidencia de Quito.—Comprende esta sala los cedularios desde 1563 hasta 1812, comunicaciones, órdenes y cartas de Virreyes y Presidentes de la Real Audiencia de Quito.

Real Audiencia, Independencia y Gran Colombia.—Consta esta Sección de 721 volúmenes, clasificados, encua-

ternados y con un extracto índice, correspondiente a los años de 1.600 a 1.830. Este valioso trabajo fue realizado por los Directores Carlos Vivanco y Alfredo Chaves y actualmente se prosiguen los trabajos para completar el extracto índice de 200 volúmenes de los cuales 170 han sido terminados.

Presidencia de la República.—En el último año se han encuadrado más de 900 volúmenes que se encuentran en servicio, en forma ordenada, en la sala de consultas e investigación del Archivo.

Otras Secciones de especial importancia son las que corresponden a la Corte Suprema y las Notarías. Sobre esto último informamos que ha sido posible organizar 1.450 volúmenes de protocolos que corresponden a los años de 1582 a 1935.

Se han publicado dos números del Boletín del Archivo y se encuentran en prensa dos números más. Con la estimable cooperación de los estudiantes de la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad Central se ha conseguido la elaboración de tarjetas síntesis del documental histórico.

Previo el respectivo inventario se adquirió parte del archivo particular del doctor Juan Benigno Vela, importante correspondencia que sirve para el mejor estudio de los personajes y hechos de nuestra historia en los comienzos del Siglo, y el distinguido historiador y Miembro Titular de la Institución, don Carlos Manuel Larrea, donó al Archivo Nacional el juicio de residencia de don Juan Píío Montúfar y Frasso que consta de 1.300 folios, un libro de protocolos y un libro de socorros.



Una de las obligaciones de mayor importancia que debe cumplir la Casa de la Cultura es la relacionada con la de-

fensa del patrimonio artístico, según lo determinan las leyes pertinentes. Lamentablemente y como se anota en el informe especial que presenta el Director del Museo Nacional y del Patrimonio Artístico y que lo acompaño como anexo, son tan amplios los requerimientos que se establecen en la propia Ley de Patrimonio Artístico y tan escasas las posibilidades materiales de que se disponen, que el cumplimiento de estos deberes se ve muy limitado.

La Casa de la Cultura tendría que vigilar en escala nacional todo lo que se relaciona con excavaciones, formación de museos artísticos, arqueológicos, funcionamiento de radiodifusoras, control de todos los espectáculos públicos y todo lo demás que considera la ley de la materia; y para estos fines necesitaría de una fuerte partida presupuestaria para adquisición de materiales y equipos técnicos, para movilizaciones y honorarios.

Sin embargo y a la medida de lo físicamente posible la Institución ha permanecido alerta para defender el patrimonio artístico y ha tomado algunas medidas y decisiones que se precisan en el anexo al que he hecho referencia. Hemos solicitado en algunas ocasiones la cooperación de las autoridades nacionales y provinciales, tanto con un sentido de previsión, cuanto con el objeto de verificar las denuncias que nos han llegado de atentados a la ley y a la riqueza del país en los aspectos que mencionamos.

Después de muchos años ha sido posible iniciar el inventario de todas las obras de arte que se mantienen en iglesias, conventos y monasterios. Con la valiosísima colaboración del Padre José María Vargas, Miembro Titular de la Institución, y con la buena voluntad de las autoridades eclesiásticas, de ese inventario en el que se pensó siempre como imperativo de cultura y como defensa del patrimonio artístico nacional, tenemos ya cuatro volúmenes de catálogos en los que constan en detalle y con todos los requisitos

de la técnica, las hermosas y valiosas obras que se conservan en aquellos centros.

Cuando se haya terminado la primera parte de este plan serán cuidadosamente publicados los catálogos correspondientes al inventario y entonces conocerá el público cuántos son los tesoros que honran a la cultura del Ecuador y que se los debe defender celosamente.

Conoce bien el señor Ministro cuán complejo y difícil es el cumplimiento de esta misión. Sin embargo, es harto satisfactorio para nosotros informar que todo lo que no se hizo en Siglos lo hemos comenzado a realizar con firmeza y autorizada dirección.

EL PLAN DE LAS CONSTRUCCIONES

Hace diez años, más o menos, la Matriz de la Casa de la Cultura se trazó un plan de construcciones que, debemos confesarlo, casi desde el primer momento se convirtió en un verdadero viacrucis. Era necesario, imperioso, urgente, para los propios fines de la Institución y también para poner a salvo el decoro y la dignidad de la República, realizar aquellas construcciones destinadas al funcionamiento de la Biblioteca Nacional, de los Museos y del Teatro, cerrado y al aire libre; igualmente otras para facilitar la investigación científica e intensificar las actividades intelectuales contando con adecuadas salas de conferencias. Con sólo decir que avergüenza presentar especialmente al turista extranjero una Biblioteca Nacional que, a pesar de su valioso contenido cuenta con un local en ruinas, se demuestra la urgencia que tuvo en cuenta la Casa de la Cultura para determinar su programa de construcciones.

Así lo hizo. Se elaboraron los planos que causaron satisfacción y admiración. Se cumplieron todos los requisitos

legales con severa y ejemplar responsabilidad y fue suscrito el contrato correspondiente. Al mismo tiempo se había conseguida una ayuda, de parte del Estado, por una suma de diez millones de sucres, cantidad considerable pero insuficiente porque el costo total de la construcción estaba calculado en 18 millones. Sin embargo, ese apoyo económico no se hizo efectivo. El Gobierno de entonces rechazó y desconoció la promesa hecha por el Gobierno anterior, de manera que todos los anhelos y planes de la Casa Matriz llegaron simplemente al estado de una frustración.



Años después, apenas en 1964, la Matriz consiguió del Gobierno el apoyo de cinco millones de sucres en bonos, destinados a llevar adelante una parte del plan de construcciones. Fue un apoyo que mereció y merece nuestro reconocimiento. Sin embargo hay que indicar que los bonos no pudieron ser negociados. A pesar de todas las gestiones que realizamos con este objeto los resultados fueron definitivamente negativos y fue por esta razón y un tanto desalentados que buscamos otro camino: la consecución de un préstamo por parte de la Caja Nacional del Seguro, con la garantía de los mismos bonos y pignorando sus intereses y otros ingresos de la cuenta de capital de la Matriz.

Después de algunos meses el préstamo fue concedido y tuvimos entonces la esperanza de que al fin los trabajos se iban a poner en marcha; pero se presentaron de repente otras y graves dificultades. En primer lugar y con el mejor de los sentidos y previsiones, la Junta General, debidamente asesorada, resolvió que con el préstamo de menos de cuatro millones de sucres, que fue el concedido por la Caja del Seguro, era absurdo lanzarse a la realización de toda la

obra; era imperioso terminar algo y lo más urgente, es decir el edificio en el que debe funcionar la Biblioteca Nacional.

El contratista de la obra consideró que con la resolución de la Junta General el contrato inicial que se refería a la totalidad de la construcción quedaba sin efecto y que para continuar los trabajos en la forma resuelta debía procederse a una revisión de precios. Esta revisión no podía aceptarse porque se interponían impedimentos legales, de manera que llegamos al desenlace de la resolución del contrato, de común acuerdo con el contratista.

Presentada la emergencia en los términos que hemos informado, el resultado no pudo ser otro que una nueva paralización de los trabajos. El problema continuaba en pie. Por esto mismo se adoptó esta resolución: efectuar un contrato especial para terminar por lo menos la primera etapa de la construcción del edificio de la Biblioteca y dentro de ese lapso efectuar un concurso de precios para los trabajos subsiguientes. Esta es la situación actual que hemos puesto en su conocimiento para que se comprenda sobre todo cuáles han sido y son las causas que nos han impedido llevar adelante el plan de construcciones que merece un más amplio apoyo por lo mismo que responde a imperativos del progreso nacional y, como hemos dicho, de la dignidad espiritual de la República y de su Capital.

No obstante lo que dejamos expuesto no se puede deducir que se haya dejado de hacer todo lo que fue posible dentro de todas las dificultades y limitaciones. Avanzada está la construcción del pabellón para la Biblioteca y de no surgir nuevos inconvenientes alimentamos la esperanza de que estará terminado y en servicio después de un año. Por otra parte se ha iniciado la construcción del Teatro Circular que también quedó abandonada en los años pasados por la falta completa de recursos económicos; como van a iniciarse los trabajos para la instalación de la nueva Radiodifuso-

ra en terrenos adecuados que fueron comprados por la Casa de la Cultura a la Asistencia Social.

Afirmamos en el comienzo que el plan de las construcciones se convirtió en un verdadero viacrucis. Sin embargo creemos que los más graves obstáculos han sido vencidos con la tenacidad y la firmeza que la Matriz de la Casa de la Cultura ha puesto en las gestiones que debía realizar para resolver tanto problema. Hay base segura para informar que por lo menos en una parte del programa las construcciones seguirán adelante.

LA ARTESANIA Y EL FOLKLORE

Funciona en esta Capital el Instituto del Folklore que de acuerdo con los Estatutos se encuentra adscrito a la Casa de la Cultura; pero en la realidad sus actividades han gozado de autonomía. Confesamos que muy poco es lo que ha podido hacer nuestra Institución para prestar todo el apoyo que necesita y merece esta línea básica de la acción destinada a descubrir y sustentar una verdadera riqueza nacional, la que emana de la entraña misma de la historia de nuestro pueblo.

En el Presupuesto de la Casa no ha sido posible destinar una partida mayor de diez mil sucres para auxiliar al Instituto del Folklore y esa imposibilidad ha existido en razón de los ingresos tan reducidos, como lo demostraremos más adelante. El mencionado Instituto, con la dirección espiritual y efectiva en verdad imponderable del doctor Carvalho Neto, afamado experto en la materia, ha realizado una obra, modesta naturalmente, sacrificada sin duda alguna, pero de todos modos de importancia fundamental para todos los fines de la cultura. La Casa ha reconocido y en lo posible estimulado estos trabajos y propósitos del Instituto del

Folklore y de mejorar las condiciones comprende que deberá prestar la más amplia asistencia que sea viable.



Manifestamos ya que la Casa de la Cultura ha tenido la invariable decisión de prestar toda posible contribución en favor de las artesanías y que para este efecto ha cooperado con otras Instituciones como CENDES.

Además de la gran exposición nacional de artesanías y pequeñas industrias organizada por la Matriz como uno de los números del amplio programa de conmemoración del XX Aniversario, la Casa ha organizado o ha facilitado la organización de numerosas exposiciones de nuestros artesanos. Hemos comprendido que la habilidad ancestral y admirable de nuestro trabajador manual ha carecido de una asistencia técnica que asegure la riqueza artística y económica de la producción. Por esto precisamente la Casa de la Cultura ha colaborado con CENDES en algunos propósitos. Fue de especial importancia el concurso del diseño que se promovió como primer paso para llegar a la ejecución de las obras que han de admirar los turistas y que han de permitir la búsqueda de mercados para nuestra producción, dentro del país y en el exterior.

Los anhelos de los artesanos han tenido la mejor y más oportuna de las acogidas en la Casa de la Cultura y por esto mismo tenemos el derecho de afirmar que la Institución, sin dejar ni abandonar su explicable posición académica, se ha puesto en contacto directo con los problemas y las aspiraciones de las clases populares.



En anexos especiales se detallan todas las actividades desarrolladas por la Institución y las que han sido auspiciadas por ella para la promoción del arte, de la ciencia y aun de la técnica. Son incontables las conferencias, las exposiciones, los conciertos, las mesas redondas, los recitales que han podido efectuarse por la presencia, el patrocinio y la acción de la Casa de la Cultura. No hemos acudido al recurso de la propaganda para señalar y destacar estos hechos porque nuestra Institución no debe abandonar la posición de altura, de modestia y de severidad al mismo tiempo.

EL PRESUPUESTO Y LOS NUCLEOS

Para la misión a cumplirse por parte de la Casa de la Cultura en nivel nacional no han faltado en ningún momento los planes y aspiraciones, los proyectos e iniciativas; pero mucho de esto se ha visto frustrado o por lo menos estrechamente limitado por la base económica demasiado débil que se ha concretado en las mermas que ha sufrido el Presupuesto de la Institución. Hace veinte años contaba con mayores ingresos que ahora, de manera que el contrasentido salta a la vista.

Los ingresos dependían en gran parte y para la Matriz casi en su totalidad, del porcentaje asignado por la ley en la recaudación por concepto de derechos a las importaciones. Esta modalidad daba lugar a que el Presupuesto carezca de seguridad y de firmeza porque dichos ingresos estaban a merced de las variantes, muchas veces desfavorables, que se observaban en el movimiento de importación. Sobre todo en los últimos años las fluctuaciones de esa clase fueron desconcertantes a consecuencia de situaciones y problemas generales de la política económica.

Estaba calculado que para una supervivencia modesta la Matriz necesitaba en su Presupuesto de operación un in-

greso medio de 350 mil sucres mensuales. Pero la realidad, el ingreso efectivo no respondía a ese cálculo porque en algunos meses no llegaba ni siquiera a los 200 mil. Frente a lo incierto y lo inseguro era poco menos que imposible mantener programas firmes e invariables de ejecución. Era inevitable proceder con mucha previsión y cautela a fin de evitar desenlaces más graves. Nos impusimos este procedimiento a pesar de que daba al traste con no pocos anhelos, anhelos de hacer, de realizar, de ampliar el radio de acción.

Solamente el año pasado conseguimos que la subvención del Estado sea en cantidad fija y determinada. No se aumentaron propiamente los ingresos; pero por lo menos contábamos ya con una base segura que nos ha permitido un planeamiento cierto de operaciones y actividades. El Presupuesto de Operación de la Matriz tiene un ingreso total de cuatro millones, cien mil sucres. Hay que aclarar, naturalmente, que de esa suma se destina una buena parte a cubrir servicios nacionales que antes correspondían al Estado, como los de la Biblioteca Nacional, el Museo, el Archivo. Además la Matriz con su Presupuesto de operación subvenciona a los Núcleos Provinciales con una suma total, en el año, de 1'102.000 sucres. De manera que es poco, demasiado poco y pobre lo que queda como disponibilidad restante para la obra que le corresponde realizar a la Matriz.

Algunas soluciones se encontraron para ciertos problemas relacionados con los Núcleos Provinciales. El Núcleo del Azuay se debatía en medio de una situación difícil por la deuda que tiene con el Banco del Azuay y para cuyas amortizaciones necesitaba de un ingreso que no esté sujeto a desfavorables fluctuaciones. Ahora la situación se ha modificado y el Núcleo de Cuenca puede cumplir tranquilamente con sus compromisos.

Consiguimos para cada uno de los Núcleos de Manabí y de Loja una subvención adicional de cien mil sucres. El

Núcleo de Esmeraldas cuenta ya con un edificio propio. El Núcleo de Ambato va a iniciar sus construcciones con el valioso apoyo prestado por el Consejo Provincial del Tungurahua y con la cooperación de la Matriz. De la misma manera el Núcleo del Cotopaxi consiguió del Gobierno un apoyo para la construcción de su edificio cuyos planos existen.

En general, los Núcleos han sufrido los impactos de la estrechez económica que afectaba en primer término a la Matriz. Sin embargo se han esforzado por cumplir con los fines de la Institución, siendo de anotar especialmente la acción desplegada por los Núcleos de Guayaquil y de Cuenca.

LABOR ADMINISTRATIVA

Debo informar que el cuerpo administrativo de la Institución responde con lealtad y capacidad a todos los requerimientos que son necesarios y constante para que exista coordinación en el trabajo. Las dependencias son múltiples por lo mismo que la Casa de la Cultura debe prestar atención a funciones en cierto modo diversas: bibliotecas, museos, imprenta, coro, teatro, construcciones, movimiento económico, relaciones públicas, etc. Sin embargo no se puede hablar propiamente de burocracia en nuestra Institución. El número de funcionarios y empleados es el estrictamente indispensable y los sueldos son imponderablemente bajos, en muchos casos irrisorios. La parte que se destina en el Presupuesto para sueldos de empleados y funcionarios no llega al porcentaje que establece la ley, lo que demuestra el celo que hemos puesto para que haya preferencia en favor de las realizaciones que convienen a la cultura nacional.

LOS MIEMBROS TITULARES

Este informe sucinto que pongo a la consideración del señor Ministro, de ninguna manera se refiere a una gestión

individual de parte de la Presidencia de la Institución. Se refiere a la obra realizada por todos cuantos nos debemos a la Casa de la Cultura y trabajamos en favor de las más nobles promociones. El Presidente de la Institución poco es lo que habría podido realizar por su sola responsabilidad e iniciativa. Si le ha sido posible cumplir con su deber y con la conciencia clara del mandato que se puso en sus manos es por la valiosa, permanente y celosa cooperación que le han prestado los señores Miembros Titulares, todos ellos hombres destacados en el campo de la ciencia, la literatura y el arte, en el campo de las severas disciplinas intelectuales que se las descubre y se las cumple con años de estudio, de experiencia, de difícil formación espiritual, sin ligerezas ni improvisaciones.

El reconocimiento que debo a esa gentil cooperación me obliga a presentar lo que podríamos llamar el cuadro de los hombres de la Institución que han sabido asumir sus propias y esbeltas responsabilidades. Hemos contado con la colaboración, en primer lugar del señor Vicepresidente, doctor Plutarco Naranjo y de los Presidentes de los Núcleos de Guayaquil y de Cuenca, doctor Abel Romeo Castillo y doctor Carlos Cueva Tamariz. Y luego con la de todos los Miembros que corresponden a las diversas Secciones, en este orden:

Por las Ciencias Jurídicas y Sociales, Doctores: Luis Bossano, Juan Isaac Lovato, José Vicente Trujillo, Víctor Gabriel Garcés y Eduardo Riofrío Villagómez.

Por la Literatura y Bellas Artes, señores: Augusto Arias, José Antonio Falconí Villagómez, Nicolás Delgado, Francisco Alexander, José Alfredo Llerena, Alejandro Carrión y Enrique Avellán Ferrés.

Por las Ciencias de la Educación, señores: Alberto Viteri Durand, Gonzalo Rubio Orbe y Roberto Posso.

Por las Ciencias Histórico-Geográficas, señores: Carlos

Manuel Larrea, Padre José María Vargas y doctor Rafael Euclides Silva.

Por las Ciencias Exactas, Ingenieros: Rubén Orellana, Carlos Oquendo y doctor Julio Aráuz.

Por las Ciencias Biológicas, doctores: Julio Endara y Plutarco Naranjo; y,

Por las Instituciones Culturales Asociadas: doctor Gabriel Cevallos García y Humberto Mata Martínez.

Anotamos que la Institución se cubrió de duelo con la muerte de dos ilustres ecuatorianos y Miembros Titulares de la Institución, don Gonzalo Zaldumbide y doctor Juan Tanca Marengo. Informamos, además, que de acuerdo con lo que disponen los Estatutos, el período de los Miembros Titulares termina el próximo mes de Setiembre.



En esta breve y esquemática exposición no hay, ni siquiera en forma remota, ningún espíritu de vanagloria y menos aún de propaganda. Tampoco existe el temor a la crítica que de ser sincera y tener fundamento sirve en la vida para que el acto humano se oriente mejor. Lo único que se puede advertir, a través de lo que hemos informado, es el propósito inquebrantable de cumplir con un deber desde esa posición tan alta y al mismo tiempo tan abierta para todos cuantos se inquietan por los fueros del espíritu, que no otra es la posición de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Del Señor Ministro, atentamente,

JAIME CHAVES GRANJA,
Presidente de la Casa de la Cultura.

INFORME

de las labores realizadas por el Museo Nacional de Arte Colonial en los 3 últimos años, a partir de Julio de 1963

Me es grato, señor Presidente, enviar el INFORME correspondiente a tres años de labores realizadas por el Museo de Arte Colonial, a partir del mes de Julio de 1963, hasta la presente fecha, 30 de Abril de 1966.

El Museo Nacional es una Entidad que tiene actividades específicas que cumplir, tales como: la conservación de las obras artísticas encomendadas a su cuidado y la defensa del patrimonio artístico de la Nación.

1.—Conservación de las obras de arte.

Una de las funciones de mayor importancia que realiza el Museo Nacional, se relaciona con la conservación de los objetos antiguos encomendados a su custodia, preservándolos, en lo posible, del poder destructivo del tiempo y de la acción corrosiva de las polillas; restaurando además aquellos que han sufrido deterioro por motivos que escapan a nuestro control.

Para cumplir estas finalidades, el personal del Museo está constantemente preocupado en revisar las piezas en exhibición, cuidando de que se hallen bien presentadas, en perfecto estado de limpieza, y después tratar aquellas, según nuestras escasas posibilidades, cuando presentaren síntomas de descomposición. Durante algunos meses constantemente, se impuso la tarea de atacar a fondo la plaga de aquel insecto destructor que amenaza destruir los marcos, muebles y aún lienzos antiguos.

Se ha procedido a la dedetización al 100% de cuadro por cuadro, escultura por escultura, mueble por mueble, inyectando con jeringuilla la solución de DDT en cada agujero, con paciencia increíble, sin disponer siquiera de una mascarilla que preservara de las inhalaciones de sustancia tan peligrosa para la salud. Pensábamos que sería la única forma de garantizar una curación eficaz de los objetos afectados. Luego, se ha procedido a limpiar cada objeto y devolverle su brillo con una capa de aceite en unos casos y de barniz en otros. Han habido casos en los cuales se ha masillado los huecos de polillas antes de barnizarlos. Con este procedimiento hemos conseguido conservar las obras artísticas en buen estado.

Hace dos meses, esta Dirección solicitó al Director del Consejo Internacional de Museos de la UNESCO, con sede en París, que nos instruya sobre una mejor forma de efectuar el tratamiento contra las polillas en objetos artísticos que estuvieren profundamente afectados, en tal forma que el proceso de dedetización nos diera satisfactorio resultado. Pero hasta el momento no hemos recibido contestación.

Las piezas embodegadas se encuentran en peores condiciones que las que están en exhibición, y es porque el tramo del edificio destinado a bodegas no reúne ni en poco las condiciones necesarias para el almacenaje de obras artísticas. Si la Casa de la Cultura no señala los fondos re-

queridos para su adecuación, nuestros esfuerzos por conservar las colecciones acumuladas, serán vanos.

Una escultura del Siglo XVIII, que se la puso en condiciones de exhibirla, fue el Señor de la Buena Esperanza, de tamaño mediano, al reemplazar su peluca por otra de pelo natural y vestirla con una túnica a imitación de las de su época, confeccionada por las empleadas con una mínima inversión en materiales que hiciera la Casa de la Cultura.

Así mismo una figura profana del Siglo XVIII, muy hermosa, raro ejemplar de la época, se la curó y se la tuvo un tiempo en exhibición para el público.

Actualmente nos encontramos en una labor de nueva limpieza por cuanto las piezas dedetizadas han exudado el polvo y presentan sobre su pintura una capa blanca que es necesario eliminarla a fin de que no desluzca su presentación.

2.—Restauración de pinturas.

Muchas de las piezas artísticas que se encontraban en mal estado han sido sometidas al proceso de restauración, para lo cual se ha pedido a la Casa de la Cultura los materiales indispensables, verificando personalmente la selección de las pinturas, barnices, telas, que fueren más adecuadas para devolver a los óleos su original estado. La labor técnica del señor Carlos Rodríguez ha salvado de la destrucción total a muchas obras de gran valor.

Entre las piezas restauradas en el período al que nos estamos refiriendo constan las siguientes:

Nº de Inv. 1857 — pintura restaurada y barnizada, marco dorado a mano.

Nº de Inv. 208 — pieza restaurada y barnizada.

Nº de Inv. 190 — escultura del Siglo XVIII. Reparación y retoque.

Nº de Inv. 1180 — San José, Siglo XVIII, limpieza y barnizada.

Varias piezas de relieve escultórico separadas.

Nº de Inv. 1185 — La Inmaculada Concepción, del pintor quiteño del Siglo XVIII, Manuel Samaniego, hermoso cuadro que se encontraba muy trizado en su pintura, se encuentra ahora en la Sala 2ª del Museo. Se lo reforzó el soporte, estudiando las capas de pintura, la calidad de los pigmentos, etc., procediendo luego a su limpieza, restauración y barnizado. Además se la ha dotado de un marco de talla ornamental, dorado a mano, imitando los marcos de estilo correspondiente a los Siglos XVII y XVIII. De no haber tenido la atinada intervención del señor Restaurador del Museo se hubiera lamentado su total destrucción.

Nº de Inv. 297 — Cuadro del Siglo XVII que representa una escena del Tribunal del Santo Oficio de la época colonial: limpieza y barnizado, se le ha completado con un marco de talla ornamental que corresponde al estilo del cuadro.

Nº de Inv. 1679 — El Descendimiento, del siglo XVIII: limpieza y barnizado.

Nº de Inv. 46 — La Santísima Trinidad: limpieza y barnizado.

Nº de Inv. 125 — La Divina Pastora de Samaniego: limpieza y barnizado.

Nº 1576 — San Francisco, limpieza y barnizado.

Nº 1675 — San Pedro de Alcántara: limpieza y barnizado.

Nº 1680 — San José: limpieza y barnizado.

San Agustín — Restauración y barnizado, marco pintado.

Virgen del Quinche: limpieza, restauración y barnizado, marco pintado y dorado.

La huída a Egipto, de Samaniego: limpieza, barnizado, reparación del marco.

Nº 237 — Virgen de las Mercedes y Oferentes: limpieza y barnizado, pintura del marco.

Reparación de una urna de la Virgen del Tránsito.

En la escultura se hace más difícil la labor de restauración de piezas antiguas; pues no se encuentran fácilmente en el mercado pinturas adecuadas para dar el encarné a la cara y manos; sin embargo, Santa Rosa de Lima, soberbia obra de Legarda, del Siglo XVIII, presentaba grandes rajaduras en su túnica y manto por haber viajado en repetidas ocasiones al exterior; fue reparada satisfactoriamente por el señor Rodríguez y sacada nuevamente del Museo con destino a una exposición artística en Madrid.

El señor Perry Zimmerman, pintor y técnico restaurador norteamericano, vino a Quito en el mes de Julio del año pasado y brindó al Museo una oportunidad excepcional de observar el proceso científico de una restauración artística, ofreciendo una enseñanza práctica de los procedimientos utilizados para reintelar y limpiar obras de arte antiguo, lo cual fue para el señor Rodríguez altamente provechoso para su labor profesional.

Hay que advertir que la restauración de obras de arte requiere una labor minuciosa: una vez efectuado el refuerzo de la tela si es que fuere necesario, hay que proceder a la limpieza de la pintura en forma que no afecte al colorido del cuadro original. Luego hay que efectuar el estudio de las pinturas empleadas desde los fondos hasta las capas su-

perficiales, e ir procediendo a restaurar las partes de pintura desprendida, capa por capa, dejando secar cada una a fin de que se reafirme el color para luego repintar igualmente y dar el aspecto de unidad que tenía el lienzo primitivo.

3.—Defensa del Patrimonio Artístico Nacional.

La amplitud de la Ley de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional frente a las escasas posibilidades materiales de que dispone esta Entidad, le vuelve casi inoperante para controlar en escala nacional, lo que se relaciona con excavaciones, formación de Museos artísticos, históricos, arqueológicos, radiodifusoras, espectáculos públicos, permanente vigilancia de objetos declarados pertenecientes al patrimonio artístico nacional; pues, para dar cumplimiento a tal disposición, se necesitaría de una fuerte partida presupuestaria, para adquisición de materiales, movilizaciones y honorarios de un equipo de técnicos en cada materia.

En cambio, en lo tocante al Art. 10 de su Ley, debo indicar que se ha ejercido el control posible para que obras de valor artístico e histórico no salgan del país. Toda persona o entidad interesada en sacar objetos artísticos tiene que contar con la autorización de esta Dirección, donde se examinan y sellan aquellos objetos para dar el correspondiente permiso de exportación si es que se trata de aquellos no comprendidos en las prohibiciones de la Ley. La Oficina de Control de Cambios del Banco Central y todas las Aduanas del país son las llamadas a hacer efectivas tales prohibiciones. Sin embargo ha sido inevitable filtraciones de contrabando amparadas por valijas diplomáticas, que evadiendo todo control, han ido a enriquecer colecciones particulares o Museos en el exterior.

En estos tres últimos años, la Oficina a mi cargo ha

concedido 21 permisos de exportación, casi en su totalidad relacionados con cuadros de factura moderna.

A un pedido que hiciera el señor Subsecretario de Asuntos Políticos del Ministerio de Relaciones Exteriores pidiendo que el Museo provea de una colección de obras artísticas para exhibirlas permanentemente en nuestra Misión Diplomática en EE. UU., esta Dirección negó rotundamente por cuanto desde hace años fue llevada una selección de 16 hermosas obras a nuestra Embajada en Washington y nunca se ha dado razón acerca de su estado de conservación. Aproveché pues esta oportunidad para pedir al señor Subsecretario de Relaciones Exteriores me averigüe sobre el particular. No he obtenido contestación ninguna.

A lo que sí se accedió, con autorización de la Casa de la Cultura, es a ceder colecciones de objetos artísticos a los Núcleos provinciales de la Casa de la Cultura y a algunos Ministerios de Estado, con fines de divulgación artística.

En Enero del presente año, por mandato de la Casa de la Cultura concurrí a la Oficina de Investigaciones, para informar acerca de una denuncia presentada contra el señor Angel Grisanti, quien trataba de sacar fuera del país una colección de obras de arte que podrían pertenecer al acervo artístico de la Nación.

Pero de la investigación pude deducir que 12 de los óleos tenían un valor artístico nulo; en cambio uno tenía un indiscutible valor, habiendo dejado en custodia de un representante de la Oficina de Seguridad.

Con respecto a una miniatura del General Sucre, a que se refería concretamente la denuncia, no me fue posible observarla, pero el señor Grisanti se comprometió a restituirla a sus propietarios, quedando por tanto formando parte del Patrimonio Artístico Nacional.

Los bienes artísticos e históricos del país pertenecientes a comunidades religiosas o entidades de carácter privado,

son vigilados por la Dirección del Patrimonio Artístico, a fin de evitar restauraciones inadecuadas, traslados, intentos de transformación, o cualquier intervención que pueda destruir o afectar la esencia misma de su carácter.

Cuando la Dirección del Patrimonio Artístico considera indispensable atender el pedido que se formula sobre determinadas restauraciones o trabajos de mantenimiento de algunas obras artísticas, su intervención consiste en dar las sugerencias del caso, y en algunas ocasiones suministrar la asesoría técnica que se requiera, tal es el caso del altar lateral derecho del Carmen Moderno que se encontraba en construcción, para lo cual se ofreció el plano y diseño correspondiente al estilo general de la iglesia. También se sugirió que el altar próximo al púlpito, sea pintado con un color menos llamativo que el ocre amarillo que tenía.

En el mes de Noviembre de 1964 esta Dirección aprobó el proyecto del Rvdo. P. Rafael Larrea, Párroco de Santa Prisca, para que se realice la construcción del nuevo templo de El Belén porque, según la descripción y la observación detenida de los planos, consideró no afectaría en lo absoluto a la histórica iglesia primitiva y hasta haría destacar su estructura, de acuerdo al proyecto original.

4.—Exposiciones.

La Entidad a mi cargo colabora con los pintores, sin discriminación de tendencias, poniendo a sus disposición, cada vez que solicitan, el local de la planta baja del edificio para que realicen sus exposiciones. De esta manera el Museo viene desarrollando, desde hace años una gran labor de extensión cultural, en la rama de las artes plásticas. Es placentero informar que es numeroso el público que visita las exposiciones de arte moderno que se presentan en las salas correspondientes del Museo Nacional.

Las exposiciones verificadas en el Museo Nacional en estos tres últimos años han sido las siguientes:

De Agosto de 1963 a Diciembre del mismo año:

- 1 Pintura de Armando Franchi (venezolano)
- 2 Pintura de Rafael Díaz
- 3 Escultura de Germania de Brehil
- 4 Pintura del Profesor Wladimiro Melvarejo Muñoz (argentino)
- 5 Témperas de Job Efraín Andrade
- 6 Pintura de Boanerges Mideros
- 7 Pintura de Sócrates Ulloa
- 8 Pintura de León Vieira.

Año de 1964:

- 1 Fotografías "CANTADA VISITA A LA AMERICA DEL SUR" (canadiense)
- 2 Pintura de Robert Bartus (checo-slovaco)
- 3 Acuarelas de Antonio Negrete
- 4 Acuarelas de José Espín
- 5 REPRODUCCIONES A COLORES DE LAS OBRAS INMORTALES DE LA PINTURA UNIVERSAL (UNESCO)
- 6 Pintura de Giti Neuman
- 7 Pintura de la Academia PAAL
- 8 Pintura de Marcel Martín
- 9 Pintura de Carlos Vicente Andrade
- 10 Grabados de Isabel Pons
- 11 Grabados de Katya Kon
- 12 Arquitectura Moderna de Quito (Universidad)
- 13 Pintura de "12 Pintores del Ecuador"
- 14 Exposición-Subasta de 17 artistas
- 15 Pintura del Colegio Americano, infantil

- 16 Pintura de los niños de la Escuela Sucre
- 17 Pintura de Eduardo Kingman
- 18 Pintura de Juan Almeida
- 19 Fotografías de Oswaldo Laurini (argentino)
- 20 Exposición MARIANO AGUILERA
- 21 Pintura Indigenista "EL INDIO EN EL ARTE ECUATORIANO"
- 22 Pinturas del General Lubensky
- 23 Grabados y acuarelas de Minne (alemán)

Año de 1965:

- 1 Pintura de Tejidos de Boanerges Mideros
- 2 Pintura de Carlos Rodríguez
- 3 Lápiz, témperas, crayones y pastel del Colegio Americano (secundaria)
- 5 Exposición ilustrativa de Berlín de la Embajada Alemana. Durante el tiempo que duró esta exposición se proyectó diariamente películas de propaganda de ese país, siendo la asistencia gratuita para chicos y grandes
- 6 Pintura de Bernardo Rodríguez Gil
- 7 Pintura de Carlos Rodríguez
- 8 Pintura de Gustavo Cataño
- 9 Pintura y acuarelas de Marcos Ramos
- 10 Dibujos de Escuela Nacional de Bellas Artes del Brasil
- 11 Exposición "MARIANO AGUILERA".

Año de 1966 (de Enero a Abril)

- 1 Dibujos de Oswaldo Cercado y Juan Villafuerte
- 2 Pinturas y dibujos de Segundo Espinel
- 3 Pinturas de Rómulo Pino Alvear
- 4 Decoraciones artísticas de Pablo Concha.

5.—Exposiciones en el exterior.

En varias ocasiones han salido los objetos artísticos del Museo fuera de las fronteras patrias para tomar parte en exposiciones en el exterior. Por este motivo, muchas veces hemos tenido que lamentar la destrucción parcial de algunas piezas y hasta la pérdida de otras.

El año pasado salió con dirección a Madrid una Embajada llevando una colección de obras artísticas de los diferentes Museos públicos y particulares, inclusive del Museo Nacional. La entrega de las obras a los Delegados se hizo con la intervención de la Contraloría General de la Nación, para la constatación del estado en que fueron los objetos y ella misma fue la que efectuó su devolución al Museo Nacional. La exposición, según informe de los Delegados, del señor Embajador de España en Quito y por el Catálogo y datos de prensa de la capital española, se realizó con todo éxito y fue comentada en todos los círculos culturales del país.

6.—Atención al público.

Diariamente es visitado el Museo por personas de diferente nacionalidad, condición social, cultural, edad, etc. Todas son atendidas con interés por el personal de la Institución, el cual está listo a guiar al visitante por los diferentes salones y galerías, proporcionándoles las explicaciones necesarias y satisfaciendo su curiosidad. Con el incremento de la corriente turística al país se ha notado un aumento considerable de visitantes extranjeros al Museo Nacional.

Desde el año pasado se impuso al personal del Museo un nuevo horario de asistencia, incluyendo los días sábados, a fin de dar oportunidad de visitarlo a aquellas personas que no tuvieren oportunidad de hacerlo en los días hábiles de

la Administración Pública. Seguimos con un resultado negativo, pues los sábados, la mayoría de las personas salen de paseo o deporte y son muy pocas aquellas que se disponen a visitar un Museo.

El número de visitantes al Museo Nacional en los dos años ocho meses últimos ha sido el siguiente:

Personas adultas, inclusive extranjeros	3.068
Estudiantes	2.848
	<hr/>
TOTAL	5.916
	<hr/>

7.—Informes.

Para satisfacer solicitudes de carácter técnico venidas del exterior por intermedio de entidades culturales existentes en Quito, se han enviado tres Informes importantes en este período. El uno dirigido al señor Licenciado Efraín Baus H., Secretario de la Unión Nacional de la UNESCO, a pedido del señor Jair Afonso Inacio, Jefe de la Tercera Región de Restauración del Patrimonio Histórico y Artístico Nacional del Brasil, sobre la naturaleza de los materiales de construcción empleados en los monumentos antiguos; la naturaleza de los materiales que constituyen los objetos de las colecciones de los Museos; el medio atmosférico, sus principales causas de alteración y sus defectos.

El otro, dirigido al señor Alfredo Basabe Salvador, Director de la Oficina de la Unión Panamericana, enviándole noticias relacionadas con las artes visuales de nuestro país.

El último fue enviado por medio del señor Ministro de Educación, a la Comisión de la UNESCO, datos estadísticos referentes a los Museos artísticos de Quito, clasificados en: nacionales, públicos, semipúblicos y privados.

8.—Adquisición de obras de arte.

Para terminar, debo dejar constancia, señor Presidente, que en estos últimos años no se ha efectuado adquisiciones de obras de arte. La partida presupuestaria asignada en otros años para este objeto, ha sido prácticamente suprimida a causa de la estrechez económica por la que atraviesa la Casa de la Cultura. Hemos perdido varias oportunidades de adquirir obras antiguas verdaderamente valiosas que nos han ofrecido en venta a bajo precio, y este rechazo es motivo para que los propietarios de aquellas las hayan vendido a Embajadores o comerciantes que las sacan fuera del territorio nacional, sin el menor escrúpulo. La mejor manera de defender el patrimonio artístico sería con el señalamiento de una fuerte suma de dinero destinada a la compra de todo objeto de valor artístico que sus propietarios desearan vender, para el Museo Nacional.

Eduardo Kingman,
Director del Museo Nacional.

PUBLICACIONES EDITADAS EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LA CASA DE LA CULTURA

Del 28 de Octubre de 1963 hasta la fecha

TITULOS	AUTORES
EL FABULOSO REINO DE QUITO	Jorge Carrera Andrade
CARRERA ANDRADE EN LA ACADEMIA DE LAS TEORIAS IDEOLOGICAS A LA REALIDAD ECONOMICA.—2 Tomos ..	Varios
DISCURSOS Y CONFERENCIAS	Philippe Guignabaudet
OBRAS COMPLETAS	Manuel Cabeza de Vaca
TEST DE RORSCHACH	Pablo Palacio
ENSAYO HISTORICO CRITICO DE LAS RELACIONES DIPLOMATICAS DEL ECUADOR CON LOS ESTADOS LIMI- TROPES. II T. 2ª edición	Julio Endara
FABRIEL D'ANNUNZIO	Jorge Pérez Concha
EL COJO NAVARRETE. 2ª edición	Gonzalo Zaldumbide
LA CAMPAÑA DE 1941. 2 Tomos	Enrique Terán
LAS PROVINCIAS ORIENTALES DEL ECUADOR	Luis A. Larrea Alba
DICCIONARIO DEL FOLKLORE ECUATO- RIANO	Pío Jaramillo Alvarado
PRINCIPIOS DE DERECHO POLITICO Y CONSTITUCIONAL	Paulo de Carvalho-Neto
	Rodrigo Borja Cevallos

LA FUERZA DEL DESTINO	Arcelio Ramírez
LA DOCTRINA ARISTOTELICA DE LA MATERIA PRIMA	Padre F. Ramos
TIERRA AMARILLA	Sabine Ulibarri
MANUAL DE PRESUPUESTO POR PRO- GRAMAS	Secretaría Técnica de la Administración
EL ECUADOR EN LA IX REUNION DE CONSULTA DE MINISTROS DE RE- LACIONES EXTERIORES	Ministerio de RR. EE.
50 POEMAS ASIATICOS DE AMOR	Varios. Trad. de Fco. Alexander
ASPECTOS INDIGENAS	Gonzalo Rubio Orbe
ASPECTOS ARQUEOLOGICOS DE LA RE- GION DEL CAÑAR	Angel N. Bedoya
POESIA	Gonzalo Escudero
MEMORIAS DEL CONGRESO DE PE- DIATRIA	Varios
KANTERA	Grupo Caminos
JUGLARESCA EN ESPAÑA	Piedad Larrea Borja
ROCAFUERTE Y LA EDUCACION	Darío Guevara
LA PREMEDITACION	Efraín Torres Chávez
UN ECUATORIANO ILUSTRE: VICENTE PIEDRAHITA	Manuel de Guzmán Polanco
HISTORIA DE LA CULTURA ECUATO- RIANA	P. José María Vargas
INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS EN EL SITIO DEL INGA (Bilingüe)	Robert A. Bell
REVISTA DEL FOLKLORE ECUATO- RIANO	Varios
20 AÑOS DE LABOR DE LA C. C. E.	Casa de la Cultura Ecuatoriana
MUSA LATINA	Federico Yépez Arbo- leda
MANERAS DE VIVIR Y DE MORIR	Eduardo Jaramillo
SED EN EL PUERTO	Othón Castillo
ENSAYOS SOCIOLOGICOS	Víctor Gabriel Garcés
TIPOS DELINCIENTES DEL QUIJOTE. 2 Tomos	Ignacio Rodríguez Guerrero

FRONTERA PROVISIONAL	Tte. Alonso Ordóñez Ch.
LA MISION EASTMAN EN EL ECUADOR YACHAY HUASI	Mario Barros
TERRUÑO (Obra pagada)	Reinaldo Murgueytio
DERECHO CIVIL ECUATORIANO. I y II Tomos (Obra pagada)	Dr. Raúl López
	Dr. Juan Larrea Holguín

REVISTAS

LETRAS DEL ECUADOR Nos. 126, 127, 128, 129, 130, 131 y 132
REVISTA DE EDUCACION Nos. 52, 53, 54, 55 y 56
ARCHIVOS DE CRIMINOLOGIA Y DISCIPLINAS CONEXAS Nos. 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52 y 53
BOLETIN DE LA RADIO DE LA C. C. E. Nos. 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179 y 180
REVISTA AGORA
REVISTA DE DERECHO Nos. 4 y 5 (Publicación pagada)
BOLETIN DEL ARCHIVO NACIONAL DE HISTORIA Nos. 13, 14 y 15
BOLETIN DEL DEPARTAMENTO MEDICO DEL SEGURO SOCIAL Nos. 14 y 15 (Publicación pagada)
REVISTA DE MEDICINA Y CIENCIAS BIOLOGICAS Nos. 3 y 4 del Vol. I.— 1, 2, 3 y 4 del Vol. II.— 1, 2, 3, y 4 del Vol. III
REVISTA DEL NUCLEO DE LA CASA DE LA CULTURA DE IMBABURA. 2 números
REVISTA DEL CLUB DE JARDINERIA

FOLLETOS

GUIA DE ENSEÑANZA DE CALCULO ...	Gonzalo Navas Matute
ISAAC J. BARRERA, ESPECIMEN DE LE- TRADO	Miguel Sánchez Astudillo

100 AÑOS DE UNAMUNO	Miguel Sánchez Astudillo
ELEGIA DE LA CREACION	Gonzalo Ramón
PROGRAMA DE EDUCACION MUSICAL ..	Francisco Salgado
EL PROBLEMA TERRITORIAL EUATORIANO	Rafael García Velasco
SEMBLANZA HISTORICO-BIOGRAFICAS DEL GENERAL ALBERTO ENRIQUEZ GALLO	Varios
HOMENAJE A VICTOR MANUEL PEÑAHERRERA	Varios
NOCIONES DE MODERNA TECNICA PIANISTICA	Víctor M. Carrera C.
ARSENAL TERAPEUTICO DEL DEPARTAMENTO MEDICO DEL SEGURO SOCIAL	Varios (Publicación pagada)
DIEZ ADVERTENCIAS AL MAGISTERIO SECUNDARIO	Ministerio de Educación
ATAHUALPA —Boletín del V Congreso Indigenista	Instituto Indigenista
LISTA DIPLOMATICA. 3 números	Ministerio de RR. EE.
COMPLEJO DE EDIPO —Sobretiro—	Eva Giberti
LA CASA DE LA CULTURA EN MEXICO	Gonzalo Maldonado Jarrín

PERIODICOS

MONTUFAR. Nos. 1 y 2	Colegio Nacional "Montúfar"
CONTACTO Nº 3 y 4	Colegio Central Técnico
SENDAS	Colegio Alemán

VARIOS

ALFABETIZACION (Separata)	
ESTATUTOS Y REGLAMENTOS DE LA CONTRALORIA GENERAL DE LA NACION	
PAPELETAS DE CONTROL ESTADISTICO DE LECTORES	
REGLAMENTOS PARA LA EXPOSICION DE ARTES MANUALES	
2 CATALOGOS DE PUBLICACION DE LA CASA DE LA CULTURA	
ESTATUTOS DE LA SOCIEDAD DE REHABILITACION	

LEYES, DECRETOS, ESTATUTOS Y REGLAMENTOS DE LA CASA
DE LA CULTURA
TICKES VALORADOS PARA LA DIRECCION DE SERVICIO SO-
CIAL (Publicación pagada)
TICKES PARA LOS RESTAURANTES FAMILIARES
TURNOS PARA LOS SERVICIOS MEDICOS DEL DEPARTAMENTO
MEDICO DEL SEGURO SOCIAL (Publicación pagada)
TICKES PARA TURNOS DE VISITAS MEDICAS DEL DEPARTA-
MENTO DEL SEGURO SOCIAL (Publicación pagada)
VARIAS SEPARATAS DE REVISTAS, BOLETINES Y FOLLETOS
DIPLOMAS PARA INSTITUCIONES Y COLEGIOS, CENTROS CUL-
TURALES Y DE EDUCACION
ESTATUTOS, LIBRETAS, CERTIFICADOS, PROGRAMAS, INVITA-
CIONES, CATALOGOS, CARTELES, etc., etc.

Quito, a 19 de Abril de 1966.

GONZALO MALDONADO JARRIN,
Director-Gerente de la Editorial de la C. C. E.

OBRAS EN PRENSA

Revista Ecuatoriana de Medicina y Ciencias Biológicas.— Vol. IV, Nº 1
Orígenes del Ecuador de Hoy. Vol. V.— Borrero y Veintimilla, por
Luis Robalino Dávila. 2 Tomos.
Derecho Civil del Ecuador, Tomo III, por Juan Larrea Holguín
Revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Nº 24
Revista "Archivos de Criminología y Neuro-Psiquiatría, Nº 54
Revista del Folklore Ecuatoriano, Nº 2
"La Cubierta vegetal del Ecuador y sus divisiones fitogeográficas, por
M. Acosta Solís
Cerote, Cuentos del Carchi, por Félix Yépez Pazos
Revista del Archivo Nacional de Historia.

26 de Abril de 1966

INFORME DE LABORES TEATRALES

Período comprendido: Enero de 1964 — Abril de 1966

Señor

PRESIDENTE DE LA CASA DE LA CULTURA
ECUATORIANA,

Presente.

Me es grato presentarle un informe detallado de las LABORES REALIZADAS por el Teatro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana en el período que va de Enero de 1964 hasta la fecha.

PRIMER SEMINARIO DE ARTE DRAMÁTICO.—Período: Enero — Agosto 1964.

Los cursos comprendían las siguientes materias:

Educación corporal
Expresión mímica y dramática
Pantomima
Psicotécnica del actor
Improvisación escénica
Interpretación teatral
Investigaciones literarias
Trabajos prácticos de realización escénica.

Las clases se dictaron todos los días en forma ininterrumpida con el siguiente horario: de lunes a viernes, de 6:30 a 11 p. m. y los sábados de 3 a 8 p. m.

Fueron atendidos inicialmente ciento cuarenta y dos inscritos, seleccionándose al final del seminario, a un grupo de aproximadamente treinta elementos con el que se constituyó el conjunto denominado: Teatro Ensayo.

PRESENTACION DEL TEATRO ENSAYO.—Este conjunto fue formado con el objeto de dotar al movimiento teatral ecuatoriano de un instrumento dinámico y eficiente para la promoción de una nueva generación de gente de teatro, para la formación de un público, para el teatro y para labores de educación y de elevación cultural y artística del medio. A más, la presentación de este conjunto sirvió de demostración de la labor realizada en los nueve meses de su gestación por medio del primer Seminario de Arte Dramático realizado en el país. La presentación tuvo lugar en el Teatro Nacional "Sucre" el día 24 de Agosto de 1964, en conmemoración de los veinte años de actividad de la Casa de la Cultura.

PRIMERA TEMPORADA DEL TEATRO ENSAYO.—
Período: Agosto — Setiembre de 1964.

Ensayo, montaje y producción del primer espectáculo teatral presentado por el Conjunto de la Institución.

Textos seleccionados:

"Las Aceitunas", de Lope de Rueda

"La Guarda Cuidadosa", de Cervantes

"La Farsa de Miser Patelin", de Anónimo, Siglo XV.

Este primer espectáculo se presentó en el Teatro Nacional "Sucre", alcanzándose a dar seis representaciones. Luego, por clausurarse el Teatro "Sucre" para reparaciones, el Teatro Ensayo acondicionó el Teatro Municipal "Espejo"

donde prosiguió la temporada con seis funciones más a precios populares que alcanzaron notable éxito de público y de prensa.

LABOR EN LAS COMUNIDADES.—Estas labores se han mantenido en forma periódica con visitas a comunidades urbanas y rurales presentándose recitales de poesía ecuatoriana y obras dramáticas en un acto, también de autores nacionales.

Estas representaciones del Teatro Ensayo se llevaron a cabo los días domingos por la mañana en escenarios al aire libre, improvisados y construidos en un esfuerzo conjunto de los integrantes del Teatro Ensayo y los pobladores de los lugares visitados, este programa ha sido elaborado y realizado en acuerdo con el Banco Ecuatoriano de la Vivienda a través de la colaboración de un Funcionario de esta Institución, el doctor Manuel Cárdenas.

Todas las presentaciones han sido gratuitas y se han realizado en todas las oportunidades, interesantes debates y coloquios con el público presente.

En la actualidad el Teatro Ensayo se predispone a continuar su labor en forma estable con un plan sistematizado de trabajo con el fin de ofrecer apoyo a la campaña de alfabetización y en un ensayo de acoplamiento de servicios sociales y culturales en pro del desarrollo de la comunidad.

Por este plan de trabajo de presentación por medio del teatro en las comunidades, el Teatro Ensayo está movilizan-do al Banco de la Vivienda, a las Cooperativas de Vivienda, a la Facultad de Arquitectura (para la construcción de un escenario móvil, y para asesoramiento a los habitantes de la vivienda barata, para el mejoramiento de las condiciones de amueblamiento y decoaración de sus habitaciones); a los médicos (para trabajo de medicina preventiva); a los ingenie-ros civiles (para mejoramiento de los servicios de agua po-

table, luz, canalización, etc.); a los sociólogos (para investigaciones sobre comportamiento de la comunidad).

Hasta el momento el Teatro Ensayo ha operado en esta dirección sin los recursos y equipos indispensables, requiriéndose para el futuro medios apropiados para el desarrollo de una acción culturizadora y social de gran alcance para el progreso de la comunidad.

Esta labor ha merecido amplios elogios de instituciones y prensa y el Teatro Ensayo ha sido invitado por el ingeniero Homero Santander, agente regional de OCA (Organización de Cooperativas de América), para realizar una labor similar en el Perú y Bolivia.

Entre las comunidades visitadas figuran: Cumbayá, Chiriacu, Chaguarquingo, Tilipulo, Santa Lucía Alta, La Tola, Barrio Ferroviario, La Colmena.

SEGUNDO SEMINARIO DE ARTE DRAMÁTICO.—

Período: Enero — Marzo de 1965. Continúa el trabajo con el horario acostumbrado y el programa desarrollado fue el siguiente:

Lecturas y comentarios de obras dramáticas nacionales

Investigaciones literarias

Improvisaciones mímicas y dramáticas

Estudios de bocetos, trajes y escenografía

Construcción de decorados y accesorios teatrales

Estudio de planes e instalación de luces, etc.

Concluidas estas actividades previas, se ensayó el montaje de tres piezas de autores ecuatorianos.

SEGUNDA TEMPORADA DEL TEATRO ENSAYO.—

Período: Abril — Setiembre de 1965.

Esta temporada se inauguró el 1º de Abril de 1965 en el Aula "Benjamín Carrión" de la Institución. Las obras seleccionadas en esta oportunidad fueron:

“El Tigre”, de Demetrio Aguilera Malta

“El Pasaporte”, de Ernesto Albán Gómez

“Requiem por la Lluvia” y

“Montesco y su Señora”, de José Martínez Queirolo.

La temporada tuvo un éxito que la crítica del país calificó de “Sin precedentes en la historia teatral del Ecuador”. Alcanzándose a dar más de ciento cincuenta funciones.

Se realizaron funciones especiales para el Ministerio de Educación Pública, para profesores y maestros, para la prensa, para los damnificados del terremoto de Chile, para una caravana de turistas venezolanos, para obreros y empleados de fábricas, para colegios estatales y academias de enseñanza privada, para los asistentes al Congreso de Escritores Ecuatorianos, para los congresistas de la Federación de Estudiantes Universitarios, para las Fuerzas Armadas, para todas las Facultades de la Universidad Central, para Sindicatos de trabajadores, para los reclusos de la Penitenciaría Nacional, para Cooperativas, para los profesores de la Universidad de Nuevo México y de la Universidad de Pittsburg.

Se organizaron debates con el público después de cada presentación, que dieron resultados positivos en la labor en la cual se encuentra empeñado el Teatro Ensayo para la formación del público ecuatoriano.

Durante el desarrollo de esta segunda temporada de autores ecuatorianos se pusieron de manifiesto en el público un entusiasmo y una inquietud que antes nunca y nadie había sospechado. Se recogieron un millar de tarjetas de adhesión para la formación de una asociación de espectadores.

Ha sido empeño del Teatro Ensayo, con la selección de estas obras estimular a los dramaturgos ecuatorianos a los cuales, particularmente a los de la nueva generación, el Teatro Ensayo ha sumado charlas en los colegios, encuentros porada para una nueva promoción dramática nacional.

GIRA TEATRAL POR LA REPUBLICA.—El Teatro Ensayo se movilizó a lo largo de todas las regiones del país llevando su mensaje hasta los puestos de avanzada de la frontera patria, desplazándose a través de la sierra y la costa, actuando, entre otros, en los siguientes lugares: Riobamba, Cuenca, Loja, Zaruma, Machala, La Avanzada, Guayaquil, Salinas, Babahoyo, San Pablo del Lago, Otavalo, Atuntaqui, Cotacachi, Latacunga, Cayambe, Tilibulo, Machachi, San Gabriel, Guaranda, Ambato, Píllaro, Baños.

A la actuación en todas las localidades visitadas, el Teatro Ensayo ha sumado charlas en los colegios, encuentros con el público y clases demostrativas para estudiantes aficionados al teatro.

TELEVISION.—A efectos de difundir la cultura nacional, de elevar el nivel artístico de los programas de televisión y con el empeño puesto en la formación teatral del público, el Teatro Ensayo ha presentado una temporada de teatro televisado en el Canal 6 de Quito.

Los programas se han realizado los días domingos por la noche, a partir de las 8:30, presentándose:

- "La Guarda Cuidadosa", de Cervantes
- "La Farsa de Miser Patelin", de Anónimo francés, siglo XV
- "Las Aceitunas", de Lope de Rueda
- "El Tigre", de Demetrio Aguilera Malta
- "Requiem por la Lluvia", de José Martínez Queirolo
- "Sobre el daño que hace el tabaco", de Antón Chejov
- "El Pasaporte", de Ernesto Albán Gómez
- "Montesco y su Señora", de José Martínez Queirolo
- "El Velorio del Albañil", de Augusto Sacoto Arias.

TERCER SEMINARIO DE ARTE DRAMATICO.—Período: Octubre — Noviembre de 1965.

Este tercer Seminario de Arte Dramático tuvo la duración de dos meses. Las labores desarrolladas en él fueron sobre:

- Técnicas de Actuación
- Técnicas de puesta en escena
- Técnicas de montaje y producción.

Los días y horarios de trabajo fueron los acostumbrados extendiéndose la labor hasta avanzadas horas de la noche.

TERCERA TEMPORADA DEL TEATRO ENSAYO.— Concluido este corto Seminario para demostración de los progresos alcanzados por el nuevo movimiento teatral en pos de la profesionalización del Arte Teatral en el país y como paso previo para la formación de la Compañía Teatral, se seleccionaron tres nuevos textos dramáticos procediendo a su puesta en escena, montaje y producción.

Las obras seleccionadas fueron:

- “Los perros”, de Elena Garro, escritora mexicana
- “El Velorio del Albañil”, de Augusto Sacoto Arias y
- “La Tinaja”, de Luigi Pirandello.

La presentación tuvo lugar el día 3 de Diciembre en el Teatro Nacional “Sucre”, y se mantuvo en dicha Sala durante todo el mes, alcanzándose veintitrés representaciones a precios populares.

Estas obras, desde el comienzo del año y hasta el presente momento, siguen representándose por el Teatro Ensayo en el interior del país.

OTRAS LABORES.—El Teatro Ensayo ha participado además en las conferencias, charlas, mesas redondas y clases

demostrativas organizadas y sostenidas por su Director, con el propósito de vincular al público con el movimiento teatral promovido en la Casa de la Cultura.

Estos encuentros se realizaron en teatros, comunidades, colegios, radio, televisión e instituciones culturales en Quito y en las ciudades del interior del país visitadas por el grupo teatral.

Entre otros, se han tratado los siguientes temas:

Problema de teatro, problema de hombre
El arte del mimo
El arte del actor
Cervantes entre dos Lope
El teatro en la nota periodística
Lo absurdo en el teatro contemporáneo
Qué es la comedia del arte
La pintura en el teatro
Antonin Artaud y el Teatro de la Crueldad
El teatro en la danza y la danza en el teatro
Teatro italiano
El teatro en la educación
Teatro y alfabetización
Folklore y teatro
Problemáticas de un teatro nacional.

RESUMEN.—La obra realizada por el Teatro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana se puede resumir en estas etapas:

- a) Realización de tres seminarios de teatro, dictándose cursos regulares de Arte Dramático para formación de actores, técnicos y directores;
- b) Formación de un Conjunto Teatral (Teatro Ensayo) para promoción del nuevo movimiento teatral, formación del público y profesionalización del arte teatral;
- c) Montaje, producción y presentación de tres temporadas

- en las que se han presentado once obras dramáticas de las cuales cinco de ellas son de autores ecuatorianos;
- d) Labor educativa cultural en comunidades urbanas y rurales en apoyo a la campaña de alfabetización por medio de encuentros con la masa popular y presentaciones de recitales poéticos y textos dramáticos;
 - e) Labor de formación y promoción teatral en colegios, universidades, cuarteles, etc.;
 - f) Gira teatral a través de todo el territorio de la República, presentando espectáculos, sosteniendo debates con el público, dictando clases demostrativas y conferencias;
 - g) Presentaciones de obras nacionales en televisión (Canal 6, Quito);
 - h) Ciclo de charlas en colegios e instituciones culturales sobre temas de cultura y arte;
 - i) Promoción de una asociación de espectadores para apoyo y fomento del movimiento teatral en el país.

Destacamos, por su importancia, el haberlo logrado.

- a) La concesión, por parte del Gobierno Nacional, de un Presupuesto de S/ 700.000,00 (SETECIENTOS MIL SU-CRES) mediante Decreto Ley N° 1.851 de fecha 12 de Agosto de 1965;
- b) La aprobación de los Planos para el establecimiento de una Escuela de Arte Dramático, la formación de una Compañía Nacional, la prosecución de las labores del Teatro Ensayo;
- c) La determinación del Directorio de la Casa de la Cultura Ecuatoriana de terminar la construcción del Teatro Circular;
- d) El haber creado un auténtico interés y conciencia por el teatro que se traduce en favor del público, de las instituciones y de la Prensa;
- e) El entusiasmo despertado en la generación joven hacia el teatro;

- f) La preocupación de la Institución y de los organismos gubernamentales para asegurar estabilidad y continuidad a este nuevo movimiento cultural y artístico.

CONCLUSIONES.—Para el éxito final de este movimiento en el que se encuentra empeñada la Casa de la Cultura Ecuatoriana y para la buena aplicación de los planes previstos, es indispensable:

- a) La movilización inmediata de los fondos de la designación estatal, depositados en la Institución para la Escuela, la Compañía Nacional y el Teatro Ensayo;
- b) La terminación en breve plazo de la primera etapa del edificio del Teatro Circular, de acuerdo a lo convenido, para tener su sede provisoria y poner en funcionamiento la Escuela de Arte Dramático;
- c) Obtener una sede estable para las labores de ensayo y funcionamiento de la Compañía Nacional, cuyo ámbito natural y apropiado sera el Teatro Nacional "Sucre";
- d) Contemplar la posibilidad de obtener de instituciones internacionales becas y equipamientos para los programas previstos.

Quedando a su entera disposición para proporcionarle cualquier dato que faltare en este informe.

Del señor Presidente, muy atentamente,

FABIO PACCHIONI.

CONTESTACION DE AGRADECIMIENTO DEL MINISTRO

Quito, Mayo 27, 1966

Señor

Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana
Presente.

Señor Presidente:

He recibido el informe que usted, señor Presidente, por acuerdo de la Junta General, con fecha 16 del mes en curso se ha servido presentarme sobre las labores que, cumpliendo con los fines de la Casa y lo que disponen la Ley y los Estatutos correspondientes, ha realizado la Institución durante los dos últimos años de labores.

Ante todo a usted, y por su digno intermedio, a la Junta General, mis mejores agradecimientos por la bondadosa atención de que, al presentármese ese informe, he sido objeto en mi calidad, como Ministro de Educación, de Presidente Nato de la Ilustre Casa de la Cultura del Ecuador, Institución que, quizá como ninguna otra, ha contribuído a levantar y prestigiar la Cultura de la Patria.

Como usted bien lo anota, señor Presidente, "a medida que han pasado los años, la Casa de la Cultura ha tenido la obligación de extender su radio de acción y de intensificarla; pero en esos mismos lapsos se le han mermado sus ingresos, de manera que semejante desequilibrio tenía que ocasionar, fatalmente, la frustración de no pocos anhelos y propósitos".

El hecho que usted señala, explica, en verdad, las limitaciones, por decir lo menos, a que en el cumplimiento de su misión se ha visto obligada la Casa de la Cultura, y que no pocas personas, ajenas a esta dolorosa realidad, han supuesto efecto de otras causas. Sin embargo, su informe y los anexos correspondientes, que los he analizado con todo cuidado, muestran la obra siempre en marcha de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Anotaré a este respecto, con suma complacencia, el programa relativo a la expansión de las bibliotecas que se ha comenzado inaugurando una en Santo Domingo de los Colorados y se proseguirá con la próxima inauguración de otra similar en Cotacachi. Quiero suponer, señor Presidente, que con esta labor de acercamiento al pueblo, se dará decisivo impulso en la Casa de la Cultura a algo que, desde hace mucho tiempo, se le viene exigiendo: su colaboración al mejoramiento espiritual del pueblo, lo que vale decir, a la democratización de la Cultura. Si es verdad que la Casa de la Cultura Ecuatoriana, tiene en su haber una abundante producción editorial, la organización del Coro, el Teatro Nacional, el ordenamiento de Bibliotecas, del Archivo y Patrimonio Artístico, el nuevo Plan de Construcciones y el impulso a nuestra Artesanía y Folklore; sin embargo se ha observado, por sus críticos, su alejamiento de no pocas raíces de nuestra nacionalidad y su enquistamiento exclusivo, no sé si podría llamárselo así, en la gran cultura, en esa especie de aristocracia cultural que, si muchas

veces toma algo de nuestras bases populares —el indio, el campesino, el cholo, etc.—, es, con frecuencia para su explotación como simple materia prima y no para otra cosa. Pienso que es hora de una verificación total de las finalidades de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Esta verificación la exigen todos. Creo que quizá, con el programa de Bibliotecas populares que se ha servido indicarme, se está frente a un comienzo promisor de nuevas labores.

Mis mejores votos son porque la Casa de la Cultura Ecuatoriana, recogiendo los anhelos populares e incorporando en su seno nuevas sangres de generaciones que aparecen ya en los horizontes espirituales del país, sea, como lo espero que será, el núcleo vital y unificador de la Patria.

Con sentimientos de mi mayor consideración para usted, señor Presidente, y para todos los Miembros de la Ilustre Casa de la Cultura Ecuatoriana, me es grato suscribirme obsecuente amigo y Seguro Servidor.

Dr. Luis Monsalve Pozo,
MINISTRO DE EDUCACION PUBLICA

ESTA REVISTA, SE TERMINO DE
IMPRIMIR EN LOS TALLERES
GRAFICOS DE LA INSTITUCION
EL DIA 16 DE SETIEMBRE DE 1966

INDICE

	<u>Págs.</u>
Presentación	5
José Rafael Bustamante. —ESENCIA Y EXISTENCIA "Testamento filosófico"	7
Dr. Francisco Páez Romero. —BREVES APUNTES SOBRE DON ANDRES EL SABIO Y SU OBRA	48
Costanza Di Capua. —CONFERENCIA SUSTENTADA EN LA CASA DE LA CULTURA EN HOMENAJE A DANTE 1265-1965	75
Augusto Arias. —PARA UN ENSAYO SOBRE RAMON	98
Ricardo Descalzi. —UNA QUIMERA EN PARIS (Pieza Teatral)	120
Dr. Alberto Larrea Chiriboga. —LA DEMOCRACIA EN EL TIEMPO Y EN LA FILOSOFIA	145
Robert E. Norris. —EL NOVELISTA LATINOAMERICANO FRENTE A LA REALIDAD INDIGENA CONTEMPORANEA	175
INFORME DEL PRESIDENTE DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA AL MINISTRO DE EDUCACION	212
INFORME DE LAS LABORES REALIZADAS POR EL MUSEO NACIONAL DE ARTE COLONIAL EN LOS 3 ULTIMOS AÑOS, A PARTIR DE JULIO DE 1963	233
PUBLICACIONES EDITADAS EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LA CASA DE LA CULTURA	246
INFORME DE LABORES TEATRALES	251
CONTESTACION DE AGRADECIMIENTO DEL MINISTRO DE EDUCACION	261

PRECIO: S/. 5.—



Hemeroteca (Año 1966 Nú
PP 0-0001

IMPRESO EN EL ECUADOR.—Quito
Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana